

LUCES EN LA OSCURIDAD

(COLECCIÓN DE CUENTOS)

Xabier Galarreta



Título Original: Argiak Ilunean, 1988
(Traducida por el autor)

© Marjinalia Bilduma

© Xabier Galarreta

Año 1995 (diciembre)

Correcciones: X.G. e I.M.

Depósito Legal: SS-268/99

PRESENTACIÓN

Estos catorce cuentos surgidos de una habitación anónima, puente entre la ficción y la realidad, asomados al río de lo absurdo, probablemente no buscan nada en especial sino desempolvar aquellas palabras embrujadas que, dormidas en la conciencia de los sueños, aguardan su oportunidad.

Los cuentos, y en especial algunos de ellos, además de componer una posible estética de la subversión, combinan la alegría y la crueldad por medio de una expresión alborotada, dejando tras de sí un rastro en zigzag similar al de la sombra de la culebra sensual y mística, a medio camino entre lo falso y lo verídico, arrastrándose entre el delirio y la serenidad.

"Eldarnio": un gran amor...sólo que soñado:
"El Diccionario": instante cincelado de lo que durante años ha sido una de las ocupaciones del autor; "A través de las calles de Londres": huyendo del grito profundo de la autobúsqüeda, uno de esos viajes que se realizan sin la ayuda de una agencia de viajes; "La Radio": la impotencia trágica y alegremente histérica de quien vive aislado del mundo y de sí-mismo; "Canción para Edurne": Cuando de noche llega un viento helado y nos muestra la ventana del otoño, en donde yacen los amigos que ya no están aquí, en el mundo: "Siempre esta lluvia": los oscuros remordimientos que alteran

la conciencia de quien no supo ser fiel con el amigo; "Una bonita sorpresa": la huerta de los celos en la que se cultivan, ante la mirada burlona y —¡cómo no!— fatídica del Destino, venganzas desnudas de humanidad; "Perdido en los recuerdos": el cariño que proclama su derecho a exiliarse de la noche sin límites; "El Secreto": en el baúl de la inconsciencia humana existen tantos secretos, llave para la comprensión de tantísimos horrores...; "El Elegido": tras la sombra de la humareda o reflexión acerca del crimen sin motivo, vagabundeando por el paisaje de un Londres imaginario; "Ve al territorio de los eburones...": hay una parte del ser humano que permanece helada... hasta que un día un rayo de sol se desliza en ella; "El día en que un ronquido me soñó": la delicia de detenerse a observar el amanecer, sonriendo, luego de haber caminado toda la noche por las calles vacías de una ciudad; "A través de los Túneles": vivimos en el estrépito causado por el tren que corre veloz a través de los túneles, acercándose a la lejanía, alejándose de la cercanía, perfectamente inmóviles nosotros. "El suicidio de Y": la posibilidad de renunciar a nuestra condición de mortales en un salto que abarque la noche impasible.

Catorce cuentos reunidos bajo el título "Luces en la Oscuridad", porque para su realización el autor tuvo primero que descender y luego, poco a poco, subir desde la profundidad y oscuridad hasta el lugar en el que la luz llama al júbilo y a la alegría.

ELDARNIO¹

Joseba Larramendi Belazkez salía con una simpática y encantadora chica. Su relación había comenzado hacía ya tres años y no sentía atracción por ninguna otra que no fuera ella, es decir, que las relaciones con Rakhel —así se llamaba— no podían ser mejores.

Sin embargo, las cosas habrían de cambiar el día en que Joseba cayó enamorado de otra mujer. Al principio no sabía qué actitud adoptar hacia Rakhel. Por otro lado, la recién conocida no le había dado todavía ninguna esperanza amorosa, no le decía ni que sí ni que no.

Conforme iban pasando los días Joseba enloquecía más y más. Las horas transcurrían mirando al rostro de la silenciosa mujer, acariciando con los ojos su cabellera rubia...

Pero ella siempre le miraba desde un lugar que parecía estar cercano a la tristeza aunque, sin lugar a dudas, no era pura tristeza. En cuanto a los labios de la joven mujer: esa ambigua amargura que

¹ «Eldarnio» podría traducirse en castellano como «Delirio», y tanto en euskara como en castellano cumplirían el papel de dos sustantivos comunes a los que se les hubiera dado la categoría de nombre propio. (N. del E.)

mostraban, aquél poco de crueldad, su sonrisa aviesa hablaban de por sí sobre considerables desengaños mundanos, innumerables noches deslizándose al compás de caricias cuyo fin pareciera no existir... En suma, la mujer sexualmente satisfecha. No hubiera sido tarea sencilla definir con una palabra exacta la expresión de sus labios (si encontráramos esa palabra encontraríamos quizá el secreto del mundo, la primera palabra, el primer aliento o incluso el porvenir, porque principio y final no constituyen sino una integridad única donde tan sólo varía aquello que entre ambos *es*).

El aspecto de Joseba era del todo lamentable: barba de varios días, ropas de las que emanaba un olor nauseabundo, los ojos enrojecidos consecuencia de las últimas noches transcurridas en vela abismado en reflexiones delirantes, enajenado ante la visión del pecho desnudo e inalcanzable de su nuevo amor: aquella melena espesa y rubia (¡rizos dorados!) cayendo tras sus pequeñas orejas; aquella piel de una blancura inaudita; su cuello extraordinario, ágil y escurridizo (quizá el regalo que un cisne le otorgara en la infancia):

—ELDARNIO! —gritó Joseba—. Tu nombre es Eldarnio —gimió dejándose caer sobre una mesa.

Mientras tanto Eldarnio le observaba indiferente, con aquella sonrisa malintencionada, e incluso, con una cierta amargura en el rostro, divertida, deseosa por acostarse con él y al mismo tiempo sin poder ocultar una ligera aversión, aguardando algo y

sin esperar nada, desnuda de cintura para arriba. Pero sobre todo con ¡LA MEJILLA APOYADA EN LA MANO! Apoyaba la mejilla en la mano, ladeando un poco la cabeza, su mejilla apoyada contra la mano... Y las sombras —las sombras de la habitación— cubrían aquellas partes de su cuerpo que habían quedado al contraluz: la zona derecha del pecho, los alrededores del costado, la mitad del rostro, algunas partes del cuello y de la espalda, la otra mitad de su cabellera rizada que se desbordaba como una cascada... La misma oscuridad que rodeaba a Eldarnio parecía estar colmada de erotismo.

Por la tarde Rakhel fue a casa de Joseba. Había pasado bastante tiempo —una semana exactamente— desde que estuvieran juntos por última vez y, llena de preocupación, llamó a su puerta.

Hay algo en el semblante de Eldarnio que refleja fatiga, ansia, extravío... En un gesto indefinido, el rostro de Eldarnio —cerrado al futuro, sin presente— desaparece poco a poco. El pasado es tan sólo una mueca cruel en su derrota victoriosa. ¿Qué puede querer decir su blancura en ese contraluz

de realidades? ¿Por qué la llamaría Joseba si nunca podrá tan siquiera tocarla? Y sobre todo, ¿PARA QUE? Era evidente que estaba perdiendo la cabeza a causa de esa mujer muda, y que se valía de los ojos pese a que no veía nada. ¿Por qué insistía la oscuridad de Eldarnio en la desesperación de su admirador incondicional? ¿Y en la suya propia? La imagen de ella se convertía en fantasma, en corazón que ha dejado de latir, similar a los atardeceres solitarios o al deseo insatisfecho. Un nombre sin dueño en el maleficio de la sonrisa. Pero, ¿por qué se aflige de ese modo?

Rakhel golpeó otra vez en la puerta de Joseba, que vivía solo. Nadie abrió. Probó de nuevo, esta vez llamando al timbre. Aunque con el mismo resultado. Al fin, tuvo que marcharse tal y como vino.

A pesar de que el sol brillaba con fuerza, el interior de la casa de Joseba permanecía completamente a oscuras. Todas las persianas de las habitaciones se hallaban bajadas. Ningún ruido excepto el zumbido monótono de un moscardón. La cocina ofrecía un aspecto desolador, llena de inmundicia y

suciedad: bolsas de basura esparcidas aquí y allá, la portezuela del frigorífico abierta mostrando un interior vacío, la fregadera rebosante de cacharros y una fluorescente que parpadeaba sin cesar.

Joseba estaba con Eldarnio en una habitación de la que emanaba un olor repugnante. Eldarnio, la mejilla apoyada en la mano, le miraba como si fuera su Muerte. Eldarnio, la mejilla apoyada en la mano, le miraba desde un silencio sobrecogedor que perforaba el corazón de Joseba, llenaba todas las habitaciones vacías de la casa y daba y quitaba las ganas de vivir.

Y Joseba, tumbado en el suelo, yacía ante Eldarnio con la mirada ida. Le daba miedo hablar (había intuido que las palabras no tenían lugar en aquella situación, y que todo lo más lo sacarían de la vida ficticia para mostrarle un único camino: el espacio infinito más allá de la ventana —espacio que se le hacía particularmente familiar desde el día en que conoció a Eldarnio—). Y Eldarnio, absolutamente consciente de su poder, la mejilla apoyada en la mano, le miraba sin verlo, la mejilla apoyada en la mano, desde ese desesperado gesto que en apariencia nada tenía que ver con la desesperación, la mejilla apoyada en la mano y el rubio cabello acariciándole la espalda, su piel tan blanca que despertaba hacia el deseo, la mejilla apoyada en la mano.

Puso música —una sinfonía—, pero como no le pareció muy apropiada la quitó y empezó a bailar a los acordes del vals que siguió al primer intento de

audición ¡Aquello sí era lo que deseaba escuchar! Borracho, con la botella en la boca a modo de biberón, continuó bailando al tiempo que tropezaba con todos los trastos amontonados en el suelo hasta que, por fin, cayó junto a Eldarnio.

Rakhel no sabía qué hacer. La desaparición de Joseba le era insólita, aunque alguna vez había hecho un mutis durante un par de días y sin previo aviso. Pero una semana... Y en una relación larga como la suya se puede llegar a conocer bien a una persona (o, al menos, así lo creía Rakhel).

Por otro lado, Joseba era un hombre que pudiéramos llamar metódico. Tenía un horario determinado y se atenía a él incluso hasta resultar aburrido. En ocasiones solía comentarle Rakhel «Un día de estos la rutina te devorará». Y Joseba no sabía si tenía que tomarlo en broma o en serio... Claro que a ella le ocurría otro tanto.

Así las cosas, la desesperada Rakhel decidió tomar una decisión: ir a su lugar de trabajo y preguntarle dónde se había metido durante la última semana y por qué no le había llamado. Y fue al lugar de trabajo de Joseba, preguntó por él y... ¡aquella sí que fue una sorpresa! Joseba no había aparecido por allí desde hacía una semana, ni había avisado ni presentado excusa alguna a nadie. El jefe estaba furioso y a punto de despedirlo tanto si aparecía ya

como si no. Por último, le aconsejaron localizar a Joseba cuanto antes para que se personara en las oficinas o para que al menos se pusiera en contacto con la administración de la empresa.

Recibidas todas estas noticias, Rakhel notó que el corazón comenzaba a latirle con fuerza. Y ya se disponía a marcharse, cuando un joven la detuvo.

—Perdona.

—¿Sí?...

—Soy amigo de Joseba, además de trabajar con él. Los compañeros me han dicho que preguntabas por Joseba y...

—Gracias. Tú serás Eneko, ¿no?

—Así es, sí. Y tú Rakhel, por supuesto.

—Joseba ha solido hablarme muchas veces de ti.

—Oye, tengo quince minutos libres. Si quieres, podemos ir a la cafetería y hablaremos con más tranquilidad.

Eldarnio, la mejilla apoyada en la mano, no se movía de donde estaba a pesar de que Joseba, desesperado, se revolcaba con rabia por el suelo. Era enojoso ver a Joseba hundido hasta ese punto. Pero también era divertido. Aquella hilarante actitud suya de ridículo falso-romántico: caído en sus propios

vómitos, sollozando, las manos crispadas hacia Eldarnio, un temblor febril en los labios... «*¡No tienes otra alternativa, estúpido! Mira hacia la ventana. ¿Quieres encontrarte con Eldarnio? Es de noche, amigo: en ese espacio oscuro hallarás su piel blanca. Ahí mismo tendrás la posibilidad de acariciar su cabello rizado. La descubrirás completamente desnuda y comprenderás su ambigua mirada hasta el último significado. Te ofrecerá su pecho blanco para siempre. ¡Para siempre! ¡PARA SIEMPRE!*» Joseba abrió los ojos súbitamente y miró aterrorizado a Eldarnio. Le pareció que ésta le sonreía, pero no con amor, sino con la sonrisa astuta de siempre, la mejilla apoyada en la mano, como cansada. Aunque no creo que estuviera cansada... No, claro que no.

—Así es. Una semana entera sin aparecer. El jefe está que trina. Podría darse por despedido si no valiera tanto en su trabajo. Pero los envidiosos y pelotilleros pronto empezarán a punzar al jefe. Si no aparece para el próximo lunes, lo despedirán.

—¿Qué podemos hacer? Ayer fui a buscarle pero no había nadie en casa. Y hoy le he llamado por teléfono a las ocho de la mañana y tampoco respondió.

—Iremos de nuevo a su casa. No podemos hacer otra cosa.

—Si quieres, Eneko, podemos ir ahora mismo. Sólo falta una hora para que salgas del trabajo. Me quedaré aquí a esperarte.

—Me parece bien. Ahora debo irme. Se me ha hecho un poco tarde. Hasta luego.

—Sí, agur.

Rakhel y Eneko estaban cerca de la casa del desaparecido Joseba, cuando se apercebieron de un corro de personas así como de una ambulancia de la Cruz Roja frente al portal de éste. Con un terrible presentimiento, apresuraron el paso y, una vez llegados al portal, vieron cómo cuatro camilleros se ocupaban en sacar un cadáver cubierto con una sábana blanca. La portera del inmueble, al ver a Rakhel —pues la conocía—, se abrazó a su cuello llorando y repitiendo sin cesar «¡Qué terrible desgracia, señorita! ¡Qué terrible desgracia!» Aunque Rakhel ya había adivinado de quién era el cuerpo que iba en la camilla oculto bajo la sábana, con voz temblorosa preguntó «¿Quién... quién es?» La portera respondió «Es Joseba, señorita. Joseba. ¡Qué terrible desgracia!»

Rakhel perdió el conocimiento. Numerosos brazos y manos la sostuvieron antes de que pudiese caer al suelo. Alguien propuso subirla a casa del difunto hasta que volviera en sí. Y a otro se le ocurrió llevarla en la misma ambulancia junto con el

finado camino del hospital. Por fin, la portera puso un poco de orden en aquél improvisado corral manifestando que no le parecía bien subirla a casa del difunto y que tampoco la segunda propuesta era merecedora de su aprobación, porque «A ver si la llevan al depósito de cadáveres junto con ese pobre infeliz. Y que el muerto me perdone». Así pues, decidieron subirla a su casa —para alegría de la portera, ya que tener en su propia casa a la novia del difunto aumentaba su protagonismo y, además, una vez que Rakhel recuperara el sentido, quizá echara alguna luz acerca de lo sucedido...

Mientras los vecinos se ocupaban de Rakhel, a Eneko le acometieron unas irreprimibles ganas por ver la casa de quien había sido su amigo y compañero de trabajo. Y sin que nadie se diera cuenta, comenzó a subir por la escalera muy despacio, procurando no hacer ningún ruido para no llamar la atención. Como la puerta estaba abierta y dentro no parecía haber nadie —acababan de llamar a la policía—, cruzó el umbral sin pensarlo dos veces y, para sorpresa suya, pronto se topó con el revoltijo descrito antes: bolsas de basura desparramadas aquí y allá, el mensaje indescifrable de una fluorescente parpadeando incansable en la cocina, todas las persianas de la casa bajadas, el pasillo necesitado de algo más que de un buen barrido, cantidad de objetos en un caos total...

Pero una habitación de la que salía un hedor insoportable le llamó especialmente la atención. La ventana de este cuarto se hallaba abierta y daba a un patio interior. Al asomar la cabeza por esta ventana y mirar hacia abajo, vio una gran mancha de sangre en el suelo de baldosa cuadrada de aquél patio. Desvió la mirada y, retirándose de la ventana, echó un vistazo a los objetos de la habitación con curiosidad ausente: restos de comida, discos fuera de sus fundas y esparcidos por el suelo, montones de libros aquí y allá —algunos con las hojas arrancadas—, olor a alcohol así como a vómitos y orines... En las paredes de la habitación podía leerse una palabra escrita una y mil veces: ELDARNIO. Y en las sillas y muebles, en el cristal de las botellas vacías, en el mismo suelo incluso aparecía escrito: ELDARNIO. Cuando ya se disponía a marchar, reparó en la foto de una joven que constituía el tema central de la portada de un libro: la fotografía de una mujer que tenía la mejilla apoyada en la mano. *«[...] ella siempre le miraba desde un lugar que parecía estar cercano a la tristeza. En cuanto a los labios de la joven: esa ambigua amargura que mostraban, aquél poco de crueldad, su sonrisa aviesa [...] la expresión de sus labios (si encontráramos esa palabra encontraríamos quizá el secreto del mundo, la primera palabra, el primer aliento o incluso el porvenir...) [...]»*

Cuando Eneko salió de la habitación su rostro estaba lívido. Abandonó la casa, bajó las escaleras y una vez en la calle se abrió paso entre el corro de curiosos que continuaban arremolinados en

torno al portal. No se acordó de Rakhel. Ni siquiera preguntó por ella. Empezó a caminar entre la gente sin reparar en el rostro de aquellos con quien tropezaba. Le hacía falta pasear por las inmensas avenidas.

En el bolsillo de la chaqueta llevaba la fotografía de la mujer de la portada que encontrara en casa de Joseba —pues la había arrancado del libro— y ahora la asía con fuerza en la mano. La palabra eldarnio daba vueltas en su cabeza y poco a poco iba abriéndole un panorama insólito. "ELDARNIO", gritó a viva voz deteniéndose súbitamente en la calle rebotante de transeúntes. "ELDARNIO", gritó de nuevo ante la mirada atónita de los que pasaban junto a él. Y repitiendo el nombre para sí, tomó el camino de su casa...

Querido lector: cuídate mucho si acaso vieras a la mujer de la portada del libro. Cuídate mucho: ¡es tan fácil enamorarse!

EL DICCIONARIO

Xastian, absolutamente absorbido por un desmedido afán de alcanzar la sabiduría, dedicaba demasiado tiempo al estudio. ¡Cuántas horas consagradas a los libros! ¡Cuántos días pletóricos de sol desperdiciados en su oscura habitación!

Pero había una materia que le gustaba especialmente de entre las demás: el inglés. Y a este idioma ofrecía las mejores horas de estudio (e incluso también las horas que no eran de estudio).

A Xastian, desde que con veinte años se introdujera en el mundo de la literatura inglesa, se le había ido acrecentando la pasión hacia esta lengua. Ahora era un joven de veintitrés años, un jovencito todavía (aunque él se tomaba a sí mismo por un vejestales). Esto quiere decir que eran ya tres los años transcurridos de la mano de sus estudios anglosajones. Y nunca mejor dicho, porque efectivamente fueron estos estudios el único amigo del que pudo gozar durante todos estos años.

Los padres de Xastian eran donostiarras, euskaldunes y monolingües —aunque entre los dos hablaban un poco de francés y español. Al menos, lo suficiente para mantener una conversación básica cuando en las vacaciones salían al extranjero.

A Xastian sólo le enseñaron euskara. «Cuando crezca, que aprenda los idiomas que desee»

parece que pensaron, o seguramente ni siquiera se hicieron planteamiento alguno de este tipo. Por otra parte, su aprendizaje del inglés estaba resultando altamente satisfactorio. Más que suficiente para andar por el mundo. Aparte de eso, cuando ya habían transcurrido casi cien años desde que la Independencia de Euzkalerria se consiguiera en el año ****, y al haber alcanzado el euskara una normalización absoluta en cada uno de los diferentes ámbitos, existían muchos hogares en los que aparte de nuestro viejo idioma no se hablaba en ninguna otra lengua. En el mismo Bilbo, por ejemplo, además de hablarlo el cien por cien de la población, más de la mitad no conocían otro idioma. Ni les hacía falta, ya que las relaciones económicas diarias (tanto en las altas esferas como en aquellas otras más humildes) se realizaban todas ellas en euskara.

Fue en la universidad donde cobró gran afición a la literatura inglesa, y de ahí, acometió el estudio del inglés aún con más ganas si cabe, mientras que otros compañeros se ocupaban en aprender distintos idiomas: ruso, alemán, francés, etc...

Sobre todo era por medio de la lectura como más trabajaba su querida lengua extranjera. Y una sombría tarde en la que se hallaba inmerso en la lectura de un libro —no recuerdo quién era el autor, pero creo recordar tratarse de un escritor de la llamada «Generación Perdida»—, topó con una palabra que se le hizo desconocida: con la palabra «harpoon» precisamente.

Aquél día llevaba ya diez horas seguidas estudiando sin descanso. Además, el diccionario que solía utilizar —un buen diccionario, editado recientemente por la Real Academia Inglesa— se lo había dejado a un compañero de clase, y es por ello que no se hallaba del todo a gusto en su tarea. ¿De qué diccionario se valía entonces Xastian? Pues de un diccionario que en cierta ocasión compró en la calle a un moro. Sí, a un moro. A uno de esos moros que andan en las calles vendiendo todo tipo de cosas, a un misterioso moro de ojos amarillentos y que sonreía de un modo verdaderamente enigmático... El diccionario no tenía mal aspecto. Era grueso y traía muchísimas palabras. Además le salió muy barato, casi de balde.

Sin embargo, utilizar el diccionario del moro, desde el mismo día en que lo adquirió, le había producido siempre un cierto recelo inexplicable, razón por la que lo tuvo guardado en un armario donde permaneció durante dos años... hasta entonces.

«En mala hora dejé el diccionario a mi compañero», pensó para sí mientras se ocupaba en la búsqueda de la palabra «harpoon». «Harpoon (ha:,pu:n): see halibut» decía el diccionario del moro. Suspirando con resignación, se dispuso a seguir las indicaciones del diccionario. «Halibut (,haeliet): see better hamper». Cerró de golpe el diccionario, se levantó y comenzó a dar vueltas por el pasillo de la casa, según acostumbraba a hacer cada vez que se enojaba con los libros. Una vez tranquilizado, y en el preciso instante en que se había resuelto a abrir de nuevo el diccionario, le vinieron a la mente los ojos

amarillos del moro, aquellos ojos amarillentos que le sonreían de modo burlón... Un escalofrío sacudió su cuerpo.

Diez horas seguidas estudiando sin descanso no puede ser beneficioso para la salud. Aunque no se daba cuenta, su rostro iba tornándose cada vez más y más pálido. «Hamper (,haempe): see haw». «Haw (ho:): see hectic». «Hectic (,hektik): see he-goat». «He-goat (hi:,geut): see hegira». Los ojos del moro más amarillos que nunca mirando fijamente a Xastian, llenos de astucia, sonriéndole en cada página... «Hegira (he,dgaiere): see dubbin». Su cabeza da vueltas. Siente náuseas. «Dubbin (,dabin): see wra-».

En aquél instante experimentó una agudísima punzada en el corazón y cayó al suelo arrastrando consigo el maldito diccionario. Su cuerpo estaba empapado en sudor y sentía pegados a su piel los ojos amarillentos del moro, que le sonreían con tantísima astucia instigándole hacia un último esfuerzo. «Wrack (raek): see stile». «Stile (stail): see plow». «Plow (plau): see lounge suit». «Lounge suit (,laundg,su:t): see hooliganism».

Xastian, más blanco que un folio, babeaba.

«Hooliganism (,hu:ligenizem): see trinitro-toluene (trai,naitreu,tolju:i:n): see half-dead». «Half-dead (,ha:f,ded): see I) handiness II) hangman III) harpoon». «HARPOON!», gritó Xastian.

Un rayo de esperanza brilló en sus ojos. Aquella pesadilla que comenzara con la palabra «harpoon», y que le había llevado durante largo rato

de una parte a otra del diccionario, al fin parecía que iba a concluir.

Deseoso de salir cuanto antes del círculo diabólico en el que se hallaba, corría las hojas febrilmente: haggard... hamlet... handbell... handling... hapless... happy... harbour... hart... (ha pasado las hojas con demasiada rapidez. Comienza otra vez no sin murmurar un par de palabrotas) ... half... halo... hanging... hard... hard-working... harp... harpist... HARPOON!

Allí estaban los ojos amarillentos del moro, sonriéndole llenos de misterio y perversidad, en el lugar de la palabra vasca que hubiera debido corresponder al término «harpoon», participando a Xastian de un terrible mensaje, más allá de los pueblos no-humanos...

«Le falló el corazón», dictaminaría más tarde el médico. «Trabajaba tanto», añadiría la inconsolable madre.

A TRAVÉS DE LAS CALLES DE LONDRES

—¿Por qué habéis de darle siempre la razón?

—Me resulta imposible actuar de otro modo.
Ese hombre me absorbe la personalidad.

—Pues mandadlo al carajo.

—No es tan fácil...

El fragmento de conversación que sin querer he escuchado a la pareja de al lado es inquietante. Antes de perderlos en la próxima estación tengo que intentar oír la última frase de la joven que habla con acento sudamericano.

—La única verdad que no podéis sufrir es ésta: sois cobarde. Sí, vivís de rodillas. Y sufrís porque a vos os da la gana.

Según parece, todos quieren vivir contentos, nadie quiere sufrir. No sé si los animales pueden ser capaces de sufrir. Por ejemplo, ¿tendrá la culebra alguna razón para ser desgraciada? Cuando padece hambre tal vez sí, o cuando no encuentra con quién cumplir las leyes de la reproducción impuestas por la naturaleza, o a causa de algún cambio climático desfavorable. Sin embargo, sus sufrimientos son mecánicos, físicos. Por eso es que para el hombre no hay nada más vergonzoso y humillante que el padecer de hambre, soledad o frío. Porque estos tres

estados nos acercan al sufrimiento del puro animal. Pero cuando no tenemos ni hambre ni soledad ni frío, entonces nos dirigimos en busca de la felicidad... aunque sólo sea para toparnos con otro tipo de sufrimientos. ¿Sólo? Los animales no pueden compartir con nosotros ese otro tipo de sufrimientos. Y esa misma posibilidad de poseer *sufrimientos de «alto nivel»* es lo que nos distingue, en gran medida al menos, de los animales.

Este falso filósofo se siente un poco triste. Echa un vistazo alrededor. Por ejemplo, el matrimonio sentado ahí enfrente con su hija me produce tristeza. Sin embargo, ellos parecen contentos. Mejor así. Tal vez también mejor para mí. El estado del ser no-feliz podría ser contagioso.

¿Y qué me dices de los dos pakistaníes de la casa de huéspedes? ¡Hay que ver la sonrisa burlona que me dirige el que es más alto de los dos cada vez que nos topamos en la cocina! Eso sí, desde que le lancé aquel eructo parece que anda más suave conmigo. Aunque fue una grosería, desde luego. No sabía que eran homosexuales. Excepto yo parece que todos los de la casa sabían lo de los pakistaníes. Aunque todos somos gente muy «liberal». Tal vez ésa era la razón de su sonrisa burlona. La sonrisa, una especie de mecanismo defensivo. Vete a saber. Sin sonrisitas, mucho mejor. Final de trayecto.

Oxford Street es un hormiguero de gente. Me agrada. Paso demasiadas horas solo en la cocina de la cafetería, trabajando sin cesar. Supongo que por eso me gusta tanto pasear entre las calles a horas punta.

Me he despistado ¿Qué camino debo tomar para llegar al Soho? Le preguntaré al «bobby» ése de ahí.

No le he entendido ni media palabra. ¿Qué diablos decía? Creo que con la mano señalaba hacia esa dirección. En fin, probaremos a ver...

La mujer negra de ayer es una de las situaciones más patéticas que he visto desde que estoy aquí. Iba por la calle hablando sola, haciendo gestos, de pronto se echaba a llorar... Casi nadie le miraba. Grandes urbes: ¡qué frías y crueles sois! La apremiante necesidad de comunicación. ¿Quién sería su interlocutor imaginario?

Un extranjero en Londres: ¡qué suerte tener pasaporte español!

Llevo cuatro meses en Londres y más que inglés lo que he aprendido es cocina inglesa (a little). En fin, si deseo estar más de cuatro meses en Londres más vale que ande listo. Claro que sería la primera vez que me ocurriría tal cosa...

A mi compañera de cocina, una inglesa de la campiña, creo que le falta sentido del humor. A fin de cuentas, porque se haya cortado con el cuchillo y porque en bromas le dijera «*you will look better with the five fingers*», tampoco era para ponerse como se puso. ¿Y la compañera india de cocina que no me ha dirigido más de siete palabras en dos meses? Le pediré que se case conmigo.

Si dispusiera de tiempo y libros podría escribir una buena novela aquí, en Londres. El extranjero nos vuelve más receptivos.

Soho-Soho. ¿Dónde demontre estaré? Creo que debería ir en esa dirección. Se me hacen familiares estos edificios... Sí, voy por el buen camino.

Antes de venir aquí pensé que le sacaría más a Londres. A veces, sobre todo últimamente, cuento los días y las semanas transcurridas. Una vez que regrese a casa, entonces tal vez sea capaz de juzgar la supuesta felicidad de la que he gozado aquí, aunque para entonces será demasiado tarde. ¿Demasiado tarde? La confusión de siempre, el lado místico habitual. Huir de mí mismo a base de recorrer kilómetros, poniendo sellos a mi pasaporte. Dr. Livingstone. Un puto viaje que hago...

El jefe de la cafetería se bebe una botella pequeñita de vodka todos los días. No me extraña. Diez-doce horas suele trabajar en cada jornada. ¿Y para qué? Para pagar los plazos de la casa y el coche, para hacer frente a los gastos del divorcio, para poder responder a la cuota mensual del club de golf,... En la Gran Bretaña del siglo XIX, los trabajadores explotados de aquella época tuvieron que luchar muy duro hasta conseguir unos horarios más humanos y unas condiciones de trabajo dignas que hicieron llegar a las generaciones posteriores. Sin embargo, muchos trabajadores de hoy día parecen dispuestos a trabajar más de ocho horas para así ganar más dinero

sin tener una verdadera necesidad de ello. Antes, esclavos del patrón; ahora, parias del consumismo.

Debiera escribir sobre la marcha. De lo contrario, aunque recordara algo, tan sólo sería eso, un recuerdo, pero no una idea vivida en el instante mismo. Tendré que comprar una agenda.

Dos policías cuidando la calle, escaparates pornográficos diseminados aquí y allá, algún que otro cine X... No hay duda, estoy en el Soho. No es demasiado obsceno este barrio. Bastantes turistas echando un vistazo a la zona morbosa de la ciudad. ¿Y el tipo ése de unos cuarenta años y aspecto sombrío apostado en la esquina? Parece Jack el Destripador. Así voy a acabar yo también si no encuentro pronto una «girl».

Podría acercarme a Covent Garden. Ahora ya me oriento mejor. Este borrachín me quiere decir algo pero no le entiendo ni pizca. «I am sorry. I am a foreign here. I don't understand you». ¡Dios mío, cómo se ha enojado! Me ha enviado a freír gárgaras con un «The son of a bich». Creo que es lo único que le he entendido.

Me gusta caminar sin prisa, con libertad absoluta para pensar en cualquier cosa. No podré contar muchas cosas cuando regrese a casa. *Pero he enriquecido mi cultura y sensibilidad por medio de una nueva experiencia. Y a fin de cuentas, ¿qué es el ser humano sino el cúmulo de todas sus vivencias?* Parezco un jilipollas.

Sentimientos, ciencia, arte, muerte, sorpresa, risa, asombro, seriedad, satisfacción, humo, ironía,

máscara, rostro, piel, color, abandono, dolor, verdad, asfalto, distancia, lavandería, isolation, movimiento, imágenes... ¡Un ataque de palabras! ¡Socorro!

Doce, casi catorce pollos fritos tengo que despiezar todos los días antes de preparar la masa para los sandwiches. Pollos, pollos, pollos. Hoy, dieciséis pollos en dos horas. Salgo del trabajo y veo pollos a diestro y siniestro. El cobrador del metro me parece que tiene cara de pollo. A medida que camino, yo mismo soy también un pollo, un pollo frito. Cuando me siento junto a la ventana de mi habitación, mi pensamiento es un pollo frito. Voy a dormir, y en la cama, mi sueño es otro pollo frito.

Ah! Ya estoy en Covent Garden. A ver qué dice la guía turística... página veintiséis... Aquí. *Covent Garden WC2. «The Benedictine Monks originally started the market and in 1631 the Piazza, London's first Square, was designed by Inigo Jones».* Podría sentarme en aquella cafetería y pedir una cerveza.

—Can I have a beer, please?

—Sorry?

Me ha entendido a la cuarta. Va mejorando mi inglés. Me sentaré afuera, en esa silla de ahí. ¡Lo que faltaba! He derramado la mitad de la cerveza.

La guía turística decía que «*According to Pepy's Diary the first Punch and Judy Show was held outside St Paul's Church on the west of the market*». Alguien se ha reído. Igual es porque estoy leyendo la guía turística. No seas estúpido. «*...on the west of the*

market. Here musicians, actors and artist could perform still a tradition of the market today». Me aburro. Debería escribir a los padres. Los padres... es como si existieran a partir de lo que puedo recordar de ellos. «...*of the market today. The original market had grown so large that it moved to Nine Elms; the original market became a shopping arcade with market stalls».*

¿Pero qué estoy haciendo yo aquí, en Londres? Si no encuentro pronto una «baby» no creo que vaya a durar mucho en esta isla.

Leo dice que debo escribir mis sueños, que debo acostumbrarme a atrapar los sueños con tinta.

A veces tengo la impresión de estar al acecho de una nueva idea; aguardando cualquier pensamiento imprevisto, recuerdo, sentimiento o visión. ¿*Visión?* Esto se está poniendo peligroso.

La experiencia en Alemania sí que fue extraordinaria. Todos viviendo en la misma casa, cada uno en su habitación. Y entre nosotros, a monosílabo limpio. Alguna vez coincidíamos en la cocina, o en el pasillo, o al entrar y salir. Un saludo y punto. Todos estábamos un poco chiflados, no muy lejos de la nada. Cualquier comunicación entre nosotros era imposible, aunque al mismo tiempo nos sentíamos orgullosos. ¿*Orgullosos?* Poco puedo fiarme del pasado, aún tratándose de una situación imaginada que pudiera guardar un cierto encanto. No sé. Vivir en la realidad o fuera de ella no tiene importancia. Tampoco yo la tengo. Parece que me

estoy poniendo nostálgico. Sacudámonos esta melancolía.

No muy lejos de aquí hay un pub donde suelen celebrarse representaciones de teatro callejero. Leo me explicó más o menos por dónde estaba. No perderé nada por hacer la prueba. A ver si lo encuentro...

Trabajo seis horas al día. Y aún podría trabajar menos. Al fin y al cabo, toda vez que gano lo suficiente para pagar la casa y la comida, no tengo necesidad de mucho más. No es tan duro el trabajo de la cocina. Peor era el de limpiador. Además, se come estupendamente.

Oh! Este es el lugar que buscaba. Entremos. Todos trasegando cerveza. Y ni rastro de comediantes. Tampoco veo un escenario donde poder realizar una representación. ¿Pero no es Leo el que está sentado con esa joven? Sí que lo es. Me acercaré a saludarle.

—Hola, Leo.

—¡Ander! ¿Qué andas por aquí?

—Quería ver alguna representación...

—El escenario está en el piso de abajo. Aún no ha comenzado la función.

—Estupendo. Echaré un vistazo. Aunque no creo que vaya a entender nada.

—Entonces llévate esto.

—¿Qué es?

—El guión de la obra que van a representar.

—¿Y cómo lo has conseguido?

—Los del grupo de teatro son amigos.

—Conoces a la mitad de la población de Londres, ¿no?

—Hay que mover el trasero.

—Vale. Luego nos vemos. Bye-Bye.

—Hasta luego.

Leo, como siempre, bien acompañado. He llegado a tiempo. Todavía no han comenzado. Pediré algo de beber a la chica de la barra. Que por cierto, está como un tren.

—Can I have a beer, please?

¡Asombroso! Me ha entendido a la primera. Esperemos que no me saque un ataúd²... Pues no. Trae una cerveza bien fresquita. No hay donde sentarse. Sí, ahí hay un sitio libre. Echaré un vistazo al guión de Leo, aunque parece que la función va a empezar...

² «Beer», cerveza, y «bier», féretro, mantienen una similitud fonética que puede llevar a error, sobre todo cuando el que habla no pronuncia bien en inglés. (N. del E.)

¡Las once y media! Qué tarde se ha hecho. Si no me doy prisa perderé el último metro. ¿Dónde estaba la salida? Oh, ahí está.

Otra vez en la calle. Apenas hay nadie a esta hora. Tan pronto como anochece las ciudades como Londres se convierten en verdaderos desiertos. Aún así me agrada. Aunque son más amenas a las doce del mediodía. Claro que pasar aquí un largo invierno... Tiene que ser bastante duro.

Hay una combinación muy sencilla de aquí a casa. La línea roja. Ahí está la parada de metro: Tottenham Court Road.

Ya estoy en el andén. Et voilà el tranvía. Por poco lo pierdo. Casi todos los vagones vacíos. No está nada mal esa chica. El que se metió en el vagón conmigo parece que quiere arrimarse a ella. No tiene un aspecto muy de fiar. La joven da la impresión de ir abstraída en sus pensamientos. Are you happy? Would you like to be happy with me?

Estos trenes atraviesan la ciudad a una velocidad impresionante. Oxford Circus. En esta estación ha subido mucha gente. ¿De dónde habrán salido si estamos todavía a lunes? ¡Ah, claro! Turistas.

No sé hacia dónde mirar. Siento mi propia cara como si fuera de goma. Este olor a sudor me marea. Creo que hubiera sido mejor no haber venido a Londres. Aprendería más inglés en Donostia. Claro que buscaba algo más aparte de aprender inglés. Bond Street Station. La bella se baja aquí. No te

vayas, no te vayas. Y el tipo raro también. Será casualidad. Vete a saber. Debería cambiar de casa.

Conforme transcurren las semanas me siento más y más fastidiado. Oh! No soporto los túneles, la frialdad de los viajeros, la falta de naturalidad, este hermetismo... Son más alegres los viajes en autobús que en metro. Aunque más lentos. Y también más complicados. Con tantas líneas... Marble Arch. El grupo de turistas desciende del vagón.

No han pasado más de diez minutos desde que salimos de Tottenham. Otra chica-hermosa ha subido al vagón. Es negra. No, marrón. Sí, tiene la piel de color marrón. Estupendas piernas. Le da por tomar anotaciones en una pequeña agenda. Parece que la mitad de la población londinense se dedica a tomar anotaciones en una pequeña agenda. Mientras ella escribe, la puedo mirar a placer. Me ha pillado. Y a continuación ha escrito algo. ¿Algo a cerca de mí, tal vez? *«Me hallaba en el metro cuando sentí los ojos hambrientos de un hombre clavados a mi cuerpo. Parecía extranjero. Italiano, probablemente»*. Lancaster Gate. Esta es mi parada.

El pasar del tiempo ha quedado un poco distorsionado desde que estoy en Londres. Juraría haber oído mi nombre. No... Quizá alguien muy lejos de aquí ha gritado mi nombre. Magia negra.

Músicos de los subterráneos. Algunos lo hacen realmente bien.

Debería cambiar de casa. No estoy acostumbrado a compartir habitación. Podría hacer la prueba con este anuncio *«Holiday Accomodations*

NS. Very clean, singles or doubles and sharing, from 28 pounds pw. Own keys and cooking facilities. Tel: 802 79 88 or 226 08 56». 28 libras. No está mal. Pero probablemente tendría que ir al quinto piso a vivir. Es para pensarlo dos veces. Además, cambiar de casa tiene su lado bueno y su lado malo. Por ejemplo, vivir completamente solo puede resultar peligroso a la larga. Y Vincent, el italiano, es un tipo simpático. Con el madrileño es más difícil mantener buenas relaciones. Aunque no se le puede echar nada en cara como compañero de habitación, excepto que huele que apesta.

Ya estoy en casa. Qué raro. Alguien ha olvidado cerrar la puerta. Vincent y Javier estarán ante el televisor, tumbados en la cama.

Ander: Buenas noches, monstruos de la televisión.

(No responden nada.) ¿Sabéis una cosa?

Javier: Te has muerto.

Vincent: Has comprado un perro.

Javier: Te has casado con una rica.

Vincent: Has decidido tomar una ducha.

Javier: Has pillado el sida.

Vincent: Has ido a misa.

Ander: Os voy a dejar bo-quia-bier-tos. ¡El jefe va a enseñarme mañana una nueva receta! ¿No es marvellous?

Vincent: Really! But that is a great new, isn't it?

Javier: Hay que ver lo estúpidos que podéis llegar a ser.

Ander: Este no entiende ni una palabra de arte.

Vincent: Not even a little. ¿Y qué tipo de receta es?

Ander: Todavía no lo sé. No me ha revelado nada. Es un secreto.

Vincent: Really! O, goodness!

Javier: Todo esto no tiene sentido. ¿A santo de qué tanta importancia a una receta?

Ander: Aunque creo que tiene algo que ver con huevos.

Javier: ¿Antes o después de mezclarlos con la Salatcream?

Vincent: Querrás decir con la mayonesa, grandísimo energúmeno.

Ander: Después.

Vincent: Marvellous! I am completely delighted.

Javier: ¡Esto es ridículo! (Luego de una pausa) ¿Y no sabes nada más acerca de esa receta?

Ander: No.

Javier: What a shit!

Ander: I am desolate, believe me.

Vincent: Estoy citado para esta noche con una chica.

Javier. ¿Tratas de decirnos que quieres dormir y que mejor si nos callamos?

Vincent: Exactly.

Ander: ¿Está bien la colega?

Vincent: ¿Te parece que tu novia está bien?

Ander: ¿Por qué?

Vincent: Porque se trata de la misma colega.

Abandono la cama de un salto y me lanzo contra Vincent blandiendo mi almohada. Inmediatamente comenzamos a golpearnos con las almohadas hasta que la habitación se llena de plumas. Luego, nos detenemos a mirar las decenas de plumas que flotan por el aire. Vincent refuerza el hechizo exclamando «¡Se nos viene encima una tormenta de nieve! ¡Guarezcámonos antes de que nos congelemos!» Javier y yo nos apresuramos a obedecerle y, una vez apagada la luz, al igual que millones de personas, cerramos los ojos y dejamos al sueño que se acerque a sellarnos los párpados.

LA RADIO

Jagoba Salaberria Gartzia, Txomin Larreta Etxepare y Txatxu Reinosa Arbizu componían el equipo de montañeros. La nieve lo cubría todo. Abismos aterradores y fragmentos impresionantes de hielo les rodeaban...

El viento llegó de imprevisto, justo en el instante en que se disponían a alcanzar la cumbre. Una ventisca se alzaba cada vez con más fuerza ocultando el paisaje que hasta sólo hacía un momento podía divisarse en todo su esplendor. Aunque no mostraron intención de regresar al campamento, la preocupación se posó en sus corazones como un copo de nieve.

Jagoba, siendo un enamorado incurable de la radio, no podía ir a ningún sitio sin su aparato portátil —y aquella ocasión no había de ser una excepción—, lo cual era motivo de numerosos reproches por parte del grupo que no deseaba nada relacionado con la «civilización». Por ello, solía llevarla apagada la mayor parte del tiempo, introducida en la parte superior de la mochila a fin de que no recibiera golpe alguno y poder así disponer de ella en cualquier instante. Su afición era tal que en ocasiones guardaba la radio en el bolsillo del abrigo y, asiéndola con fuerza, proseguía el camino.

Se encontraban en medio de la ventisca y el viento rugía feroz. La niebla les impedía ver el camino a seguir y apenas podían comunicarse entre ellos debido a la altura, el frío y el viento que acometía desde todos lados formando remolinos. Fue entonces cuando Jagoba sacó su radio de bolsillo, la encendió y la introdujo en la capucha fuertemente apretada del plumífero. Se trataba de un pequeño transistor a pilas, sólo que de una potencia anormal para su tamaño. Además, los últimos satélites de comunicaciones obraban maravillas.

La voz de un locutor inglés comenzó a hablarle como por milagro. Pese a no tener la más mínima idea de inglés, aquella voz humana le devolvió poco a poco a la tranquilidad. Así que, cuanto más arreciaba la tormenta, Jagoba más despreocupado parecía.

Y no bien acababa la radio de acometer una nueva melodía, cuando de repente Txatxu desapareció en uno de aquellos pavorosos abismos lanzando un angustioso grito que Txomin a duras penas pudo oír pero que, desde luego, no llegó a oídos de Jagoba, demasiado ocupado escuchando su radio.

Mientras Txomin lloraba la muerte segura de su compañero, el rostro de Jagoba mostraba una satisfacción casi absoluta: los acordes de la banda de jazz interpretaba el siguiente tema con desbordante alegría.

El cielo oscureció con rapidez inaudita.

A lo lejos, el trueno retumbó, la nieve comenzó a caer copiosa y el viento sopló con más fuerza si cabe. Por si fuera poco, Txatxu precipitado en un abismo, perdido para siempre.

Estaban ante el abismo en el que había desaparecido Txatxu y no podían intentar nada con vistas a un rescate (sabían que todo intento era inútil.) Súbitamente, Txomin, fuera sobrepasado por los desgraciados acontecimientos o bien porque percibió la proximidad de la Muerte o tal vez impulsado por el deseo de ver un rostro humano en aquél entorno hostil, extendió los brazos hacia Jagoba y levantó la capucha que ocultaba la cara de su amigo: allí apareció el rostro de Jagoba... ¡a punto de destornillarse de risa! Y sin poder aguantarse las ganas, Jagoba comenzó a reír como un loco. Y también a bailar. Y con una mano sostenía la radio que apoyaba junto al oído. Y reía y bailaba sin parar. El viento rabioso y helado, la nieve, los abismos, la ventisca, la muerte de Txatxu, las ínfimas posibilidades de salir con vida de aquél lugar, las colosales rocas que les rodeaban, la soledad, la espesa niebla, la mirada extraviada de Txomin (un rayo de locura comenzaba a brillar en sus ojos), la INMENSA CORDILLERA DEL HIMALAYA que hacía sólo un momento habían contemplado bajo ese sol frío de la montaña o, incluso, la más que probable posibilidad de permanecer hasta el fin de los siglos en aquéllos parajes maravillosos e inauditos... todo esto parecía formar parte de la melodía. De tal modo que, más que la música, era la situación en sí lo que representaba el baile de Jagoba.

Entregado en cuerpo y alma a aquella macabra danza, no reparó en la grieta oculta bajo la nieve. E inesperadamente la melodía pareció esfumarse. Jagoba se sintió arrastrado por una mano fría. Sin embargo, antes de desaparecer por el hoyo abierto a sus pies, entornó los ojos y, durante un segundo o durante una eternidad —imposible de precisar—, vio a Txomin sentado en la nieve con la mirada perdida. Cerró completamente los ojos y adivinó el final de su compañero: una figura quieta en la ventisca, su inteligencia extraviada, incapaz de comprender la situación, desconocedor del inminente final, tal vez feliz (esto, la verdad sea dicha, no tenía gran importancia ni para uno ni para otro).

La casi total verticalidad de la grieta le hacía caer a una velocidad cada vez mayor. Justo en ese momento dejó de pensar en Txomin y, acordándose de la radio, se preguntó a dónde habría ido a parar. En los próximos segundos —quizá fueran años, o siglos o eternidades— dedicó a la radio todos sus pensamientos: si habría finalizado el tema musical, cuál sería la próxima melodía, cuántas lenguas hablaría el locutor de la radio, si esa noche se acostaría con una mujer, si la caída estropearía la radio... ¡ESTROPEARSE! ¡ESTROPEARSE! gritó en su pensamiento sobresaltándose con terror infinito.

Y continuó cayendo por la grieta como por un tobogán, revolcándose en el universo creado a saber por quién, deslizándose en la nada y el todo. Y por primera vez en su caída sintió miedo. La posibilidad de que la radio hubiera enmudecido lo envolvía

en un terror negro y espeso. Precisamente por esta razón, es decir, para huir de su pánico, imaginó que escuchaba la radio —porque yo no creo que la escuchara realmente— recobrando así de nuevo la tranquilidad (como si en ello hubiese hallado el consuelo de un dios).

El final del «viaje» le llegó de forma inesperada. En el fondo de la grieta, según suele ser habitual en tales lugares, habían ido formándose estalagmitas tan afiladas como espadas. Y en ellas quedó clavado. Aún movió los labios durante unos instantes, siguiendo el ritmo de una melodía imaginaria, hasta que fue tocado por las blancas alas de la Muerte.

¿Y la radio? La radio, sin sufrir una sola avería, había realizado un camino más largo que el de Jagoba. O, mejor dicho, lo estaba realizando, ya que habiendo tomado otro camino distinto del de Jagoba, no había llegado todavía a final de trayecto. Y sin que el locutor pudiera siquiera sospecharlo, su voz se dirigía hacia las profundidades más heladas de la tierra, unida indefectiblemente a aquél viaje sin retorno.

Durante largo rato cayó y cayó, hasta aterrizar en un blando montón de nieve, donde continuó hablando. Y como un hielo más entre los hielos, como si de un habitante originario se tratara, semejante a las divinas cumbres e ignorando que su presencia en aquél paraje estaba fuera de lugar, la estúpida voz de la emisora tan pronto reía como estallaba en un grito de gozo cantando el gol

conseguido por el equipo local; y a continuación, una empalagosa voz de mujer hablaba respecto de las dificultades por las que atravesaba la economía internacional y casi inmediatamente anunciaba la muerte en la India de mil quinientas personas —la mayoría niños— en el incendio producido en un hospital y daba noticia asimismo del terremoto ocurrido en no sé qué país y que los muertos se contaban por miles pero que las naciones del mundo ya habían empezado a enviar ayuda... en nombre de la solidaridad

Radio del Futuro
 un día más con vosotros
 levanta o llegarás tarde
 al traba jo
 son las doce de
 la no che has
 ta mañana na que ridos
 o yentes por ta os
 bien.

El himno de la nación, en medio de un tartamudeo nacional, dio por finalizada no sólo la emisión sino la radio misma —última heroína de nuestra aventura—. Así pues, podemos afirmar que la radio murió «con las pilas puestas», tan leal como un leal soldado del leal séptimo de la no menos leal caballería.

CANCIÓN PARA EDURNE

0

Historia de la Fuente llamada Edurne³

Hablar de ti —tan lejana— y no sentir la tristeza. Edurne. Y en el perfil del nombre, sin apenas recabar una expresión, la imagen que se esfuerza en regresar de un mundo incierto sobre el que no voy a decir «se quedó atrás» porque tal vez no quedó en sitio alguno.

Laboa y el Gernika y algunas borracheras. También había un alféizar y un intenso aroma a suavizante en el jersey y, no tenía intención de ocultarlo, algunos "porros" ahumados con subversiva y religiosa clandestinidad. A un lado sensiblerías horteras y resignación de memorias.

Cada vez que imagino tu muerte. Al borde de un camino siempre desierto. Sentada contra el tronco seco de un árbol que se ajusta. Al paisaje nada tenebroso. En el corazón de la tormenta de nieve. A cada instante. Más intensa y pálida que nunca.

Y la nieve te abriga. Mientras tus ojos cerrados. ¿Los abres súbito, mirando con temor?

³ *Edurne fue una amiga de la pubertad. Un día cogió la mochila y partió a recorrer mundo. No regresó nunca. Desapareció en algún lugar de Europa. (N. del E.)*

No sientes: fue tu certeza del inminente morir.

Es de noche y regresas precisamente hoy que es de noche, ¿por qué no permaneces para siempre?

Hace un instante el miedo. Era la Muerte (me pareció... quería tocar mi mano); sin embargo, al pensar en ti. ¿Cómo se puede temer la muerte sabiendo que ella...? El mensaje de los que quisimos: no estamos lejos.

Que la ciudad te olvide (¡no poseo una sola fotografía tuya!).

Tu nombre inscrito en la placa de una manzana de casas o en el largo de una imponente avenida sería tan ridículo como lo soy yo, sin embargo qué magnífico en una plaza enana y escondida, o aún mejor, en el llano de una pequeña fuente excusa de la sed. Homenaje a tus oscuros, heroicos y generosos años: catorce, quince, dieciséis...

Golpeas en la puerta:

—¿Vamos?

Pero a veces no hay nieve ni árbol ni muerte natural. «*Le dieron el palo*». Al acabar debió esconder tu cuerpo (¿o serían más de uno?) en alguna fosa oculta para siempre. ¿Un vagabundo? ¿Dos delincuentes que por azar coincidieron en el mismo camino y de los cuales tan sólo uno habría de llegar a la ciudad? ¿Algún campesino brutal como la tierra? ¿Y el lugar? No cavilaré acerca de tus huesos, no distinguiré tu cuerpo ensartado en el rayo...

Eduarne: un susurro que el viento pronuncia.

¿Culpables? Por supuesto. La sociedad de la época y —¡cómo no!— nuestra divina obstinación de adolescentes.

Ansiamos la libertad de los individuos solos, y tras ella hubimos de esforzarnos. Otros, la mayoría —nunca fuimos de la mayoría—, permanecieron con los brazos cruzados babeando amenazas, responsabilidades y recomendaciones con las que únicamente supimos limpiarnos el trasero, porque a nuestro entender «ellos» nunca se darían cuenta de lo que significaba «aquello» (consecuencia de vivir en la frontera y tener un pobre bagaje cultural).

Libertad que asumimos como necesidad (quizá lo único a lo que no claudicamos en nuestro ingenuo transcurrir), comprometidos de lleno hasta esa muerte dulce y brutal, viajando y cayendo a través del último y gran agujero del universo para por fin regresar con las manos vacías —los que regresamos—, limpios y humillados, como si nada hubiera ocurrido, listos para volver a empezar.

¿Errores y equívocos? ¿Incluso el mismo punto de partida...? ¿Quién traspasó los umbrales de «El Dorado»? ¿Tú? Nadie se hacía tantas preguntas: ¡éramos tan espléndidos!

Si bien es cierto que existen muchas interpretaciones. Y que es difícil entender hasta lo imposible.

A las cuatro de la mañana con el sigilo de un pez acaba de llegarme tu recuerdo por alguna razón imposible de atrapar en mis palabras.

Propongo beber una botella. Y comenzar de nuevo sin cambiar. Al fin y al cabo, las razones sólo desde aquellos años podremos entender.

Y si no hubieras desaparecido. Al encontrarnos en cualquier calle de esta ciudad cualquiera. Ni siquiera un saludo.

Es la hora para que cada cual regrese. Mejor sin fotografía. De todos modos, algún día podría pedirle una a aquél muchacho —o a nuestra amiga en común—, del mismo modo que a ti podría preguntarte por tu dirección. ¿No?

SIEMPRE ESTA LLUVIA

Dos veces rodé por el suelo y él otras tantas me ayudó a levantarme. Poco a poco iba haciéndome dueño de la realidad, a pesar de que todavía permanecía bajo los efectos de la borrachera. Alcé los ojos y sentí un dolor intenso en el brazo izquierdo consecuencia de la última caída. La sonrisa piadosa que reflejaba el rostro de Manu daba vueltas y vueltas en mi cabeza junto con las últimas palabras de Anjela. «Anjela», creo que murmuré. Y lancé una carcajada que sonó entre vacía y rencorosa.

Los recuerdos desbordaban mi cabeza y, a fin de ahuyentar aquellas penosas imágenes, sacudí de un lado a otro mi cabeza empapada de alcohol. Al doblar la esquina busqué a Anjela con la mirada, instintivamente. Pero fue en vano. Y como si no fuera suficiente, la humillante piedad de Manu justo ahí, al lado mío, semejante a un fiel y odioso perro que no comprende nada.

La voz de Manu, justo detrás de mí exclamó:

—Vamos, vamos. No será para tanto.

«¿Qué pensará este perro fiel de todo esto?»
pensé para mí.

—No puedo vivir solo, Manu. ¡No puedo!

—¿Y no sabes por qué te ha dejado...?

—¡Y yo qué sé! No le hice nada...

Este entrometido quiere saber demasiado de mi vida privada. Pero no le daré ningún detalle. El muy majadero...

«¿Puedo quedarme?» fue la asombrosa y deseada pregunta de Anjela cuando apareció en mi casa por primera vez. Durante los últimos meses había vivido aguardando esa pregunta.

—Trata de andar, majo. ¿O es que quieres pasar la noche en la calle?

—Tranquilo, colega, tranquilo...

—¿Crees que has llegado al final de tu vida? Hay cientos de chicas aguardándote. ¡Animo, Inazio!

«Cientos de chicas». Tiene veinticinco años y aún no sabe qué es una chica. ¡Ja! Mejor haría en darse consejos a sí mismo. Estúpido. De todos modos, hay que reconocer que este perro fiel tiene una paciencia...

Aunque no lo deja entrever, mi perro Manu está muy contento hoy. Como Anjela se ha marchado, cree que ahora me abandonaré en su compañía.

«Hola» fue el inmediato saludo de Anjela a la mañana siguiente de nuestra primera noche. ¿Y yo qué le respondí? Creo que le respondí con una sonrisa irónica... sí...

—Muévete, Inazio. Tenemos la txakurrada ahí mismo.

—¡Que se vayan al cuerno ellos también!

Cuando comencé a vivir con Anjela este tonto por antonomasia se puso celoso. Parece estar enamorado de mi. Me quiere como si fuera su esposa. ¿Será homosexual?

Ojalá Anjela regrese. Pero no debo esperar tal cosa. Al final casi ni nos hablábamos. Me he quedado más solo que la una. «Ven».

—¿Llevas el carné?

—¿Para qué?

—Te lo he dicho. La poli.

—Pues no sé si lo llevo encima... No. Lo he debido de perder. Sí, junto con la cartera... Olvidados en algún bar... En el último pub en el que hemos estado, seguramente.

—Buena noche. Carné, por favor?

«Pareces un hippie» me dijo una vez Anjela, riéndose. «Claro» le respondí yo. «Voy a ordenarte un poco todo esto» añadió. Y yo «No te molestes.» «Te dejará los libros como están.» «Si quieres...»

—¿Qué le paza a zu amigo?

—Le ha dejado la novia y... —comenzó Manu.

—¿Zergatik ez diezu esaten nire galtzontzi-loen kolorea? —le interrumpí colérico.

—Hable en criztiano, coño. A ve ssi me mozqueo y l'arrmamo.

«Y l'arrmamo»

Me va a costar reponerme de este golpe. Hace tiempo que dejé atrás los veinte años.

¿Por qué ha mencionado Manu lo ocurrido con Anjela? Mi perro fiel es más tonto de lo que pensaba. Voy a tener que echarle una buena bronca. Y el sabe que voy a echarle una buena bronca. Tengo ganas de vomitar. Voy a ensuciar los zapatos del poli.

—¿Qué diablo hase zu amio? Ze va a recordar dezta!

—El pobre está borracho, mi sargento.

—¿Qué zargento ni qué polla: cabo! Me vaz a venir a mi dándome coba. ¡Listo!

—Zer dio honek, Manu?

—Ez mintza euskaraz, Inazio. Gaur ez dugula etxean lorik egingo gero!

—Mardita zea! ¿No lez he dicho pa'hablá en criztiano?

—Si es que le ha dejado la neska, mi sargento y...

—¿Que le ha dejao quién!

—Pues eso, ba. La neska. Inazio, nola esaten da espainolez?

—¿Qué tié uzté en contra de lo españollez! Y dígale a zu amío que no ze ría o no rezpondo.

Le di mi palabra a Anjela de que no volvería a chiquitear. Y así lo cumplí durante dos largos meses. Me aburría. «Hoy saldré a dar una vueltecí-

ta», y Anjela me respondió con una sonrisa enfadada y triste. La besé y le acaricié las mejillas poco antes de salir.

Debían de ser las cinco de la mañana cuando regresé.

Anjela comenzó «No puedo soportarlo, Inazio, no puedo.» Y escurrió el cuerpo para evitarme. «Maldita puritana» pensé para mi, tambaleándome. Incliné un poco la cabeza y pregunté «Anjela, ¿qué te ocurre?» No respondió. Por fin, como no tenía sueño entré, comí un poco y me quedé dormido encima de la mesa de la cocina.

Hacia las nueve de la mañana Anjela entró y dijo «Hace cuatro horas que has cenado. ¿Quieres el desayuno?» «Bueno» respondí. Portazo.

Dos horas más tarde la encontré asomada a la ventana «¿Todavía estás enfadada?» Tampoco esta vez respondió. «¿A dónde miras?» le pregunté reconciliador. Y ella, levantando los hombros, respondió al cabo de unos tensos segundos «Siempre esta lluvia.» Lo dijo con rabia. Por seguirle la corriente eché un vistazo afuera. «¡Cuánta gente!» comenté. Y ella, sin hacer caso alguno, se irguió en dirección a la puerta y gritó «¡No sabes lo odioso que puedes llegar a ser!» Y se fue. Y yo me quedé mirando a la lluvia. «Claro, la lluvia...» pensé.

—Váyanze, váyanze lo do de aquí ante de que m'enrrepienta.

—Bai, sí, sí. Ya nos vamos.

—M'ha pringao lo zapatoz er serdo eze. ¡Dio!

«¿Quieres traerme un poco de vino, Anjela? Vaya mirada que me echó. «Al acabar, limpia tú mismo los cacharros. Yo no voy a seguir siendo tu esclava, Inazio.» ¿Qué le impulsaría a tomar esa decisión? Puede que vivir conmigo no resultara muy agradable, pero hasta el punto de preferir vivir sola... Ella sola, yo solo...

—Vale más que nos vayamos de aquí.

—¿Irnos? ¿A dónde?

—A casa. ¿A dónde si no?

—No quiero ir a casa.

—¿Por qué dices eso?

—No quiero ir a casa.

—¿Qué quieres hacer entonces?

—No lo sé, no lo sé...

—Si quieres puedo quedarme en tu casa a pasar la noche. Te haré compañía...

¿Será homosexual? Aún no le he echado la bronca. Es igual. Ahora no tengo ganas de empezar a gritar. Es simpático este Manu... y repugnante al mismo tiempo.

No me dirigió la palabra en tres días. Andaba por casa como un fantasma. Cuando quería era más cabezota que un borrico. «Trataré de portarme lo mejor posible, Anjela.» Ella, sin embargo, «No es suficiente, no es suficiente.»

Al principio todo fue estupendo, un puro paraíso...

—¿Qué dices de un paraíso?

—Tranqui, mi querido San Bernardo. Tú encárgate de conducir a tu amo por el buen camino.

—No te entiendo, pero me parece que ya has empezado a insultar.

—Como siempre, ¿no? Sin embargo, las recibes todas sin decir ni mu.

—Te aprovechas de la debilidad que tengo por ti.

—Idiota. ¿Qué tal tus papaítos? ¿Te cuidan bien? Ja, ja.

La lluvia ha comenzado a penetrar en mi ropa.

Anjela se encerró en la habitación sin dejar de llorar. «Anjela, abre la puerta, por favor. No volveré a beber. Anjela, abre la puerta. ¿No has oído? ¡Anjela!»

—¡Anjela! No volveré a beber! ¡Anjela!

Manu, muy emocionado:

—Tranquilo, amiguito. Tranquilo.

—¡Tú qué diablos dices! ¡Sabandija!

—Bien, bien. Insúltame. Si eso te hace sentir mejor...

Como cuando acabé en un burdel. Mejor no recordarlo. Aquél cuartucho inmundo... Al salir era como si hubiera muerto por dentro. Y una vez en casa, la voz de Anjela «¿Dónde has estado hasta tan tarde?» Respondí «En casa de un amigo. Ya sabes,

charla que te charla.» Y sentía que el corazón me latía a cien por hora, como si fuera a estallar. Aunque no se lo creyó, Anjela guardó un silencio resignado. Poco antes de acostarme la imagen del cuartucho inmundo saltó implacable a mi cerebro restallando como un látigo, acusándome. «Ahora vuelvo» le dije a Anjela saliendo de la habitación. Vomité en el cuarto de baño. Arrojé la cadena, restregué los dientes con pasta dentrífica y regresé a la habitación donde encontré a Anjela completamente desnuda encima de la cama.

No me dirigió la palabra en cuatro días excepto para responder con monosílabos a mis preguntas. Viendo que mis tentativas de reconciliación eran inútiles, una noche llamé a un par de amigos y para cuando regresé a casa de nuevo tenía una borrachera de padre y señor mío.

Fue una parranda inolvidable.

Al regresar, estaba hurgando en la puerta tratando de acertar con la cerradura, y en esto la puerta se abrió de un golpe y apareció Anjela con un rostro absolutamente encolerizado. «¡Lo siento! ¡Lo siento!» balbucí.

En las próximas semanas todo fue estupendamente. Pero cuando miraba a los ojos de Anjela, adivinaba que aquella tranquilidad no duraría mucho.

—Si vieras a Anjela dile que...

—¿Qué quieres que le diga?

—Dile que me voy a pegar un tiro.

—Vamos, vamos. No será para tanto. Además, eso sería un chantaje.

—¿Un chantaje? ¿Por qué?

—Si Anjela quiere dejarte, tiene todo el derecho del mundo. No eres un muchacho de quince años. Las fuerzas para vivir tienes que buscarlas en ti, y no en los demás.

—Me has salido todo un humanista... de feria. Ja, ja.

—Y tú un hortera: «*Dile que me voy a pegar un tiro*».

Responder con monosílabos solía ser el recurso que Anjela utilizaba para mostrar su enfado. «¿Quieres que cenemos fuera hoy?» «No.» «Otra vez está lloviendo» «Sí.» «Hoy echan una buena película en la tele.» «Tal vez.» Y así hasta que desaparecía el enfado, y, por supuesto, hasta que volvíamos a enfadarnos.

—Ya hemos llegado.

—¿A dónde?

—A tu casa, claro.

—¡Ah!

—¿Quieres que suba?

—No, no es preciso...

—Buenas noches, Inazio.

—Lo mismo digo.

«Esta lluvia parece no vaya a cesar nunca» piensa Manu camino de su casa.

Su rostro muestra un aspecto abatido. «Menos mal que no le he dicho nada» se dice a sí mismo con los ojos clavados en los baldosines grises que pisa como si caminara por la nada.

Los árboles de la ciudad parecen susurrar una denuncia vergonzosa en los oídos de Manu. «Sólo quería estar un rato con ella», murmura. Al entrar por una bocacalle el viento se detiene, como si huyera de él. «Sin embargo, la cosa no quedó en una simple charla. Acabamos haciendo el amor. Y más en serio de lo que en un principio imagináramos. Ni siquiera sé cómo pudo ocurrir.»

Cada gota de lluvia que golpea el rostro de Manu aumenta el sentimiento de culpabilidad que le domina. «He perdido a Inazio para siempre.» Manu necesita de calor más que la fría noche. «Para siempre» pronuncia en voz baja metiendo la llave en la cerradura del portal.

Manu sube los escalones de madera como si caminara bajo un peso aplastante. El crujido de la madera a cada paso retumba en su cabeza y le persigue tal si hubiera transgredido una suerte de ley sagrada.

En el salón discierne la silueta de una mujer junto a la ventana, mirando a la calle:

—¿Qué haces aún levantada, Anjela?

—¿Se lo has dicho?

—No. Me ha faltado valor...

Anjela, apartando los ojos de Manu y volviéndolos hacia la noche espesa más allá de la ventana, exclama débilmente:

—Siempre esta lluvia...

De pie en medio de la habitación, cabizbajo, Manu responde:

—Sí, siempre...

UNA BONITA SORPRESA

*Perdónalos, Señor, porque
no saben lo que hacen.*

—Eneko, ¿cuándo vas a dejar el vicio del tabaco?

Hacía ya veinte años que el médico repetía a Eneko la misma pregunta. Y otros tantos llevaba Eneko replicando:

—La próxima semana, sin falta. ¿No se lo cree? Ya verá, ya.

Y el médico, en tono burlón:

—Por suerte no eres muy aficionado a beber. Si no, me ibas a dar mucho trabajo.

Y ambos se echaban a reír, como si la broma repetida durante veinte años fuera la primera vez que la escuchaban.

Sin embargo, en aquella ocasión no estaban de humor para bromas.

—¿Cáncer?

—Sí, Eneko. Siento ser portador de malas noticias, pero así es...

—¿Cuántos años de vida cree que me quedan?

—¿Años? Querrás decir meses.

—¡Meses!

—No creo que te queden más de seis meses.

—Seis meses...

Al salir de la consulta se detuvo un instante para mirar al sol, y dejó que el astro amarillo llenara de calor su cuerpo. «Siete meses» recordó. Y tras volver en sí del éxtasis en que se hallaba, se encontró en medio de una ruidosa y animada calle.

Tan pronto como llegó a la embarcación que tenía amarrada en el muelle, la soltó y dirigió la proa hacia mar abierto, tal y como solía hacer cuando algo le preocupaba.

Salvo estas salidas al mar, Eneko no tenía ningún otro tipo de diversiones —y las pocas que se le ofrecían trataba de soportarlas lo mejor posible: ver películas, realizar algunas visitas de cumplido...

Con el mar era distinto. No sabía de dónde le venía exactamente la afición, pero aquella inmensidad siempre en movimiento le ofrecía algo más que una mera evasión de la realidad cotidiana. Y para un hombre dado a soñar como era él, no había nada que pudiese equipararse a la sensación de hallarse en una patria cuya única limitación eran el cielo y el agua. Por otro lado, la pregunta que todos solemos hacernos, él se la planteaba allí, en los incansables vaivenes de las olas.

Si algo había más hermoso que el mar para Eneko, sin duda debía ser Julene, su esposa.

Cuando conoció a Julene, le pareció que un fragmento del cielo azul se hubiera desprendido hasta alcanzar sus ojos. Y la primera noche que se acostaron juntos, inclinó la cabeza y con el oído pegado al vientre de ella permaneció así durante largo rato, tal si escuchara sonidos de caracola de mar. La piel de Julene se le antojaba cubierta de salitre, y su corazón repleto de ecos marinos.

«¿Cómo se lo voy a decir a ella?» pensaba Eneko al regresar del paseo marítimo y mientras amarraba la chalupa en el muelle. Luego, subió por las escaleras de piedra del malecón y, de regreso a casa, volvió la mirada hacia los lejanos y numerosos recuerdos que guardaba del pasado.

Los escasos doscientos metros que separaban su casa del muelle los realizó sin apenas darse cuenta, acuciado por un vivo deseo de ver a Julene.

Permaneció pensativo ante la puerta, eligiendo las palabras adecuadas con las que explicar a Julene la desgracia. Podía imaginarse la primera pregunta que le haría «¿Qué estás haciendo aquí tan temprano? ¿Por qué no estás en la oficina?» Hizo ademán de llamar al timbre —por lo general nunca utilizaba la llave cuando regresaba a casa—, pero cuando fue a pulsarlo se quedó sin fuerzas, así que decidió abrir él mismo la puerta.

Las voces procedentes del piso superior le impulsaron a no permanecer por más tiempo en el descansillo de la escalera. Y tras forcejear un poco con la cerradura, entró sigilosamente en casa.

Una vez dentro, el alegre y no demasiado largo pasillo iluminado por la luz del mediodía salió a recibirle, junto con los gritos de las gaviotas que podían oírse desde las ventanas abiertas.

Los primeros pasos dados en el corredor levantaron suaves quejas en el suelo de madera.

En seguida, llegaron hasta él los acordes de una guitarra que interpretaba melodías de los siglos XV-XVI —su esposa era muy aficionada a la música clásica— y se dirigió con paso inseguro hacia la habitación de la que procedía la música.

Sin embargo, la melodía se detuvo repentinamente y Eneko pudo escuchar las voces de dos personas: una, la de su mujer; la otra, la de un hombre que no conocía.

Se apoderó de él un violento temblor, y para no caer al suelo incluso tuvo que sostenerse contra la pared. No sin gran esfuerzo, consiguió mantener el control de sí mismo y, sin levantar el más mínimo ruido, avanzó pegado a la pared y miró a través de la hoja de la puerta semientornada. La cabeza de un hombre joven y bello, de unos treinta años, reposaba sobre el regazo de Julene, mientras que ésta acariciaba el pelo negro, largo y rizado del desconocido. Los dos reían y hablaban en animada conversación. Y no se interrumpían si no era para darse un beso.

Sin pararse a pensar ni un sólo instante, se incorporó y retrocedió hasta la puerta procurando no hacer ningún ruido. Y cuando ya estaba a punto de salir, unas carcajadas alegres e hirientes, que sin lugar a dudas provenían de los amantes, lo detuvieron por apenas un par de segundos. Luego, una ira intensa y un odio profundo se apoderaron de él. Descendió los escalones, salió de nuevo a la calle y dirigió sus pasos hacia la chalupa que durante veinte años le había sido fiel. Era como si su mirada hubiera quedado atrapada en un invisible agujero negro.

Mientras tanto, Julene y el supuesto amante continuaban en la habitación ajenos a la inesperada visita:

—¿Por qué no enviaste nunca una carta, Joxe?

-No lo sé... Ya sabes que fueron muy especiales la mayor parte de los años que pasé en esta ciudad.

—Sí, viviste dando la espalda al mundo, encerrado en casa de los padres.

—Así es. Por eso, cuando me propusieron trabajar en un mercante no lo pensé dos veces y...

—... y te fuiste sin decir a nadie ni tan siquiera adiós.

—Bueno, os dejé una nota a ti y a los padres.

—Nuestra pobre madre se pasó dos meses enteros sin poder levantarse de la cama.

—Estaba muy atada a mi.

—Y tú a ella.

—Quería olvidarlo todo.

—¿Incluso a tu hermanita?

—Siempre te he recordado.

—¿De veras?

—Claro que sí. ¡Todos los días! ¿Cómo no habría de acordarme de mi hermanita?

Al pronunciar estas últimas palabras Julene besa y abraza a su hermano. Luego, durante un momento quedan silenciosos, tal como estaban antes, es decir, Julene sentada en el sofá y Joxe tumbado cuan largo era con la cabeza en el regazo de su hermana. Julene es la primera en romper el silencio:

—¿Recuerdas cuando íbamos de visita al caserío del tío Martín?

—Sí, solíamos sentarnos bajo el cerezo tal y como estamos ahora.

—Te contaba cuentos.

—A los padres se les caía la baba al vernos.

—Dentro de un par de horas conocerás a Eneko.

—¿Es simpático?

—¡Oh, sí!

—Le quieres mucho, ¿no?

—Sí. ¿Sabes? El también es muy aficionado al mar. Casi todos los días sale a dar un paseo en barca.

—¿Va de pesca?

—No, no. Sólo a pasear. Le sientan bien esos breves paseos. Trabaja en una oficina.

—Comprendo. Creo que nos llevaremos bien.

—Siete largos años desde que desapareciste.

—Siete largos años...

El timbre del teléfono interrumpe la conversación de los dos hermanos.

—¿Dígame?

—Soy Eneko. Hoy comeré fuera.

—¿Fuera? Pero...

—Luego te lo explicaré. Agur.

Sólo el silbido telefónico responde a la extrañeza de Julene.

—Era Eneko. No viene a comer.

—Bueno, entonces no lo voy a poder conocer hoy.

—Vendrá por la tarde. Después de siete años sin vernos no me dirás que tienes prisa.

—No te enfades, pero a las cinco debo estar en el barco.

—¡No!

—Me temo que sí.

—¿Cuándo regresarás?

—Voy a estar muy ocupado los próximos tres días. Hagamos una cosa. No digas a Eneko nada de mi. Dentro de cuatro días, es decir, el viernes, vendré hacia el mediodía y le daremos una bonita sorpresa.

—No sé si seré capaz de guardar el secreto...

—¡Vamos! De pequeños no había nadie como tú a la hora de guardar un secreto.

—¡Conforme! Lo haremos tal y como deseas.

Una vez hubo salido de casa y tomado el camino del puerto, los ojos de Eneko brillaron con más ansia de venganza que los ojos de un mar enfurecido. Y cuando llegó al lugar donde solía amarrar la barca, su rostro irradiaba más frialdad incluso que la del inhóspito fondo marino. «Maldita zorra» murmuró entre dientes al tiempo que maniobraba la chalupa.

Cuando ya estaba a unas cuantas millas de la costa, las olas le susurraron al oído la perfecta venganza en contra de su esposa y el supuesto amante de ésta.

Las noticias y comentarios acerca del SIDA eran cosa de todos los días. «Síndrome de Inmuno-

Deficiencia Adquirida» pronunciaron sus labios lentamente, y acto seguido lanzó una carcajada que se hundió en el sereno paisaje.

Una gaviota le miró con curiosidad desde el aire.

«Esos dos cabrones no se olvidarán tan fácilmente de mí» se dijo, y enfiló de nuevo hacia el muelle con una decisión firme reflejada en sus ojos.

Una vez en el puerto, amarró la barca y se dirigió al centro de la ciudad. Luego, pasó por el Banco y continuó caminando mientras palpaba el voluminoso fajo de billetes que llevaba en el bolsillo y que acababa de sacar del cajero automático.

Atravesaba las calles de la ciudad sin fijar la vista en ningún sitio. Así hasta llegar al barrio frecuentado por las prostitutas.

Se detuvo ante una pobre mujer de unos cincuenta años y de aspecto repulsivo, y a punto estuvo de renunciar a sus propósitos y salir corriendo de aquel lugar. Sin embargo, al recordar la razón por la que se encontraba allí, recobró el ánimo suficiente para continuar con su empresa.

—¿Cuánto?

La mujer pronunció un precio y acto seguido desaparecieron en un destartalado portal.

Mientras tanto, Julene, luego de despedir a su hermano y todavía bajo los efectos de la embriaguez que la llegada de Joxe le había producido, yacía recostada en un sillón y casi difuminada entre las motitas de polvo que flotaban a la luz de los rayos de sol.

Julene era hermosa, tan hermosa como una estatua griega. Alrededor de un metro ochenta de estatura, ojos esmeralda, de cabellos rubios, una línea perfecta de dientes blancos, manos tan finas como las de una violinista y unos pies increíblemente delicados. A cada movimiento parecía poder vislumbrarse al Genio de la Belleza. A pesar de todo no era en absoluto engreída. Encantadora, esta mujer por cuyo pensamiento jamás cruzó una sola intención obscena.

En la miserable habitación de la prostituta, Eneko la observaba desvestirse.

—¿Qué ocurre? ¿No vas a desnudarte? —le preguntó malhumorada a Eneko.

—¿Tienes el SIDA? —preguntó Eneko a su vez.

—Si lo tuviera te lo diría —irónica.

—Quiero saberlo —insistió Eneko.

—Si tienes miedo, utiliza el condón y punto.

—Quiero que me contagien el SIDA.

La prostituta se detuvo y frunció el ceño. Por fin exclamó:

—Tú estás mal de la cabeza.

Eneko sacó las cien mil pesetas que llevaba en el bolsillo, y depositándolas encima de la mesa, dijo:

—Si me conduces hasta una prostituta que tenga el SIDA, ganarás estas cien mil pesetas.

—Pero, ¿por qué...?

—Eso no es asunto tuyo. ¿Vas a llevarme hasta una enferma de SIDA sí o no?

—Conozco a una. O, a decir verdad, conozco a más de una —se ríe.

Eneko era de esas personas que, una vez tomada una decisión, no se echaría atrás por nada del mundo.

«Jamás hubiera imaginado que Julene pudiese engañarme» pensó mientras caminaba tras la prostituta a través de las callejuelas del viejo barrio.

Cuando llegaron a un portal de aspecto tan abandonado como el anterior, subieron los peldaños hasta llegar a una puerta abierta por la que penetraron. La casa estaba sumida en una oscuridad casi absoluta. Debido a la humedad, más que en una casa era como si se encontraran en una bodega.

En una pieza sucia de paredes negras, semio-culta bajo mantas y sábanas grasientas, Eneko vio un

rostro febril que parecía no haber recibido de la vida otra cosa que infortunios. La mujer que yacía en la cama dijo:

—¿Qué quieres? ¿Es médico el que viene contigo?

—No exactamente... Quiere acostarse contigo —respondió la mujer sin poder reprimir una risita.

—¿Conmigo? ¿Sabe que...?

—Sí, se lo he dicho —le interrumpió la otra.

—¿Y... ?

—Quiere contagiarse del SIDA. Parece ser unos de esos suicidas.

—Un suicida muy original —bromeó la enferma.

—Me ha dado cuarenta mil pesetas por traerte hasta ti. —Eneko no se molestó en corregir la cantidad mencionada por la prostituta, sino que permaneció en silencio de pie junto a la puerta, con sus pensamientos en otro lugar, indiferente a la escena—. La mitad es tuya —añadió.

—Muy bien. El sabrá lo que se hace —dijo incorporándose en la cama—. Ven, cariñito mío, voy a hacer que pases los mejores momentos de tu vida —y acabó la frase con una carcajada sórdida.

La otra prostituta, también riéndose, abandonó la habitación.

Las flores del balcón despiden un aroma especial. Julene se apercibe del olor de las flores y un temor inexplicable se apodera de ella. «¿Por qué me angustia el olor de las flores?» se pregunta. Sopla una brisa ligera que mece las flores pendientes de sus tallos. Pero ese mismo movimiento oscilante adquiere un sentido amenazador. Y lo mismo ocurre con todos los objetos de la habitación hasta hace un momento llenos de encanto: el vaivén de las cortinas, la hiedra sobre el centro de la mesita, las motas de polvo flotando en el aire al trasluz de los rayos de sol... En un intento por deshacer el hechizo, abandona apresuradamente la habitación y a través del pasillo llega hasta su cuarto, donde recupera de nuevo la serenidad.

Mientras se vestía, Eneko reparó en la jeringuilla usada que yacía en el suelo. La recogió, y sin dudarle un sólo instante, se la clavó en la vena más gruesa que pudo encontrar en su brazo izquierdo.

—No hay quien te entienda —le dijo la prostituta—. Si todo lo que deseas es suicidarte, ¿por qué no buscas otro modo más... agradable?

Sin prestarle atención, terminó de vestirse y bajó a la calle. Luego, se encaminó hacia su casa.

Cuando llamó al timbre sentía una tranquilidad fría y vacía dentro de sí. Al cabo de unos segundos, se escucharon los pasos de Julene dirigiéndose a través del corredor.

—¡Ya era hora! —exclama Julene con alegría.

Eneko entra en casa sin mediar palabra.

—¿Te ocurre algo, Eneko? —le pregunta Julene con extrañeza.

Una vez en la sala se deja caer pesadamente en el sofá. Julene se sienta junto a él.

—No tienes muy buen aspecto.

—Tranquila. No es nada.

—¿Quieres cenar?

—No, gracias.

—Llegas muy tarde hoy.

—Traté de venir lo antes posible, pero...

—¿Dónde has estado?

—He tenido que ir a comer con unos clientes y dos de la oficina. Luego, ya sabes: una copa aquí, otra allí...

—¡Eh! ¿Qué haces? —riéndose— Aquí no. Vamos a la cama, al menos —protesta Julene tratando de zafarse de los brazos de él.

—Aquí sí. Y en la cama, más —responde Eneko sin hacerle caso.

—¿Qué has bebido? ¿Copas o afrodisíacos?

Durante los siguientes tres días Julene se extrañaría bastante de las continuas peticiones sexuales de su marido, hasta llegar incluso a incomodarla. Para colmo, al día siguiente de aquella noche Joseba apareció en casa diciendo que en la oficina le habían concedido una semana de vacaciones. Y pasaba todo el día encerrado sin salir para nada, poseído por una inagotable pasión hacia el cuerpo de Julene, igual que un hambriento adolescente.

De todos modos, confiando en que pronto se le pasaría, decidió que lo mejor era no decirle nada. Por otro lado, Eneko siempre se había comportado correctamente con ella, así es que el descuido de unos pocos días estaba dispuesto a perdonárselo de todo corazón.

Y por fin llegó el viernes.

—Para hoy viernes te tengo guardada una bonita sorpresa —le comentó Julene.

«Una bonita sorpresa» repitió para sí. «También yo te he preparado otra bonita sorpresa, cerda» pensó. Y haciendo desaparecer la sonrisa cruel dibujada en sus labios, le respondió con alegre y amable tono:

—¿Una sorpresa?

—Sí, tú mismo la podrás ver dentro de un par de horas.

—¿Por qué has puesto cubiertos para tres?

—Eso tiene que ver con la sorpresa que te he mencionado.

—¿Quién es? —preguntó Eneko un tanto extrañado.

—Ya verás, ya verás —y desapareció hacia la cocina.

A las dos en punto habría de saber Eneko en qué consistía la mencionada sorpresa.

Al escuchar que llamaban a la puerta hizo gesto de levantarse para ir a abrir, pero Julene se lo impidió con un «Ya voy yo». Y cuando vio aparecer en el salón colgado del brazo de Julene a Joxe, es decir, a quien tenía por el amante de su esposa, fue tal su asombro que dejó caer al suelo el vaso de vermouth que sostenía en una mano. No hace falta describir la cara de estupor de Eneko.

—Olvídate del vaso y escucha. Te presento a quien tantas veces te he solido mencionar: mi hermano Joxe, el que se fue de marino en un mercante hace siete años y de quien no habíamos vuelto a saber nada.

—¿Cuándo... cuándo has regresado? —pregunta en medio de un tartamudeo.

—Hace cuatro días que tocamos puerto. Y tan pronto como puse el pie en tierra, lo primero que hice fue venir a veros. Claro que no sabía vuestra

dirección. A decir verdad, ni siquiera sabía que mi hermanita se había casado.

—Pero... pero yo no te conocía hasta hoy y sin embargo dices que viniste a vernos hace cuatro días —protesta Eneko con un rostro cada vez más lívido.

Joxe, riendo, le responde jovial.

—El lunes Julene y yo estuvimos esperándote, pero llamaste por teléfono para avisar de que no vendrías a comer. Por otro lado, y como tenía cosas que hacer en el puerto y me resultaba imposible venir a veros hasta pasados tres días, en fin, le propuse a Julene que no te mencionara nada de mi llegada y así te daríamos una bonita sorpresa.

Al finalizar estas explicaciones, rodea los hombros de su hermana con el brazo y le da un par de besos a los que Julene responde cariñosamente.

Por un instante, la desconfianza se dibujó en el rostro de Eneko. Sin embargo, en cuanto hubo observado con detenimiento a los dos hermanos, su desconfianza desapareció casi inmediatamente: el parecido entre ambos era más que evidente.

Julene, percatándose de la palidez de su marido, preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Sí... sí...

Durante la comida Eneko recordó muchos detalles que Julene le había contado acerca de Joxe. Por ejemplo, de cuando solían ir al caserío del tío

Martín, y cómo solían sentarse bajo el único cerezo mientras pasaban la tarde charlando animosamente, Julene recostada contra el tronco de un árbol y Joxe con la cabeza apoyada a su vez en el regazo de su hermana.

Poco faltó para que el desdichado y celoso marido no se echara a llorar.

Afuera el tiempo empeoraba y parecía que se avecinaba una galerna.

En la mesa Eneko no dijo prácticamente nada. Y a causa precisamente de su hermético silencio la comida resultó francamente penosa a los dos hermanos, absolutamente lo contrario de lo que esperaban. Cuando estaban ya en los postres, Joxe comentó:

—Creo que pronto vamos a tener mal tiempo.

Eneko, con un tono lejano, respondió:

—Sí, viene galerna. Una suerte de escapatoria...

Aunque no comprendieron el sentido de las últimas palabras, creó una cierta preocupación tanto en la esposa como en el cuñado.

De repente, levantándose de la mesa y lanzando una sombría mirada a la distancia de más allá de la ventana, se precipitó fuera del comedor y se encerró en el lavabo.

Julene dijo a Joxe:

—Perdónalo. Últimamente está completamente cambiado. Yo no sé qué es lo que le ocurre, pero desde el lunes no parece el mismo.

—Tranquila. Ya se le pasará.

Una vez se hubo encerrado en el lavabo, sacó la agenda del bolsillo y escribió las siguientes palabras:

«El lunes, habiendo regresado antes de lo habitual, os sorprendí a ti y a tu hermano uno en los brazos del otro, por decirlo de alguna manera. Nunca había visto a Joxe y es por ello que pensé lo peor.

Llevado por la ira, no pensaba más que en vengarme cuando salí de casa. La venganza, sin duda, ha sido la peor entre todas: me acosté con una prostituta enferma de SIDA con la esperanza de contagiarnos la terrible enfermedad más tarde a vosotros dos. El mismo día, el médico me hizo saber que tan sólo me restaban seis meses de vida. Cáncer.

No te pido perdón porque lo que he hecho no lo merece. Aún así, intenta acordarte de todos los momentos felices que pasamos juntos. ¡Inténtalo, te lo ruego!

Tal vez algún día seas una caracola de mar y yo la ola que te acariciará.»

Abandonó el lavabo y salió de casa sin despedirse de nadie.

Julene gritó:

—¡Eneko!

El sonido de la puerta al cerrarse fue la única respuesta. Antes de salir a la calle, Eneko introdujo en el buzón la patética y escueta nota que había escrito en el lavabo.

—Joxe, tengo miedo.

—Tranquila, tranquila. Se le pasará.

Joxe piensa para sí «He visto los rostros de muchos hombres desesperados, pero nunca había visto un rostro con una expresión como la suya».

—Tranquila. Se le pasará. Yo prepararé el café.

—Joxe, tengo miedo.

El viento ruge con rabia y levanta retazos de espuma blanca en las crestas de las olas.

Eneko, con una sensación de absoluta felicidad, se aleja en su barca dejando poquito a poco el puerto tras de sí. Siente que es feliz. Se ha hecho a la mar a recabar por una última pregunta. Los sucesos no tienen ya importancia. «Las cosas de los seres humanos son tan sólo juegos del destino. Yo he jugado el mío lo mejor que he podido» piensa con un cierto estilo griego.

La galerna, una auténtica tempestad más intensa aún de lo que habían predicho, hizo zozobrar la barca de Eneko y la envió a las profundidades, donde reposan los tesoros perdidos de los una vez sanguinarios piratas.

PERDIDO EN LOS RECUERDOS

Los chavales ríen al pasar junto a un pobre borracho que tantea en el suelo restos de cigarrillos. Murmura un «Cabrones» y de nuevo reanuda la búsqueda.

¿Por qué estarás aún vivo? Es casi imposible soportar todo lo que tú has soportado. Aún así, te obstinas a la vida como si aún tuvieras algo que confiar de ella. Aunque en el fondo sabes que es ya demasiado tarde: los años de tu felicidad son cosa del pasado. Has perdido incluso la consideración y no te resta sino ocultar del mejor modo posible tu corazón roto en un millón de pedacitos.

Hace muchos años que te conozco. ¿Recuerdas? Hará ya unos veinte años apareciste por el pueblo que luego tantas veces habrías de maldecir. En aquella época tu aspecto era sano y robusto.

Sin saber por qué, te apreciaba especialmente entre los demás vecinos del pueblo. Eras mi preferido. Tal vez porque sabías hablar a mis siete años como si realmente fueran los de un hombre.

Los domingos siempre te aguardaba. Y cogidos de la mano nos dirigiámos a la taberna de Paco donde tomábamos un mosto acompañado de aceitunas, ritual en el que nuestra camaradería parecía adquirir un brillo especial. Los vecinos más

descuidados se apercibían de lo bien que nos aveníamos. «¡Pues sí que es firme nuestra amistad!» solías exclamar «Amigos como tú pocas veces se encuentran».

Sin embargo, uno de aquellos domingos que según era habitual me hallaba aguardándote, saliste del portal sin reparar en mí, tu abierta sonrisa de siempre mudada en un gesto doloroso, la mirada extraviada hacia un horizonte inerte, ajeno a los finales. Creo que fue en aquella ocasión cuando sentí, por primera vez, esa amargura que más tarde habría de ofrecerme la vida en tantas ocasiones.

Entré en casa y lloré a trapo tendido en un rincón al tiempo que me preguntaba qué daño podía yo haberte causado.

Hoy día no lloraría por nadie.

Mi madre apareció de repente:

—¿No te ha llevado Antton a la taberna?

Cabizbajo le respondí que no.

—El pobre Antton lo está pasando mal.

Aunque no le pregunté «Por qué», la pregunta se detuvo ahí, en el aire, como un pesado mazo de ferrón. Por fin, luego de un instante de silencio embarazoso, con el dubitativo tono de quien no sabe si hace bien al descubrir tales cosas a los niños, añadió:

—Antton se ha quedado solo.

—¿Solo?

—Dicen que su mujer se ha ido.

—¿Ido? ¿A dónde? ¿Al cielo?

—No, no. Con... otro hombre. Que le ha dejado. ¿No entiendes, o qué? —exclamó con cierto enojo.

Nosotros no vivíamos precisamente en New York, sino en un pueblecito charlatán de no más de quinientos habitantes en donde las viejas costumbres seguían manteniendo su carácter de referencia natural. No creo que en los últimos veinte años hayan cambiado demasiado esas cosas. Un poco sí, quizá.

«Una vez que empiezan las desgracias, no hay hijo de madre que las detenga», solía ser tu frase preferida de aquella época. «También tú recibirás lo tuyo. Ya verás, ya, si tengo razón o no», añadías.

Con frecuencia acertaba a pasar por delante de tu casa y escuchar así los cantos del canario y del jilguero. Tus explicaciones acerca de los pájaros solía yo recordarlas como si se trataran de palabras bíblicas.

En las interminables tardes del verano las horas transcurrían plácidas una tras de otra, sentados ante el gran ventanal, admirando tu jardín en el que los colores se vertían con plena fantasía, dando pequeños sorbos de la tacita de chocolate que sosteníamos en la mano, o con un caramelo girando incansable en nuestras bocas.

En vano hubieran buscado en todo el pueblo un jardín como el tuyo: rosas, claveles, tulipanes, campanillas, pensamientos, narcisos... ¡Quién sabe

cuántas flores y plantas diferentes no tendrías en aquella suerte de paraíso!

Pero a partir de aquél domingo en que no me hiciste caso ya no volvería a escuchar nunca más el canto de los pájaros ni volvería a ver aquellas preciosas flores de colores extraordinariamente vivos.

Un día, no sé cómo pero el caso es que hice acopio de valor y, reuniendo todas mis fuerzas, llamé a tu puerta con la firme decisión de no cesar hasta obtener una victoria. Y en ello estaba cuando súbitamente la puerta se abrió y justo ahí delante apareciste tú con una botella de vino en la mano. Por los ojos lanzabas chispas de puro enojado que estabas.

—¿Qué quieres? —preguntaste con voz ronca.

Y yo respondí mirándote desde un cierto rencor, luchando por hacerte llegar un mensaje que a través de mi silencio era de por sí suficientemente expresivo.

—¿Quieres escuchar a los pájaros, no?

Permanecí callado.

—Aguarda un poco. Ahora mismo te los traigo.

Lo que vi cuando de nuevo apareciste ante la puerta habría de quedar grabado para siempre en mi memoria. El canario y el jilguero, con los ojos cerrados y las patitas rígidas, yacían en la palma de tu mano en una quietud ajena al tiempo y a la vida.

—Creo que olvidé ponerles comida estos últimos días...

Ya no hablabas con enfado.

—Tranquilo, compraré otros.

Permanecía mirándote desde el silencio de los pájaros.

—¡Bueno, qué! ¿No vas a decir nada?

A modo de respuesta, alargué hacia ti la mano con la palma abierta. Entonces te enfadaste otra vez y, luego de colocar los dos pájaros en mi mano, cerraste la puerta de un portazo.

Los enterré bajo un cerezo.

Pasados unos días, mi madre regresó a casa con una jaula en la mano y dentro dos hermosos pájaros: un canario y un jilguero.

—Antton los ha traído para ti —dijo mi madre un poco emocionada.

Más que un poco emocionada, porque yo no la creí cuando me confesó al tiempo que se sonaba ruidosamente con el pañuelo «Creo que he pillado un resfriado».

Al principio, los dos pájaros me inspiraban temor. Al mirarlos, me venían a la memoria los que

yo mismo había enterrado bajo el cerezo. Por ello, y tal vez con ánimo de ahuyentar mis sospechas, un día fui corriendo hasta el cerezo y comencé a remover la tierra sintiendo en el pecho un ansia casi asfixiante. Los pájaros, o mejor dicho, lo que quedaba de ellos, continuaban allí donde los hube enterrado, sólo que cubiertos por una legión de gusanos. Volví a cubrirlos con tierra todo lo rápido que pude y me dirigí a casa corriendo como alma en pena, tal si una legión de gusanos anduviera pisándome los talones. Y aterrorizado penetré en la cocina donde se encontraba mi madre, gritando:

—¡Ama!, ¡ama! ¡Tenemos que liberar a los pájaros!

—¿Liberarlos? ¿Pero por qué?

—¡Porque los gusanos no saben volar!

Pasé cuatro días bajo los efectos de una elevada fiebre consecuencia de una misteriosa enfermedad que incluso llegó a dejar perplejo al médico. Mi madre, sin embargo, sospechaba algo. Y como empezara a preguntar insistentemente si acaso me había sucedido algo con los pájaros, por fin le conté todo lo sucedido. Ella me tranquilizó con esas palabras que tan bien sabía pronunciar cuando hablaba conmigo.

—Los gusanos no harán nada a tus pájaros. Te lo prometo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los gusanos sólo aparecen cuando los pájaros tienen los ojos cerrados y las patitas rígidas.

—¿Y cuando están dormidos? No crees que —insistí.

—No, no. De ningún modo —me interrumpió—. Cuando duermen permanecen en la barrita de la jaula bien firmes y en absoluto rígidos.

—¿Segura?

—Si no me crees, hoy por la noche tú y yo nos levantaremos de la cama y así podrás ver con tus propios ojos si tengo o no tengo razón. ¿Te parece bien?

Así lo hicimos. Y como no descubrí ni rastro de gusanos, aquella noche, a diferencia de las cuatro últimas, en seguida se apoderó de mí el sueño. Al día siguiente ya no tenía ni una décima de fiebre.

Un domingo me hallaba yo jugando en frente de mi casa, cuando de repente tuve una agradable e inesperada sorpresa. Tú, mi admirado Antton, apareciste por una esquina y gritaste:

—¡Vamos a comer una aceitunas, Iker!

Al caminar te balanceabas un poco, como si la tierra dudara bajo tus pies. Y cuando te agachaste para decirme algo al oído, el fuerte olor a vino de tu boca me hizo dar un paso atrás. Aún así, iba muy contento al lado tuyo, ya que había vuelto a recobrar la amistad perdida.

Conforme pasaban los años tu soledad era cada vez mayor. Los del pueblo no querían saber nada de un borracho amigo de trifulcas como tú — según contaba mi madre, todos los días te veías metido en un jaleo o en otro. Tal vez por ello volviste de nuevo a encerrarte en mi amistad, en la amistad que te ofrecía un niño.

Aunque al final me acostumbré a verte borracho, debo confesar que había veces en que me atemorizabas. En una ocasión poco faltó para que me golpearas. Pero como al día siguiente hiciste como si no hubiera sucedido nada, también yo decidí comportarme como si nada hubiera ocurrido.

Así transcurrieron los años, hasta que una suerte de vello fino y oscuro empezó a cubrirme la parte del labio superior.

Desde que cumplí los quince años, y a pesar de que nos vimos pocas veces durante los dos años siguientes que habría de pasar todavía en el pueblo, no por ello decayó nuestra amistad. Al fin y al cabo, puesto que habías llegado a ocupar el lugar del padre que apenas tuve la oportunidad de conocer, hubiera resultado un poco difícil, e incluso cruel por mi parte, haberte dejado a un lado desterrando todo cariño mío hacia ti.

Es por ello que, finalizados mis estudios de farmacia en Madrid y volver la semana pasada al pueblo, y al encontrarte en un estado tal, es decir, completamente acabado, convertido en juguete de la chavalería del pueblo y, en suma, hecho un verdadero guiñapo humano, en nombre del cariño que

siempre te he profesado tomé una decisión dura y al mismo tiempo piadosa: matarte.

Haber estudiado farmacia me será de gran ayuda para la realización de esta tarea en extremo desagradable. ¿Has probado alguna vez un vino como éste? Lo compré expresamente para ti en una famosa bodega de Madrid. Ya verás como no sientes nada. Incluso tendrás tiempo de beberte la mitad o tal vez de acabar la botella entera. ¡He prestado especial cuidado a fin de que el sabor del veneno no echara a perder el precioso líquido!

Dentro de poco la noche se extenderá por el pueblo y se deslizará en los párpados de sus habitantes. Y yo aprovecharé esa oscuridad para ir en tu busca y ofrecerte esta botella de vino que sin duda te proporcionará una gran alegría.

Si tuviera la posibilidad de quedarme en el pueblo no te haría esto porque me tendrías a mí. Pero debo buscar trabajo en otro lugar y...

Adiós, Antton. Adiós a mi querido camarada cuya vida casi entera transcurrió perdido en la resaca de los recuerdos.

EL SECRETO

Dedicatoria:

A todos los euskaldunberris.

—¡Justiñe!

El grito no obtiene otra respuesta excepto el portazo de la puerta de la calle al ser cerrada violentamente. Casi inmediatamente, los neumáticos del coche chirriando rabiosos calle arriba, y por último, el ruido de un motor que se extingue.

Alex y Karnele, los jovencísimos frutos del matrimonio —11 años el chico y 8 la niña—, permanecen mudos contemplando la escena, mientras sus ojos vagan extraviados en una lejanía invisible.

—¿Qué le ocurre a mamá, papi?

Es la voz suave de Karnele que tira de la manga de su padre.

—No es nada, bonita. No te preocupes. ¿Qué tal si os vais los dos a jugar un rato? Pronto acabará el verano y no podréis gozar de días tan soleados como éste.

Los dos hermanos salen cogidos de la mano al jardín. Sienten en sí mismos un extraño peso que les aflige.

—Vamos a regar las plantas, Alex.

—Bueno.

Al cabo de diez minutos, los gritos y risas de Karnele y Alex llenan cada rincón del jardín.

—¡Quieta! ¡No me salpiques, que yo no soy una planta!

—No, claro. Tú eres una patata. Y las patatas no necesitan apenas agua.

—¿Qué? ¡Ahora verás, especie de lechuga!

Auxtin corre las gruesas cortinas y se sienta en una silla del salón que permanece en penumbras. Luego, cierra los ojos tratando de examinar una situación que se le escapa día a día de las manos. «¿Qué le ocurre a mamá, papi?»

—Si al menos ella lo supiera... —murmura a media voz.

No es nada fácil saber tratar a una persona enferma. Auxtin desde el principio había sospechado que Justiñe guardaba un secreto angustioso, un secreto que era imprescindible sacar a la luz para poder comprenderla íntegramente. Sin embargo, apropiarse de aquél secreto le habría de resultar más difícil de lo que él pensaba, ya que la propia Justiñe no tenía noticia de ese secreto, al menos no de un modo consciente. Pero vivirlo sí que lo vivía, así como las consecuencias del mismo. «Me siento vacía», solía comentarle Justiñe a su esposo. «¿Por qué dices eso?», respondía siempre Auxtin. Los ojos de Justiñe, como si hubieran chocado contra un muro alzado en el pasado, permanecían perdidos durante unos instantes que se hacían insoportables. «¿Por qué dices eso?» volvía a preguntarle casi como un niño asustado. «No lo sé», respondía ella con una voz rota y débil. «¿Y tampoco sabes en dónde sientes ese vacío?», insistía Auxtin tratando de precisar algo más. «Tal vez aquí» respondía Justiñe llevándose la mano al corazón, «o aquí», señalando a su cabeza, «o incluso aquí», como si apuntara a todo su cuerpo o a aquello que no constituye el cuerpo físico de una persona, cohibida.

Aunque por lo general hay una puerta que lleva a los secretos, los caminos que puedan llevar a esa puerta no siempre son sencillos de descubrir.

Y es que el secreto de Justiñe era un secreto profundo, tan profundo como el de un océano. Y lejano, tan lejano como el de una infancia.

Justiñe conduce con gran seguridad el coche que guía veloz por la carretera llena de curvas. El viento procedente del mar entra a raudales por las ventanillas abiertas, golpeando su rostro y produciéndole una agradable sensación de tranquilidad. Pero el aire fresco que atraviesa su camisa de seda no puede mitigar la quemazón producida por esa incapacidad de sentir. Porque éste es precisamente el drama de Juxtiñe: le resulta imposible sentir. Y consecuencia de ello es un permanente aislamiento rígido y severo con respecto al mundo.

Justo cuando se halla a punto de entrar en una curva peligrosa, el asiento vacío próximo al conductor provoca un restallido en su cerebro. De un volantazo consigue a duras penas que el coche no se precipite a los acantilados. Luego, disminuye gradualmente la velocidad y acerca el coche hasta la cuneta donde finalmente se detiene.

«¿Qué ha ocurrido?» se pregunta. «El asiento contiguo al conductor, de pronto, es como si me hubiera provocado una extraña y fuerte impresión...»

El esfuerzo por intentar comprender, una vez más la arroja al muro del pasado.

«¡Dios mío!» «¡Dios mío!» grita con rabia al tiempo que esconde la cara entre los brazos apoyados contra el volante.

Del fondo del acantilado llegan sonidos repletos de vida, el olor de la sal y una brisa que solo desea jugar.

Mientras tanto, Auxtin permanece sentado en el sillón sin saber a ciencia cierta qué final puede tener esa larga crisis. Es consciente más que nunca de la importancia que tiene el secreto de Justiñe. Aún más, su propia relación conyugal depende en ese momento de descubrir el secreto. Y también la misma vida de Justiñe, porque la sobredosis de barbitúricos que ingirió hace tres semanas por bien poco no acabó con ella. Auxtin sabe que debe actuar con rapidez si no desea ver su vida, y la de todos, hecha añicos.

Es por ello que medita sin cesar acerca de la actitud y hechos más sobresalientes de Justiñe, y le viene a la memoria uno en particular: ¿por qué se le hace insoportable a Justiñe escuchar la más mínima mención sobre accidentes de circulación o, todavía peor, la sola visión de un accidente dado por televisión?

«¿Tendrá algo que ver con la aversión que siente Justiñe a hablar de sus padres?» se pregunta Auxtin. «Nunca quiso contarme nada acerca de ellos...» y recuerda algunos intentos para que le hablara de sus padres:

—¡No quiero hablar de ellos!

—¿Tan mal se portaron contigo?

—¡No tengo ganas de hablar de ellos!

Con el paso del tiempo Auxtin olvidaría aquél tema que llegó a convertirse en un verdadero tabú.

Pero debido a lo angustioso de la situación, y creyendo que éste podría ser el camino correcto para llegar al secreto de Justiñe, comienza a discurrir sobre el modo de dar con algo que pudiera echar un poco de luz sobre este asunto.

Así pues, resuelto a hacer determinadas indagaciones acerca de los padres de Justiñe, decide acudir a un amigo que trabaja como detective y solicitar su ayuda.

Descuelga el auricular y marca un número de teléfono:

—¿Montxo?

—Sí, soy yo.

—Soy Auxtin. ¿Qué tal?

—¡Auxtin! Vaya sorpresa. ¿Dónde te has metido últimamente? Ya no te preocupas para nada de tus amigos.

—Montxo, desearía pedirte un favor.

—¿Un favor? Así que para eso llamas —y lanza una carcajada cordial—. ¿Y en qué consiste el favor?

—Desearía saber algo acerca de los padres de Justiñe.

La voz de Montxo se vuelve grave.

—¿Qué deseas saber exactamente? —le pregunta con cierta desconfianza.

—Deseo saber quiénes eran.

Al cabo de un instante Montxo le responde extrañado:

—¿Y por qué no se lo preguntas directamente a tu mujer?

Auxtin, antes de responder, duda un poco, pero por fin contesta:

—Tal vez un día te lo explique. ¿Qué dices?

—Bien, haré lo que pueda. Pero escúchame una cosa...

Luego de un instante de silencio que rompe Auxtin:

—Te escucho.

—Hurgar en el pasado puede traer consecuencias desagradables.

—No importa. Espero tus noticias. Agur.

Y colgó el teléfono sin casi darle tiempo a responder al saludo.

Una vez se hubo tranquilizado arrancó el motor del coche y, lanzando una última mirada hacia el mar vasto y azul que se extendía ante ella, sacó muy despacio el coche de la cuneta y continuó por la peligrosa carretera de la costa.

Según va conduciendo, le viene a la memoria aquella fantasía que la acompañó hasta cumplir los veinte años —es decir, hasta que se hubo casado con Auxtin—. Efectivamente, desde que empezara a tener relaciones sexuales con Auxtin ni aun esforzándose conseguía reconstruir de nuevo aquella fantasía, o mejor dicho, ya no le procuraba placer alguno.

En la fantasía un desconocido se le acercaba invitándola a ir a su casa. Ella aceptaba y una vez allí, el hombre la tomaba en su regazo y, levantándole las faldas, se aprestaba a darle una paliza. Sin embargo, en este instante el desconocido le ordena que se vaya, arguyendo para ello excusas sin demasiado fundamento (que está cansado, que sería mejor dejarlo para otro día, que se le ha hecho tarde y al día siguiente debe madrugar, etc...). Juxtiñe, en este punto de la fantasía, abandona la casa llena de enojo y con un gran sentimiento de frustración.

A pesar de no estar muy segura del origen de esta fantasía, se valió de ella durante tres largos años, es decir, desde los diecisiete (comenzó a vivir a costa de esa fantasía a partir de que en una película viera una escena similar, aunque ella no recuerda este detalle) hasta los veinte, edad en que conoció a Auxtin.

En el camino de vuelta consigue relacionar, de modo intuitivo, un posible vínculo entre la fantasía y la emoción provocada por la visión del asiento contiguo al conductor, a pesar de no ser demasiado consciente de la relación que acaba de establecer.

Tan pronto como llega a casa, los dos hermanos que jugaban en el jardín se detienen al verla. Justiñe piensa «También a ellos les estoy haciendo daño». Luego, con una sonrisa forzada:

—¿Qué hacéis, niños?

—Jugando —responden al unísono.

Ambos niños son conscientes de «algo» que no acaba de funcionar bien en su madre. De hecho, la presencia de Justiñe alza un muro insalvable en sus pequeñas cabecitas, una sensación de acero que a su vez deja un rastro de vacío en ellos.

Justiñe piensa para sí «si no hago algo rápido, mis propios hijos empezarán a rehuirme con si tuviera la peste». Y luego, «Y harían bien. Al fin y al cabo, si no pueden obtener cariño de una persona, es mejor que se alejen de la frialdad de una persona así».

A pesar de todo, hace un esfuerzo:

—¿Tenéis hambre?

Como si se dieran cuenta del esfuerzo de su madre:

—Un poco.

Suavizándose la situación entre ellos:

—Ahora os prepararé algo de comer.

—Yo me zamparía muy a gusto una patata —se apresura Karmele a decir señalando a su hermano.

—¡Y yo una lechuga! —replica Alex señalando a su hermana.

Mientras los dos pequeños comienzan a perseguirse mutuamente a través del jardín, Justiñe penetra en la casa donde se topa con la oscuridad que domina el recibidor. Se apercibe de la presencia de Auxtin, sentado todavía en el sillón.

—¿Ya has regresado?

La voz de Auxtin parece llegar desde un lugar lejano.

—Sí... —responde Justiñe sin sentarse, con la cabeza inclinada hacia el suelo y balanceando suavemente el bolso de mano en el aire.

Súbitamente, y quizá impulsada por una imperiosa necesidad de comunicarse, Justiñe empieza a hablar precipitadamente, como si quisiera vaciarse de palabras por dentro: que por la tarde ha estado en tal lugar, y cómo la visión del asiento vacío contiguo al conductor le ha provocado una fuerte impresión, y que casi inmediatamente le ha venido a la memoria una fantasía que en una época la obsesionó sobremanera, y que ella desconocía la razón pero que entre el asiento y la fantasía debía haber alguna relación aunque no sabría explicar exactamente por qué.

Auxtin, luego de un instante transcurrido en silencio, le pregunta:

—¿Qué es eso de la fantasía? Nunca antes me la mencionaste para nada.

Justiñe responde que no tiene importancia. Sin embargo, siente necesidad de hablar y es por ello que se lo cuenta.

Cuando acaba, dice Auxtin:

—Justiñe, ve a la cama e intenta dormir un poco. Se te nota un poco agitada. Yo mismo te subiré la cena.

—No, no tengo hambre. Prefiero dormir — responde Justiñe con la cabeza ladeada.

—Como quieras. Yo me ocuparé de los niños. Ve tranquila.

Antes de abandonar la habitación, Auxtin de nuevo vuelve a percibir el anillo de hierro que normalmente envuelve a Justiñe. Sin embargo, hacía semanas que Justiñe no mostraba interés por hablar con nadie. Y esas confidencias reveladas con tan obvia precipitación venían a echar un rayo de esperanza sobre el problema que Auxtin trataba de resolver sin que hasta el momento le hubiera acompañado el éxito. Pero la solución definitiva parecía estar aún lejos.

«Una fantasía, el asiento vacío junto al conductor... Llevamos catorce años casados y nunca me dijo nada acerca de esa fantasía» cavila Auxtin «¿Por qué precisamente hoy? Y ese modo en que

hablaba... ¡Estaba pidiendo ayuda desesperadamente!
¿Pero qué tipo de ayuda? La clave, me falta la clave...»

Ha amanecido y el día promete ser espléndido, aunque se apercibe en el aire la tristeza del próximo otoño. Es una tristeza que conlleva un dolor tibio y suave, el mismo que produce la música de Bach, un dolor que nos hace gozar y que, a fin de cuentas, nos recuerda que en el dolor hallamos uno de los principales atributos del ser humano: quien no es capaz de sentir, soportar o sobreponerse al dolor, queda de modo inevitable al margen de la definición «*humano*».

En la oficina un compañero avisa a Auxtin de que le llaman por teléfono en la línea dos. Es su amigo Montxo, el detective.

—No creí que llamarías tan pronto.

—A decir verdad —responde Montxo—, los padres de Justiñe no ofrecían mucho que investigar.

—¿Qué has averiguado? —pregunta ansioso Auxtin.

—Perteneían a la alta burguesía. Murieron en el año mil novecientos ochenta y uno a resultas de un accidente de automóvil. Regresaban a casa cuando el coche patinó en una capa de hielo. Fallecieron en el acto... excepto la hija, que viajaba

en el asiento delantero con su madre. Tenía tres años. La unidad de rescate la encontró sin conocimiento pero viva en el regazo de su madre muerta. Según dice el informe, unos amigos íntimos de los fallecidos se hicieron cargo de la niña, es decir, de la que hoy es tu esposa. Los padres adoptivos, casados hacía cinco años y sin posibilidades de tener familia, en seguida se apresuraron a hacerse cargo de la criatura. Y eso es todo. Eran buena gente, tanto los padres fallecidos en el accidente como los adoptivos.

La voz de Auxtin responde como perdida desde el otro lado de la línea:

—La encontraron en el regazo de la madre muerta...

—Así es —replica Montxo rápidamente.

—Gracias por lo que has hecho, Montxo. Te debo una cena.

—¿Una cena? —responde Montxo alegremente—. Estupendo. No sabes lo que me gustan las cenas, sobre todo si no hay que pagar.

Se escucha el «clic» del teléfono pero Auxtin continúa con el auricular en la mano, pensativo. «En el regazo de la madre muerta...»

Durante toda la mañana no pudo sacarse de la cabeza aquella idea «el regazo de la madre muerta». Y pensaba «El hombre de la fantasía también la toma en su regazo. Y el asiento junto al conductor le produce una gran impresión aunque no sabe explicar por qué...» Y de pronto le parece haber dado con la clave que busca. «¡Un momento!» exclama casi a

voz en grito, «El hombre de la fantasía la pone en su regazo con intención de propinarle unos azotes, es decir, para provocarle dolor. Sin embargo, finalmente no le hace nada y ello provoca una gran sensación de frustración en Justíne... porque no le ha hecho daño». Tamborilea rítmicamente con los dedos en la superficie de la mesa. «Creo que estoy más cerca que nunca del secreto de Justíne. Pero no acabo de dar con la clave del secreto. Hay algo que permanece aún oculto...»

Finalizado su trabajo en la oficina, y mientras se encuentra realizando en coche el trayecto hasta casa, toma una decisión: «Repetiré a Justíne lo que acaba de contarme Montxo. Sea cual sea su reacción. Me arriesgaré. La clave del secreto que busco desde hace tanto tiempo se halla en ese accidente. No hay más remedio que hacer una visita al pasado. Y que sea lo que Dios quiera».

Tan pronto como llega a casa, se dirige hacia Justíne que contempla el jardín asomada desde la ventana de su cuarto.

—Hola, Justíne.

Justíne no le responde, sino que permanece encerrada en su mutismo.

Tras unos instantes de duda, reúne fuerzas y le pregunta de sopetón:

—¿Qué les ocurrió a tus padres?

Justíne se revuelve contra él y grita con rabia:

—¡Te he dicho mil veces que no me gusta hablar de ello!

Auxtin continúa haciendo esfuerzos por conservar la calma.

—Seguro que ni tú misma lo sabes. Pero te lo voy a aclarar yo de una vez para siempre.

—¡Cállate! —grita Justiñe.

—Tus padres murieron en un accidente de coche.

Justiñe, confundida hasta el límite del asombro, apenas puede exclamar:

—¿Qué?

Sin perder un segundo, Auxtin continúa:

—Cuando las unidades de ayuda llegaron al lugar del accidente, encontraron una niña que aún vivía sobre el regazo de su madre muerta.

Cogiendo a Justiñe del brazo y mirándole fijamente a los ojos:

—Justiñe: eras tú.

A esta declaración siguió un largo silencio por parte de los dos. Auxtin estaba un poco asustado aguardando la primera reacción de Justiñe, pues no sabía qué consecuencias podrían tener esas palabras lanzadas sin previo aviso, esa revelación que él le había comunicado de improviso.

La primera reacción no se deja esperar. Poco a poco al principio, y más tarde ya sin freno alguno,

Justiñe comienza a llorar al tiempo que exclama una y otra vez:

—¡Puedo sentir dolor! ¡Puedo sentir dolor!

Y para sorpresa de Auxtin, Justiñe ríe sin dejar de llorar y repitiendo incesantemente:

—¡Puedo sentir dolor! ¡Puedo sentir dolor!

Unas horas después, en el dormitorio, Justiñe da a Auxtin las siguientes aclaraciones:

—Mis padres adoptivos nunca me dijeron nada acerca de ese accidente. Y aún menos sobre los detalles que hace poco has mencionado. Hasta los dieciséis años siempre fui una jovencita apática y cerrada en mí misma hasta la exageración. Un día, tenía diecisiete años, fui con una amiga a ver una película —es asombroso, pero sólo ahora he conseguido recordarlo—, y a partir de entonces se apoderó de mí una estúpida fantasía. Hay una relación entre esa película y la fantasía. Era una película de *cowboys*. Y en una determinada escena, el que hacía de vaquero duro puso en su regazo una de las chicas que bailaban en el salón y le propinó unos azotes. Los que estaban en el salón trataron de impedirlo, pero el vaquero mataba a tiro limpio a todo aquél que intentaba acercársele. Esta escena provocó la fantasía que más tarde habría de acompañarme de modo

obsesivo durante tres largos años, y que es precisamente la que te conté ayer.

Auxtin la interrumpe diciendo:

—Pero en tu fantasía el hombre no llevaba a cabo la paliza.

Justiñe le aclara:

—El regazo del vaquero y el de mi fantasía representan el regazo de mi madre. De un modo u otro, el caso es que en mi recuerdo permaneció tanto el regazo de mi madre muerta como el recuerdo de su regazo poco antes del accidente, es decir, cuando aún vivía. Luego del accidente, debí de permanecer bajo un fuerte shock. Y no sólo eso, hasta los diecisiete años estuve aguardando, por decirlo de algún modo, la vuelta a la vida de aquél regazo muerto. Y mientras duró aquella espera, mis sentimientos permanecieron bloqueados, pues me resultaba imposible sufrir a causa de la muerte de mis padres ya que ni siquiera tenía noticia de ello.

—¿Cómo es que no lo sabías? —le interrumpe de nuevo Auxtin.

—Sólo tenía tres años. A medida que pasaron los meses y los años, debí de «olvidar lo sucedido». Sin embargo, en algún lugar de mi cabeza el suceso permaneció. Mis padres adoptivos, para no provocarme un nuevo dolor y evitarme así un sufrimiento más, cubrieron con un velo de silencio la muerte de mis padres. Pero al impedirme sufrir, también impidieron el normal desarrollo de mi existencia psíquica. Sin embargo, gracias a mi fantasía

conseguía una cosa: acercarme al sufrimiento, sentir dolor o, al menos, desearlo.

—Así pues, el hombre de la fantasía no llegaba a hacerte sufrir porque en la vida real te resultaba imposible sufrir.

—La fantasía era sólo un mensaje. Me comunicaba que me hacía falta sentir dolor. Pero no un dolor físico, sino un dolor aquí, en el corazón. Tenía que saber lo que me has contado, era absolutamente imprescindible que supiera la verdad porque sólo así podría liberar mi capacidad para sufrir y sentir. Si todavía no había conseguido sufrir a causa de la muerte de mis padres, ¿cómo iba a ser capaz de sufrir por nadie más? Antes, el falso dolor provocado por la fantasía me hacía vivir en una falsa existencia (lo cual es mejor que vivir como un vegetal); pero ahora, este dolor que sufro conscientemente me obliga a vivir una vida real.

Auxtin, besándola:

—Todo esto es asombroso.

—Es asombroso lo que uno puede llegar a tener escondido en sí mismo.

—Puesto que estudiaste psicología, ¿llegaste a tener noticia de algún caso parecido? —pregunta Auxtin.

—Ahora que lo dices... Aguarda un poco. Creo que había un libro en esa balda...

Justiñe se levanta de la cama, va a la estantería y luego de hurgar un momento entre los libros regresa con un ejemplar de tapas color blanco.

Auxtin coge el libro y lee el título en voz alta:

—«Alienación en las perversiones. M. Masud R. Khan. Ediciones Nueva Visión».

—Si no me equivoco —comenta Justiñe—, es el capítulo trece en el que se describe un caso parecido.

Auxtin, arrojando el libro y apagando la luz, coge del brazo a Justiñe y la atrae hacia sí bromearlo:

—Ven aquí, traviesa. ¡Verás qué paliza te voy a dar yo ahora!

Es de noche y las risas de Auxtin y Justiñe cosquillean en el trocito de luna llena que asoma tras la nube de verano.

En el piso de abajo, Alex y Karmele duermen profundamente y exclaman en sueños:

—¡Patata podrida!

—¡Especie de lechuga!

EL ELEGIDO

(Cuento surrealista)

¿Cómo podía amar a nadie
si no sabía amarme a mí
mismo?

Al llegar a la habitación veintiséis del Hotel Hilton, Jacques Andreotti comenzó a registrar todos los cajones hasta encontrar un par de medias negras de seda, una cinta de color amarilla de envolver regalos y un falso anillo de oro.

Tan pronto como llegaba a un hotel se comportaba indefectiblemente igual: revolvía cajones, levantaba almohadas y sábanas, escudriñaba cada rincón y, por último, llamaba al camarero para pedirle una botella de champán. Luego, «*bien cargado*», se dirigía hacia la puerta de salida para perderse en las calles y mezclarse entre la multitud.

Alguna vez lo vieron regresar al hotel completamente borracho y con las ropas destrozadas, habiendo tenido el botones incluso que ayudarle a subir hasta su habitación.

En esta ocasión, la puerta veintiséis. Una puerta como la de cualquier otro hotel.

En cuanto se acostaba caía profundamente dormido y soñaba. A veces sus sueños no parecían ser demasiado agradables, a juzgar por los gestos

desesperados que se dibujaban en su rostro y por las ropas de la cama que al día siguiente aparecían desparramadas por el suelo, hasta que las primeras luces venían a despertar su cuerpo amanecido en una postura grotesca.

Se despertaba rápido, abriendo los ojos casi de golpe. Y en la ducha, permanecía durante largísimo tiempo bajo el grifo del agua fría (en cierta ocasión casi se quedó dormido a pesar del chorro de agua helada que golpeaba su cuerpo).

El camarero, un hombre de color, llamó a su puerta justo a las diez y diez de la mañana (¿por qué a las diez y diez precisamente?): tostadas, cafés, mermelada verde, champán, cuchillos, tenedores, pan y galletas. Y un zumo.

Aquél día no sería un día más. Y él sabía que aquél no sería un día más. Jacques Andreotti siempre intuía los días que habrían de ofrecerle algo. No sería un día del montón aquél día comenzado como los demás días del montón: mantequillas, mermelada verde, panecillos, etc...

Eligió de entre sus sesenta y ocho corbatas la más llamativa y salió a la calle.

Aunque una mujer se le aproximó, él continuó su camino impertérito. Un buen comienzo. O, al menos, así le pareció a él.

El chaval que vendía ropas usadas en la calle de enfrente lanzaba a los transeúntes miradas llenas de astucia y desprecio. Jacques Andreotti, aun cuando no le desagradó aquél muchacho, a fin de

evitarlo saltó a un autobús y viajó hasta la siguiente parada, en donde se apeó.

No sabía dónde se hallaba, pero ello no le preocupaba lo más mínimo. «Buen lugar» se dijo a sí mismo.

Caminaba por Berkely Street contemplando sin prisa los escaparates con una cierta avidez en sus ojos, deteniéndose aquí y allá, sin saber exactamente si tenía que entrar en la tienda o simplemente permanecer fuera admirando el escaparate. Generalmente optaba por la segunda opción.

En la callejuela gris y sucia en que se hallaba, reparó en dos niños que jugaban a algo y se detuvo por un momento a observarlos.

La tarde estaba avanzada cuando abrió la puerta de una taberna de aspecto aburrido. Le pareció imprescindible abrir aquella puerta, absolutamente imprescindible.

Finalizada la picaresca melodía que le fuera ofrecida a modo de recibimiento, dos hombres se volvieron y estuvieron mirándolo durante un rato con indiferencia y curiosidad, serios y burlones a un tiempo. Londinenses pobres. Quizá emigrantes.

La mujer semioculta en un rincón y atareada en remendar una carrera en la media, permaneció inmutable a la entrada de Jacques.

El disco, rayado. La música, parecida a la que solemos escuchar en el circo (cuando en la representación de los caballos escuchamos el chask-chask

del látigo restallar en el escenario redondo como un pan).

Era muy divertido todo aquello. Sin que Jacques Andreotti se diera cuenta, yo le seguía. No entré en la taberna porque ya la conocía y porque tenía miedo de que Jacques Andreotti pudiera sospechar algo.

No era un *puti-club*.

Una taberna del Londres humilde y defraudado, nada más (casi todo Londres es así).

Pidió champagne.

Se sentó mirando a la mujer que todavía continuaba ocupada en sus medias. Los dos hombres apoyados en el mostrador hacía tiempo le habían dado la espalda con indiferencia divina. Sintió sueño, y cerró los ojos.

A la mañana siguiente despertaría en la avenida más populosa de la ciudad. Ni los policías se percataban de él.

Buscó el hotel con la mirada, pero como no lo vio, extendió el periódico con gran parsimonia y se sumergió en su lectura.

Eran las diez y diez de la mañana.

El periódico, al estar escrito en lengua castellana, le produjo una despreocupada extrañeza.

Un periódico escrito en castellano. No había duda alguna. ¿De dónde sería? Comenzó a buscar la editorial y en la parte superior de la primera página encontró impreso el nombre de Buenos Aires.

Una vieja decrepita que vendía castañas se dirigió a Jacques Andreotti y le habló del siguiente modo:

—Perdonaré Vd. mi atrevimiento pero, según veo, tiene Vd. un periódico de Buenos Aires en las manos. ¿Acaso nació en la Argentina? Se lo pregunto porque también yo nací y viví largo tiempo allá, en Buenos Aires, en donde no he vuelto a poner los pies desde que por razones de negocios lo abandonara, hace ya mucho tiempo. Y aquí, en Londres, es tan difícil toparse con un compatriota...

Sin embargo, Jacques Andreotti le respondió que él no era argentino, que en toda su vida no había estado en Argentina, que él era rumano.

Y la vieja decrepita, al escuchar aquello, escupió al suelo con gallardía y se alejó murmurando palabras groseras.

Jacques Andreotti, sin alterarse lo más mínimo, bostezó, se levantó del lugar y, ante la mirada atónita de los transeúntes que en aquél momento pasaban por allí, se despezó con total descaro.

Un «bobby» enorme vigilaba a Jacques sin acabar de decidirse: «y si me acercara a él y le preguntara quién es y si lleva los documentos de

identidad en regla y si por las noches roba en los automóviles...?»

Jacques Andreotti miró a derecha e izquierda y echó a andar hasta que estuvo ante unos grandes almacenes. Y como la cafetería de los grandes almacenes abarrotados de gente le pareció un lugar muy acogedor, se acercó satisfecho hasta la barra, en donde un agradable calor le ofreció el primer recibimiento.

Todavía no he dicho por qué andaba tras Jacques Andreotti: tenía que matarlo. En América (y en New York, para ser más exactos), Jacques se había visto envuelto en un negocio de estupefacientes a gran escala. Se trataba de una poderosa mafia perfectamente organizada a la que no se le podía engañar sin acabar pagando tarde o temprano las consecuencias. Y Jacques, luego de estafar a sus jefes un millón de dólares, había desaparecido de New York sin dejar rastro hasta que hace dos semanas tuvimos noticia de su actual paradero. Pero en una mansión de lujo de estilo victoriano situada en los alrededores de la fascinante metrópoli yanqui, en un día soleado y límpido como pocos, el teléfono sonó y una voz al otro lado del teléfono dijo:

— Jacques Andreotti está en Londres, The Tower Hotel.

Ni dijo nada más. El propietario de la mansión de lujo colgó el auricular, permaneció pensativo durante unos segundos, descolgó de nuevo el teléfono y marcó un número de teléfono. El mío.

Se me encomendó la misión de matar a Jacques Andreotti. El crimen debía parecer un accidente ya que de lo contrario las investigaciones de la policía podrían llegar hasta donde jamás habían llegado siquiera a sospechar.

Así las cosas, hice los preparativos y tomé el avión para Londres a las diez y diez de aquella soleada mañana.

Es mentira. Jacques Andreotti nunca se vio envuelto en la mafia. Sólo quería divertirme un poco. Aunque hay algo que sí es cierto: iba a matar a Jacques Andreotti. ¿Por qué? Porque la primera vez que vi a Jacques Andreotti (veintitrés años, rumano, de profesión desconocida), fue él la primera persona en este mundo que no me inspiró deseos de matar.

Antes de conocer a Jacques en la fiesta que unos amigos habían organizado, siempre había sentido deseos de matar a todo el mundo: a los que se cruzaban conmigo en la calle, a los que me presentaban en las reuniones de sociedad, a mis compañeros de trabajo, a todos. Incluso a mi familia. Cuando me

presentaban a alguien, sonreía complacido y pensaba para mis adentros «Si quisiera, mañana no estarías vivo. ¡Oh, cuánto desearía matarte! Y al despedirnos, la persona que me habían presentado comentaba al que había hecho las presentaciones «¡Qué persona más simpática!», por mí.

En cierta ocasión estuve a punto de traicionar mi secreto. Había tomado unas cuantas copas y me hallaba sentado en un rincón de la sala en la que celebrábamos una animada reunión, y en esto se acercó el anfitrión trayendo consigo una preciosa pero estúpida joven. Faltó muy poco para que le gritara: ¡quiero matarte! Afortunadamente no hice tal cosa, sino que excusándome a causa de una súbita e imperiosa necesidad, pedí a ambos disculpas y me apresuré hacia la calle, en donde respiré el aire frío y húmedo de la noche.

Fue en una de estas reuniones donde conocí a Jacques Andreotti. Yo estaba de pie, charlando, cuando me apercibí del hombre que vertía una generosa ración de ponche en su copa. Al verlo, supe en el mismo instante que él era mi hombre, el que la vida me ofrecía para mi sacrificio: el elegido.

Todas las demás personas carecían del más mínimo interés para mí. Ya no deseaba matarlos. Todo mi deseo criminal hacia ellos había desaparecido para concentrarse en un sólo ser humano: Jacques Andreotti. Y en el mismo instante supe también por qué hasta entonces no había matado todavía a nadie: porque mi pasión hacia el asesinato había permanecido desparramada, repartida en cientos,

miles de seres humanos, en todos aquellos que se cruzaban conmigo en la calle, en el metro (sobre todo en este lugar solían acuciarse de modo especial mis instintos criminales), en las cafeterías, en los urinarios, en cualquier lugar público...

Jacques Andreotti no reparó en mí, sino que continuó sorbiendo su ponche con gesto inocente. Luego, sacó un libro y permaneció sentado en *su* sillón en medio de las risas y gritos de los invitados que no le hacían ni maldito caso. Y se sumergió en la lectura ajeno al ruido ensordecedor de la música. Mientras, yo lo observaba con ojos de niño, semioculto en un ángulo de la animada habitación.

Era más que evidente. Y cuanto más miraba a los rostros de los que allí se encontraban, más claro se me aparecía aquél asunto. Así como todas las caras iban perdiendo su propiedad de víctima, la de Jacques Andreotti —y no había lugar a dudas—, la absorbía con descaro total. Por más que miraba a los socios del «party», no era ya capaz de sentir deseos de matar a ninguno de ellos. Miraba otra vez a Jacques, que continuaba sentado leyendo su libro, y sentía mi cuerpo temblar de puro gozo. Y un sabor dulce inundó mi boca: el sabor dulce de la sangre. Jamás en toda mi vida había experimentado una alegría y emoción tales.

En la cafetería Jacques pidió un vaso de champán. El camarero, lanzándole una sonrisa de autosuficiencia, le respondió:

—El señor debe de querer decir que desea una copa de champán, y no un vaso.

Jacques Andreotti insistió en que su champaña debía serle servido en un vaso y puso punto final a la discusión diciendo:

—Yo siempre sé cómo quiero lo que quiero.

El camarero, encogiéndose de hombros, sacó un vaso y lo llenó hasta los bordes.

Jacques pagó la consumición y se dirigió hacia una mesa en la que se hallaba sentada una señorita de aspecto sudoroso. Tan pronto como la señorita se percató de que mi víctima se dirigía hacia ella, se puso en pie de un salto y salió de la cafetería volviendo la cabeza una y otra vez hacia atrás (seguramente para asegurarse de que Jacques no la seguía), con gran alegría para Jacques, porque éste se apresuró a ocupar con mucho gusto el lugar que con tanta prisa había abandonado la señorita. Esta treta siempre le salía bien. Al menos, con las señoritas de aspecto sudoroso. Con las demás no había manera.

Jacques vigilaba las burbujas que subían desde el fondo del vaso, y así permaneció por un largo rato. Luego, levantó los ojos y se percató de una vetusta anciana semioculta bajo un sofisticado abrigo de pieles. Y acurrucado en el regazo de la vetusta, advirtió un gato fantástico y burgués que una mano arrugada y huesuda se ocupaba en acariciar.

Jacques Andreotti seguramente se acordó del ser humano, porque en aquél instante rompió a reír con todas sus fuerzas. A causa de ello, todas aquellas cosas que contaminaban la cafetería giraron la cabeza y permanecieron atentos mirando fijamente al entrometido con rabiosa curiosidad. Sin embargo, la vetusta no se dio cuenta de nada y siguió acariciando su blanco y asqueroso gato de Angora. Parecía que el gato sonriese.

La mano larga, arrugada y huesuda de la vetusta tenía completamente embrujada a mi víctima. Es como si aquél movimiento preciso y enojosamente exacto que incansablemente subía y bajaba por la espalda del animal lo hubiera hipnotizado.

La singular dama, habiendo levantado la vista algunas veces, y al haber siempre topado con los ojos de Jacques fijos en su gato (la verdad es que no miraba al gato sino a la mano que lo acariciaba — aunque la victoriana dama pensara lo contrario—), le preguntó con voz de nuez:

—¿Le gustan los gatitos?

Jacques Andreotti, a modo de respuesta, se tapó las narices con los dedos pulgar e índice y ya no volvió a prestarle más atención. La vetusta debió de quedarse muy dolida, porque casi a continuación murmuró unas palabras en los oídos del gato, el gato dejó entrever el comienzo de una sonrisa astuta y, por fin, la mano reanudó otra vez aquellas caricias que desde luego debían formar parte de algún conjuro inservible hacía ya mucho tiempo.

Me era suficiente mirar a Jacques para adivinar lo que pasaba por su cabeza. Así, cuando Jacques perdió el interés por la venerable y tomó un sorbo de champán, no tuve duda alguna de que estaba recordando las calles y plazas de Roma. Es por ello que cuando escribió en la mesa la palabra ROMA, no me sorprendió en absoluto.

Pero el camarero de la cafetería le observaba con el rabillo del ojo, y al ver que Jacques sacaba de la cajetilla de tabaco una barra de labios de color carmesí y que pintarrajeaba con ella en la mesa, salió del mostrador y, dirigiéndose hacia Jacques (Jacques desde el primer momento se había dado cuenta de la acción del camarero porque también él le había estado observando con el rabillo del ojo), alzó la voz —para que todo el mundo le oyera— y vociferó:

—¡Al señor no le dará vergüenza, teniendo los años que tiene, y andar pintarrajeando en las mesas que no son del señor!

Jacques Andreotti le lanzó una mirada terrible y respondió en el mismo tono:

—La vergüenza es mi único vicio. Enfermedad de familia. ¿Comprendes? Mi padre murió reventado por la vergüenza en medio de insufribles dolores que me trajeron al mundo.

Esta respuesta dejó al diligente esclavo absolutamente estupefacto, y anegado en lágrimas respondió:

—El señor, el señor es... ¡es un comunista!

Y desapareció inmediatamente hacia arriba de las escaleras mecánicas. A los tres o cuatro minutos se escuchó un golpe fuerte y seco en la calle y Jacques Andreotti, con el vaso de champagne en la mano, se dirigió hacia la salida a fin de cerciorarse acerca de la causa de aquél ruido.

Sobre la acera y patizambo yacía el cadáver del esclavo diligente. «Se ha despatarrado» comentó un tipo que pasaba por allí y se rascaba con evidente placer su roseteada calva.

El muy infeliz se había ido al otro mundo arrojándose desde la azotea del hotel. Andreotti sacó del bolsillo el lápiz de labios carmesí y lo arrojó con desprecio sobre el cuerpo inmóvil. A continuación, desapareció por un agujero subterráneo.

La estación del «sub-way» sería un lugar fabuloso para realizar mi asesinato. En horas punta miles de personas apresuradas y distraídas se dan cita en las estaciones céntricas, por lo que resultaría muy sencillo acercarse a alguien y, o bien hender en sus costillas el puñal que siempre llevo conmigo, o bien si no hacerle caer a la vía justo en el instante en que apareciese el tren.

Con tal intención bajé las escaleras de la misma boca de metro por la que había desaparecido Jacques.

Jacques Andreotti estaba de pie, muy cerca del andén, casi oculto por una multitud silenciosa. Los allí reunidos parecían formar una inquietante congregación de espectros. «Esta podría ser una estupenda oportunidad», pensé. Sin embargo, decidí que no había por qué apresurarse y, además, hubiera sido una pena cometer el crimen tan fácilmente ahora que precisamente había comenzado a gozar con su proyecto. Por otro lado, la siguiente idea me dejó aterrado: una vez eliminado Jacques Andreotti, ¿a quién elegiría como nueva víctima? O lo que era aún más grave, ¿sentiría deseos de matar a alguna otra persona? ¿Y si con Jacques asesinara también esta tendencia mía hacia el crimen que durante toda la vida me había acompañado? ¿Sería capaz de seguir viviendo en tal caso? ¿No mataría mi deseo de vivir cometiendo así un doble asesinato, uno en la persona de Jacques y otro en la mía propia? Bajo esta nueva perspectiva, asesinar a Jacques podría aparejar consigo mi suicidio —¡mi suicidio!—. Yo, que jamás había tenido tendencias suicidas.

Desde esta nueva perspectiva el crimen ofrecía aspectos y consecuencias inauditas.

Palpé el puñal que llevaba escondido en el bolsillo derecho de mi americana e imaginé su afilada punta introduciéndose en las abultadas carnes de mi víctima (tal vez debiera llamarlo «mi asesino», en vez de «mi víctima»), rasgando las arterias, la grasa, su piel entera... Sin embargo, era como si el filo atravesara mi propio cuerpo, y la herida de Jacques fuera mi propia herida.

Y odié a Jacques Andreotti y empalidecí de puro miedo y mi sangre hirvió con ira ciega.

Volví la cabeza buscando la salida. Todos mis músculos permanecieron en tensión. Empecé a correr enloquecido hasta alcanzar la superficie del subterráneo, en donde el viento frío (ese viento frío que todos los inviernos, al igual que yo, al igual que Jacques Andreotti, al igual que todos, sale a la caza de una nueva víctima) golpeó mi rostro.

Pero esta huída apresurada y loca fue pura imaginación. Quiero decir que controlé mis nervios y permanecí clavado donde estaba, entre los misteriosos zombis del andén y el aire enrarecido, hasta que el ruido anunciador de la llegada del metro retumbó en la estación haciendo desaparecer de mi mente los pensamientos oscuros y cobardes.

Busqué a Jacques con la vista y vi que sonreía: se diría que conocía todas mis intenciones.

En la bañera del hotel, Jacques Andreotti jugaba a los naufragios con pequeños barquitos. Hacía surgir olas bajo las cuales sus juguetes desaparecían. Cuando ello ocurría, se apresuraba a rescatar del fondo de la bañera el barquito hundido y luego procedía a observarlo con gran atención, como si quisiera asegurarse de que no había habido ningún muerto.

Tan sólo interrumpía su juego para tomar un sorbo del champán burbujeante contenido en una copa y para mordisquear distraídamente un muslo de pollo con mermelada que había dispuesto en una bandeja no muy lejos de donde se bañaba.

Luego, sonriendo tal y como lo había hecho en el metro, golpeó el agua con fuerza de manera que todos los barquitos se precipitaron a los fieros abismos que nos aguardan bajo el mar terrible y misterioso (mas en esta ocasión nada hizo para rescatarlos).

Y salió de la bañera en toda su fortaleza y esplendor, el pijama pegado a la piel —acostumbraba a entrar en la bañera con el pijama puesto—, el agua corriendo por sus barbas marxianas y por el salvaje cabello: ¡qué Dios de Olimpos!

Yo, de aspecto debilucho y rasgos de judío, permanecía en pie junto a la puerta del hotel aguardando la aparición de Jacques, en acecho de mi víctima, cavilando acerca de mis inquietantes miserias.

Quería conocerlo. Quería encontrar sus puntos flacos y al mismo tiempo el lado fuerte de su carácter: sus costumbres (si es que las tenía), sus pensamientos (si es que los tenía, pues Jacques Andreotti parecía ser de esas personas que piensan con imágenes —suponiendo que una tal acción tenga que ver con «el pensar», es decir, tal vez lo que algunos nombran con el verbo «soñar»; un hombre cuya actividad cerebral queda exclusivamente definida desde la imaginación, desde imágenes).

Resumiendo: deseaba conocer a mi presa del mismo modo que el cazador desea conocer a la suya. Es comprensible. Isn't it?

Serían las diez y diez de la mañana cuando Jacques Andreotti apareció en la puerta del Hotel. El portero, vestido pomposamente de uniforme, tieso tal militar honrando al himno patrio, un gesto de terror dibujado en su rostro, se abstuvo de realizar el obligado saludo de sumisión-al-cliente. Y es que el portero, quien se juzgaba a sí mismo como garante de la seriedad y respetabilidad de todo el hotel, consideraba a Jacques como la antítesis de lo que para él debía ser una «persona seria y honrada».

Sin embargo, el hecho de que Jacques ocupara una de las suites más caras del hotel y de que pagara puntualmente los servicios nada desdeñables de «la sagrada institución», todo ello unido a la generosa propina que de vez en cuando le hacía llegar el extravagante cliente, ponía en duda la opinión nada favorable que el perro uniformado se había formado acerca de Jacques.

Jacques dirigió los pasos hacia una céntrica avenida. Súbitamente, se volvió e hizo gesto de acercárseme. Yo salí huyendo y otro tanto hizo él, sólo que no tras de mí, sino en dirección contraria. Estoy seguro de que lo hizo a propósito. Para reírse de mí.

Una vez me hube tranquilizado un poco, caminé a través de las calles calificadas como peligrosas por las fuerzas de seguridad del estado. Dado el nuevo rumbo que habían tomado los acontecimientos, necesitaba reflexionar sobre las pausas a seguir de allí en adelante.

Descarté la posibilidad de que Jacques pudiera acudir a la policía: se lo impediría el desprecio que sentía hacia los «dogs». A pesar de todo, ¿qué intenciones ocultas tenía? No había puesto a nadie al corriente sobre mis intenciones de matar a Jacques (hacer sabedor a alguien de mis secretos hubiera supuesto una traición a mí mismo, y por tanto, ello me habría convertido en una piltrafa humana, la basura más inmundada del mundo); así pues, era imposible que Jacques pudiera saber nada del asunto.

Tal vez se había fijado en mí por alguna otra razón, o incluso tal vez actuara de esa manera impulsado por un súbito sentimiento de simpatía... ¡hacia su futuro asesino!

Claro que si yo era capaz de adivinar sus pensamientos (recuérdese que en la cafetería de los grandes almacenes descubrí que estaba pensando en Roma, o que jugaba a los barquitos en la bañera del hotel, o que se duchaba con el pijama puesto) y, en definitiva, si era capaz de adivinar tantas cosas como las que ya he contado, y las que aún contaré, ¿no le ocurriría a él otro tanto conmigo? Si así fuera —y es muy probable que lo fuera—, mis intenciones estarían al descubierto y por tanto ya no podría

valerme de la ignorancia de mi víctima para llevar adelante mis proyectos.

Asolado por tales pensamientos, en más de una ocasión estuve tentado de abandonar la caza. Sin embargo, tan grande era el terror que me producía la sola idea de abandonar, que, finalmente, ocurriera lo que ocurriera, decidí continuar adelante con la empresa. Al cabo de unas pocas horas había recuperado el estado de ánimo. Aún más: la idea de pensar que lo sabía me llenaba de regocijo y, sobre todo, de emoción.

Lucharíamos a vida o muerte.

La niebla daba a la ciudad sensación de manzana. Los pasos morían a cada huella sin levantar el más leve eco. Era como si las suelas de los zapatos se sumergieran en las almas de las personas. Como si las suelas de los zapatos caminaran por el alma gris y agujereada de los seres humanos de rostro londinense, de rostro africano, de rostro árabe, de rostro oriental. Londres olía a Babilonia.

El alumbrado eléctrico iluminaba a través de la niebla. De cada farol, que a su vez era un astro luminoso, colgaba una etiqueta: «estrella del ciudadano 145.327», «estrella del ciudadano 178.435», «estrella de la ciudadana 188.974». Una para cada habitante de la ciudad.

La mía la hallé casualmente en una calle sucia y lóbrega llena de orines (suburbio 38 del distrito 25). Mi astrofarolario parpadeaba (tal vez tenía sueño), mi astrofarolario parpadeaba (tal vez fuera un mensaje), mi astrofarolario parpadeaba (tal vez se estaba extinguiendo). Me hubiera gustado encontrar el astrofarolario de Jacques Andreotti, pero nadie puede hallar sino el que le corresponde de acuerdo con la ley. Un astrofarolario nunca, nunca se dejaría descubrir por alguien que no tuviera algo que ver con él.

Yo no era muy humano. Y bien que lo sabía.

Y es que a veces Londres se le mete a uno en la piel y a partir de entonces no hay modo de que te deje tranquilo. Al menos, hasta que la propia ciudad decide dar el juego por terminado y pasar de tu piel a la de otro. Cuando ello ocurre, la soledad es un trapo anudado a tu garganta, y solamente una erección germinadora podría salvarte la vida. Si la lujuria desapareciera del agotado Londres, veríamos a los londinenses derretirse en la niebla hasta su completa extinción. Londres, el Londres multitudinario, tan sólo sería una ciudad fantasma en la que sus astrofarolarios alumbrarían sin brillo, como el desesperado faro del Gran Desierto.

La niebla olía a grasa y restos de comida. Los marineros, agarrados a los jerséis de las prostitutas, caminaban a trompicones canturreando melodías que siempre versaban sobre amores perdidos en su amada, olvidada y jodida patria. Algunos tipos de mirada asustadiza y violenta hacían cola en las filas

de entrada a las salas X, al tiempo que otros se escurrían por los umbrales de los misteriosos y sombríos Sex-Shops. Un conductor borracho chocaba contra una salida de agua a la velocidad nada desdeñable de cien kilómetros hora. Los curiosos hacían bromas, daban ánimos al muerto. La mujer divorciada de cuarenta y pico años entraba en un lóbrego pub. La noche acababa de empezar. La noche: una ciudad tan sólo de noche te dice quién es.

Hacia las cinco de la madrugada, luego de haber buscado en vano una mujer, regresé a casa ¡EN TAXI!

Al introducir la llave en la cerradura adiviné que Doniazada había vuelto.

Cada vez que Doniazada regresaba, la casa se llenaba de perfumes de Oriente, de efrites, de lámparas maravillosas, de mujeres adúlteras embrujadas, de ladrones escaldados y marinos intrépidos, de amantes infortunados, de animales que resultaban ser personas encantadas, de maravillosas telas, de perlas brillantes, de invocaciones de los creyentes a su dios, de visires nauseabundos y califas crueles, de mercaderes, de danzas sensuales, de ritos salvajes...

Me sentía asqueado de tanto pensar en Jacques Andreotti, aunque a Doniazada no le mencioné nada acerca del asunto. Y cuando hacíamos el amor, recordaba a Jacques Andreotti — no por que me asaltaran retorcidos deseos sexuales, sino por pura obsesión—. Ya no sabía con quién o con qué estaba en la cama.

En cierta ocasión tuve una experiencia similar con una jovencita. Sucedió en una época en que leía afanosamente cuanto caía en mis manos. Los libros, las lecturas me tenían de tal modo atrapado que por un momento dudé de si en vez de estar haciendo el amor con ella no lo estaría haciendo con los libros. C'est la vie.

El de Doniazada era un cuerpo generoso, lleno de vida y calor, moderadamente llenito pero sin perder por ello en gracia ni en delicadeza, sensual, con un algo oculto en cada rincón de su piel oriental dorada bajo el sol de cielos color verde que son los de aquellas tierras profundas y soñadas.

—¿Estás ahí todavía?—

Conseguí olvidar a Jacques Andreotti y gocé la noche con la maravillosa amante de Aladino. Ella sabía lo de Jacques, pues es muy difícil guardar un secreto a personas que vienen de tan lejos.

Al despertar, Doniazada se había ido. Pero no así sus abalorios, ni los bagajes que siempre la acompañan a todos los lugares, ni sus exquisitos perfumes (sobre todo el perfume llamado «benhinjuí»). Pero hallé algo sobre la mesilla ovalada de noche contigua a la ventana: una fascinante daga mora de unos cuarenta centímetros de longitud. Una de esas dagas cuya boca es similar a la forma de una culebra y que tan formidablemente entran en la carne del enemigo a quien se desea herir. Hasta la sangre cortan y la hacen temblar. En suma, un bonito regalo. Y Doniazada, una amante extraordinaria. La mejor.

Cuando me asomé a la ventana quedé absolutamente maravillado al percatarme de la suavidad con que brillaba el nuevo sol. Para comprender este fenómeno hasta sus últimos efectos, es preciso ser londinense de los pies a la cabeza. No se aprecia con los ojos sino con el corazón, con el sentimiento. Incluso con el culo, me atrevería a decir. Es preciso ser inglés, londinense y al mismo tiempo de caserío —y yo, por supuesto, soy uno de esos afortunados—.

En tales días —escasísimos a lo largo del año—, el brillo del sol comunica tranquilidad y seguridad. Y si alguien permaneciera mirándolo por tan sólo unos pocos segundos, puede dar por seguro que cualquier cosa que emprenda en ese día le saldrá bien. Os repito de nuevo que no es suficiente la mirada, sino el entendimiento.

Efectivamente, nosotros, los habitantes de las grandes ciudades, somos unos animales muy supersticiosos (no hay de qué extrañarse). Por ejemplo, todavía puedo recordar la época en que era un león de la sabana; y recuerdo el olor del antílope, mis garras aferrándose con certeza y rabia a los cuartos traseros del animal, mis poderosos colmillos al rasgar la carne y el sabor de la misma, la satisfacción posterior al estupendo banquete, mi barriga arrastras por el suelo, la refrescante sombra del arbolillo bajo el cual me tumbaba plácidamente,

el rugido que lanzaba para celebrar aquél día radiante... Era muy feliz.

Di una última calada al cigarrillo y tomé posición en la ventana. No pude evitar comenzar a gritar: ¡fascistas cagones! ¡fascistas cagones! Ante lo cual, un grupo de punkys que acertó a pasar en ese momento por el lugar acompañó mis gritos con variados eslóganes de su propia invención. Fue bastante divertido. En mi opinión, aquél tipo regordete del cuarto piso que vestía camiseta blanca de estilo camionero (y de cuya comisura de los labios pendía una colilla semiapagada dejando al descubierto uno de esos rostros indiferentes que tan típicos son de los suburbios industriales), también debió de divertirse muchísimo.

Jacques Andreotti, en la eternidad de aquellos seis últimos días, era un recuerdo olvidado a propósito. Seis días en los que, aparte de fumar y estar tumbado en el jergón de paja, no hice absolutamente nada.

Gracias a los ahorros de la familia puede decirse que vivía con holgura, sin verme obligado a ganar el fastidioso sustento y sin necesidad de tomar parte activa en los sentimientos solidarios de la masa trabajadora (ya que, si me hubiera visto obligado a trabajar, tan sólo hubiera sabido hacerlo de proletario). Imperdonable. La inutilidad había arraigado en

mí tan profundamente que al fin hube de admitirla como un mal incurable e inherente a mi persona. Además, ¿qué sentido hubiera tenido trabajar para una sociedad en la que no crees? ¿qué sentido puede tener trabajar para un mundo al que sólo le interesa ganar más dinero, un mundo que no se plantea ningún tipo de crítica hacia el trabajo personal de cada uno ni sobre la propia sociedad creada? Ejem. ¿Qué sentido tiene trabajar ocho horas diarias para poder pagar la renta de la cueva en la que vives? Si me era posible vivir a costa de los escasos ahorros acumulados por el tesoro familiar —nunca mostré especial preocupación ante ser dueño de un coche o no serlo, vivir en un palacio o en una borda de pastores, disponer o no de vídeo (más adorables las auténticas pantallas de los cines). Ejem. ¿Para qué esforzase en ser un explotado más? Más explotado que yo anda el mismísimo patrón, el buitre. O la propia masa trabajadora, el buitre hembra, entregada a sus sueños consumistas.

Eran las diez y diez. Siempre las diez y diez. Como si hubiera dejado escapar la vida entre las manos siempre a las diez y diez. Un reloj de arena sin arena (nunca falla. Y para que fallara, tendría que ocurrir algo). Una hora penosa y una vida satisfecha hasta el vómito. Me preguntaba si no sería yo Jacques Andreotti. Y busqué en el espejo de mi cara.

La aversión hacia uno mismo a través de esa inmutable sombra clavada en el espejo, preguntándose, preguntando siempre a la mirada, preguntando a la expresión que abandonó mi rostro (cuando mi rostro era otro, cuando mi rostro era el de otro).

En mi habitación, en aquellos instantes, él carecía de importancia. Así pues, imaginé su semblante y una y otra vez lo atravesé con la daga de Doniazada, hasta que la sangre salpicó en mis ojos, cegándome. Busqué la cama a tientas, dejando caer mi cuerpo entre las sábanas —enrojecidas también por la sangre. Un sueño profundo se apoderó de mí. «Mañana habrá desaparecido la borrachera», pensé, «y también vosotros, yo, Jacques... Todos. Como en un sueño. Como una célula abortada a la quinta semana».

Jacques Andreotti, el gran dragón rumano, se ocupaba en acariciar su propia imagen asesinada en mi borrachera. Escupía con mucha gracia, y silbaba una tonadilla vulgar y vil.

Llegó el momento de refugiarse cada cual en su escondrijo y de permanecer atentos.

Una espera silenciosa, acurrucado en el ángulo de una habitación oscura solamente rasgada por un rayo de astrofolarario, tal y como suelen aguardar los locos incurables, los locos que sufren y viven apaleados por sus terrores, por el terror que les produce un rayo de luna, por el terror que les causa su propia respiración, el terror hacia sus pensamientos, el terror hacia su ser oculto, el terror que origina el verbo y la carne, es decir, vivir, esa contradicción.

Jacques Andreotti se comportaba de igual manera. Le daba miedo asesinar, y por lo que respecta a mí en relación a él, otro tanto. Aún así, el juicio no admitía apelación. Mi sentencia no podía ser más clara. Y mi decisión para llevarla adelante, imposible más firme. Yo sería su asesino. Y él mi víctima. No podía ser de otro modo. Yo había sido elegido por los ángeles como ejecutor de la voluntad divina. ¿Por qué? Oh, bueno. Tal vez porque no era creyente. Yo elegido por los ángeles y Jacques Andreotti elegido por mí. Gracioso, ¿no?

En la ciudad de Hutblon, en la que transcurrieron mis primeros veinte años, fue donde maduraron mis instintos criminales, a la sombra del ambiente familiar. Más tarde, con la excusa de la universidad, conseguí poner tierra por medio, huir de aquél cementerio y comenzar una nueva vida, una existencia plena, despertando así del letargo en el que

durante largos años había permanecido sumido. Y fue así como sacudí esa especie de muerte que había tenido hasta entonces como existencia. Porque desde que era adolescente, desde que alcanzara el «*ser adulto*», fui consciente de esa personalidad que golpeaba cada poro de mi piel, de aquella apesada personalidad mía que zumbaba en cada insignificante lugar de mi cerebro en un intento apoderado por derramarse hacia afuera, surgir al exterior, como si quisiera dejar paso libre a un nuevo hombre. O, aún más sencillo, para dar a luz a un hombre, un hombre en el sentido más delicado y humano de la palabra y, ¿por qué no?, en el sentido más cercano al «sentimiento masculino», siendo Londres el lugar a donde me dirigí.

Jacques Andreotti: una sombra rellena de líquido rojo. Jacques Andreotti: un soplido de palabras, el amigo ficticio, la mujer manifiesta e invisible.

Oculté la cara entre las manos y caminé durante largo tiempo por las calles de los barrios abandonados de Dios, barrios en los que viven hombres de los que Dios renegó, hombres que viven sin esperanza, hombres que viven sin guardar rencor en su corazón. Y pensé: estos hombres miran igual que miran los bueyes, es decir, con muchísima decencia.

Jacques Andreotti, ¿cuándo vendrá tu muerte —de la que yo seré su creador— para liberar a este espíritu fatigado hasta la prostitución que soy yo?

Jacques Andreotti, tú solamente eres un medio, «algo» que voy a utilizar para finalizarme. Y gracias a ti, podré librarme del hombre que no deja surgir al otro hombre, y liberarme del hombre que no permite acontecer al otro hombre, al que podría ser el amante perfecto de la vida. Y vegetar sin prisas.

Serían las diez y diez de la mañana cuando Jacques Andreotti apareció en la puerta del hotel sin saber adónde ir. Jacques Andreotti era un vago, un asqueroso vago. Y el perfecto amante de la vida. Sus ojos brillando con plenitud, ofrecía un aspecto imponente: las barbas marxianas recién afeitadas y todo su cuerpo perfumado con jabón para niños.

Atravesaba una de las avenidas más populosas de Londres rodeado por edificios de considerable altura construidos hacía unos quince años (la zona nueva de la «City»).

De repente, algo cayó al suelo produciendo un ruido de huesos rotos: era el cuerpo de una bella mujer que se había lanzado al vacío desde el último piso de un edificio. Desnuda, su cuerpo blanco, sensual y esbelto yacía en el suelo con los ojos entornados, un hilillo de sangre en la comisura de los labios, como si preguntara. Su rostro similar al de una muñeca de cera (tal vez porque en su expresión había permanecido la vida, lo cual es singular en grado sumo puesto que, aun siendo el artista persona

de gran habilidad, una muñeca de cera tan sólo puede reflejar el vacío y la nada que tiene por origen).

A Jacques Andreotti no le inquietó demasiado el suceso. Así pues, continuó su camino sin inmutarse en absoluto, sin lanzar siquiera una mirada al cuerpo precipitado a escasos metros de él.

Aunque su actitud no me sorprendió, en aquél instante odié a Jacques Andreotti hasta la náusea (efectivamente, un vivo sentimiento de odio puede provocar náusea).

Los ciudadanos, haciendo un corro, rodeaban con curiosidad el cadáver mientras yo continuaba la persecución del monstruo.

No nos habíamos alejado ni diez metros del lugar, cuando un nuevo «paquete» se precipitó de un séptimo piso estrellándose contra la acera. Esta vez se trataba de un joven de unos veinticinco años. Desnudo, de piel blanca y hermosas proporciones, sensual. Un hilillo de sangre en la comisura de los labios. De los ojos interrogadores, la expresión de la vida y un algo de muñeco de cera.

Jacques Andreotti no se detuvo ni miró tan siquiera hacia el cadáver. Pero en esta ocasión no lo odié. Al contrario, la indiferencia de mi víctima me sedujo completamente.

De súbito, toda la calle pareció convertirse en un hervidero de suicidas. Uno tras otro se arrojaban desde las ventanas aterrizando en el suelo con estrépito de huesos quebrados. Y ese mismo ruido de huesos triturados, debido al alto número de suicidas

arrojándose al vacío todos a la vez o con escasa diferencia de segundos entre una caída y otra, acabó convirtiéndose en un fragor similar al estampido de un trueno que atravesara la calle de una punta a otra.

Jacques Andreotti continuaba su camino impertérrito, indiferente a los espectaculares sucesos del momento, con una mueca de hastío en el semblante —como si todo aquello le fastidiara, o incluso, como si aquella terrible visión le impidiera concentrarse en su imaginación que, por otro lado, era monotemática.

Yo le seguía desde una distancia prudencial, mientras recordaba a la Santa María y a los Santos y a los Apóstoles y a la Cruz y a Jesucristo (nuestro señor) y el rosario de mi Abuela y Michel-Ángel y el pesebre de Belén y la Lanza que lo hirió y la Vaca-Estufa y San José y el Padre Teófilo de Mundaiz (el sanguinario de Weigmar) y los Ángeles felices que en el cielo cantan aleluyas a Nuestro Señor El To-do-po-de-ro-so. Nada emotivo, de veras.

Mientras tanto, la calle se había oscurecido como consecuencia de los cientos, miles de suicidas que durante unos segundos flotaban en el aire. Parecía una nube de langosta, una plaga de insectos que impidiera a la luz del sol llegar hasta nosotros. No sé durante cuánto tiempo se demoró aquella terrible visión (terrible para los hombres normales, porque ni a Jacques ni a mí nos impresionó demasiado —lo confieso con lágrimas en los ojos-).

Cuando el último de los suicidas tomó tierra, toda vez que la luz había vuelto de nuevo a las calles,

podimos contemplar las consecuencias de aquella escabechina voluntaria: cadáveres de ambos sexos se apilaban por miles uno encima de otro, desnudos, de pieles blancas, sensuales, hermosos, con un hilillo de sangre en la comisura de los labios que aún los hacía más atractivos y apetecibles si cabe.

Jacques Andreotti se detuvo ante el cuerpo sin vida de una de aquellas mujeres suicidas y lo violó. A continuación, se dirigió a donde otro cadáver —en esta ocasión el de un varón— y también lo violó. Al terminar con él, tomó otro cuerpo, y luego otro más, y otro más... Así hasta caer agotado sobre una pila de cadáveres.

El sol se ocultó tras unos edificios y la oscuridad se adueñó poco a poco de nosotros. A Jacques Andreotti le venció el sueño y durmió hasta el día siguiente.

«Y a la mañana siguiente su victoria fue celebrada y en las Iglesias se cantaron loas en su honor. Y los sacerdotes, en medio de grandes solemnidades, proclamaron el advenimiento del Nuevo Reinado. Y desde entonces el Dios Esperma fue reconocido y adorado por todos. Y que Él salve a la patria y larga vida a la Reina. Y Amén.»

Estaba triste, arrepentido y avergonzado de mí mismo. «¡Eh, chaval! El mundo no es una basura si tú no lo eres. Tienes que aprender a vivir, y saber que el corazón no está en el pito. Somos muchos, muchos hombres y mujeres los que te aguardamos. Ven. Ya que tienes dos piernas, ¿por qué caminas sobre cuatro? Levántate y te ayudaremos» me susurró una voz. «¡Por favor!» grité, «No os vayáis. ¡He comenzado a entender! ¡He comenzado a entender!». Y la voz respondió «Te aguardamos. Hasta cuando quieras» se despidió. Echado sobre una tierra de arena y anegado en lágrimas gimoteaba «Perdonadme. Perdonadme todos. Os lo ruego. No lo volveré a hacer. ¡Me esforzaré! ¡Me esforzaré!»

Cuando levanté la cabeza contemplé un tímido sol rasgar la oscuridad en el lejano horizonte. Y un poco más tranquilo, me dispuse a emprender el nuevo camino que la luz de aquél sol me señalaba.

Pero volví los ojos hacia atrás, hacia el agujero en donde la sombra de Jacques Andreotti había desaparecido. Tenía que finalizar lo comenzado aun cuando ello supusiera regresar porque, al fin y al cabo, todos tenemos necesidad de un testimonio.

Regresé para matar al monstruo.

Estaba asqueado de aquella ridícula historia así como de andar tras un hombre que ni siquiera se llamaba Jacques Andreotti. Yo había inventado ese

nombre, y junto con él al hombre de barbas y cabellos a lo Karl Marx, el hombre sin rostro, sin cuerpo, sin corazón. Porque todo fue pura invención. Y mientras paseaba por las calles de este pueblecito de no más de doscientos habitantes del que jamás salí, he permanecido sumergido en esta fantasía luchando por escapar de la inquietante realidad (esa realidad bajo la que he sucumbido, impidiéndome el normal desarrollo de mi auténtica personalidad y que ahora tan sólo me ofrece una salida: el suicidio).

Suicidarme. Así, al menos, conseguiré que Ella, Lo Real, Lo que-con-fastidio-Es no consigan su victoria sobre mí. Según obró aquél arrebatado lobo de mar: dando por perdida toda posibilidad de salir con bien de la tempestad, decidió hundir su propio barco haciendo un agujero en la sentina. Luego rió, rió como un loco mientras el barco zozobraba. Era la carcajada de los desesperados, de los fracasados, de los que perdieron la razón, de los infelices. De los cobardes.

Tenía decidido escribir una última carta a un hombre que no sé si todavía existe. Un hombre con el que en una época mantuve una cierta amistad o, mejor dicho, una relación tensa, difícil, a veces insoportable. Pero no lo haré.

Por otro lado, vosotros queríais un poco de sangre y ahí la tenéis: la mía, la de Andreotti, la de su perseguidor, la de toda la ciudad imaginaria. Incluso vuestra propia sangre. Porque la sangre es símbolo de vida, y a medida que vuestros ojos leían cada frase escrita en este libro, las palabras se teñían de rojo... con vuestra sangre. Porque mientras permanecíais sentados leyéndome, La Vida os abandonaba, y vuestras venas restan ahora vacías y yacéis tal muñecos de cera: inmóviles, de piel blanca, sensuales, hermosos, con los ojos entornados, un hilillo de sangre en la comisura de los labios...

(En este momento de la narración, el autor — un tal Jacques Andreotti— levanta el cañón de la pistola y apuntando a su cabeza aprieta el gatillo. Un ruido sordo, un fognazo y su cuerpo se desploma violentamente hacia atrás. FIN).

«VE AL TERRITORIO DE LOS EBURONES Y ANIQUÍLALOS»

Año 52 a.C.

Labienu, general del César, se dirige con sus tropas hacia el territorio de los galos. Concretamente, a la fortaleza de «Atuatu». La orden que dos días antes recibiera del César ronda incesante por su pensamiento: ve al territorio de los eburones y aniquílalos.

«...y aniquílalos», «... y aniquílalos», «...y aniquílalos». Yo, Labienu, que durante largos años no conocí otra cosa sino las fatigas de la guerra, y contando entre mis antepasados con nombres de fama tan ilustre y, sobre todo, siendo como soy fiel hijo de Roma y auténtico miembro de la nobleza romana, ¿por qué —¡oh Júpiter!—, por qué tiembla mi mano al empuñar la espada? Bien saben los dioses que no es el miedo quien provoca la respiración agitada de mi pecho: ¡tantas guerras como he librado! ¡tantos enemigos como fueron aniquilados bajo el acero frío de mi espada! ¿Cuántas veces, tras de la victoria, no atravesaría el campo de batalla hollando la sangre de los derrotados? ¿Acaso no me precipité siempre a lo más encarnizado de la batalla, escuchando los gritos de mis antepasados aullar feroz cada uno su nombre, el clamor de los soldados

restallando en mi cabeza, mi brazo golpeando incansable una y otra vez, hasta que la propia guerra parecía transformarse en un despiadado remolino?...

Sin embargo, el enemigo al que en esta ocasión debo enfrentarme es sin duda el más temible de cuantos he conocido: ni los germanos, ni los galos, son tan aterradores. ¿Cómo, cómo podré hacerle frente? ¿Con la espada, acaso? ¿O, tal vez, enviaré a mis soldados...? Las legiones más poderosas del César, ¿de qué poco me servirían aun siendo general de todas ellas!

A medida que atravieso los oscuros bosques siento que mi congoja es cada vez más intensa. ¡A gusto penetraría yo sólo, sin compañía alguna, en los temibles montes donde habitan brujos, lobos y fieras de todas las especies!

«...y aniquílalos» —¡soy un soldado!— «...y aniquílalos» —¡toda mi vida transcurrió en la guerra!— «...y aniquílalos». Aún no sabrán que me dirijo hacia ellos, ni que dentro de tres o cuatro días sus aldeas serán pasto de las llamas, ni que sus campos yacerán arrasados, ni que el aire se llenará de olores putrefactos— «...y aniquílalos». ¡Oh, cómo enfrentarse a *LA PIEDAD*! ¿Cómo podría luchar contra este enemigo que no va armado con espada pero que, sin embargo, atraviesa mi corazón tan afiladamente? ¿Acaso no tiene el oficio de soldado ya de por sí suficientes fatigas que había de añadirle una más?...

Cúmplase la voluntad del César según el divino designio de los dioses.

EL DÍA EN QUE UN RONQUIDO ME SOÑÓ

¡Por fin ha clareado el día! Ha sido una noche de locura (no sé qué sería de mí si todas las noches fueran como ésta). ¡Pero por fin llegó el amanecer! ¿Por qué será que al despuntar el día recobramos la serenidad? Tal vez porque, cuando aún nos hallábamos en plena noche, no sabíamos si llegaríamos a ver la próxima luz. El ser humano rehuye la oscuridad — aunque a veces no le importe vivir acosado por abismales peces negros de innumerables ojos.

Cuando pienso en la noche recién transcurrida todo me parece irreal... ¡Cuántas horas caminando! Que se metan otros en el lecho caliente mientras yo deambulo por las calles.

Los primeros instantes del crepúsculo matinal son los más bellos. La noche todavía «se pega» al firmamento, como si no se resignara a desaparecer... En vano, desde luego: ¡qué fuerza la del nuevo día! ¡Es como si fuera a estallar! Una explosión de luz que nos cubrirá a todos.

Pero hay una duda dando vueltas en mi mente y que me deja perplejo: una vez ha clareado el día por completo, ¿a dónde van a parar esos momentos embrujados de cuando despuntaba el día? ¿Y en dónde se refugian los seres fabulosos de los cuentos llevándose consigo esta locura nocturna mía?

¿cómo podría negar a Dios⁴ ante un cielo inmenso como éste?

¡Contra la ventana de escamas de pescado los rojos rayos del sol —enviados por las nubes— quedan reflejados de modo tan extraordinario!

¿Dormir y, por tanto, pecar de avaricioso con la vida? No, no quiero dormir. ¡Oh, si pudiera perder el sueño para siempre!

Sin embargo, seamos sensatos, es mejor... seamos buenos, como niños... cerremos los ojos y durmamos... aunque sólo... sea... un poco...

⁴ «...cómo podría negar a Dios, al Uno, a la Naturaleza, a la Nada, al Vudú, a la Televisión, a Lo que quieras...?»

A TRAVÉS DE LOS TÚNELES

20 de Enero de 1948.

Xalbador Martínez Azpiroz. Veinte años. Bilbaíno. Residente en Gasteiz hasta hace poco tiempo. Por razones de trabajo se halla en el tren nocturno de las doce con destino Donostia. Viste con elegancia. Viaja asomado a la ventana exterior del compartimiento.

—Hace dos horas que estoy aquí, contemplando el oscuro paisaje que se extiende más allá de la ventana. ¿Por qué haré los viajes siempre de noche? Apenas se aprecia el paisaje... ¿Habrá alguien a quien le gusten los túneles? No sé... A mi no me agradan demasiado aunque... reconozco que tienen un cierto encanto. ¿Cómo ir en tren sin acabar en las entrañas de algún monte, justo como voy ahora, aturdido por los rugidos de esta boca inmensa? Es como si alguien quisiera succionarme para a continuación arrojarme a esas tinieblas donde sólo parece existir un inmenso griterío... Nunca me había hecho tales planteamientos acerca de los túneles. Tal vez porque nunca les había prestado demasiada atención, a pesar de mis continuos viajes nocturnos en tren. Algo similar sucedió cuando me trasladé a Gasteiz: ¡durante cuánto tiempo deseé vivamente salir de la casa paterna y poseer una habitación de paredes blancas sólo para mí! Y un

buen día abandoné la casa de los padres y encontré esa habitación de paredes blancas. Sin embargo, al cabo de unos meses me di cuenta de que mi sueño se había cumplido y, por tanto, había llegado a su fin, por lo que no había ya razón alguna para continuar en aquella situación. Quizá sea por ello que me hallo en este tren con destino a Donostia, en donde nadie me conoce. Una vez arreglados mis asuntos en Gasteiz, continuaré buscando en otra ciudad «eso» que ni yo mismo sé que es, aunque sin demasiada esperanza (¿estaré haciéndome viejo?). De todos modos, ello no tiene excesiva significación. «Envejecer también puede ser bello». Mis pensamientos se entremezclan unos con otros. «Envejecer también puede ser bello». ¿De dónde ha llegado esta frase? Frases constituidas por palabras. «Por palabras». ¿En qué pensaba? Oh, sí, acerca de la dedicatoria de un libro:

“Para Clari, porque comprender a las personas
es tan difícil, y la infancia
ha quedado tan lejos...”

No creo que la ventanilla de un tren sea el lugar más adecuado para una dedicatoria. La ventanilla de un tren que ruge a través de los túneles y cuyo destino ya no sé cual puede ser. Es una noche espléndida... al menos, cuando se la puede ver. Este otro túnel no parece tener fin. ¡Y qué estrépito! Me hace daño en los oídos... Quisiera regresar al

compartimiento, pero... ¡me es imposible mover las piernas! ¿Qué está ocurriendo? El ruido es cada vez mayor. ¡Mis oídos! ¡Basta! ¡Basta! El estruendo del túnel se introduce en mis pulmones. Tengo ganas de vomitar. Este fragor... es como si lo escuchara desde dentro de mi cuerpo, como si se extendiera a través de mis venas... ¡Mi sangre es sólo ruido! ¡Mi corazón va a estallar! No es posible... ¡Estoy convirtiéndome en sonido! ¡Estoy convirtiéndome en un grito!

Transcurridas una hora, en uno de los pasillos del tren y bajo la única ventanilla que se hallaba bajada, los viajeros encontraron unas elegantes ropas tiradas por el suelo. Resultaba tan inusual, que dieron aviso de ello al responsable del tren quien, haciéndose cargo de las ropas y una vez dado parte del extraño suceso, las confió al depósito que para tales casos existe en la estación de Donostia y en donde, según parece, todavía continúan sin que hasta el momento haya pasado nadie a reclamarlas.

EL SUICIDIO DE Y.

Quizá por eso miraba hacia la calle con soñolienta resignación. Quizá por ello —y desde sus ojos que eran como dos agujeros negros, mojados y brillantes— veía la noche como dos ojos negros, mojados y brillantes. Balanceaba su cuerpo ante el vacío y, de improviso, le vino a la memoria aquél viejo columpio de la infancia. Y se sintió tan viejo como su recuerdo (un sentimiento falso: estaba por encima del tiempo, él siempre estuvo por encima del tiempo).

Desde algún lugar lejano, venían a su memoria imágenes de los que fueron sus padres, las de algunos amigos... Era un trance absoluto en el que le resultaba imposible encontrar las palabras adecuadas para explicar el tema que jamás acertó a definir. Convencido de que todo se aclararía en aquellos últimos instantes, toda vez que ya había decidido arrojarse desde el noveno piso en el que siempre vivió, convencido de que por fin vería con claridad cuáles habían sido sus errores así como las razones para no haber tomado antes esa determinación...

Sin embargo, ahora que la decisión estaba tomada, no hallaba nada que pudiera ayudarle en su último intento por interpretarse a sí mismo (inter-

pretarse a sí mismo y también al mundo: he aquí la clave de todas las causas).

La lluvia había cesado. La calle entera brillaba con reflejos empapados parecidos a los de las estrellas.

En la noche de invierno, Y. era un viejo trapo de cocina. Y. pensó que él y su cuerpo no eran más que un viejo trapo de cocina (su cuerpo, a lo sumo, una enorme bola de grasa). Mas que ser la oscuridad la que devorara a Y, era la oscuridad víctima de Y., quien permanecía inmóvil.

Una sinfonía orquestada por silencios en la nada donde no existen las palabras, pues una palabra es un hecho en exceso humano e Y., si de por sí no fue nunca demasiado humano, ahora que ya era casi como un muertito, arrinconaba las palabras, desechaba los términos y conceptos inventados por los Hombres. No necesitaba de palabras ni de idiomas (a pesar de ser un gran políglota) porque la sensación (tan real como un muro de hormigón) sustituía al idioma por medio de confusos pensamientos intuitivos que, partiendo desde un punto originario, anulaban todo medio de comunicación convencional.

Saltó y su cuerpo se rompió en mil pedazos. Y parecía que iba a chocar contra las estrellas y que sería la noche la que se rompería y no el cuerpo de Y., que permanecía ahora en el suelo absolutamente inmóvil, convertido en un amasijo de carne, tan quieto como cuando desde el balcón miraba hacia la calle (ya sabéis, cuando casi era un muertito pero que aún no lo era).

Un vecino al parecer no demasiado limpio se asomó a la ventana, echó una ojeada a un lado y a otro, y una vez estuvo seguro de no ser visto por nadie, arrojó a la calle una gran bolsa de color azul que fue a parar precisamente sobre Y.

A causa del golpe la bolsa se abrió, cubriendo su cuerpo de inmundicias, ya que, efectivamente, se trataba de una bolsa de basura. El cadáver de Y., similar a una marioneta rota, contemplaba el cielo estrellado desde su quietud, comunicándose en silencio con las estrellas de guiño a guiño, participando del Secreto como uno más, como un muertito más, tal un Cristo traidor y renegado capaz de vender a un Judas por doce monedas de oro.

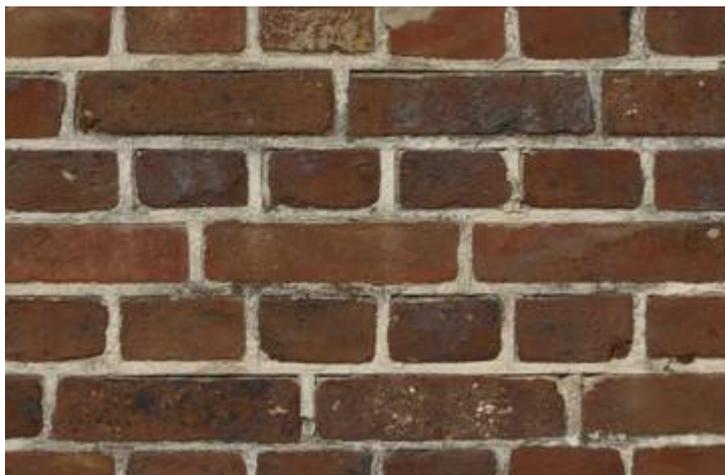
Podría seguir hablando acerca del muerto y de lo que hizo cuando se vio libre de la vida, pero el caso es que Y. nunca tuvo fe alguna en la resurrección ni en análogas patrañas. Así pues, juzgaría una falta de respeto hacia el muerto comenzar a proclamar aquí y ahora su error. Además, podría vengarse y los muertos, a mí, ¡no sabéis el miedo que me inspiran!

FIN

MÁS ALLÁ DEL MURO

(CUENTOS)

X. GALARRETA



Título Original: Murruez Bestaldean, 1990
(Traducido por el autor)

© Marjinalia Bilduma

© Xabier Galarreta

Año 1995 (diciembre)

Correcciones: X.G. e I.M.

Depósito Legal: SS-263/99

PRESENTACIÓN

Una parte de mi vida se olvidó de mí, y ahora me interroga desde la juventud: «¿Cuántas veces todavía tienes que volver a ser?». Voy caminando por las calles y sin quererlo atraigo las sospechas de la policía, que cree ver en mí al criminal; también siento pegada a mi nuca la mirada recelosa de alguna mujer. Yo, sin embargo, continúo hacia adelante sin volver la cabeza, huyendo —adoro las calles insignificantes y su despertar en mí, porque sólo de esta manera alcanzo a comprender la anchura del mundo.

Me acompañan caballitos del diablo mientras permanezco agazapado en el cañaveral inundado de agua y lodo, al acecho de un insecto, devorador devorado (¿cómo podría distinguir a estas alturas la dulzura de la amargura?). Por otro lado, no merece la pena insistir demasiado —¿no es acaso la luz de hoy tan brillante como la de ayer?—

·

Escarbo en la tierra con mis manos, en busca de la última palabra que dejé sin pronunciar. Y la tierra me dice al oído: «Mañana habrá misa en favor de tu alma». He sentido un profundo pesar, porque hace ya mucho tiempo que se destruyó en mí aquello que los hombres solían llamar «alma».

Algún día no tendréis noticias mías: estuve, os hablé durante un instante en el que fui eso, un instante. Cierro los ojos y escucho sin oír a estas palabras, que salen por mis ojos transformadas en

pálidas bandadas de gaviotas.

He sacado un libro a la subasta. Hoy muero un poco más. Sin embargo, afuera la lluvia continúa cayendo...

¿Nunca os dije que estoy obligado a vivir entre dos hombres? El primero se embarca en cada uno de los barcos que todas las noches zarpan del puerto de Brehen; el segundo, se queda en tierra y le grita al primero, mientras se aleja: «¡No te olvides de escribir!».

Os envió estas líneas desde la mesa-escritorio de mi cuarto (en esta mesa, desde esta mesa, tan sólo podría entender el mundo): hijo de una generación ebria, prólogo que naufraga en el papel embravecido de los que viven por dentro y para fuera...

¡SOY!

También creo paisajes. Y de vez en cuando, me reúno con las prostitutas. Además, sé que el día siguiente me debe una esperanza —el gesto aprobatorio que encerrará mi intelecto en una jaula, está ya dado.

Si supiera por qué vivo, sabría por qué escribo. Podría morir sin haber escrito del mismo modo que podría morir sin haber vivido. Y cuando el vecindario empieza a murmurar, desviaré la mirada hacia mis libros... (en los que descubro tantas esperanzas como es posible descubrir).

Río y lloro al mismo tiempo. Río al admirar el paisaje de mi viaje; lloro cuando pienso en el

paisaje de mi viaje que he dejado atrás.

Transcuro como ayer y desprecio al pedante. Además, si alguien tirara de mi pelo, a lo sumo me dejaría calvo (ventaja de llevar en el bolsillo todas las horas del mundo, y de ir de un lado a otro con pasos de marino).

He perdido la cuenta de los días desperdiciados. No importa. Las nubes del cielo de ayer ahora ya estarán lejos. Así es que, ¿de qué preocuparse? ¿para qué volver la mirada una y otra vez hacia atrás? ¿los mayores filósofos no dijeron acaso las mayores estupideces?

La mañana transcurre mientras pienso en las cosas que he vivido. «Siempre estuviste enfrentado a un pasado cansado y destruido» gritan a mi alrededor Las Voces. Y casi a continuación: «Te convertiste en un axioma desde que los sueños de los soñadores se apoderaron de ti», gritan. Es cierto. Los sueños me mostraron los antiguos palacios de los dioses griegos.

Aguardaré a que estas palabras envejezcan. Daré fuego a todos los diccionarios (así, no quedarán sino cenizas... de lo que soy). ¿Qué quiero decir...? ¿Qué trato de ocultar?

No sé cómo funciona un ordenador. ¿Merezco por ello la muerte?

Un paraje nos aguarda, y sólo cada uno sabe cómo llegar hasta él. No es posible enviar a nadie en nuestro lugar.

Más allá de mí, paisajes inmensos. Más allá

de mí, la cadena completa, el mar silencioso, los hombres arrojados a sus sueños. Más allá de mí, los sonidos de un tiempo histórico, la infancia anónima, las luchas heroicas... Más allá de mí, un lugar donde hallaré reposo.

Necesito ahora valor en cantidades ingentes. Llevo en mí un montón de sueños (y también en la suela de los zapatos —es por eso que puedo recorrer durante tanto tiempo las calles sin notar la fatiga—).

No creo que vayan a aumentarme la paga por emplear mi tiempo en inútiles puestas de sol. Y si bien no lo encuentro especialmente grave, me obliga sin embargo a saborear la nada.

Mirada, voz y gesto: podrían hacerse muchas cosas con este trío (aunque prefiero, y con mucho, las terrazas de las cafeterías extranjeras).

El herbario se ha llenado de polvo y sólo cuando despierto recuerdo que hoy estoy aún sin comer.

Preferiría que no entendierais nada. Si no, podrías acabar sabiendo de mí más de lo que yo mismo sé.

Tengo por patria la vulgaridad. Así es que nadie se extrañará cuando sepa que vivo al otro lado del muro.

El anciano obsceno que era más extranjero que yo me ofreció un ramillete de flores. Luego se alejó con aquella expresión suya de viejo verde afeándole el rostro (todavía creo escuchar su

carcajada).

¡No tener buena memoria es una gran suerte! De este modo, nunca podré recordar lo que nunca he sido. De este modo, el lado despreciable que tanta veces fui no podrá nunca atormentarme.

Aquellos a quienes hablo nunca me abandonarán. Mil y un brazos hallaré siempre extendidos a mi alrededor. Puedo perder los sueños, pero no a mi gente. Si lees estas páginas, te pondrás a mi lado para siempre. Porque yo creo en las palabras insignificantes, en los hombres de mirar tranquilo, en que poco a poco vamos avanzando bajo esta vida al aire libre que tanto amo... El mar no tiene fronteras, y tampoco las hay en las cuatro paredes de mi habitación. El mundo va por delante de mí abriéndose camino. Sólo de pensar en que algún día puedo ser feliz me lleno de felicidad. El otoño me ha sonreído en la mejilla. Tengo el hogar allá donde lo tienen las palabras. Por si fuera poco, me enamoro en seguida. Y como todos los enamorados, hago locuras a cada cual más disparatada. Desafío a la noche. Dibujo paisajes y a continuación los deshago. Doy rienda suelta imperturbable a mis certezas derruidas. Mis mejores logros los doy por inútiles, una vez conseguidos. Respiro. Distráido, me lees. Pero nunca sabrás quién soy. Cuando nos encontremos en la esquina del mundo nos daremos la mano. Y entonces, sólo entonces, sabremos que nos conocemos. Y también sabremos que los sabios lo sabían todo (ésa será nuestra victoria, la base de nuestra sabiduría). Luego, nos separaremos en una

fría despedida (el resultado del mutuo conocimiento será más que suficiente). Soy tierno —como el granito—. Y mis ojos vieron.

Siempre estaré a tu disposición en el principio (puesto que cada final nos arrastra hacia un viejo comienzo). ¡No sabría vivir lejos de esta vida mezquina! ¡No sabría ser pudoroso ante una mujer! ¡No sabría estar sin acariciar cada momento transcurrido! No sabría esperarte, si no supiera que estarás conmigo para siempre. No sabría ser juez (¡condenaría a todos a la pena de muerte!). No sabría ser médico (¡os vendería a cinco duros el kilo de carne del difunto!). No sabría ser general de ningún ejército (¡rendiría la ciudad al enemigo a cambio de una prostituta!). No sabría ser un buen marino (¡al primer descuido llenaría de petróleo vuestros platos de sopa!). Hay un pulso en mi cerebro, y mientras, busco la victoria en las horas pálidas. Sin embargo, no sé quién soy, y estoy obligado a adivinarme en las adivinanzas. ¿Volver atrás? No, sería demasiado trabajo para, a fin de cuentas, llevar a cabo una vulgar automarginación. Nadie hará en mi lugar lo que solamente puedo hacer yo. Aún así, todos están a mi lado. Y estoy convencido de que el árbol seco será causa de riqueza. Y continuaré firme aquí donde estoy, mientras ella espera. Aquél que viene sabe ya quién soy. Quiero llegar y obligaros a beber de mi alegría. Si eres mujer, te tomaré a la fuerza. Y no te importará —porque no hay nada más inofensivo que la charlatanería que no persigue un fin—. Soy éste: ¡mirad! Voy a pasar el día ensayando viejas

canciones. Si permaneces conmigo, como la fuerza de los animales está dentro de mí, te enseñaré a cantar alto —¡muy alto!— un par de versos. O incluso más de dos, si acaso fueras generosa. Les llegarán rumores y sabrán que somos nosotros — ¡todos los gastos a mi cuenta!—. Y si con esta razón, a pesar de todo alguien no quedara contento, sabed que estoy dispuesto a llegar hasta los tribunales. Quiero hacer un camino, como los antiguos baserritarras euskaldunes. Pero si tuvieras algún reparo, en ese caso ¡que cada cual haga el suyo propio! No tienes más que decirlo. ¿Qué importa disponer o no del conocimiento? Me paré a contemplar el mundo desde el viento frío, desde el primer gesto, desde la niebla que traía en sí arropada una esperanza, una sonrisa azul. E inmediatamente te someto a interrogatorio: ¿vas a ayudarme noche y día? ¿enterrarás mi cuerpo cuando muera? ¿harás tuyas las faltas y las ideas nobles? ¿aprenderás a escuchar? ¿y a preguntar? ¿buscarás a los testigos adecuados? Si te portas bien, te premiaré con un feo escarabajo.

El camino siempre llegará más lejos que nosotros. ¿No es así? Y al final de la calle, donde la Muerte está sentada, haré frente al transcurso de los días para que no envejezcas. En el oriente disperso, te esperaré, una canción de cuna mecida en mis labios...

La pérdida de la personalidad, una vez destruida la mínima lógica, no trae sino el devenir de ésta en otra personalidad distinta a la anterior. En este escrito las palabras van como cuchillos... en

busca de una personalidad, del calor necesario en el invierno y del aliento oculto bajo la hierba espesa y húmeda... Pero nadie sabrá nada —y sin certeza, no es posible vivir.

Afortunadamente, tengo a mi alrededor las sensaciones de muchísimas certidumbres. Por eso necesito escribirme. Quisiera creer en lo que traerá el día siguiente; quisiera creer en la aburrida existencia de todos los días aburridos; quisiera creer en mí y hasta la última gota. Sin embargo, aparte de estas líneas, no tengo nada más....

Y superada la obstinación de este cansancio, dejadas atrás las estaciones con su primavera y con su verano, una sonrisa escéptica colgada de mis labios, comenzaré —sin prisa— el regreso a la casa de todos los atardeceres. «En aquella época», comentaré a todo el mundo, «fumar cigarrillos y tomar café eran mis mayores alegrías». Viví en el veintiséis de una calle cuyo nombre no podré recordar...

Si tuviera algún dios, daría a ese dios las gracias, por no haberme dado el don de escribir prólogos como es debido.

El Autor

He descubierto un nuevo y extraordinario mar: el mar disecado. Ahora sé que no me reconozco en este mundo. ¡Qué irreal y falso es mi nuevo mar! Parece muerto, y sin embargo, en su interior —en el origen-patria de la terminología— hay fuerza suficiente para destruir la Tierra entera, una fuerza feroz y cruel, que se revuelve sin límites contra el Cielo, y que hace empalidecer —¡radical extensión!— al mismísimo Padre.

Desearía que vierais con vuestros propios ojos esta curiosa obra de la taxidermia marina. Basta un pequeño esfuerzo. Un acto de voluntad y deseo.

Pero sabed que, quien de entre vosotros llegue a contemplar este mar en apariencia muerto, a partir de ese instante, habrá traspasado el mismo muro —al otro lado de la vida— que hace tiempo también yo traspasé. Y a partir de ahí, no le será dado regresar.

EL MOTORISTA

El motorista miró hacia atrás y se apercibió de la oscuridad fría y húmeda desprendida de los montes que todo lo envolvían. Aterrorizado, deseando huir de esa soledad lóbrega que llevaba como adherida a sus espaldas, apretó con rabia el acelerador. Por un momento, pareció como si en ese gesto tratase de dejar atrás un recuerdo doloroso. Tal vez, la noche grave y enigmática.

Bajo el faro de la luz larga, veía las inquietantes curvas de la carretera transformada en una gigantesca culebra. Casi inmediatamente, —y valiéndose de la luz salvadora que le proporcionaba su máquina— consiguió olvidarse de la noche que le perseguía, aunque aquella inexplicable inquietud permaneció en él sin poder expulsarla.

La pregunta de su amigo en París le llegó de improviso desde la oscuridad que iba dejando atrás, y vino a llenar el vacío de pensamientos de los últimos segundos: «¿Por qué morimos?». A modo de única respuesta, el rugido de la máquina en la noche que parecía tener conciencia propia. ¡Si el motorista al menos hubiese tenido el consuelo de un dios! Pero era ya demasiado tarde para empezar a creer.

Gaily bedight,
A gallant Knight,
In sunshine and in shadow
Had journeyed long,

Singing a song,
In search of Eldorado⁵.

Aquél que vive dentro de sí mismo no tiene necesidad de dioses. ¿Para qué habrían de hacerle falta? «Es mejor el amor que surge a partir de lo que uno pueda ser capaz de soñar» pensó con dulzura el motorista. «De hecho, es mejor cerrar los ojos y no ver, hacer oídos sordos al ruido que nos llega del mundo, dar la espalda a la mentira que somos» continuó pensando mientras disminuía la velocidad antes de entrar en la siguiente curva.

Los árboles permanecían inmóviles en un gesto eternal. Sin embargo, al mismo tiempo parecían querer abalanzarse contra el ruidoso entrometido al que no habían, por cierto, invitado a la danza de las horas muertas. Y de sus ramas

⁵ *(Las estrofas que aparecen a lo largo del cuento pertenecen al poema "Eldorado", de Edgar A. Poe. Ésta es su traducción al castellano:*

Alegremente vestido/un valiente caballero/bajo el sol unas veces y en la sombra otras/realizó un largo camino/cantando una canción/tras la búsqueda de Eldorado.

Pero el valiente caballero/un día envejeció/y sobre su corazón/una sombra se cernió/pues no pudo descubrir/tierra parecida a Eldorado.

Y al final las fuerzas/iban ya a abandonarlo/cuando topó con la sombra de un peregrino/«Sombra», dijo/«¿Dónde puedo hallar/la tierra de Eldorado?»

«En los Montes/de la Luna/En el Valle de la Sombra/Cabalga, cabalga con osadía»/le respondió la Sombra/«Si vas a la búsqueda de Eldorado».)

negras, momificadas, era como si colgara un invisible instrumento de venganza, una suerte de arma que acabaría con el sufrimiento de los inocentes, aquellos que murieron bajo una pasión deliberada, nefasta e imposible de evitar...

En el embrujo del instante, observó la ventana iluminada de un caserío semiperdido en el interior del monte, hacia lo alto, como arrojado a aquella soledad por una ola. Un rayo de esperanza en medio de la noche que lo perseguía. «Entonces, también allí viven los *humanos...*» pensó, y en la próxima curva ambos desaparecieron, la ventana iluminada del caserío y el motorista.

«¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que tomemos conciencia de la poesía que nos hace vivir?» fue la siguiente pregunta que el motorista se hizo a sí mismo.

But he grew old—
This Knight so bold—
And o'er his heart a shadow
Fell as he found
No spot of ground
That looked like Eldorado.

Volvió la cabeza una vez más hacia atrás: aquella masa negra, pegajosa y viscosa todavía le perseguía. Y otra vez se encontró con la dolorosa noche y se le asemejó como las tripas de un animal muerto. La noche, dulcemente violenta, había conseguido derrotar al tiempo y mostraba orgullosa su victoria.

Pero esa oscuridad oceánica le pareció

incluso más aterradora que antes, tan aterradora casi como si acabara de descubrir el cadáver de su pasado. Es por ello que, imperceptiblemente, la moto se fue saliendo poco a poco del camino y, para cuando se dio cuenta, se había convertido ya en el protagonista de una tragedia que poco habría de importarle al mundo. Se sintió abrazado por mil ramas vengativas y nudosas. Oyó que la tierra le llamaba para cubrir su frente de besos fríos.

La máquina del motorista yacía en el suelo, la rueda trasera dando vueltas y vueltas en un firme inexistente, recorriendo el camino de la nada.

Un búho, oculto en el follaje, se entregaba a efímeras reflexiones acerca de lo sucedido.

La cabeza del motorista se movió ligeramente junto a la piedra manchada de sangre y lanzó una débil queja. Luego, permaneció inmóvil. Y una sombra atravesó el bosque cercano riendo a carcajadas, histérica (¿el canto de alguna ave nocturna, tal vez?).

And, as his strenght
Failed him at lenght,
He met a pilgrim shadow—
«Shadow,» said he,
«Where can it be—
This land of Eldorado?»

«Un accidente», susurraron los labios del motorista. «Como el nacer» dijo en una voz muy baja. Luego, se estremeció.

La oscuridad que hacía poco le había

producido esa terrorífica sensación, ahora sin embargo se había convertido en una caricia. Intentó abrir los ojos, mas era como si todo el peso de la noche presionara sus párpados. Poco a poco, su cansancio le hizo rodar por una cuesta abajo. Y comprendió que todo había acabado, y que la aparición de los tres puntos suspensivos era inminente.

Sin embargo, el mismo recuerdo (¿o era otro?) angustioso de antes volvió a asaltarlo, borrando de su rostro la sonrisa recién perfilada. Abandonaría este mundo tal y como cuando llegó a él: luchando consigo mismo.

Reunió sus últimas fuerzas, apretó los dientes y cerró los puños llenos de tierra. Luego, los árboles otra vez fueron árboles, y las ramas sólo ramas, y la oscuridad de nuevo oscuridad. Nada más. Morir no es un misterio.

«Over the Mountains
Of the Moon,
Down the Valley of the Shadow,
Ride, boldly ride,»
The shade replied,—
If you seek for Eldorado.»

UN BALCÓN ASOMADO A LA NOSTALGIA

«Cómo iba a imaginar que un día habría de perderla... para siempre». En la terraza del balcón y mirando sin ver hacia la calle, el anciano permanecía sentado entregado a su nostalgia y a sus restos de sensaciones transcurridas. Mientras, en su cabeza los recuerdos se entremezclaban unos con otros, como sombras llegadas misteriosamente del pasado. Recuerdos tiernos, recuerdos dolorosos que flotaban en la nada.

«Koro, Lourdes, Maite y Ane» susurraron los labios temblorosos del anciano —como si ese susurro pudiera hacer desaparecer la lejanía unida indefectiblemente a aquellos nombres—, cada nombre enlazado a los tiempos que hacía tiempo se habían vuelto extraños, y casi-casi, como si pudiera respirar —en la nostalgia de una época pasada— todo lo que de él quedaba.

«Koro... Ni una palabra hubo... Ni una... ¿Para qué, además?... Estaba muy claro...» Bajo un sol que lo cegaba, el anciano continuaba con sus pequeñas reflexiones y con sus herrumbrosos recuerdos. «... Luego de que lo dejáramos, pasé bastantes años solo... Hasta que conocí a Maite».

Un acercarse a los recuerdos para a continuación sumergirnos, extraviarnos en ellos, a través de un camino predispuesto a la resignación, porque, a pesar de esforzarnos hasta el límite, a

pesar de creer en todas las mentiras que caben en nuestro infinito ser-humano, a pesar de esto y de aquello y de lo otro, las arrugas han invadido nuestra piel, y podemos oír a la Muerte que, a pasitos cortos, se acerca hacia nosotros, triunfante.

Una alegría urbana sin dueño bullía debajo del balcón del anciano. En aquél instante, los hombres y las mujeres de ese instante, se aprestaban cada uno a la realización de su propio pasado. Cada ser era un mundo —¡su mundo!—, y cada mundo estaba atrapado en una telaraña tejida no se sabe de qué, ni por quién. Tal vez por ellos mismos: los sedientos de amor, los ciegos de humanidad.

«Éramos muy jóvenes... Era como estar loco, completamente loco... No, no... Con Lourdes no me porté nada bien... ¿Se casaría?».

Preguntas, interrogaciones sobre lo que dejó de existir sin ayuda de nadie: una nueva victoria de este pasado transformado en piedra.

«Maite... Tú sí que me hiciste sufrir... Sólo contigo supe realmente qué es ese dolor dulce aquí, en el corazón...».

El tiempo no pasa en balde. Eso dice, al menos, la filosofía popular. El balcón del anciano tenía un buen mirador, pero... ni tan siquiera él sabía a dónde daba.

Los frenos de un coche chirriaron con histeria, rompiendo con el aburrimiento en que se hallaba sumida la calle, tal vez la ciudad. Un niño

de unos doce años yacía en el suelo, bajo las ruedas del coche. Tenía una herida en la cabeza de la que brotaba abundante la sangre.

«Un día, Ane también se fue... A Burgos, sí... Creo que encontró algún trabajo en Burgos... ¿Quién me lo dijo?... Ah! Joxe. Me lo dijo Joxe, que en paz descansa, el pobre... También a él le gustaba mucho Ane, pero», el anciano —sin percatarse en absoluto del accidente— lanzó una risilla sofocada y añadió «Ane fue mía. Me eligió *a mí*».

La nostalgia por los paraísos que se perdieron río abajo arrastrados por la impetuosa corriente se adueña de nosotros cuando para entonces son ya irrecuperables, y la luz de la vela alumbra sin brillo sobre un montón informe de cera derretida. A partir de ahí, nos arrojamos a un lago de recuerdos y nenúfares, en donde la nostalgia flota entre cientos, miles de palabras inútiles, tan inútiles como lo son las historias de los hombres anónimos.

LA MUJER DE LA ESQUINA

La niebla —llegada desde todos los rincones— no permitía distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer. Sin embargo, la silueta podía distinguirse sin lugar a dudas, de pie junto a la esquina. De vez en cuando, daba un minúsculo paseo en círculo y encendía un cigarrillo posiblemente de marca americana.

De improviso una ráfaga de viento alborotó el vestido del quimérico ser, quien también parecía estar confeccionado con algún tipo de hilo obtenido de la niebla. No había duda, era una mujer. Cuando el viento se detuvo, la niebla volvió a espesarse, desfigurando una vez más su aspecto humano.

Caminaba por la acera como un sueño que ha sido ahuyentado, sumergida —tal vez— en los recuerdos de la niñez, arrastrando los pies despreocupadamente, embrujada en aquél paisaje embrujado.

De repente, salido de una puerta invisible abierta en la niebla, otro ser —en esta ocasión, un hombre— hizo su aparición. Como un espectro, sin prisa, se acercó a la mujer, y una certeza de humo se proyectó en la densa bruma.

Iniciaron una conversación. El diálogo que mantenían era como un susurro extinguido fuera del tiempo. Y la niebla, para entonces, ya no era niebla, sino la carcajada de un sapo que atravesaba hiriente la ciudad.

Intercambiaron unas pocas palabras y desaparecieron juntos.

La niebla permanecía vigilante, como un soldado en su garita, lamiendo el asfalto de la ciudad, cubriendo con su húmedo manto los altos edificios.

La ciudad hizo su renuncia habitual y el pesado sueño en el que se hallaba se hizo aún más profundo, hasta despeñarse por el agujero de las palabras enigmáticas.

Dos sombras llegaron hasta la esquina en la que hacía sólo un momento habían conversado las siluetas de la mujer y del hombre. La conversación de ambos era tan real, tan auténtica que, por un momento, la sensación de aislamiento que la niebla embrujada le daba a la ciudad, estuvo a punto de romperse.

—Yo quisiera ser más alegre, sí. Pero...

—Pero entonces, ¿qué? No te falta nada. ¿Por qué te afliges de ese modo?

—A veces no se puede evitar...

—No te entiendo...

—Mi casa es un infierno. Y ya no lo aguanto más. ¿Entiendes eso?

En seguida, los dos hombres se alejaron. Y la maravillosa niebla, en silencio, rodeó de nuevo con sus brazos la ciudad.

La esquina yacía en su soledad pálida, como un ser vivo —imposible asegurar si amaba o

despreciaba a las criaturas que todas las noches acudían a ella—. Muy lejos de allí, en un valle remoto, cenizas moteadas de blanco y de gris se precipitaban veloces, ladera abajo.

Y la esquina comenzó a llamar a voces a la mujer. Le gritaba que volviera.

—¡Helecho de los acantilados! No me dejes aquí tan solo! Tú sabes que todos soñamos. ¡No me dejes aquí tan solo! Yo te sueño. Yo sueño tus sueños. No me dejes aquí tan sólo —parecía que gritaba la esquina.

Y como respondiendo a esa fantástica llamada, rodeada por la noche y la niebla, ella también convertida en blanca sombra, la silueta de la mujer hizo su aparición. Caminaba hacia la esquina a pasitos cortos, mostrando toda su pavorosa indiferencia.

El viento procedente del mar interpretó una tierna melodía y llegó hasta el lejano lugar en el que los marinos duermen, provocando una gran agitación entre los sueños de los que sirven al mar.

La mujer —triunfo del fracaso— arrastraba en cada gesto la gloria de la noche: cuando se apoyaba en la esquina, cuando tranquila andaba de acá para allá, cada vez que encendía un cigarrillo, en el profundo odio que profesaba a su vida.

Surgido del blanco disfraz de la noche, una nueva figura humana —la de un hombre— se acercó hasta ella. Luego, ambos desaparecieron entre un tintín de monedas y un frufrú de billetero.

Y pensó la gárgola de Notre-Dame: «Ante una mujer así, me postraría».

EL VIGILANTE

Al acecho entre dos peñas fabulosas, similar a la inescrutable esfinge del desierto, la armadura del vigilante se distinguía con absoluta nitidez en el paisaje. Y parecía como si estuviera asomada a un pozo seco, fuera de la historia e indiferente al devenir del tiempo.

Guardián del infinito océano, hacia el oriente de una espera eternal, los ojos alerta agazapados en la ranura del casco... El vigilante de la isla en su colosal altura ofrecía un aspecto tan irreal y absurdo como una estela cosida a las olas. Jamás nadie le vio realizar un sólo movimiento, allá, en su altura entre dos peñas formidables.

Los marinos y los habitantes de las islas cercanas lo conocían. Aún más, se podría decir que la presencia del antiguo guerrero y vigilante gobernaba la vida de cada hombre, mujer y niño de las islas. ¿Quién lo había puesto allí? ¿Desde cuándo permanecía en su puesto? Nadie lo sabía. Los ancianos lo conocieron desde siempre, y en las leyendas trasmitidas por los antepasados de las islas se hacía ya mención de su existencia.

Era una ilusión, una ilusión pavorosa — aunque, también serena— en aquél mar plagado de monstruos y leyendas —los hombres de aquella época tenían curiosas ideas acerca de las cosas que no conocían—. Porque las tripulaciones de los barcos y todos los isleños sin excepción le temían;

más incluso, les aterrorizaba. Pero al mismo tiempo, del terror impuesto por la presencia del vigilante se extendía una suerte de armonía que llegaba hasta los lugares más recónditos. Y si alguien hubiera dicho a un lugareño que debía vivir sin aquél terror, éste se habría lanzado espada en mano contra el profanador, como si hubiera insultado a su deidad más venerada.

Sin embargo, el vigilante de la isla desierta no era un dios. Aunque tal vez fuera un dios quien lo puso allí. Pero, ¿por qué? ¿Acaso se trataba de un castigo? ¿O era, tal vez, algún complicado mensaje que los seres humanos no alcanzaban a descifrar? Inútil y profundo, absurdo y lleno de significado, tanto en los días en que el mar era un dulce susurro como en aquellos otros en los que se alzaba con un rugido furioso, bajo los rayos abrasadores del sol o acompañado únicamente por la insomne luna, él siempre permanecía en su lugar, a veces semioculto en la niebla... Al vigilante de la isla nunca se le concedió la gracia del olvido.

Pero los jóvenes son inquietos como pottokas. Así pues, cualquier día de cualquier verano, un joven de las islas cercanas decidió averiguar el secreto del vigilante.

—Si descubriera el enigma del vigilante, podría gozar de su divinidad. Aparecería ante mi pueblo como un dios.

Así es que extendió al viento la vela de su embarcación y, aprovechándose de la prometedoras brisa que soplabas del norte, puso rumbo a la isla del

vigilante, donde esperaba descubrir el secreto razón de vida y estímulo de su gente.

Los conflictos interiores nos impelen a obrar de forma estúpida. Y lo que aquél joven se disponía a realizar, era la mayor estupidez de cuantas se pudiera imaginar.

Al cabo de unas horas tuvo ante sí la solitaria isla y la halló similar a una inmensa cumbre pétreo expulsada del mar. Se acercó más y dio un rodeo, hasta que al fin pudo distinguir la sombría armadura —fantasma imposible de los pensamientos— en su mirador de siempre, entre las dos inmensas peñas. Un sueño, una pesadilla, una fantasía brillante y maravillosa... ¿Qué era exactamente?

A punto estuvo el intrépido y alocado joven de virar el timón y poner de nuevo rumbo a su isla. Por desgracia, no lo hizo así. Y maniobrando peligrosamente entre las rocas, consiguió llegar hasta una ensenada donde varó la embarcación. Luego, bajó del pequeño bote a vela y puso el pie en tierra.

A pesar de que el terror le atenazaba por dentro, halló fuerzas en su ambición y comenzó a trepar por las rocas. Una nube se posó en la cumbre y, casi inmediatamente, barrida por el viento, continuó su camino huyendo presurosa del lugar — como si hubiera adivinado lo que allí iba a ocurrir.

El joven no sabía que a cambio del secreto oculto en el interior de la armadura no merecía la pena ni tan siquiera ser dueño de la sabiduría

contenida en el universo entero de las divinidades.

Cuando finalizó la penosa ascensión y se halló ante el vigilante, cayó postrado lleno de angustia. Estaba aterrorizado y temblaba. Por fin, con el rostro pegado al suelo, comenzó a hablar entre tartamudeos, tocando casi-casi con los labios los pies de la terrible presencia de hierro.

Pero como sólo el silencio le respondiera, haciendo acopio de todo su valor, se levantó y apoyó la mano en el hombro de la armadura. Con este leve toque, el vigilante que —según las firmes convicciones de los isleños tenía clara relación con las divinidades, o incluso, según creían algunos, él mismo podía ser una divinidad—, perdió el equilibrio y, precipitándose al mar desde lo alto de las peñas en las que durante tantos y tan largos siglos había permanecido incólume, cayó en las aguas roto en mil pedazos. Y en ellas desapareció para siempre.

El infeliz muchacho hubiera esperado cualquier cosa excepto aquello. ¡No había nada! ¡No había absolutamente nada! ¡Era sólo una armadura vacía!

Cuando los habitantes de las islas supieron la verdad acerca del vigilante, se sumieron en un lento pero absoluto proceso de autodestrucción. Los barcos embarrancaban en los escollos —pues las tripulaciones habían perdido la voluntad y, sobre todo, la ilusión de gobernar sus barcos—; continuamente surgían guerras: las tribus, las familias, los hombres todos luchaban con fiereza y

odio entre sí —aunque nadie conocía la causa de aquellas guerras.

La mentira es blanca, como una nube de algodón. La verdad es sucia, como una blanca nube de algodón.

LA PESTE

—Dicen que ha sucedido en la parroquia de St. Giles.

—¿Que ha sucedido *el qué?*

—Han encontrado un marinero muerto por la peste.

En el año mil seiscientos ochenta y cuatro, una sombra oculta bajo un disfraz alzó su brazo y con gran parsimonia dejó caer sobre una de las parroquias de la ciudad de Londres el pañuelo blanco que sostenía entre sus dedos. Aquella fue la primera señal. Y casi inmediatamente, como un hombre que pasea tranquilo por las calles, la peste mostró su impetuoso rostro.

—Ha pasado ya una semana y no hemos tenido ningún nuevo caso.

—No. Yo creo que podemos estar tranquilos. Sólo ha sido un caso aislado, y nada más.

Los hombres necesitaban desesperadamente una esperanza para así poder soportar la inmediata amenaza de la muerte que, en silencio, dedicando a todos una sonrisa, resuelta a partir los corazones de hombres y mujeres, ansiosa por tomar parte en las caricias amorosas de los amantes, realizaba en su macabro libro inagotables sumas (los seres humanos sólo eran números para ella). La Muerte había llegado a la ciudad. La Muerte de ahora y la

Muerte de siempre. Y en esta ocasión, se preparaba para dar a conocer su mensaje claro, sencillo... y pavoroso.

El Támesis brillaba con reflejos sombríos.

—Ayer encontraron a otra persona muerta.

—¿En la parroquia de St. Giles?

—No, en la de St. Whitechapel.

—Eso está cerca de St. Giles. Así es que...

—Sí. Ha comenzado a propagarse.

En las esquinas brumosas de la noche, hombres que desearían no ver se afanan en apilar cadáveres que se entremezclan unos con otros en los siniestros carros. Son los carros de la Muerte. Hombres y mujeres, en un último abrazo, ajenos a la vida, grotescos... Forman la anochecida alegoría de lo que un día fueron, mientras su pasado se desliza —anónimo e íntimo—... hasta la fosa común, en un goteo interminable.

El cielo tiene aspecto siniestro y poco a poco se va sumergiendo en la ciudad. Tampoco las noticias que trae el viento son en absoluto halagüeñas: de calle en calle, de plaza en plaza, de puerta en puerta (¡también la Muerte sabe llamar con la aldaba!) el viento anuncia los negros días que se avecinan.

—Deberíamos salir de la ciudad.

—¿Para qué? Moriríamos de hambre en algún camino solitario. Además, los campesinos no nos recibirían bien. Tienen miedo de que les

contagiemos la peste...

—¿Cuántos murieron ayer en nuestra parroquia?

—Según las autoridades, tres mil. Pero puede que sean cuatro mil. ¡Vete a saber!

El río Támesis se extiende inextricable en torno a las riberas de la ciudad condenada. Atrapados en su telaraña mortal, el sueño es la única escapatoria que les queda a los pesarosos londinenses. Sin embargo, también las pesadillas pueden irrumpir en el sueño...

Las campanas de las iglesias permanecen mudas —¡les faltan repiques para tantos y tantos muertos!—. Los exánimes cuerpos, desnudos en carros, realizan en completa soledad el camino que lleva al cementerio. Y una vez arrojados en la colosal fosa, inmovibles sepultureros se aprestan para ir a recoger una nueva carga.

En la ciudad la vida parece haberse agotado y no se escucha rumor alguno —como si el olvido hubiese acariciado con su mano a la población herida— ¡Si acaso la hierba fuese capaz de cubrir el horror! ¡si otra vez regresasen los alegres y lejanos atardeceres!

—Voy a misa. ¿Vienes?

—¿A misa? ¿No sabes que nuestro cura nos ha abandonado?

—¿Abandonado...?

—Sí. Ha huido. Se ha marchado de la

ciudad, como otros muchos, tratando de escapar de la peste.

—¿Y el de Stepney también ha huido?

—No. No ha tenido tiempo. Está muerto...

—¿Y el de St. Martin?

—Permanece en su iglesia.

—Bueno, entonces iré a St. Martin a oír misa. ¿Vienes?

—No, gracias. En los lugares públicos dicen que es más fácil pillarla.

—¿Pillar el qué?

—Nada, la salvación.

En una semana más de cien mil personas fallecieron a consecuencia de la peste que, sin abandonar nunca su parsimonia, continuaba pidiendo a la puerta de cada casa un lugar para ella; y con su habitual sosiego, dejaba un beso en los labios de los elegidos —un beso para siempre, tan interminable como la noche misma.

Pero un día también la Muerte dejó de existir (la caída de la Muerte era inevitable, ya que para entonces el número de fallecidos había cruzado el umbral de lo permitido). ¡Cuántas lágrimas había derramado para entonces la sufrida ciudad! ¡cuánta amargura habían tenido que añadir a su amargura y cuántas veces habían tenido que morir para así poder escapar de una vez y para siempre de aquella noche febril, interminable, como si un ladrón les hubiera dejado sin la

madrugada! Porque la tristeza de aquellos seres ya no admitía siquiera definiciones. Y para expresar el dolor de sus habitantes en vano buscaríamos diccionarios, idiomas, escritores... ni corazón lo suficientemente humano.

Por suerte, incluso el peor de los destinos tiene su final. Y también lo tuvo aquél de la peste del año mil seiscientos ochenta y cuatro. Una vez más, la bandera de la esperanza se alzó entre los despojos, entre los llantos cada vez más débiles de los supervivientes (con la misma fugacidad con la que se va la vida se disipan también los sueños más aterradores).

—Sí, la peste se ha ido de la ciudad. Pero... ¡qué pena! ¡Mi amigo no ha vivido para verlo!

EL LAGO

Se más que un hombre
menos que una mujer
(Leopoldo María Panero)

«Era inimaginable pensar que alguien podría aburrirse en el Lago, ya que en aquél paraíso perdido la conciencia de vivir resultaba tan cristalina como lo eran sus azules y diáfanas aguas.

Los espíritus perversos de la noche no sabían cómo se llegaba hasta allí; la vida siempre estaba dispuesta a mostrar una sonrisa; la felicidad misma parecía infeliz en comparación con la felicidad de los habitantes del Lago; los días sombríos no existían; y la brizna de hierba más humilde tenía del árbol la misma esplendorosa belleza.

En este paisaje fuera de la historia solamente vivían un hombre y una mujer. Los dos caminaban desnudos y se ofrecían mutua protección como si se tratase de un juego, puesto que, aunque no les amenazaba ningún peligro, sentían que debían protegerse el uno al otro».

—¡No y mil veces no! —grita el escritor en un arrebato de mal humor—. No es esto lo que quiero escribir. Es otra cosa la que tengo en mi

cabeza. Pero al tratar de escribir esas otras cosas, me doy cuenta de que sólo consigo... ¡alejarme de ellas!

—No te enfades —le tranquiliza su mujer con ternura—. Si no lo consigues ahora, ya lo conseguirás luego.

—¡No, no lo conseguiré nunca! Yo quiero escribir «algo», pero sólo consigo atrapar el reflejo de ese «algo» —responde el escritor absolutamente enojado, como si la culpa la tuviera su mujer.

—Entonces, admite lo ingenuo de la finalidad del arte... y punto —le contesta ella sin abandonar su tono dulce.

—Sí, claro. *Y punto* —repite él con ironía.

El tono grosero de las últimas palabras da por finalizada la conversación. Por otro lado, él a duras penas soporta las observaciones de su mujer, pues siempre le parece que todo lo que ella dice son insensateces.

Tan pronto como vuelve a quedar solo, prosigue con su escrito:

«Las tierras que rodeaban el Lago reflejaban en sí mismas la ilusión del amor, mientras que los susurros de las ramas de los árboles traían el recuerdo de viejas canciones de cuna.

Las horas nacían muertas, ya que la alegría del lugar no quería saber nada con el tiempo. Las horas —realidad casi-casi tangible del tiempo— no

sabían hacia dónde transcurrir. El tiempo en aquél paraje insólito, derramaba a su alrededor un sosiego pálido y voluptuoso, y dejaba descoloridas las horas quietas del amor.

No muy lejos, infinidad de fuentes cantaban los días llenos de esperanza que estaban por venir».

Una música estridente producida por la radio de la cocina interrumpe el trabajo del escritor.

—¡Apaga esa maldita radio! —grita a su mujer con un rugido.

—¡No me da la gana! ¡Y a mí no me grites! ¿Vale?

El se enfurece todavía más.

—¡Lo haces para fastidiarme! ¿O acaso crees que no me he dado cuenta?

—¡Que te den morcilla! —le interrumpe ella con rabia, y sube aún más el volumen de la radio.

El se acerca hasta la cocina hecho una furia y, arrancando de un tirón la radio de su enchufe, la lanza contra la pared con todas sus fuerzas. Ha perdido por completo el control de sí mismo. Luego, se vuelve hacia su mujer y le grita:

—¡Putá!

Ella le responde con una bofetada.

Durante un momento él queda inmóvil. Pero de repente, agarra a su aterrorizada esposa por

el cuello y con la mano libre empieza a abofetearla una y otra vez. Y mientras la golpea no cesa de gritar:

—¡Puta! ¡Puta! ¡Put!

Por fin, la suelta y regresa a su habitación, en donde continúa escribiendo, dejándola a ella tirada en el suelo, humillada y maltratada.

«El hombre y la mujer del Lago jugaban a imaginarse. Y no existía para ellos una felicidad mayor, pues en ellos se albergaban todos los bellos sentimientos posibles e imposibles que, por otra parte, se les aparecían como intenciones llevadas a su fin con la mayor de las bondades.

El viento atravesaba con ternura los primeros instantes del amanecer y proclamaba la verdad del lugar: no es posible vivir sin amor.

Ante ello, el paradisíaco espacio cobraba vida y sus colores se hacían más vistosos y alegres si cabe, mientras que las aguas plateadas del Lago se rizaban en ondas suaves y cariñosas... de puro amor y placer.

El hombre y la mujer del Lago no eran, sin embargo, el centro de tanta felicidad. Pues, así como cada brizna de hierba ocupa el justo lugar que le pertenece, así mismo ocupaban también ellos el suyo.

Por ello, vivir no les resultaba una fatiga. Y su propia existencia estaba libre de traiciones, de preocupaciones, e incluso, libre del fantasma de la vejez. No estaban llamados ante la muerte, ni la

muerte había pensado llamarles».

Súbitamente, se abre la puerta de la habitación donde escribe y aparece su mujer sosteniendo una escopeta con las manos.

—¿Qué haces? ¿Por qué has cogido la escopeta? —se vuelve él pálido como la nieve.

—¿Qué es lo que hago? Lo que debiera haber hecho hace ya mucho tiempo. Eso es lo que hago —le responde ella acercándose lentamente hacia él.

—Pero, cariño. Tranquilízate.

Los ojos de ella brillan con odio. Está furiosa.

—¿*Que me tranquilice?* —responde a su vez con desprecio—. ¿Crees de veras que es posible vivir «tranquila» contigo? Nunca me has amado. Me escupes todos los días a la cara. Tú no eres un hombre. No sabes expresar la ternura... excepto en tus malditos cuentos. Pero ahora voy a ser yo quien acabe de escribir este cuento, tu último cuento...

—¡No! ¡No!

Los perdigones se introducen por decenas en su pecho, en su cara, en su estómago. Luego, ella vuelve a disparar por segunda vez. Y cuando el eco del último disparo se ha extinguido, le llegan —débiles— las palabras de él, mientras agoniza:

—Las aguas del Lago me aguardan... Tengo que irme... En el paraíso del Lago me reuniré con

ella... y caminaremos desnudos...

Antes de continuar, se detiene por un instante y luego sigue hablando entrecortadamente:

—Porque yo soy el hombre del Lago... en donde no existen los días sombríos... en donde las horas no saben transcurrir... El Lago, en donde el tiempo es quietud lívida y voluptuosa...

Ella ya no le escucha. Su mirada está lejos, cada vez más lejos.

El continúa:

—Vivir en el Lago no será una fatiga... El Lago no permitirá que nos hagamos viejos... Nunca seremos llamados por la Muerte...

Tras un instante de silencio, mira a ella y con una sonrisa le dice:

—Putá, al fin me libraré de ti.

LA MUJER DEL KILÓMETRO 365

El cuerpo de la mujer —absurdo, inmóvil, silencioso— yacía tirado en la autopista. Un poco más allá, el coche que hasta hace sólo un momento conducía, mostraba su entraña mecánica al cielo lóbrego. Mientras, las ruedas traseras continuaban todavía girando, obstinadas, por una suerte de carretera invisible. Eran los restos del accidente ocurrido en el kilómetro 365 de la autopista que ya, desde luego, no llevaba a ninguna parte.

Una caricia traspasó el rostro de la mujer accidentada, dejando en ella el reflejo de la proximidad mortal —tan frío y gélido como lo pueda ser la realidad de un exilio—. Era la tiranía de la muerte —esa tiranía que no admite esperanza—, y venía a proclamar su derecho sobre la mujer que, dentro de unos pocos instantes, habría dejado de soñar para siempre. Luego, la muerte continuaría soñando el sueño de ella.

—Anda. Cuéntame un cuento, papá — susurran sus labios.

La noche helada se cernía sobre la autopista —de noche, las autopistas son como diálogos interminables. Y a través de ellos, circulamos.

En el puesto de la Cruz Roja el teléfono sonó con angustia.

—Ha ocurrido un accidente en el kilómetro 365 de la autopista. Vengan rápido. La mujer que conducía el coche ha salido despedida. Está en el

suelo, sin conocimiento, y parece gravemente herida.

La ambulancia partió con su guiño naranja, llenando de luz la oscuridad. Una lluvia fina comenzó a caer. Era una llovizna que, en silencio, empapaba cada rincón del monótono paisaje. En tales noches —todas las noches no son iguales— nos convertimos en extranjeros solitarios. Y no tenemos carné de identidad (tan sólo un pasaporte, que no sirve para levantar barrera alguna).

La mujer del accidente creía que se dirigía a su casa. Sin embargo, aún no ha llegado a casa. No llegará nunca. Así pues, esa mujer no sabía a dónde se dirigía. Pero ya no tiene sentido reflexionar acerca de estas cosas. Sólo podemos alejarnos del lugar con las manos en los bolsillos y silbar una canción.

Sobre la antigua máscara vestiremos una nueva. Caminaremos santificados y maldecidos. La breve filosofía del universo se nos habrá agotado. Y no sabremos nunca más quiénes fuimos. Y todo esto, ¿a causa de qué? A causa de que una vez, en la autopista, vimos a una mujer que agonizaba luego de haber sufrido un accidente.

La ambulancia llegó al peaje.

—¡Rápido! ¡Levanten la barrera! Ha ocurrido un accidente en el kilómetro 365.

—¿Un accidente? —les preguntó asombrado el responsable del peaje—. Yo no sé nada de eso.

—¡Ahora mismo hemos recibido el aviso. Hay una mujer herida. No podemos perder ni un segundo. ¡Levante la barrera!

—Yo no sé nada de ese accidente. Si queréis pasar, pagad el peaje como todo el mundo. Si no, no pasáis.

Mientras todos discutían, la mujer sonrió en el kilómetro 365.

—Un cuento muy bonito, papá — susurraron de nuevo sus labios.

La lluvia comenzó a caer con más fuerza. Era una lluvia continua, y se negaba a entender nada. Y caía —como la esfinge sin rostro— indiferente y fría. Y hacía daño, como la mujer que quieres pero que no te quiere —cuando sólo eras un hombre, una mujer sola.

—¿Cómo le vamos a pagar? Vestimos las ropas del hospital. ¡No llevamos ni una peseta encima!

—Si no pagan, no pasan —respondió el empleado con admirable obstinación.

Cualquier situación, por muy dramática que ésta sea, puede ser rota con una carcajada. Cualquier tragedia puede interpretarse con visos de humor y vodevil. Vivimos entre la tragedia y la comedia, haciendo equilibrios. Quien se incline demasiado hacia un lado, caerá en la depresión enfermiza; y quien se incline demasiado hacia el otro lado, se precipitará en la frivolidad.

Por fin, la barrera se levantó y la ambulancia pudo recomenzar su grito agónico.

Su pestañeo amarillo se movía veloz dejando rastros de esperanza agotada, de esperanza olvidada y que hace daño —la proclamación de la visión sombría del último instante— en la ignorancia absoluta del morir (el amigo que parte para siempre y nos lanza un último saludo).

Las luces en la autopista brillaban con reflejos clarosucos (certeza de un vivir en las contradicciones).

La mujer del kilómetro 365 dijo adiós al mundo. Y el mundo le respondió: «Ya no eres de los nuestros».

Ella era absolutamente hermosa.

En el medio de la noche inmensa y sucia, un insospechado y vertiginoso impulso se la llevó consigo y nunca más volvió.

El médico de la ambulancia dijo:

—Demasiado tarde. Ha muerto.

JOAN AMOR

«Llevamos nuestro destino alrededor del cuello, a modo de pesado y doloroso yugo. Hacemos frente al devenir con heroicidad ridícula».

Joan Amor no tenía oficio conocido, pero era bastante habilidoso a la hora de interpretar algunos fragmentos de la obra para piano de Chopin, habilidad que en Buenos Aires —desde luego— no le iba a servir de mucho.

Desde el momento en que puso el pie en el puerto de la capital pampera, la especial tonalidad que brillaba en el cielo y el aire excitante con que lo recibió de inmediato la ciudad, le dieron a su rostro un cierto porte aventurero, que él —por supuesto— se encargó de exagerar con su sonrisa cínica y expresión habituales.

Sin embargo, la llamada del estómago le sacó ipso facto de su ensoñación —nunca los estómagos han destacado por su debilidad para la poesía—. Así es que se llevó la mano al bolsillo y aparte de un par de cigarrillos de mala marca no halló absolutamente nada más, ni un solo peso.

El billete del barco que le había traído desde Barcelona lo adquirió con el dinero que varios de sus amigos habían podido reunir a modo de feliz

despedida (la cual, dicho sea de paso, les procuró a todos un gran alivio).

Antes de embarcar hizo acopio de alimentos en un macuto que especialmente para tal fin se había proporcionado, macuto que habría de salvarle la vida ya que aparte de los alimentos contenidos en él, no probó otro bocado en los diez días que habría de durar la travesía marítima.

—¡Diez días en el mar! No hay nada más aburrido que viajar en barco —suspiró Joan sin por ello olvidarse de la delicada situación por la que atravesaba su estómago—. ¡Y pensar que siempre deseé ser marinero! —volvió a suspirar con falsa consternación. Luego, dirigió su alegre y confiada mirada a un lado y a otro y echó a andar hacia la ciudad.

Cuando los pasajeros de primera clase bajaron a tierra, Joan Amor se había sentido rodeado por el aroma de los diversos —y caros— perfumes que flotaban en el aire.

En aquél instante, Joan Amor más que sentirse un pasajero de segunda clase, se había sentido un esclavo de primera, porque tal y como le había hecho notar —sin demasiada delicadeza, por cierto— uno de los marineros «aún no se había instalado servicio de duchas para los pasajeros de segunda clase», y como Joan no acababa de acostumbrarse a ducharse en el bidé, decidió posponer al fin el asunto de la *toilette* para mejor ocasión, razón por la que su aspecto —de por sí bastante infeliz— era visiblemente peor de lo

habitual, circunstancia que se veía agravada de manera especial por aquél traje en que se veía atrapado y que parecía recién salido de alguna churrería.

En fin. Al menos, sus ojos eran azules — «azules como el mar» según solía decir él— y su rostro conservaba una deliciosa expresión infantil, virtudes todas estas que en más de una ocasión le habían sido útiles, especialmente ante las personas como es debido de la no-demasiada-alta-sociedad —estaba bastante por debajo del pedigrí de *le grand bourgeois*—, quienes por lo general se sentían inclinadas a disculpar su pobreza «ante tanta belleza». Así, mientras descendía por la pasarela del barco, fue observado por más de una dama que lo miró con ojos benevolentes y tal vez, una disimulada concupiscencia —algo había también del comprador ansioso por hacerse con el precioso artículo expuesto a la venta pública en el escaparate.

—Diez días en la cubierta de ese asqueroso barco. Creía que mis amigos eran más generosos — pensó con su falsa sonrisa habitual.

La cubierta del barco que trajo a Joan Amor se hallaba dividida en dos secciones. La primera — que incluso disponía de piscina olímpica y era la más amplia de las dos— estaba ocupada por los pasajeros de primera clase, la mayoría burgueses de profesiones liberales y algún que otro empresario de no demasiados altos vuelos.

Emigrantes de mirada callosa, delincuentes

de poca monta, artistas sin obra y personajes curiosos como Joan Amor ocupaban la segunda sección —olímpicamente reducida y situada en el culo del barco, es decir, en la popa.

—Un toldo y nada más. ¡Vaya frío he pasado a las noches! —recordaba Joan.

Y efectivamente, ésa era una de las muchas anécdotas del feliz viaje ya que los pasajeros de segunda clase no tenían derecho a camarote, ni individual ni colectivo, razón por la que se veían obligados a dormir bajo un enorme toldo que cubría casi toda su sección.

El límite entre una sección y otra lo imponía una red marrón-rojiza de dimensiones colosales. Además, un par de marineros con aspecto de orangután y tatuajes en los brazos que mostraban con orgullo pueril vigilaban constantemente «la frontera» —así la llamaban— haciendo gala de un gran celo profesional en su tarea, especialmente con aquellos pobres desgraciados que se atrevían a transgredir la prohibición —se cuenta que incluso alguno llegó a desaparecer misteriosamente en plena travesía—. De todas maneras, había algo que unía tanto a los de una sección como a los de la otra: el empeño que ponían en evitarse.

«Lo que queda de nosotros pasa ante el destino indiferente. No sabemos hacia dónde nos dirigimos, pero sin embargo caminamos juntos... guardando las distancias, evitando los abrazos — porque ello sólo daría como resultado un mayor distanciamiento...».

—Me llamo Joan. Joan Amor —le dijo al fin a un muchacho que al pasar siempre le sonreía. Luego, ambos permanecieron apoyados en la barandilla mirando sin demasiada curiosidad el mar tranquilo.

El otro muchacho, sin dejar de sonreír, alteró intencionadamente su voz dándole un falso tono «aristócrata», y dijo:

—Perdone, pero no tengo por costumbre dirigir la palabra a los viajeros de segunda clase.

Los dos prorrumpieron en carcajadas y luego se fueron juntos a gastarse las últimas monedas en la humilde cafetería de su sección —un barracón de mala muerte, en donde daban un café que si lo tirabas al agua espantaba a los tiburones en cien millas a la redonda.

—Cuando llegemos a Buenos Aires —dijo su nuevo compañero— cada uno irá por su lado. ¿Está claro?

—No problem —respondió Joan un poco dolido, aunque tratando de ocultar sus sentimientos...

—Se nota que no has viajado mucho —le comentó el muchacho que no le había dicho cómo se llamaba.

—¿De veras?

La sonrisa del otro se transformó en abierta carcajada.

—Pero soy de Barcelona, una gran ciudad

—se apresuró Joan a disculparse.

—Bueno —suspiró éste—, eso te salvará la vida.

Y ambos rieron aún con más fuerza si cabe.

Cuando llegaron a Buenos Aires y se disponía a bajar por la pasarela, Joan trató de encontrar con la mirada a su «amigo de la casualidad». Pero no lo vio por ninguna parte y desembarcó solo.

«Tener muchas ilusiones es provechoso para unos y perjudicial para otros; es decir, a unos les hace ser felices y, a otros, desdichados. Pero el destino siempre está ahí, vigilando desde su atalaya, aguardando la ocasión para así poder satisfacer sus caprichosos deseos, ansioso por ridiculizar las mayores aspiraciones del primero que se cruce en su camino».

Habían transcurrido dos semanas desde que desembarcara en Buenos Aires y las cosas no podían ir mejor: tenía un trabajo, había hecho algunas amistades, salía con una chica...

Por desgracia, hay personas que nacieron sin estrella. Y Joan, por supuesto, era una de esas personas. En los veinticuatro largos años que había vivido en Barcelona apenas conoció una racha de suerte, digamos, duradera. Sin embargo, la buena fortuna que le había acompañado en esas dos semanas escasas que llevaba en Buenos Aires, habría de verse truncada por un súbito y desgraciado percance.

Caminaba por la calle cogido del brazo de su acompañante, cuando de repente alguien lanzó un agudo grito que se oyó en toda la vía. Y casi inmediatamente, un sonido parecido al que producen las cucarachas cuando se las aplasta con el pie sumió en la consternación a todos los viandantes.

El tiesto caído accidentalmente desde el balcón de un séptimo piso había acertado con gran precisión justo encima de la cabeza de Joan, quien se desplomó y quedó tendido en el suelo con una gran brecha abierta en la cabeza, de la que salía abundante sangre y masa cerebral.

—¡Monono mío! ¡Monono mío! Decime algo, no más —lloraba y gritaba la que a Joan le hubiera gustado que fuera su viuda—. ¡Decime algo!

LA CARTA

Brancaleone, 24 de Agosto de 1935.

Querido amigo,

Tal y como prometí, te envió unas palabras testigo de esta vieja amistad nuestra que aún perdura.

Desde este pequeño pueblecito continuó siguiéndome el rastro, cosa que también hacía en mi ciudad natal sólo que de otra manera. Quiero decir que mi hado por fin ha decidido dedicarme una sonrisa y que, por tanto, ya no vivo los fastidiosos misterios de la existencia con la habitual frustración característica en mí. Y aunque me sigue resultando difícil entender, al menos he podido hallar una cierta bondad en esta terca confusión. Tengo hechas las paces con el mundo. Así es que no tienes de qué preocuparte: nunca más volveré a intentar suicidarme.

¡Si hubieras visto ayer el atardecer en la isla! El cielo aparecía salpicado de todos los colores: rojos, azules, verdes, amarillos... No puedes imaginar cuántas tonalidades diferentes reflejaba. Más que un cielo parecía un imponente arco iris, escapado de alguna mitología perdida. Sobrecogido por ese paisaje, comprendía con claridad las enigmáticas palabras de Pessoa —ya sabes, las que tantas veces hemos solido discutir—: «El poeta tiene que mirar a la poesía de abajo

arriba, y nunca al revés».⁶ Luego, me sumí en una sensación profunda que duró hasta el anochecer, momento en el que al no haber ni la más ligera nube, un cielo increíblemente estrellado me proporcionó la segunda gran alegría del día. Manu, te lo digo a corazón abierto: hasta ahora, yo no sabía que en la vida podía haber momentos tan hermosos. Pensar en mi pasado me provoca una sensación sombría y triste. Si lo hubiese sabido antes...

Ahora ya sé cuál es la mayor crueldad que he cometido conmigo mismo: nunca se me ocurrió ir en busca de la felicidad. Fui egoísta, avaro con mi vida. Es por ello que no supe reaccionar ante las numerosas muestras de solidaridad que me llegaban de todos lados. No era siquiera consciente de ese dolor que me abrasaba por dentro (como ves, he tomado una gran afición al psicoanálisis —ja,ja—).

Antes, consideraba una verdadera futilidad la tarea de conocerse a uno mismo. Sin embargo, ahora no creo que pueda haber otro camino para llegar a la felicidad.

La esperanza se ha adueñado de mí. Pero, ¿hasta cuándo durará esto? Amo cada cosa que se aparece ante mis ojos. Así, para escribir esta líneas he dejado atrás las casitas blancas del pueblo y ahora estoy aquí, junto a un arroyo que brota veloz

⁶ La cita de Fernando Pessoa «[...] El poeta tiene que mirar a la poesía de abajo arriba, y nunca al revés» está sacada del Libro del Desasosiego. De todos modos, la cita no es literal. (N. del E.)

entre la beatitud de las piedras. La corriente, pienso, es maravillosa. Y a continuación, permanezco embobado admirando los insignificantes animalitos que viven los misterios de la tierra. O los entrañables árboles que balancean sus imponentes ramas... ¿De dónde me ha llegado este nuevo conocimiento de las cosas? ¿Cómo he conseguido esta insólita ternura profunda hacia ellas?

¡Vivir! De ahora en adelante éste será mi único objetivo. Voy a intentar llegar a la sublimación de todo aquello que hay en mí y te prometo que no volverás a verme angustiado ni vacilante en esta empresa.

Sin embargo, a veces no veo claro el porqué. Y en tales casos, dudo si no es la necesidad quien me lleva a adoptar nuevas actitudes —a pesar incluso de ser tan distintas entre sí y tan diferentes de las que hasta ahora había mantenido—. Quiero decir que la necesidad podría ser el origen y estímulo de todo esto. De cualquier manera, estoy en el buen camino para captar el mensaje. Y si no fuese así, que me sea concedido al menos el beneficio de la duda.

Ah, casi lo olvido: «he entablado amistad» con una chica del pueblo. Es fantástica. Ya te lo contaré con más detalles —no te animes tanto, no es lo que tú crees—.

Un fuerte abrazo y hasta pronto.

CESARE

ODETTE EN EL RECUERDO

«Nos echamos a perder y nos volvemos mezquinos», recuerdo que le dije a Odette en una ocasión. Y ella respondió con ingenuidad: «¿Es eso cierto? ¿De veras crees que puede haber una sola persona en este mundo que jamás haya encontrado un atisbo de sinceridad?». A menudo solía comentarle a Odette que «la sinceridad nos deja desnudos, como un castigo al que no es posible escapar. Por eso, cada vez que topamos con una verdad, es como si volviéramos a nacer». Entonces, Odette solía dar por finalizada la conversación diciendo: «Oh, cariño. Déjalo ya. Sabes que no me gusta pensar». Y así era. Sí señor. Ella prefería sentir: las cosas que la rodeaban podía sentir las de un modo que me dejaba absolutamente asombrado. Por ejemplo, cuando permanecía extasiada horas y horas ante el cuadro «Las Señoritas» de Van der Herbe, no realizaba ningún tipo de reflexión acerca de la pintura, sino que se sumergía sin más en la sensación que ésta le producía. Hacía suyos los sentimientos del cuadro, y cuando de nuevo los sacaba de sí misma, ella formaba ya parte del cuadro. La sensibilidad de Odette y la del cuadro eran una sola. Si hubiese intentado explicar a Odette los detalles técnicos de la pintura, hubiera echado por tierra el interés e incluso el amor que sentía por el cuadro. Y ella no me lo hubiera perdonado nunca. Porque, para entender el mundo, Odette necesitaba sentirlo. Y a fin de cuentas, yo

no era quien para destruir ni una sola de sus sensaciones.

Han transcurrido muchísimos años, casi-casi un período completo de la vida de un hombre. He llegado al Palacio del Tiempo y a pesar de todo aún espero algo... Si Odette estuviera conmigo... ¡No! ¡De ningún modo! No podría soportar hallarme frente al rostro envejecido de Odette. Y no por mí, sino por ella.

Había que hablarle como a los niños. Era tan delicada... Sin embargo, siempre la sentí un poco... extraña, como si estuviera siempre lejos de aquí. No supimos encontrar un nexo en común... ¿Pero qué estoy diciendo? Soy un anciano estúpido. Estas reflexiones sólo consiguen ensuciar su recuerdo. Fue con Odette con quien mantuve mis mejores conversaciones, tal vez no las más intelectuales, pero sí las más tiernas y delicadas. ¿De qué servía toda mi sabiduría al lado de una sola caricia de Odette? De nada, absolutamente de nada.

Odette se expresaba con la mirada y con gestos nerviosos. Era como un náufrago abandonado a su suerte en las silenciosas olas de los mares del mundo. Nunca supo agarrarse a una esperanza. Erraba como perdida... Ni tan siquiera fue capaz de entender el sentido del amor que le profesaba... Tal vez por eso la amaba tanto.

Unas veces pasaba las noches en vela y otras durmiendo casi ininterrumpidamente hasta que el sol estaba en lo más alto. Se hallaba

dominada por un invencible desasosiego. Y yo sufría hasta lo indecible porque no podía hacer nada. Por suerte, toda mi vida la he basado en ideales y es por ello que pude salir con bien de aquella enloquecedora situación. Además, quién sabe si llegando a descubrir la razón de su angustia, no hubiera al mismo tiempo acabado con el misterio y la fascinación de Odette... Las hadas necesitan del misterio.

Eran días llenos de amor, de los que ahora apenas queda un demudado brillo...

¡En todo el lugar no había una mano como la suya a la hora de arreglar el jardín! Además, tenía una extraña intuición para adivinar el tiempo que se avecinaba... «Mañana estará despejado», decía, y al día siguiente no veías ni una nube a la redonda, aun cuando el día en que hacía la predicción fuera el más oscuro y sombrío del año.

«Hoy sufro porque no estás aquí y antes porque estabas conmigo» decía el estribillo de aquella hortera cancioncilla de moda. No quisiera echar un borrón sobre tu recuerdo, pero... entre tú y yo creo que siempre hubo una suerte de máscara que nos hacía vivir como exiliados el uno del otro. En vano me hubiera esforzado en saber quién eras. Y si lo hubiera sabido, sólo hubiera servido para hacer aún más cómico nuestro mutuo... ¿desafecto?

Te volvías loca por la danza. Y reconozco que eras una formidable bailarina. La mejor. Cuando bailaba, parecía que la alegría del mundo se hallaba en cada uno de sus pasos. Aún más, la

frialdad que normalmente la rodeaba desaparecía. Me gustaría saber qué es lo que encontraba en la danza... Porque, a veces pienso si acaso ella no escuchaba sonidos que los demás no podíamos oír... Al acabar, su corazón latía a pequeños saltos en su pequeño pecho. «También yo moriré algún día. ¿Pero y qué importa si has sido mía?» decía la misma canción hortera tan de moda en los salones de todos los palacios. Tal vez sólo sea un viejo loco. tal vez me haya convertido en un anciano ridículo... Sin embargo, me alegro de mis locas palabras y de mi ridiculez.

Mañana cumplo ochenta y dos años. ¿O serán ochenta y tres...? ¡Bah, qué importa! Hace ya cuarenta años que me dejaste, Odette, ¡cuarenta años! Moriste en mil ochocientos veinticuatro. ¡Qué solo he vivido desde entonces! He llegado a la vejez. O mejor dicho, hace tiempo que llegué, sí, a este tiempo terminal. ¿Te das cuenta? Mi longevidad es lo único que he ganado. Cuando era joven, mi modo de expresión era la acción. Sin embargo, hoy día tengo que vivir de mis recuerdos. Además, hay demasiado silencio acumulado en estos salones antaño alegres y tan llenos de vida. Y he descuidado mi aspecto: no me afeito todos los días, no utilizo las colonias que tanto te gustaban... Poco a poco, la esperanza ha ido muriendo en mí. Y yo también. «Llegaré hasta ese recodo del camino, y no te encontraré». La, la, la. Era tan hortera la canción que nos moríamos de risa. Odette, creo que todo ha sido en vano. ¡No! ¡No es verdad! ¡Aguarda! ¡No te enfades conmigo!

¡Vuelve, Odette! ¡Vuelve! ¡Estoy tan solo! ¡Odette!

EL DIARIO

19 de Marzo.

Pensar en la calle de la ciudad que no volveré a ver me llena de emociones confusas. Mientras tanto, veo cómo los inútiles recuerdos abarrotados de ausencia se desnudan tras el biombo y cubren de mentiras la habitación.

Soy un viajero nato y la misma relación que mantengo conmigo es una relación de paso. No aprendí, cuando pude haberlo hecho; no fui, cuando pude haber sido.

El día de hoy es el día diecinueveavo del mes. El tiempo me envejece, como a todos. Por eso escribo este diario, frente a frente conmigo.

Frank Westbrook. Últimamente este nombre sólo causa problemas. Hace dos semanas hablé por teléfono con Frank. Está cambiado. No es el de siempre. Cuando hablo con él, noto en su voz un peligroso tono sarcástico que no tenía antes. Creo que se ha vuelto cínico. Tal vez esté dejando de ser joven. Hoy también, a pesar mío, he pensado en Frank una y otra vez.

Miro los copos de nieve caer casi con ternura pero soy incapaz de hallarlos hermosos. He pasado así largo tiempo, asomado a la ventana, indiferente ante esas pequeñas «cosas» que caían tercas desde algún sitio... De repente, por un momento, he pensado que nunca más iba a salir de

nuevo a la calle, y que permanecería aquí para siempre, en casa, fumando incansable cigarrillos baratos.

En el balcón de enfrente alguien ha puesto una bandera con crespón negro. Más tarde, una charanga callejera ha pasado justo por debajo interpretando populares y escandalosas melodías. Pero no han respetado el crespón de la bandera y es por ello que sus alegres canciones me han parecido tristes y, sobre todo, extrañas.

El sueño llega a veces de improviso. Luego, al despertar, tengo la impresión de haber encontrado un mayor sentido a mi vida de inquilino-del-cuarto-piso.

A primera hora de la mañana, el viento silbando en el alféizar ha sido el primero en saludarme. Casi de inmediato, he pensado con terror que ése era el último saludo. Luego ha salido el sol y ya no he vuelto a pensar más en ello. Y he seguido durmiendo. El sueño parece una eternidad, sobre todo cuando has pasado toda la noche escuchando el fondo de las cosas. Ahora vivo con más pasión que antes... en el intervalo de las palabras.

Pensar que puedo ser la persona que quiero tal vez pueda parecer un exceso de optimismo. Sin embargo, a todos nos hace falta un escenario para poder huir. A todos nos hace falta una esperanza a la que recurrir —tengo un amigo que busca su esperanza en las basuras. Y siempre encuentra algo.

—No sabemos cuál es la finalidad por la

que somos —comentaba el otro día Leonard.

—Leonard —le respondí—, nosotros mismos somos esa finalidad.

Leonard sabía muy bien a dónde quería ir a parar, aunque no tuvo el valor de vivir mi contestación hasta sus últimas consecuencias.

Las mujeres vivimos sin saber nada de nosotras, con toda nuestra alegría, con todo nuestro teatro. Los tontos ríen. Y yo también. Al menos, eso es lo que intento —aunque mi risa siempre está a punto de romperse, y tiembla ante la sonrisa del primero que llega.

La forma que tiene Maya de mirar es frágil y pusilánime, como lo suelen ser casi todas las palabras que surgen desde el corazón. Los ojos de Maya son tan expresivos como los ojos de las palabras. Maya: una esperanza de oro arrojada a la basura. Maya o el abrazo de los cuchillos que todas las noches aparecen en mis sueños. Maya o la voz de la lluvia poco antes de ocultarse para siempre, convertida en humo. Maya: la mejor ayuda de todos los días.

¿Para qué me enseñaron a leer? ¿Por qué no me enseñaron a existir? Cuando leía ayer a última hora un trabajo que había dado por acabado, por un instante permanecí como un niño al que han atrapado robando cosas sin importancia. Luego, fui hasta la ventana que permanecía abierta y en la oscuridad del día lo vi todo con claridad: mis frases únicamente eran cosas que saben a tierra, paisajes que yacen muertos en los cuadros, lejanías que se

difuminan en colores vivos. Las intenciones nadaban en un mar seco sin llegar a realizarse y se perdían sin rumbo, alteradas, como empujadas por una decisión irrevocable.

El viento se ha levantado súbitamente y yo he vuelto a mi rutina enfermiza. Pienso que el mes de Marzo no está bien de la cabeza: ¿cuándo se ha visto que nieve, haga viento, llueva y salga el sol casi-casi al mismo tiempo?

A lo que soy le falta algo y no sé por dónde empezar a sufrir. Los colores azul y verde guardan la mentira del opio. El amarillo, sin embargo, está muerto porque era el portador de la desconfianza. Cascadas de agua se precipitan veloces por debajo de las tonalidades. En el agua, cadáveres no-reconocidos gritan: «¡Las certezas que vuelan por lo alto acabarán contigo! ¡Apártate de ese falso camino si no quieres destruir lo poco que de ti eres!

Hace frío. Quisiera dar con una definición pero no puedo.

La primera estrella de la noche —¡tan distante!— ha hecho un gesto a eso de las diez y pico de la noche.

—¡Ya sé qué estás en un lugar remoto! —le he gritado—. Pero sin embargo, ¡puedo verte!

Luego, he cerrado el Diario y he reído alegremente al escuchar mi carcajada.

DARIANA AL SOL

Los rayos del sol habían sumergido a Dariana en un sueño confuso que se prolongaba más allá de la transparente claridad del día. A pesar de ello, hacía esfuerzos por mantenerse despierta, pero sin dejarse arrastrar por las reflexiones monótonas que últimamente se habían apoderado de ella. El sol caía con violencia, como queriendo prender fuego a la tierra. Y en medio de ese sol abrasador, Dariana permanecía inmóvil, tumbada boca arriba sobre la tierra color marrón.

El cuerpo de Dariana yacía desnudo. En la inmovilidad del verano, en aquella tierra muerta en apariencia, esta mujer ya en el ocaso de su madura juventud hacía frente a los recuerdos que aquella mañana parecían desbordarla. El sol se extendía a lo largo del cielo convertido en una impresionante llamarada y amenazando con abrasarlo todo —la tierra y el cielo del que todavía milagrosamente pendía—. Su piel de color aceituna se fundía en el marrón claro de la tierra.

Por la cabeza de Dariana desfilaron rostros de una época, impresiones y fragmentos de frases (recuerdos todos que parecían estar más lejos incluso que los remotos países del lejano Oriente).

—Para siempre... —susurró. Y esas dos palabras se convirtieron en sus labios en una tierna amargura—. Para siempre...

Del profundo cielo azul, una oleada de

recuerdos llegó hasta ella.

Sus cuarenta y seis años recién cumplidos asomaban a un paisaje nada tranquilizador. Y pensó que ojalá pudiese regresar atrás en el tiempo, retornar a los paisajes de la juventud, gozar otra vez de las limpias esperanzas de los veinte años...

Con los ojos cerrados, ofrecía al sol su piel. En aquél pequeño resquicio del bosque, exiliada entre malezas y zarzas, interrogaba a la soledad del lugar. Desnuda sobre la tierra cavilosa, por un momento se sintió la protagonista de una de aquellas novelas que tanto amaba.

—Ojalá estuviera también desnuda de recuerdos —suspiró.

Recordó su boda, cuando apenas había cumplido veinticuatro años: la luna de miel en Lisboa, las infatigables excursiones a través de las viejas y desasosegadas calles de Pessoa, el viaje por la costa que duró dos semanas con sus días de playa, de sol, de baños. Y sus noches... Bebieron de la alegría de los recién casados tal y como en aquella época solía hacerse aún. Pero cuando llegó el día de volver a casa, recordaba, una sombra había acometido su frágil mundo. Y una vez de regreso del viaje de novios, permaneció vacilante antes de decidirse a entrar en la casa en la que a partir de aquél momento tendría que vivir. Y una vez dentro, le pareció que decía adiós a algo — *para siempre...*

Desde entonces habían pasado muchos años. Y tanto los buenos como los malos

momentos, siempre los supo vivir con la *fuerza* que solamente en unas pocas personas solemos hallar.

—Fuerza... Fuerza para vivir... para luchar todos los días —susurró, al tiempo que se protegía los ojos del sol con la mano puesta a modo de visera.

Dariana había desarrollado en torno al concepto de «fuerza» una pequeña filosofía. Esta pequeña filosofía suya la tenía como guardada en una cajita, que sólo abría cuando le era necesario.

Aunque siempre vivió rodeada de todo tipo de comodidades, nunca consiguió una completa seguridad en sí misma, y ello la había llevado a sentirse como arrojada a un río de aguas rápidas.

El sol había llegado a su punto más álgido en el cielo y caía sobre la tierra con fuerza inaudita. A pesar del insoportable bochorno, los pensamientos de Dariana continuaban despiertos.

Su cuerpo así tirado era más hermoso que nunca. Y en la soledad absurda y voluntaria del bosque, parecía que hubiera dejado de existir. Por cada uno de sus poros brillaba una diminuta gota de sudor.

—Quien pide amor no da nada; y quien da amor, como no pide nada, no recibe nada —repitió en voz alta las palabras que en cierta ocasión le dijera a uno de sus numerosos amantes.

Porque en la vida de Dariana hubo muchos amantes. Es más, puede que la base de su matrimonio se hallara precisamente en esos amores

prohibidos. ¿Por qué? Tal vez, porque impulsada por la sociedad-consumo deseaba consumir también el mayor número de amores posibles — seamos vulgares intelectuales de pacotilla—; o, tal vez, porque la seguridad que nunca tuvo a lo largo de su vida trataba de encontrarla en cada uno de sus amantes —demos una oportunidad al romanticismo y al psicoanálisis—; o, tal vez, porque a nadie le amarga un dulce —seamos maliciosos como el pueblo lo es.

De cualquier manera, los cuarenta y seis años de Dariana estaban acostumbrados a vivir — eso es lo que importa—. Y precisamente salir del estrépito de la vida era lo que le producía un dolor sordo en el corazón. Sobre todo, la idea de renunciar a la vida amorosa se le hacía especialmente insufrible.

—¡Gozar! ¡Sufrir! Sí, pero... por ser joven. Quiero gozar de nuevo mi juventud. Quiero sufrir otra vez mi juventud... —gimió en voz baja, con una cierta rabia contenida.

Desnuda sobre la tierra desnuda, Dariana abrió un poco las piernas. Y sintió que los rayos del sol la penetraban.

GIZON⁷

La soledad —tan real como los sueños, tan ficticia como la realidad— fue la mayor tragedia que le había tocado padecer. Se trataba de esa misma soledad que a todos amenaza como un disparo imposible de esquivar. Precisamente por ello, vivía el mundo asomado a una ventana de paisajes interiores, afligido por una profunda desazón.

No voy a mencionar el nombre del protagonista. Sólo os diré que era un hombre. Además, es muy probable que ni tan siquiera él supiese cómo se llamaba (¿tienen nombre los fantasmas de los sueños? ¿tenían nombre aquellos pequeños pueblos que veíamos pasar ante nosotros rápidos —como una sensación— mientras estábamos asomados a la ventanilla del tren en el que viajábamos desde hacía lo menos diez horas?—.

Sin embargo, la vida de Gizon —de ahora en adelante, es así como lo llamaré— a pesar de estar abocada a la angustia, tenía también sus felicidades y sus placeres. Verbigracia, cuando en los días de sol iba caminando hasta la cafetería de la playa y se sentaba ante una de aquellas pequeñas mesas redondas de color blanco, y dejaba que el

⁷ La palabra vasca «Gizon» significa «Hombre» en castellano. A pesar de ser en ambos idiomas un sustantivo común, aquí en el cuento pasa a convertirse en un nombre propio.

tiempo transcurriera admirando a las mujeres jóvenes y esbeltas que pasaban por delante suyo sin mirarle; o bien si no, perdido en la ensoñación que le producía el atardecer dulcemente trágico del verano; o entregado a reflexiones sobre las personas que en aquél instante compartían con él ese café...

Pero lo que más le distraía era imaginar diálogos con amigos inexistentes.

—Buenas tardes, Sr. Kolovoski.

—Eso mismo le digo, Sr. Gizon.

Y a partir de ese momento, no cesaba de imaginar diálogos que poco —o nada— tenían que ver con las conversaciones de la vida diaria.

—Créame, Sr. Gizon. Todos los viajes terminan en el olvido.

—Perdone que le contradiga, Sr. Kolovoski, pero yo no estoy muy seguro de ello. Por ejemplo, el Berlín que yo amo es el que yo he imaginado. Y nunca me olvidaré de ese Berlín. Pero del otro Berlín, del Berlín real, de ése por supuesto que ya no recuerdo nada...

Los personajes imaginarios de Gizon siempre hablaban con un tono impreciso y delicado, como surgidos del lugar más recóndito del universo.

—Observo, Sr. Gizon, que con frecuencia menciona Berlín en nuestras conversaciones... ¿Qué es exactamente para Vd. ese Berlín de su

imaginación?

—Es un universo que me sonrío, un puente hacia las sensaciones profundas, una voz que desde un gesto susurra a mis oídos enigmas y secretos perdidos... Todo lo que he deseado está en ese Berlín inexistente. La razón de mi vida está en el Berlín que no poseo. Porque, en realidad, es este Berlín quimérico quien me posee a mí... Está dentro de mí. No es una ciudad, sino un símbolo. O, si lo prefiere, una bandera: la de todos aquellos que amamos la vida a nuestro modo.

De vez en cuando se detenía y quedaba como perdido en el eco de sus palabras. Luego, acercando de nuevo la tacita de café a sus labios, reanudaba la fantástica tertulia.

—Es Vd. el hombre absurdo de una ciudad absurda, Sr. Gizon.

—¡Tantas cosas lo son, Sr. Kolovoski!

—Vd. es un poeta.

—Tal vez por eso son tan tristes mis alegrías. Pero y Vd., ¿quién es Vd. exactamente?

—Yo, Sr. Gizon, sólo soy un hombre.

El tiempo de Gizon era un movimiento breve enfrentado al éxodo calmoso e imparable del tiempo y de la realidad. Y aunque no entendía la vida en sociedad, sabía —a pesar de todo— amar a todos aquellos que vivían al otro lado del muro porque, según él mismo reconocía, ¡qué difícil sería vivir sin poder amar nada ni a nadie!

Gizon se hallaba desnudo ante una vida que sin embargo idolatraba hasta sentir dolor. Y en la bruma espesa que habitualmente le cubría, apenas eran reconocibles aquellas señales temblorosas y amargas que algunas experiencias habían ido dejando en su mirada. Y a pesar de todo, Gizon amaba la vida... incluso cuando la odiaba.

—El tiempo cambia constantemente —continuaba enfrascado en su curioso diálogo—. Por ejemplo, de lo que ayer fui a lo que hoy soy hay un largo camino.... Pero... ¿quién... qué soy yo, Sr. Kolovoski?

—Vd. ayer era lo que exactamente es hoy, es decir, un hombre.

—¿Pero, y mañana...?

El viento soplaba ahora del mar y traía a Gizon el sabor del salitre —ese sabor íntimo y delicado de la costa—. El sol había provocado un incendio en el cielo y no se extinguió hasta que la impresionante llama se hubo ocultado por una brecha abierta en el horizonte. Había llegado la hora de que Gizon se despidiera de su amigo imaginario. Así es que, concentrando toda su atención en las pequeñas colinas de color rojizo que rodeaban la ciudad, se levantó y marchó hacia el cuarto que era su casa.

Por la noche, cuando ya se había acostado, empezó a caer una lluvia fina y menuda. Y al cabo de un rato, se habían formado pequeñas gotas de lluvia que resbalaban caprichosas en el cristal de la ventana.

En su soledad, Gizon imaginó que lanzaba un grito en mitad de la noche. Por un momento, creyó que alguien respondía.

SOLILOQUIO

Debiera estar pensando en cómo encontrar un trabajo y sin embargo sólo pienso en problemas *Woody-Allenianos*. A fin de cuentas, ¿quién soy yo? ¿Por qué soy *este yo* y no *ese otro yo*? Y de todas maneras, ¿qué *otro yo* me gustaría ser si pudiera ser *otro*? Como todos los euskaldunes, parto de la palabra *nor*, el pronombre que expresa la pasividad. Porque *ser algo* es una acción pasiva. No hace falta hacer nada para *ser algo*, para *ser sin más*. Sin embargo, *nork* es diferente. Es el pronombre que precipita la acción. Nos enfrenta al mundo, nos comunica que es imprescindible luchar. Es por ello que lleva una K, porque la letra K es un sonido duro, tan duro como lo es «el oficio de vivir»⁸. Horror... ¿No es Ander el que viene por ahí? Es mejor hacerse el despistado. No sé qué pasa con él pero cuenta unas historias rarísimas. Además, habla hasta por los codos y total no dice nada que merezca la pena escuchar. Es como si su habitual estado de ansiedad lo liberara a través de esa insoportable verborrea...

Últimamente apenas he solido venir a pasear por la playa. Sin embargo, en una época venía casi todos los días. En invierno, pasear por la playa aumenta la sensación de soledad. Al final, acaba dando hasta rabia. ¡Uno se harta de ver el

⁸ «El oficio de vivir». Parte del título de un libro de Cesare Pavese titulado «El oficio de vivir / El oficio de poeta».

mar todos los días! Es como una isla que fuera una cárcel. El preso pasa los días y las noches mirando hacia el horizonte. Sueña que es libre. La libertad de ahí afuera le parece el sueño más hermoso. Sin embargo, él sabe que esa libertad exterior es una ilusión. Sabe que fuera hay también otro tipo de cárceles, y que en realidad ese mar es sólo otra cárcel...

Esta sensación de soledad te persigue toda la vida, llegando incluso a convertirse en tu mejor amigo. La soledad ladra, muerde y guarda fidelidad igual que un perro. Es como un regalo sin sentido, o como una broma de pésimo gusto. De todas maneras, hoy día no sabría vivir sin estar solo. Claro que probablemente yo nunca he sabido vivir. Para mí que ese «saber vivir» implica algún tipo de arte, o de don, que yo nunca he tenido o no he sabido descubrir. Por otro lado, si un anciano de ochenta años dijera «Yo he sabido vivir», lo más probable es que no le creyera. Una cosa sí creo: la soledad es uno de los peores enemigos. Es necesaria la compañía de otras soledades. Es precisa la camaradería de todas las soledades que vagan sin rumbo por las calles. «Burkideak»⁹...

Paseo por la Parte Vieja de la ciudad y tengo la impresión de ser una especie de decorado para la calle, arrojado en contra de mi voluntad al escenario de un domingo. Soy todo lo vulgar que

⁹ «Burkideak». Traducción al euskara del libro «El Camarada» de Cesare Pavese, realizada por Xabier Mendiguren y publicada por la editorial Elkar.

pueda ser un pensamiento vulgar en mitad de la multitud vulgar. Carezco de importancia —y eso me gusta—. Estoy preparado para ser un difunto y siento que soy una tragedia más en esta tragedia de muchos. La existencia es trágica —aunque los que viven en la superficie no se dan cuenta, porque no ven...

Tengo vergüenza de caminar solo entre tanta gente acompañada y siento envidia cuando hallo algún rastro de felicidad en los demás. ¡Pensar que estamos haciendo historia! Todos, en este instante, en las calles de este instante, estamos escribiendo un libro de historia que no trae fechas, ni frases, ni tampoco tablas cronológicas. Únicamente imágenes.

De todos modos, y a pesar de estar solo, pienso que es imposible estar de otra manera. Tal vez sea de los que comprenden las cosas desde la soledad. De los que viven las felicidades de la vida cotidiana desde su soledad. «El lobo estepario?»¹⁰. Ni lo he leído. Pero de ningún modo. Soy la misma estepa. La estepa fría y cruel. La estepa odiosa y monótona que se repite durante miles y miles de kilómetros. El lobo no sabría vivir fuera de mí. Es por eso que me ama y me sufre y me defiende. Es por eso también que anhela mi destrucción. El lobo me existe —como muy bien podría decir Don Fernando Pessoa— y por eso permito que me hiera...

¹⁰ «El lobo estepario». Título de una novela de Hermann Hesse (se halla traducida al euskara en la colección «Ibaizabal»).

A veces siento en mí una fuerza que sólo ansía derribarme, sin miramientos, con ironía demoleadora, con inevitable cercanía. Incluso la siento tras de mí cuando vago por la calle. Si consiguiera una quietud absoluta... Pero ello es imposible en vida. Porque lo que yo espero está en el polvo de los sueños de las estrellas (una súbita traición en el cielo).

Ese cartel dice que un hombre ha muerto en Togo. ¡Qué lejos —y qué cerca— del pueblo que amaba! En Togo... Un montón de gente, aunque vive aquí, en Euskal Herria, vive sin embargo muy lejos de aquí, de Euskal Herria. Al final, también nosotros, los no-cristianos, acabaremos gritando: Señor, Señor, ¿por qué nos has abandonado?...

Lo dijo el poeta: «vivir duele»¹¹. Y es duro no tener padre ni madre. Es duro ser huérfano y extranjero del mundo. ¡Estoy vivo! ¡Eh, eh! Mi mensaje se oculta al borde del camino. Allá donde la luz se extingue. ¡Eh! ¡Tenéis que sospecharme! ¡Tenéis al menos que sospecharme! Eh! Sólo soy una hoja. Ya lo sé. Pero, ¡no estoy en blanco! ¡No permitáis que sucumba en este soliloquio literario! ¡Eh, eh!

—Hola, Kepa.

—Ah! Hola, Ander. Perdona. No te había visto. ¿Qué tal estás?

¹¹ Lo dijo el poeta: «Vivir duele». Cita de Pessoa.

¿POR QUÉ MORIMOS, MISTER LINTON?
(Cuento policíaco)

FIN¹²

¹² A veces, incluso los mejores detectives fallan. Sorry. (N. del E.)

DOS AMIGOS QUE ATRAVIESAN LA CIUDAD

—¿A dónde irías si pudieses ir a algún sitio?

—¿Y tú qué desearías si pudieses desear algo?

Los dos amigos no cesaban de charlar y caminar al mismo tiempo, hallando en ello una suerte de vínculo fraterno que les tranquilizaba el ánimo, ya de por sí bastante dado a la melancolía y a una cierta depresión-tristeza tan típica de los habitantes de los grandes centros urbanos.

Mientras tanto, sobre las alturas más imponentes de la ciudad, el sol mostraba con orgullo todo su insólito poderío.

Sin reparar en ello, los dos amigos continuaban caminando. Conversar les devolvía una confianza perdida hacía ya tiempo, razón por la que con gusto hubieran llegado hasta el final de sus vidas sin abandonar aquél agradable e íntimo diálogo. Abstraídos en su plática, podían entender mejor el genio, la esencia del ser humano. Y sin embargo, era como si sus palabras escaparan por el aire, quedando desparramadas aquí y allá —una columna de humo que sube y sube hasta desaparecer.

—Para mí, el resto de las personas son novelas sin título.

—Para mí, paisajes nunca hollados.

—De todos modos, tal vez las demás personas seamos nosotros mismos.

—Yo me siento como si hubiéramos escapado de algún sueño extraño.

Las conciencias excepcionales acostumbran a albergar inquietudes insólitas que atraviesan con vuelo perezoso la tierra de la fantasía, que es su patria.

La incomprensible quietud de la ciudad arrastra consigo una esperanza. Sin embargo, en el inacabado paisaje del asfalto, nadie ha conseguido alcanzar esa esperanza. Y las calles —tan familiares y cercanas hasta hace un instante— se tornan ahora extrañas y remotas. Y es por ello que vamos de un puente a otro, convencidos de que gracias a las anécdotas arrancadas de los libros lograremos arrinconar esta indiferencia en la que estamos presos.

—Aquél que vive siempre pensando en la muerte no vive de veras.

—Tienes razón. En cierta medida, es preciso olvidar que un día moriremos.

—Además, en el mundo también hay muchas cosas bellas.

Cuando las seis estrellas aparecen semiocultas en el firmamento, las livianas esperanzas huyen veloces hacia ellas. La noche se ilumina en las ventanas —no quiere ir a dormir

(teme que un mal sueño se apodere de ella).

Los dos amigos continúan caminando, mas ahora lo hacen en silencio. En el cielo oscuro e iluminado por las luces artificiales de la ciudad, las nubes corren una tras de otra, incansables, como si jugaran a cogerse.

La angustia que súbitamente se ha apoderado de los dos amigos es un dolor apagado en sus entrañas. A los dos les gustaría subir a un tranvía y no bajar hasta llegar al mundo de la diversión. Los taxistas, los oficinistas, los estudiantes... Todos parecen ser más afortunados que ellos. Todos parecen llevar en el rostro el sello de una existencia vivida con mayor alegría. Todos se asoman a un paisaje dichoso. Todos saben dejar a un lado los esfuerzos inútiles.

—¿Sabes una cosa?

—Te escucho.

—En este momento, desearía ser otro.

—Sí, yo también.

HABITACIONES CONTIGUAS

Unas paredes tan gruesas como absolutas los aislaban, obligándoles a vivir sumergidos cada uno en su propia soledad y haciendo lo imposible por evitarse. El era un hombre, ella era una mujer.

Sin embargo, esa soledad les atravesaba como un dolor insufrible que parecía no iba a cesar nunca. E incluso cuando unas irreprimibles ganas de gritar se apoderaba de ellos, a pesar de anhelar vivamente estar juntos, ni siquiera entonces hacían nada que pudiera acercarlos el uno al otro.

Compartían el pequeño espacio dividido en dos por un tabique, es decir, vivían en sendas habitaciones contiguas de alquiler. Y era como si su silencio y su soledad formaran parte también del alquiler. Pero el silencio es avaro, y los avaros son insaciables (nunca tienen suficiente).

A fin de no coincidir en el pasillo, se esforzaban hasta lo increíble. Razón por la que siempre permanecían en acecho uno del otro.

Hacía siete años que el destino les había puesto frente a sí. Cuando llegaron a las habitaciones —él algunas semanas después que ella—, los dos soñaban con mayor esperanza que ahora. Incluso dieron los primeros pasos para intentar dar comienzo a una tímida amistad. Así, un día él llamó a la puerta de ella y le propuso bajar a tomar un café en la terraza de la cafetería que había cerca de casa. Y a ella no le pareció mala idea. Así

es que bajaron a la calle, eligieron una mesa en la terraza del café, intercambiaron alguna que otra mentira, aparentaron un poco más de lo que en realidad «eran» y tomaron su café. Al cabo de una hora, decidieron ir a dar un paseo por la ciudad. No es fácil de explicar lo que luego ocurrió, pero digamos que se apoderó de ellos una confusa y desagradable disposición de ánimo. La culpa fue de un súbito silencio surgido cuando menos se lo esperaban. Fueron incapaces de superar aquella obscena falta de comunicación que se había alzado entre ellos tan gruesa y absoluta como una pared, y comenzaron a ponerse nerviosos.

—Lo siento, pero debo irme —dijo ella al cabo de un rato, sin poder ocultar su nerviosismo.

—Sí, bueno... Yo aún me acercaré a la playa. Hasta luego —respondió él, lacónico.

Y cada uno se marchó por su lado.

Luego de aquella ocasión, él aún habría de volver a invitarla algunas veces más a tomar café. Pero ella siempre encontraba una excusa u otra para posponer su invitación y demorarla hasta el día siguiente.

—Gracias. Pero hoy estoy demasiado cansada...

O también:

—Lo siento. Me duele terriblemente la cabeza. La próxima semana, tal vez...

Poco a poco, las invitaciones a tomar café

fueron espaciándose más y más. Hasta que un día desaparecieron del todo. Pero la cosa no quedó ahí. La simpatía de los primeros días poco a poco dio paso a una animadversión y odio fatales —aunque ellos no se percataron inmediatamente de ello—. Y a partir de entonces, su odio creció y creció sin tregua ni límite (no sabían que en realidad eran sólo dos anacoretas maltratados por las circunstancias).

A partir de aquél día en adelante, el único ser vivo que se asomó a sus ventanas fue la misantropía.

La soledad trepaba silenciosa como una hiedra hasta las habitaciones de los dos inquilinos. Y una vez dentro, arrastraba su insidia y la vertía en las tazas de café humeantes, como se vierte un veneno.

Sobre las dos habitaciones pendía una suerte de encantamiento, de oscura prohibición, y era como si fuera a extenderse por el resto de la casa —habitada por otros inquilinos en sus habitaciones.

Podían haber tratado de vivir de otra manera. En vez de vivir a costa de los verbos potenciales, hubieran podido hallar un lenguaje amoroso o, cuando menos, solidario —aunque sólo fuese una mirada, un gesto o un saludo—. Sin embargo, los mecanismos defensivos del individuo con frecuencia son más fuertes incluso que el individuo mismo (sin tener en cuenta el grado de vileza que escapa a nuestro control).

A fuerza de insistir una y otra vez, la

autocompasión puede ser el único resultado obtenido a modo de premio. Porque, eso sí, ambos personajes tenían una gran compasión de sí mismos. Al vivir atemorizados en lo que se refiere a sus sentimientos, no tenían más remedio que recurrir a falsos y enfermizos estímulos elaborados con una claridad mental que únicamente funcionaba a la hora de odiar y aborrecerse. Habían desterrado del universo que formaban sus habitaciones cualquier actitud que pudiera tener alguna relación con la *acción*. Y permanecían distantes, con la mirada extraviada en una esperanza marchita.

Aprisionados cada uno en sus cuatro paredes, estos dos seres hacía tiempo que ya no soñaban, pues ellos mismos habían llegado a convertirse en sueños —sueños vagos e imprecisos—. No deseaban nada, excepto insistir en su odio recíproco. Aún así, eran del todo incapaces de llegar a un enfrentamiento abierto y real (es decir, con insultos, gritos, perfidias...). Cosa fácil de entender, puesto que ninguno de los dos vivía una vida real. Por el contrario, permanecían en sus habitaciones como dos plantas en un invernadero estrecho. Y día a día morían como mueren los animales en sus guaridas —heridos y atemorizados (sobre todo, de sí mismos).

Pero no renunciaron, sino que prosiguieron entregados a su fatal egoísmo. Con los ojos cerrados, veían cómo el cerco de la noche se cernía sobre ellos. Con los oídos taponados con bolitas de cera, escuchaban cómo la noche hacía burla de

ellos.

Echaron a perder su alma, y también la posibilidad de volver a empezar. Los años —como bien es sabido— no transcurren inútilmente, y la pintura de sus respectivas habitaciones fue adquiriendo un color inexplicablemente morbosos. Era el color de la amargura.

El fastidioso hado de los inquilinos —tan desdichado como el del lector insaciable arrojado a la indigencia— acabó precipitándose en un suicidio interior que habría de llevarles a la nada.

Así, cuando uno de los dos comenzaba a andar por la habitación, el otro se ponía en acecho (como los animales que se disponen a atacar o que han sentido la amenaza de algún peligro), los músculos en tensión, todos los sentidos concentrados en el ruido provocado por *el monstruo de al lado que ¡se había atrevido a molestar!*

Un día, él comenzó a dar vueltas de un lado a otro de su habitación. Llevaba puestas las desgastadas zapatillas de color marrón que tenían un agujero por el que sobresalía el juanete. Y estuvo así durante unos minutos, sin cesar de caminar por el exiguo espacio de su habitación. De repente, se escucharon unos fuertes golpes dados contra el tabique. Los golpes eran para advertirle que debía dejar de caminar ipso facto. Por supuesto, era ella, la inquilina de la habitación contigua, que por primera vez había dejado que su odio adoptara una forma de expresión exterior, vertiendo a través de una acción real la inquina

desde hacía tiempo guardada en su interior.

Los golpes sólo consiguieron ponerle furioso y comenzó él también a golpear la pared con todas sus fuerzas.

Así estuvieron durante largo rato, golpeando sin cesar en el tabique, hasta que alarmados por el escándalo salieron al pasillo el resto de los inquilinos de las demás habitaciones.

El mutuo aborrecimiento que se profesaban había traspasado sus cuartos, cosa que no volvería a ocurrirles nunca más. Estaban aterrorizados, pues se habían dado cuenta que su aversión era más fuerte incluso de lo que ellos creían.

Luego de aquél suceso, los años transcurrieron rápidos —casi, con la velocidad de una imagen—. Sin embargo, él y ella continuaron siendo lo que siempre fueron: dos sombras anónimas y desconfiadas. Y hasta tal punto se odiaron, que un buen día ese mismo odio les estalló en la cara, produciéndoles la muerte en el acto. Pasaron unos días antes de que hallasen sus cuerpos tendidos cuan largos eran en sus respectivas habitaciones.

Una vez muertos, aún habrían logrado ser felices, si no fuera por que tuvieron la mala suerte de que los enterrasen juntos, uno al lado del otro, separados por un tabique de tierra, en sendas fosas contiguas.

MADRE DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

El sonido de la lluvia cayendo —tenaz— sobre la ciudad se había convertido en el maravilloso eco del tiempo que, como una voz empeñada en no extinguirse, repetía pausada e insistentemente su mensaje. Sin embargo, la visión de esa incesante lluvia acrecentaba por alguna inexplicable razón la angustia de Olaxta. Mientras, la noche comenzaba a posarse en las ventanas de las casas como un pájaro de mal agüero.

«Mi pobre hijito vive muerto en sueños de coral. ¿Cómo es posible que permanezca de brazos cruzados? ¿Tengo acaso el corazón de piedra?».

Así de tristes eran los pensamientos que por la cabeza de Olaxta pasaban dejando un rastro doloroso y una sensación de amargura (como si esa tribulación, ese dolor y esa amargura formaran ya parte de su propio cuerpo físico). La razón de tal aflicción era su hijo, quien desde hacía tres años yacía sumido en un sueño irreal y fantástico, conectado a los aparatos que en el hospital le mantenían con vida.

—Clínicamente está muerto —fueron las palabras del cirujano.

—¿Qué... qué quiere decir? —le había preguntado Olaxta.

—Quiero decir —le respondió el médico— que su hijo no despertará nunca. Vivirá siempre inmerso en un sueño profundo gracias a unos

aparatos que lo mantendrán con vida.

«*Vivirá siempre inmerso en un sueño profundo...* Estaré a su lado, pero él no sabrá que estoy ahí. Mi pobre hijo se va a sentir muy solo, terriblemente solo... Ahora ya no podrá conocer todas las felicidades imposibles que había guardado para él. No sabrá que todo el amor del mundo le aguardaba en su cuna. No sabrá nunca que antes de haberle visto pasar hambre le hubiera ofrecido mi propio corazón como alimento. ¡Oh, Dios! Mi hijo no debe pensar que su madre le ha abandonado. Tal vez esté rodeado de pesadillas. Tal vez me está llamando y yo no puedo ayudarle, ni siquiera puedo darle un beso para tranquilizarle... ¡No quiero un hijo que nunca jamás va a sonreírme! ¡No lo traje al mundo para ofrecerle una noche interminable!».

La mirada de Olaxta era de tierra y sus ojos siempre estaban enrojecidos. En el rostro, una expresión alejada del mundo se perfilaba con claridad. Olaxta luchaba desesperadamente por encontrar una solución. Arañaba las sombras con las uñas y cantaba en voz muy baja canciones para niños que nadie oía.

Bajo el sol pálido del otoño, atravesando las hojas rotas y desparramadas por el suelo, las horas se vaciaban de sentido y de tiempo. Olaxta, diluida en un dolor sordo y obstinado, sentía que un fuego invisible la abrasaba, y para escapar de esa llama, sumergía su mente en cada gota de lluvia...

«Y entonces, ¿así transcurrirá toda tu vida? Ay, mi pequeño. ¡Ojalá estuvieras conmigo! ¡Si

supieras cuánto sufro al ver tu camita vacía! Quiero volver a jugar con tus manos, a jugar contigo al juego de la felicidad... Tus ojitos alegres colgados de mi sonrisa... Poco antes de que apareciera la enfermedad... Y la angustia, mientras duraba la operación...¡Oh, no te quiero consagrado a la muerte, atrapado en un indescifrable jeroglífico, lejos de todas las mañanas relucientes! ¿Quién te ha ofrecido este presente sin futuro? Si tu destino no quiere darte una sonrisa, en ese caso ¡yo acabaré con ese destino! Te conseguiré una invitación para la muerte, ya que no he podido conseguirte una para la vida. Destruiré tu vida y también mi corazón. Y si alguien me echara en cara algo, le responderé así: cuando sufría por mi niño que tenía prohibido morir, todos pasabais a mi lado sin dirigirme ni una sola palabra de aliento, sin lanzar siquiera una mirada de piedad a esta madre sin rostro. ¿Quién se atreve a gritarme a la cara "asesina", a mí, a todo el amor del mundo?».

Olaxta salió de su casa con una firme determinación reflejada en el rostro. Sus pasos, graves y vencidos, la llevaban hasta el Hospital en donde su hijo dormía, conectado a los aparatos que le permitían respirar.

Olaxta huía de sí misma y, sonriendo a su inmediato acto, se entregaba a éste en cuerpo y alma.

Mientras caminaba por el silencio de las calles desiertas, sus ojos reflejaban un brillo similar casi a un resplandor. Y en su mirar pálido y

tembloroso, incluso el miedo parecía retroceder asustado —un miedo vasto e infinito como la propia noche.

Por fin, llegó al Hospital en donde su hijo soñaba las palabras. En Urgencias nadie le puso impedimento alguno para introducirse en el interior del edificio blanco («también las manos de la Muerte son blancas» pensó). Y una vez en el pasillo del segundo piso, encaminó sus pasos hasta la habitación 256 —una habitación como las demás—. Ante la puerta, sin acabar de decidirse a entrar, se apoderó de ella un inmenso terror y tuvo que hacer un colosal esfuerzo para no salir huyendo de aquél siniestro lugar. Pero recuperó el valor y al fin atravesó el umbral de la habitación 256. Los seis años de su hijo yacían marchitos, unidos a aquél aparato dador de vida (pocas personas supieron estar solos y vivos —excepto los viles—)¹³.

Una vez dentro, Olaxta habló así a su hijo:

—He venido, hijito, para acunar tu último sueño, para cantarte una última canción. No sé si me escuchas. Pero si me oyes, quiero que sepas que te he amado con toda la dulzura de los días radiantes. Yo te traje a este mundo y yo misma también voy ahora a enviarte a otro. Me guía el derecho y la justicia. Ha llegado la hora de

¹³ La mención entre paréntesis pertenece al poema «E allora noi vili» del libro "La terra e la morte" de Cesare Pavese. La coetilla que reza «excepto los viles» no forma parte del citado poema de Pavese, es añadida (N. del E.).

demostrarte hasta qué punto te quiero.

Olaxta desconectó el aparato del que dependía la vida de su hijo. Luego, continuó hablándole así:

—Pobre pequeño, he sido para ti la vida y la muerte. ¡Vuela, pájaro mío! Vuela hasta los pueblos allende la frontera. ¡Siempre te acompañará mi amor profundo! Cumple tu destino así como yo he cumplido el mío. Todos los océanos infinitos, todos los universos ilimitados, todas las aguas de todos los ríos, todo el calor de todos los soles: ¡son tuyos! Yo, tu madre, te los regalo para que juegues con ellos. ¡Corre, pequeño mío, a través de los bosques de las estrellas! ¡Corre, niño de mi corazón, a través de los pueblos libres que jamás conocieron la esclavitud! ¡No te quedes en medio de la noche! Serás el árbol que susurra, la piedra entregada a sus graves reflexiones, el corazón del mar que late sin cesar. Mi pasado, presente y futuro se hallan reunidos en ti. ¡Huye, amor mío, antes de que aparezcan los que no entienden nada, antes de que los sacerdotes irrumpen violentamente escupiendo su mortal azufre! ¡Vuela, pequeño mío, y no tengas miedo! Porque tu madre también va contigo... Sí, yo. ¡Tu mamá! ¿O acaso creías que te dejaría partir solo?

EL CADÁVER

Aterrorizado ante la vida, el cadáver avanza atravesando la noche —una noche que hacía tiempo aguardaba—. Y mientras se adentra con paso vacilante en las calles sin esperanza, todos los pensamientos del mundo dan vueltas y vueltas en su mente.

Deseando formular una nueva pregunta, aburrido de ser un cadáver, quisiera cerrar para siempre la puerta que asoma a la vida, y siente que apenas le quedan fuerzas para seguir soñando.

De cuando en cuando, palpa distraído con la mano el libro que lleva en el bolsillo de la chaqueta —mas no espera nada de los libros—. Su mirada, enfocada hacia el silencio, se une a la mirada de la noche. Un cadáver sin fe. «No habría estado nada mal...» murmura. Y continúa rememorando un pasado que, por otro lado, no ama. «Mala suerte, amigo, si no has salido como deseabas» vuelve a pensar para sí mismo.

Se siente por dentro copado por una de esas nociones absolutas acerca de la verdad —nociones tan crueles como imprescindibles—. «De todas maneras», piensa el cadáver, «¿a quién le hace falta una verdad?».

A pesar de no haber probado una gota de alcohol (porque, si así lo quisiera, este cadáver sería capaz de emborracharse), oye el ruido de la tierra al girar latir en sus sienes. Imaginerías, vacíos

absolutos, instantes muertos... Todo lo recuerda, incluida su extraordinaria soledad.

El cadáver quiere decir algo:

—Estoy muerto y condenado a vivir. ¡No me juzguéis, os lo ruego! Algo que soy incapaz de comprender me arrojó al camino de las formas abstractas, que son el pensamiento. No entiendo nada sobre la vida. Sé, sin embargo, que algunos la aman. También sé que la felicidad puede existir por instantes... Estoy preso por algo en lo que apenas creo. ¡No! Yo no creo en nada. Soy un cadáver que murió. Los muertos no necesitamos creer en nada. Los muertos... ¡Pobres de nosotros los muertos!

Con los ojos cerrados, permanece inmóvil en la calle durante unos segundos que parecen siglos. Luego, echa otra vez a andar y ofrece su cara al viento para sentir su caricia. Una angustia le aprisiona por dentro mientras camina, produciéndole un dolor sordo en alguna parte de su cráneo. «Como la base del ser humano es el dolor», piensa, «es preciso realizar un gesto que lo exima. A fin de cuentas, el destino de los Hombres es injusto como un dolor de muelas. Así, una vez arrancada la muerte de nosotros, conseguiríamos también arrancar el dolor.»

Las luces de la ciudad no pierden de vista el cadáver y su sonrisa. El cielo profundo aparece entre nubes como un espectro lóbrego y henchido. A pesar de sus esfuerzos, el cadáver no puede apereibir sus instantes felices. Y puesto que se trata de una belleza colectiva, sabe que no es para él.

Además, la propia belleza de la ciudad se enajena en una suerte de indiferencia... al tiempo que el sexo permanece. El sexo, con las piernas abiertas, nos invoca lógico y certero.

En ese instante, el cadáver hace un gesto con la mano, como queriendo espantar suicidios invisibles (¿puede un cadáver suicidarse?).

Visto el modo de andar que tiene, podría incluso tratarse del cadáver de algún aristócrata arruinado.

Intenta esbozar una sonrisa, pero sin conseguirlo. En cierta medida —o más bien, en gran medida—, está fingiendo. ¡Sí, es un hipócrita, un fingidor! Toda la muerte se la ha pasado aparentando que era otro. ¡Qué estupendo actor! ¡Mirad, cómo saluda al público que jamás ha tenido!

El cadáver de nuevo quiere decirnos algo:

—Tengo sueño... Quisiera poder gritar desde dentro de mí. A veces, tengo la impresión de que soy capaz de entender. Sin embargo, en cuanto apercibo el conflicto inherente a mi... *persona* —por llamarme de algún modo—, entonces renuncio a todo. He elegido el camino más fácil: vagar por las calles (es lo único que sé hacer). Los puntos luminosos del cielo son tantos que es imposible llegar a conocerlos todos. Aún así, desearía saber llamar a cada estrella por su nombre... Miro al cadáver que soy ante el espejo y tengo la impresión de que es incluso más auténtico de lo que yo soy por dentro. De cualquier manera, sólo soy un

cadáver. Y vivo esclavizado por las ganas que tengo de estar muerto. Todos los días me suicido en los prostíbulos.

Así, caminando entre huidizas ideas, la indiferencia en él se transforma en señal de amor —ya que siempre fue objeto casual de las circunstancias—. Es cruel, porque no supo tenerse bondad y ternura. Tal vez, algún día encuentre aquello que con tanto afán ha buscado: algo parecido a Dios. «Pero Dios es una dimensión fuera de nuestras posibilidades», piensa, «Así pues, no podemos alcanzar un lugar que no existe».

A cada paso que da, el cansancio se adhiere a sus ojos... hasta que no le permite ver.

Cuando recupera la visión, escribe en los muros que rodean la ciudad un nombre de cinco letras. ¿Es, tal vez, un mensaje escrito en clave, que alguien leerá y llegará a entender? El cadáver sabe que una leve esperanza le mantiene «vivo». Y al ser consciente de ello, se torna aún más escéptico si cabe. No es una esperanza determinada, sino una esperanza tomada en un sentido general y que en todos puede llegar a alcanzar una cierta importancia.

La ciudad parece que ha dejado de existir. El cadáver cree que la ciudad es sucia y fría, es decir, el cadáver cree que él es sucio y frío —porque, en el fondo, atribuye a la ciudad la frustración propia—. Pero la ciudad no es lo que él piensa que es. La ciudad, a fin de cuentas, no tiene nada que ver con los delirios de un cadáver. ¿O

acaso sí...?

Presa de una extraña sensación, alza una mano y con los dedos se palpa absorto el cráneo. «¿Existen entonces los cadáveres?» se pregunta lleno de asombro.

El cadáver va a hablar otra vez:

—Hace frío aquí. Y vuestro mundo es tan solitario como una plaza que conocí hace ya mucho tiempo... En el mundo no hay nada, excepto una colección de seres humanos. El mundo es para aquellos que no se conocen... Ya estoy haciendo frases, ocultándome en pretextos y evasivas. Pelearía, pero no estoy seguro si ello serviría de algo. Vivir es estar desnudo y morir es mentir con descaro. Debiera quitarme esta máscara y tratar de olvidar, de olvidarme, «hasta la victoria final».

Por pura inercia, el cadáver anónimo pone en movimiento su esqueleto y echa a andar. De repente, se lanza corriendo calle abajo, enloquecido. El infortunado cadáver desearía poder dejar atrás su condición y acercarse a aquello que siempre ha permanecido lejos de él. Huye, tratando de dar con un asomo de vida en esa carrera desesperada. Pero cuanto más deprisa corre, más lejos está de aquello que busca. Por fin, se detiene sin fuerzas —porque también los cadáveres caen agotados— y con horror advierte que no tiene sombra. «¡No tengo sombra!» exclama para sí, lívido. «¡También ella, también mi propia sombra me ha abandonado!» grita. De sus labios amoratados —ni una gota de sangre queda en ellos— brota

un grito largo y angustioso: el cadáver acaba de comprender la soledad del mundo.

Y grita alzando, grotesco, su cráneo al cielo:

—¡Ojalá me muera!

EL PARADO

Hay exilios que se imponen con la ligereza de una obsesión inútil y destruyen a su paso lo mejor que hay guardado en el interior de los seres humanos. Es una suerte de cáncer provocado por la soledad proletaria del parado (ser al que con frecuencia se le define como el arlote radiactivo de la sociedad moderna, o sea, una suerte de bloque humano-contaminativo y sin características específicas propias).

En esta infamia consumada, los vencedores del rey sol gruñen satisfechos de los resultados obtenidos. Y mientras, el parado —anteproyecto del fraude, insignificante estrella sanguinaria de cinco puntas y color rojo bermejo— agoniza lentamente. Solo, completamente solo.

A partir de ahí, su ánimo se destruye total y para siempre: los años transcurridos sin sueldo ni tan siquiera codician la traición. Y así las cosas, en adelante no le quedará más que una opción: exhibirse a sí mismo a modo de trofeo... en los diminutos rincones de su devenir. En cuanto al suministro, digamos que acepta resignado el sustento que le proporciona el cosmorama divino inherente a su persona, es decir, ricos y sabrosos ideales.

El parado tiene el cráneo del hombre del Neanderthal, sueña con sueños antropofágicos relacionados consigo mismo, se anuncia patético en

el prostíbulo de la miseria y bate al fin todas las marcas alcanzadas hasta hoy día en el arte de la masturbación.

—«¡Ah, vil y despreciable! —gritan—. ¿Quieres echar por tierra nuestras optimistas tasas de natalidad?

Y da lugar a un gran escándalo —que a nadie importa una ardite— entre los suyos (los de ellos).

El parado se consume en su odio (única arma) y en su esperanza (única nacionalidad). El parado es cabezota (¡no se muere!), obstinado (¡puede llegar a vivir muchos años antes de suicidarse!). Es el anticristo de la constitución (¡vade retro y no nos jodas más, h. de p.!).

Sin embargo, tiene un defecto: le apasiona la idea del ahorro.

Pero lo peor es ese patetismo suyo que le lleva a gritar a todo el mundo: «Yo también tengo derecho a vivir en un agujero!».

De hecho, no soporta a la muerte obstinada en enterrarle vivo. No soporta estar preso en la placenta urológica de la otra sociedad, encañonado y herido por un disparo de miseria.

Ufano y engreído, añora las antiguas experiencias de los antiguos cristianos y sus antiguas catacumbas. Por desgracia, la realidad de siempre llega justo a tiempo de liberar sus ojos. Está claro: carece de afición hacia la espeleología. Y no hallando otro camino excepto el de la

metamorfosis, transformado su cuerpo en el de un faisán apetitoso, eyacula voraz contra el cielo mientras vuela —feliz como un perro— fuera de todo límite (porque el parado, por carecer, carece incluso de jurisdicción propia).

Y ahora, con el permiso del respetable, este inoportuno convidado decide que ya es hora de poner el punto y el aparte a su escrito de tendencias obviamente bolcheviques. Espero que mi acritud no haya agriado a nadie la mañana, ni que mi mala leche haya puesto a nadie en un brete (¡Dios: qué grande eres! —¡esto incluso rima!—).

Un beso chiquito (de parado).

HABITANTES DE LAS CHABOLAS

Con la sublimidad del discurso político, el frío penetra poco a poco en las chabolas. Es un frío grueso, tan grueso que incluso podría recogerse en copos de nieve.

Las chabolas invaden todo el sur, alzándose en la tierra de forma irracional. Mientras, los niños juegan «a que hacía calor». Una procesión de rostros enjutos desciende por el camino que lleva a la ciudad, donde la abundancia derrocha alegremente la necesidad de los desheredados. Cuadrillas de muchachos y muchachas siguen silenciosas a los hombres. A pesar de no tener más de quince años, sus gestos y movimientos tienen ya la totalidad, el porte mesurado de las personas adultas.

Durante la tarde, los hombres yacen como muertos en sus ilusiones, la mirada puesta en la ciudad que sólo ofrece felicidades imposibles de alcanzar.

Los rostros de los habitantes de las chabolas están cubiertos de una ira contenida. Y una atracción magnética se cierne sobre ellos con amargura que tiene algo de embrujo o de encantamiento: nacieron dirigiéndose hacia.

Se escucha a los perros ladrar en la noche, y parece que ladren al futuro que ya nadie espera. La felicidad —sueño breve, lacónico— se ha vuelto extraña para con su realidad.

En otoño, las hojas de los árboles rehúsan a caer, señal de que el alma humana de los habitantes se halla en las últimas —como un viajero al que le hubiera fallado el ánimo para continuar su viaje—.

Sin pena y sin gloria (así es como sucede).

Los labios de los chabolistas tienen ese sabor íntimo que guarda relación con «el porqué» de sus miserias.

Y en la pradera desnuda de hierba se yerguen con valentía las chabolas, como si fueran a devorar el vasto espacio ante sí. Aquí y allá, puede oírse una canción de cuna...

Los ancianos se sientan cabizbajos, y los jóvenes caminan como si no existieran, a pasitos cortos, de ensueño.

Las chabolas conforman un insólito paisaje (espasmo desolador, linaje real surgido de la nada, confederación épica de la miseria). Conversaciones tranquilas y sobrias constituyen la única diversión del anochecer, antes de que los habitantes rueden desnudos bajo sueños grandiosos.

No hay nada definido en las chabolas, excepto la imposibilidad de escuchar las dos palabras fatales: estamos acabados.

Al día siguiente, aparecerán a las puertas dispuestos a gritar situaciones incomprensibles. Aunque, en general, prefieren aguardar (¡quién sabe!), ensayando con la única cesión que heredaron de sus antepasados: la paciencia.

Indiferentes ante el futuro, viven al día con sus miradas taciturnas y dispersas. Mientras, en la chabola de al lado, los labios del bebé maman con ansia de la inmensa redondez, como si todo el universo quisieran chupar.

Más allá de las chabolas, la embriaguez de la riqueza.

EN BOCA DEL SOLITARIO

Fatalmente arrepentido de la tibieza de esta existencia mía, corroboro el espacio abreviado en grosero apartamento y calculo los años que aún me restan de espectáculo social (¡es asombroso el orgullo que exhibo ante tanta nada!).

A los pensamientos pasajeros —que inútilmente trato de ahuyentar— les saludo gritando: «¡Espero que nunca jamás volvamos a encontrarnos!». Ahora sólo necesito una mirada rápida, un gesto preciso en los que apoyarme para saber quién soy, es decir, para liberar el cuerpo y la mente de esta soledad que, sin haberlo yo consentido, se ha adueñado de mí.

Todas las cosas las haría estallar: el ancho y largo de la habitación, las paredes odiosas, aquello que me aísla del exterior... Feroz y verosímil, obstinado y lisonjero: ¡qué estupendamente represento el alegre teatro del automarginado!

Hay algo que no llego a comprender y murmura su veneno en mi oído, de este modo:

—Colega, estás hecho polvo.

Y yo respondo:

—Baja el pistón, tronco, no tengo intención de emigrar a la Conchinchina.

Al menos, puedo compartir el absurdo con la calle que empieza fuera del cristal de la ventana.

A pesar de todo, esta soledad mía de todos los días míos sé que no cejará hasta lograr su objetivo: humillarme. Entonces yo, aburrido y cansado, le doy la espalda. Así logro que su empeño sea todavía mayor.

La soledad, inmóvil, acecha en el pasillo y aguarda el momento preciso en que se abalanzará sobre mí con toda su furia. Pero yo sigo haciendo como si tal cosa (es bueno que el enemigo se confíe).

Paso el tiempo sacando punta al lápiz y lo hago con la abstracción del inocente que se ignora a sí mismo y que lo sabe. Luego, asqueado de tanta veneración y respeto, abro la puerta del vivitorio y con pasos audaces marchó raudo y veloz hasta el cuarto de baño. Nada ni nadie puede hacer nada por evitarlo: desenfundó la espada y vierto en el lavabo mi orín color de oro. Lleno de fascinación —y tal vez sombrío—, permanezco durante unos instantes postrado ante la valentía que refleja mi acción.

Al regresar por el pasillo gozo de la subversiva sensación del éxito. Aún más: por lo que a cordura se refiere, ¿hay quién dé más que yo? De hecho, nadie hay más desequilibrado en sensatez que aquél que vive en el exilio de su marginación.

He crecido desafiando a la soledad y sin embargo ahora le planto cara, lleno de rabia y frenesí. Una y otra vez perjuro contra este universo limitado y siento «hasta el último folio» toda la falsedad y podredumbre que ello representa.

—¡El último folio! ¡Este es mi último folio y lo dejo! ¡Se acabó!

Presto atención a los mezquinos sueños que se apilan en mi almohada y, arrinconando la soledad hasta el día siguiente, este engreído por necesidad acuna a su felicidad abortada. Flota en el aire la cercanía de una esperanza próxima.

¡Aguardad! ¡No os vayáis aún! Tengo algo para vosotros. ¿Dónde lo habré guardado...? Estaba por aquí... Ah, sí. ¡Aquí está! Lo había dejado entre unos papeles y por eso no lo encontraba.

Tomad y leed:

LXXVI

Gaueetik goizera noa
ixarik mutuenei mihina ateratzen diedala.
Birjin horren izenean
2 izateraino begiratzen zekiena.
Arrotz izan nintzaionaren izenean,
giltza eta txapa erabat desberdinak.
Ez ahotsik ez botorik izan ez zuen
haren izenean, haren egin-zortea
erabaki zenekoan.
Gorputz-irakidura, ordea,
edo zertarako gai; 99 burbuilatan bakarrik
beti egon zen irakidura.

Erremateak, naturaz esposatuak,
elkartzen ez diren bi egunetakoak,
sekulan elkarri atzematen ez diotenak!

Cesar Vallejo

(De la colección de poemas «Trilce»)

Soy traidor hasta la médula espinal. Ahora
sí, ya podéis iros.

Poema de Cesar Vallejo en su lengua original:

LXXVI

De la noche a la mañana voy
sacando lengua a las más mudas equis.

En nombre de esa pura
que sabía mirar hasta ser 2.

En nombre de que la fui extraño,
llave y chapa muy diferentes.

En nombre della que no tuvo voz
ni voto, cuando se dispuso
esta su suerte de hacer.

Ebullición de cuerpos, sinembargo,
aptos; ebullición que siempre
tan sólo estuvo a 99 burbujas.

¡Remates, esposados en naturaleza,
de dos días que no se juntan,
que no se alcanzan jamás!

CHARLATANERÍA

Vivir con rabia es estar muerto, renegar del misterio de las cosas —en la senda del ostracismo he hallado unas huellas y las sigo—. Siento alrededor mío los hechos desagradables ser causa de confusión. A pesar de todo, enarboló la bandera del sueño y la esperanza. Y en el fondo de mi corazón, sé que este mundo violento es más ancho y más extenso de lo que yo lo seré jamás.

La criatura que vive agazapada en mí es solamente la criatura de la destrucción. Y mientras acaricio con ternura mi sexo, silbo dichoso una tonadilla.

Tengo tristeza de recordar las situaciones en las que también fui. Y al contemplar el día clarear entre las cuatro paredes del dormitorio-vivienda, lanzo una carcajada de cal —mi yo irremediable para el mundo.

Investigo. Así, ¿cuándo vi llorar a mi madre por última vez? No reconozco al muchacho que he sido y también yo he comenzado a compartir las arrugas con ella.

Esa sensación de estar dormido... es embrutecedora (Ay, ciudades modernas: ¡qué aburridas sois!). Hablo sin parar porque, si no, ¿qué sería de mí?

Quisiera volver a creer en la *rue Henri Martin* —allá, en el remoto París—. Pero sólo puedo creer en la niebla que baja de los montes

rodeando amenazadora el valle y peinando con su misterio la fina hierba de las laderas. Creo que estoy tumbado en una de esas campas, con los ojos cerrados admirando los trocitos de mundo ante mí.

Hago lo que puedo (perdonadme las tres carreras universitarias que dejé abandonadas).

¡Qué alegría, no conocer a nadie en esta calle! ¡no ser apaleado por la fastidiosa presencia de los conocidos! Desearía ser el perro callejero que deambula por la ciudad: ni nombre ni collar ni cuenco de comida asegurada, y gozar el deseo de estar muerto para siempre y cuanto antes. Y aparentar riqueza, y engañar la virtud de las mujeres más honestas y salir huyendo no dejando atrás sino un rumor sordo de ira y venganza. ¿Remordimientos? No, gracias (hoy no estoy para Dios ni para nadie).

He llegado a la esquina del mundo, y aguardo una señal que me ayude a recobrar la vitalidad perdida. Si ello sucede, de nuevo caminaré entre vosotros con paso humano.

Pienso que no merece la pena pensar, ni tampoco haber permanecido esperando durante tanto tiempo a que ocurriera algo. De todas maneras, si a alguien le resultan aburridas mis palabras... De acuerdo. Hagámonos sitio (en las familias numerosas dicen que no llega para todos el pan).

¡Un momento! ¡No os vayáis todavía!

Tengo algo para vosotros. ¿Dónde lo habré guardado...? Estaba por aquí... Ah, sí. ¡Aquí está! Lo había dejado entre unos papeles y por eso no lo encontraba. Es un trabajo que han hecho mis alumnos del euskaltegi de AEK-Amara Berri. Les di un poema de Cesare Pavese para que lo tradujeran al euskara, y ¡mirad lo bien que lo hicieron! Bueno, yo les ayudé un poco, una corrección aquí y allá... De todos modos, no se puede negar que el mérito es de ellos. Of course, si surgiera algún problema con la traducción... en fin... yo... yo no tengo nada que ver con esto... o sea... yo, si hubiera «movida», os doy los nombres de esos alumnos y ahí os las arreglés con ellos... vaya...

Otra cosa. Como mis alumnos no eran muy duchos en lo que concierne al italiano —admito que desconocían del todo el idioma «degli italiani»—, tuvimos que traducir el poema del castellano. Sin embargo, por un momento he pensado que tal vez a algunos de mis lectores les gustaría leer el poema en su versión original. Así es que, por mí, no quiero que nadie se quede con las ganas. Ahí va, pues, la transcripción.

VERRÀ LA MORTE E AVRÀ I TUOI OCCHI

Verrà la morte e avrà i tuoi occhi—

questa morte che ci accompagna
dal mattino alla sera, insonne,
sorda, come un vecchio rimorso
o un vizio assurdo. Y tuoi occhi

seranno una vana parola,
un grido taciuto, un silenzio.
Così li vedi ogni mattina

HERIO ETORRIKO DA ETA ZURE
BEGIAK IZANGO DITU

Herio etorriko da eta zure begiak
izango ditu—

goizetik gauera lagutzen digun
Herio hau, logabea, isila,
bihotz zimiko zahar
edo akats zentzugabe moduan.

Zure begiak
izango dira alferrikako hitza,
garrasi isila, isilunea.
Horrela ikusten dituzu goizero

quando su te sola ti pieghi
nello specchio. O cara speranza,
quel giorno sapremo anche noi
che sei la vita e sei il nulla.
Per tutti la morte ha uno sguardo.
Verrà la morte e avrà i tuoi occhi.
Sarà come smettere un vizio,
come vedere nello specchio
riemergere un viso morto,
come ascoltare un labbro chiuso.
Scenderemo nel gorgo muti.

zeu bakarka makurtzen zarenean
ispiluaren aurrean. Oi esperantza
mina,
egun hartan geuk ere jakingo
dugu
bizia eta ezereza zarela.
Heriok denontzat dauka
begirada bat.
Herio etorriko da eta zure begiak
izango ditu.
Izango da bizio bati uztea
bezala,
ispiluan ikustea bezala
aurpegi hil bat agertzen,
ezpain itxi bati entzutea bezala.
Hitzik gabe jaitsiko gara
amildegira.

Cesare Pavese (1950)

Traducción al castellano del poema de C. Pavese:

VENDRÁ LA MUERTE Y TENDRÁ TUS OJOS

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos—
Esta muerte que nos acompaña
de la mañana a la noche, insomne,
sorda, como un viejo remordimiento
o un vicio absurdo. Y tus ojos
serán una vana palabra,
un grito apagado, un silencio.
Así los ves cada mañana
cuando tú sola te inclinas
en el espejo. Oh, cara esperanza,
ese día también nosotros sabremos
que eres la vida y que eres la muerte.
Para todos tiene la muerte una mirada.
Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.

Será como dejar un vicio,
como ver en el espejo
resurgir un rostro muerto,
como escuchar a unos labios cerrados.
Mudos, descenderemos al abismo.

LAS CALLES

C'est pas la peine de se débattre, attendre ça suffit, puisque tout doit finir par y passer dans la rue. Elle seule comp-te au fond. Rien à dire. Elle nous attend. Faudra qu'on y descende dans la rue, qu'on se décide, pas un, pas deux, pas trois d'entre nous, mais tous. On est là devant à faire des manières et des chichis, mais ça viendra.

(Louis-Ferdinand Céline)

Las calles despiertan a otros mundos y cautivadas por una brisa suave bostezan complacidas mientras parpadean cegadas por los primeros rayos del día.

Las calles en el asfalto han dejado escrito un esquema de signos limítrofes con amores lejanos y apagados (cientos de esquinas, miles de kilómetros de acera están dispuestos a aguardar —a pesar de saber que NUNCA encontrarán ni un solo sueño—).

Las calles son los ojos con nombre de la noche.

Recorrer las avenidas, divertidos con un paisaje a fin de cuentas mediocre en su alegría gris, sintiendo cómo nos provocan deseos cada vez más obscenos, hasta que se apodera de nosotros la desagradable sensación de estar perdidos.

Con la ambición de aquello que mi sonrisa aguarda, transito indiferente en las aceras, y semicierro los ojos —llorar sería un desafío del que jamás saldría bien parado—. Colocaré dos argollas de acero en los dos agujeros de mi cara (que nadie ponga en duda mis promesas).

Las calles lanzan en la noche canciones rituales y arrojan luces de esperanza al tiempo envejecido —las calles que, de tan caducas, se les hace incluso sentir una gran piedad de sí mismas—. Camino fuera de mí, colgándome de las palabras amordazadas en los pasos de cebra.

Palabras desnudas de amor tiemblan en las basuras. El borracho —revolucionario sin causa— atraviesa la calle hablando solo y tambaleándose. Esa mujer que vive la miseria y que la seguirá viviendo mañana.

Caminamos con garbo por las avenidas, deseosos de hallar por fin la realidad de un sueño, nosotros, los que sólo vivimos para una buena novela (¿qué es una buena novela?).

En las alamedas hay algo que yace como demorado en sí mismo, y mientras, fatigadas preguntas se esfuerzan por sacar a la luz ese «algo». Sin embargo, estas nuestras interrogaciones no pueden evitar temblar horrorizadas —es el

temor que infunden las respuestas.

De noche, las sombras de Hide Park llegan hasta nosotros, llenando nuestra soledad de una mitología ya extinguida, obsequiándonos con un cúmulo de idearios confusos —también los recuerdos se abalanzan contra nosotros en las calles—. Una respuesta para todas las negaciones: eso es lo que hacía temblar a las preguntas. ¡Escuchad! ¡Escuchad a los hombres gritar! Oíd... Es una nube formada por un sinnúmero de inútiles esfuerzos patéticos.

Las calles tienen puesta su mirada en la nada, en la salvación súbita. Todas las calles del mundo asoman a ideales que a su vez se van apilando en la basura —a cada cual más bello, a cada cual más absoluto—: ¡basureros de aspecto humano del mundo!

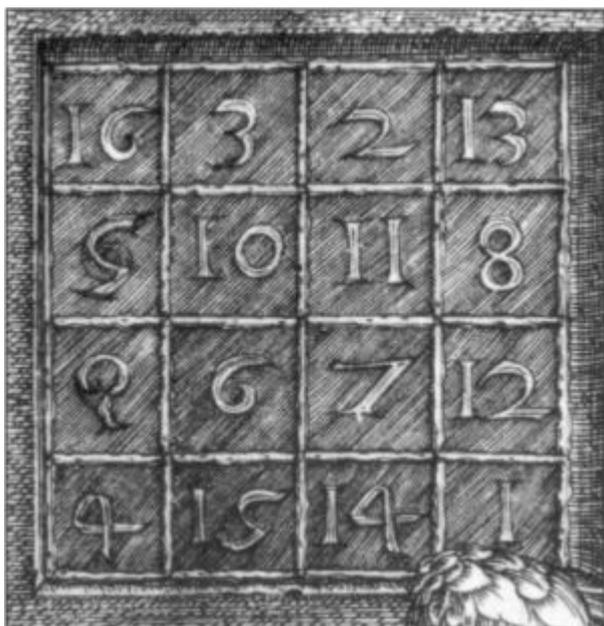
En las calles que nada tienen que ver conmigo soy la criatura que dice adiós agitando un pañuelo. De repente, el gesto se me rompe y, sin saber por qué, me siento tan ridículo como el niño que llora en su inmenso desastre.

FIN

NÚMEROS EMBRUJADOS

(Minicuentos, relatos breves...)

XABIER GALARRETA



Números mágicos, Durero

© Marjinalia Bilduma

© Xabier Galarreta

1999. urtea

Lege-Gordailua: SS-1321/99

**Y ENTONCES SE DIO CUENTA DE
QUE NO ESTABA SOLO EN EL
ESPACIO**

Cuento dedicado a los niños de Chiapas

Cuando vio la Tierra allá abajo, las entrañas comenzaron a estrangularlo por dentro. Pero resistió a la sensación de vómito y se esforzó por gozar de aquel extraordinario paisaje que por primera vez tenía ocasión de admirar.

Corría el año 3018.

—Me estoy haciendo pis.

Por desgracia, el traje espacial era de segunda mano y el inodoro automático de la sofisticada vestimenta no funcionaba correctamente, ya que vertía la orina dentro.

—¡Uf! ¡Siete años luz hasta el váter público más cercano! No sé si podré aguantar...

Ander era casi-casi «de caserío», es decir, era originario de una minúscula población que apenas contaba con más de cincuenta mil habitantes, allá, en el planeta Tierra.

«¡Hola, amigos del espacio!», irrumpió por la radio una voz dulce y sensual. «Tenéis a vuestra disposición el mejor hotel del espacio: el Hotel Neptuno. Venid a conocer nuestras instalaciones y no os arrepentiréis».

Ander apagó enfadado la radio.

—Ni en el espacio me libro de esos mercachifles.

Justo en aquél instante, se encontró en medio de una nube de basura.

—¡Puaj! El cohete espacial de las doce ha debido de pasar por aquí hace poco en su viaje al sol.

Aunque hizo todo lo posible, no pudo conseguir esquivar al «mondongo» volante que iba justo hacia él. Se le quedó pegado al cristal del casco espacial, a la altura de la boca. Intentó poner en marcha el limpiaparabrisas, para hacer desaparecer la caca, pero el artilugio no hizo el menor asomo de ir a ponerse en movimiento. Así que tuvo que retirar la *merde* con la mano... y lo único que consiguió fue empeorar las cosas: la caca era muy blandita, así es que dejó el cristal del casco hecho una guarrada.

A lo lejos le pareció observar la presencia de un municipal intergaláctico, y pensó en acudir a él en busca de ayuda. Pero nada más ponerse en camino, el parabrisas comenzó de improviso a funcionar. Al tiempo que se balanceaba a derecha y a izquierda, lanzaba generosos chorros de agua y detergente.

Acoquinado por el silencio del espacio, de nuevo encendió la radio.

«¡Discoteca, Exposición Interestelar y el Zoológico Espacial más temible! ¡Ven a conocer el Hotel Neptuno!»

Apagó la radio por segunda vez.

Era Nochevieja. Faltaban cinco minutos para las catorce horas de la noche. Catorce horas, sí, porque en el año 3018 el día tenía veintiséis horas. El progreso. Ya sabéis, la civilización...

Ahora, miró más tranquilo hacia la Tierra. Al principio, le costó dar con Euskal Herria. Pero, de repente se alzó una nube de polvo con forma de hongo o champiñón, que desapareció con rapidez.

—¡Bingo! —exclamó Ander—. Ya sé donde está.

Sin embargo, de forma inmediata y en mil sitios diferentes de la Tierra, comenzaron a producirse explosiones que alzaban nubes de polvo en forma de hongo, de manera que dudó si aquella porción insignificante de tierra que acababa de divisar era realmente Euskal Herria.

—Cuando regrese a casa, tendré que tomar un montón de píldoras.

Las explosiones con forma de hongo no eran sino explosiones nucleares, claro está. De

todas maneras, las bombas atómicas ya no eran tan peligrosas como en el siglo XX: bastaba con tomar un montón de píldoras para que no tuvieran efecto alguno en el ser humano. Tampoco herían a nadie. Pero los sordos se contaban por millones. Ésa debía de ser la razón por la que los televisores de tantísimos vecinos se escucharan siempre a todo volumen, ya que a consecuencia de las explosiones por lo visto se habían quedado buena parte de los habitantes del planeta más sordos que una tapia.

Ander sintió un gran picor justo a la altura del ombligo; claro que, no vayáis a creer que es cosa fácil rascarse dentro de un pesado traje espacial...

Cerca de la luna, acertó a pasar un meteoro envuelto en llamas. La ola de calor llegó hasta donde Ander flotaba en el espacio.

—¡Mecachis la puñeta! ¡Vaya una sauna!
—exclamó—. Como para hacer un streptese...

A Ander le entró la risa loca, allá, en medio de aquél espacio que no tenía nada de poético.

Encendió otra vez la radio.

«¡Acércate a Neptuno! ¡Te daremos la bienvenida con un auresku!»

Pensó en apagar la radio, pero en esta ocasión la dejó como estaba. A fin de cuentas, se hallaba en el espacio. Él, que no era casi-casi más que un mocoso de caserío; y que tenía unas ganas irrepresibles de orinar; y que aparte de apagar o encender la radio no podía hacer otra cosa, porque estaba cansado de oír su voz interior y necesitaba escuchar una voz que no fuera la suya...

Miró la hora en su reloj. Todavía le quedaba oxígeno para otras 48 horas. Más que suficiente para regresar a la Tierra. O para ir al Hotel Neptuno. Para hacer cualquier cosa. Si tomaba la Autopista de la Información, en pocos minutos se encontraría a cientos de kilómetros luz. Sin embargo, le daba pena marcharse, pues se trataba de la primera vez que vagaba por el espacio sin sus padres. ¡Qué diablos! Tenía que aprovechar la ocasión. Por supuesto, no contaría a sus amigos nada acerca de la humillante experiencia sufrida con el mondongillo adherido al cristal de su casco espacial...

Iba a demasiada velocidad. Y él no quería ir tan deprisa. En el ordenador espacial escribió un mensaje:

«Reducir velocidad».

Allá abajo, en la Tierra, volvieron a alzarse otra media docena de nubes con forma de hongo, y a Ander se le revolvieron las tripas pensando en el

montón de píldoras que tendría que tomarse a la vuelta.

Un bidón de gasolina vacío le golpeó en el casco. Enfadado, le dio un manotazo y el bidón salió dando vueltas y vueltas hacia el universo, a toda velocidad. Así era el espacio. Se requería una cierta medida; de lo contrario, existía el peligro de acabar como aquel bidón.

El tiempo pasaba. Pensó que el tiempo siempre iba hacia adelante. El tiempo necesario para hacer algo. Cualquier cosa. Era la primera vez que estaba en el espacio, solo, sin compañía de nadie.

—¿Qué hora será? —se preguntó.

Había olvidado que eran casi las catorce horas de la noche. Pues sí, flotar en el espacio es cosa muy singular. El tiempo se metamorfosea. Siempre es de noche. Y nunca tienes ganas de dormir.

Bueno, eso no es cierto del todo. También en el espacio es fácil quedarse dormido. Es lo que, por ejemplo, le sucedió a Ander. Así que ni siquiera tuvo tiempo de apercibirse del segundo mondongo que, en esta ocasión, quedó adherido a la parte trasera de su casco.

Iba roncando y, al mismo tiempo, flotando en el espacio. Soñaba que estaba en la Tierra; que tomaba un montón de *pilulas* (como llamaba él a las píldoras), al abrigo del techo paterno.

«Una de color verde para ti, otra más para la amá y dos para mí».

El padre de Ander repartiendo *pilulas*.

—Allien!— masculló en sueños, y siguió con los ojos cerrados.

El segundo mondongillo era como una cresta pegada en su casco e hizo reír a una pareja que acertó a pasar por el lugar.

En sueños, también Ander reía. Soñaba que su madre el día de Olentzero le regalaba un nuevo traje espacial.

Allá abajo, en la Tierra, otra andanada de nubes con forma de hongo volvió a sucederse a modo de ráfaga.

—¡Eh, los de abajo! —le pareció a Ander escuchar como desde un túnel. Pero sólo era un sueño.

De repente, una voz dijo en el espacio.

—¿Qué, pepón, echando un sueñecito?

La chica que iba con el jefazo del grupo de motoristas chulapas mostraba una amplia sonrisa desde el interior de su casco.

Pero Ander continuó durmiendo. Y el grupo de motoristas chulapas, como en el fondo eran gente de buen corazón, le dejaron marchar en paz. Además, enseguida se dieron cuenta de que Ander era un dulce e inocente muchacho de caserío, es decir, oriundo de un pequeño núcleo de no más de cincuenta mil habitantes.

Entre risas y chanzas, el grupo de motoristas chulapas abandonó el lugar.

Momento que Ander aprovechó para abrir los ojos.

—¡Menos mal que sigo de una pieza! De esos macarras, cualquier cosa...

El universo es un lugar terriblemente geométrico. Aún así, uno nunca sabe qué se va a encontrar en el espacio. Por ejemplo, a la entrada de una de las autopistas de la información, quién había de estar sino «Txantxillo» tocando el xilófono. Por supuesto, tocaba el «Gernikako Arbola». Ander le echó una pesetilla al bote.

Pero aún no habían concluido los sobresaltos. Al final de aquella autopista de la

información, se podía leer el siguiente cartel: «Por razones de seguridad el Hotel Neptuno permanecerá cerrado hasta nuevo aviso». Tal y como habría de averiguar un poco más tarde, las fieras encerradas en el zoológico del hotel habían huido no sin antes haber causado gran carnicería entre los turistas espaciales.

—No se puede uno fiar de la publicidad, chaval —le dijo Joxe Mari, uno de los descendientes del famoso borrachín donostiarra (de la época en que a todos los borrachines les llamaban «Joxe Mari»).

—La vida es cuento —comenzó a filosofar nuestro Ander—. Y nosotros personajes, sombras, sueños sacados de un libro de cuentos.

«Plast».

Otro mondongo justo en medio del cristal. Además, aún no se había dado cuenta de aquella segunda «mielda» que llevaba adherida en la parte trasera del casco a modo de cresta.

Afortunadamente, el limpiaparabrisas en esta ocasión funcionó bien desde el primer momento.

Ander estaba solo en el espacio. Y a decir verdad, le gustaba. Creía que vivir entre la gente

era demasiado fácil. Necesario, pero demasiado fácil.

Dio marcha atrás por la autopista de la información, hasta aproximarse a la atmósfera terrestre. Allí, se topó con un euskaltegi de AEK. Pensó por un momento en acercarse a saludar a unos amigos, pero como era época de prematriculación estaría lleno de extraterrestres.

—Los extraterrestres son simpáticos — pensó Ander con alegría—. Me gustan mucho esas antenas fosforescentes que suelen tener en la cabeza. Son como chipirones, aunque, desde luego, no son auténticos chipirones. ¡Qué provocadores son con esas antenas fosforescentes tan brillantes que tienen!

Ander estaba solo en el espacio. Era la primera vez. Es decir, sin sus padres. Siempre pensó que conocer el espacio con los padres, era conocerlo con los ojos de los padres. ¡Pero al fin estaba solo! Claro que... empezaba a extrañar la ausencia de sus progenitores.

Una turista del espacio acertó a pasar por delante de Ander. Se notaba que estaba embarazada, ya que el traje espacial era abombado a la altura del abdomen. Era como un biombo de metal brillante. Y además, todo el traje estaba teñido en color rosa.

—¡Qué frío! —masculló Ander—. Creo que el sistema de calefacción del traje ha dejado de funcionar. Claro que... ¿hay alguna cosa que funcione bien en este maldito traje espacial?

Era como si el traje le viniese grande por todos lados. O más que el traje, el universo. O más que el universo, él mismo. A saber.

«La suerte de llamarse Pepe», leyó en un cartel.

Se trataba del título de una película, por supuesto. “Hispanic”, of course.

—He ahí lo único que por ahora han conseguido lanzar al espacio —murmuró Ander.

La verdad es que no era del todo tonto, no. En fin, amaba el mundo anglosajón (como todos).

Una culebra del espacio pasó a pocos metros de Ander. Las culebras del espacio solían ser bastante peligrosas: se enrollaban alrededor de las válvulas de escape del traje (atraídas por el calor) y con frecuencia inutilizaban el sistema de aireación.

—¡Quítate de en medio, tonto del culo! —escuchó Ander con gran sobresalto.

Eran pescadores. Y para colmo, de la Zona Espacial Norte. Utilizaban redes de deriva de muchas leguas de largo, para atrapar así de una sola pasada el mayor número posible de especies espaciales. Quien quedaba atrapado en una de sus redes, podía ir despidiéndose de *la vie*. Con un poco de suerte, puede que apareciese dentro de una lata de pescado en conserva, en *Pryca* o así, a 3.000 pesetas el kilo. En realidad, había un gran debate e incluso lucha por prohibir las redes de enmalle a la deriva o volantas. Y venía de muy atrás. Pero los responsables del Departamento de Industria, Pesca y Agricultura todavía no habían conseguido que la Unión Espacial de Pesca cumpliera con la normativa aprobada por la propia Unión Espacial de Pesca.

Allá abajo, en la Tierra, un montón de nubes de polvo con forma de hongo hacían explosión todas una tras de otra.

—Ah, no hay nada como la fuerza de la razón...

Un poco más adelante, un vendedor del espacio le preguntó si estaba interesado en adquirir una caja de «pilulas». Le respondió afirmativamente, aunque llevado más por la costumbre que por la necesidad. De repente, un grupo de manifestantes irrumpió ante él, gritando:

—¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Temeroso del reparto de «ostis», Ander abandonó el lugar rápidamente. No era un héroe; tan solo uno de esos que se obstinaban en vivir (con todas sus virtudes y defectos). Si bien, en aquél momento, era sobre todo un crío embriago por el espacio, jugando a los hombres adultos.

En medio del camino, se topó con un califa que le invitó a conocer su reino.

—¡Chorradas! —le gritó Ander en plena cara—. ¡Tú un buen pedazo de pederasta es lo que eres!

Deseaba concluir. Aquél viaje le empezaba a resultar largo en exceso. El universo era inmenso. No disponía de tiempo. Deseaba concluir para así volver a comenzar lo más rápidamente posible. Pero, regresar *¿a dónde?* ¿A la Tierra? Estaba asqueado de tomar píldoras. Y por otro lado, conocer el espacio en un traje espacial de segunda mano, resultaba tan *barato*... Se fijó en una chica joven que hacía autostop y que tenía media docena de ojos y ocho pares de piernas, y trató de ligársela. Pero la chica de Marte sólo le respondió:

—¡Joder, vaya una cresta que tienes ahí detrás, en el casco!

Y entonces se dio cuenta de que no estaba solo en el espacio.

EN BUSCA DE CANGREJOS

25-12-97

(Seis de la mañana)

Estimado -----:

Lo siento de veras. Sé que he actuado con negligencia, y que debía haberos respondido antes. El trabajo, ya sabes (una excusa, desde luego).

¿Algo para jóvenes y adultos? Eso está hecho.

Pero, ¿cuántos folios? ¿No podrías concretar un poco más?

¿Qué te parecería publicar hacia el año 2000 un libro escrito íntegramente... a mano? No es broma. Yo mismo te haré la maquetación. Perdona. Estoy fuera de órbita. Pero aún soy capaz de escribir algo bueno. Mira:

—¿Quién era esa mujer? —se preguntó lleno de curiosidad—. Tengo que ganármela... ¡Ella! ¡jella!

Joan se hallaba en un desolado huerto, contemplando el lejano Bilbo. «Lechugas» pensó. «He aquí mi cerebro. He aquí el cerebro de mis coetáneos, en general».

Se olvidó de la mujer. Comprendió que su culo era una mariposa. Luego, nada. Nada.

«La belleza nosta en ningúno sitio esquepto en uno mesmo. ¿Véss?»

Soy impresentable. ¿Qué quieres exactamente de mí? Sólo soy un escritorzuelo. No

sé dónde para la tierra... Los jóvenes merecen de mejores maestros. De todas maneras, estoy a tú (in)disposición.

Koldo vomitó, en honor de las fiestas del barrio. Le vino a la mente el olor de la carne.

«La naturaleza» pensó «es así. Hermosa y nauseabunda. Pura carne».

Por un instante, permaneció dubitativo, en medio del muelle donostiarra. El mar estaba en calma, al igual que él.

«Mejor así».

Luego, se dirigió sin darse cuenta hacia un jardín próximo. Allí sorprendió a Marian, abrazada al enemigo.

«Kaka zaharra!¹⁴».

No siempre se puede salir vencedor. Así que tomó camino de la bahía de Donostia, en busca de consuelo.

Halló las tranquilas aguas medio dormidas, al igual que él. Aquella noche, andaba entregado a una guardia imposible. Tambaleándose en mitad de la noche. Los pensamientos del cabello alborotados.

—Okey —murmuró—. Dicen que también nosotros los grillos sabemos nadar.

¹⁴ Literalmente, quiere decir “caca vieja”. Y equivale a la exclamación “¡mierda!”.

Estaba dolido. Por Marian. Por él mismo.
Por nadie.

«Qué difícil es conseguir una relación carnal, cuando todo lo que uno desea es solamente una relación carnal y nada más».

Koldo era un donostiarra sin imaginación, en el mejor de los sentidos (¿?).

Ante un hoyo encharcado de la playa, pensó por un momento en suicidarse arrojándose a él. Claro que primero tendría que expulsar al cangrejo que habitaba el hoyo, porque allí no había sitio para tantos.

Se sintió poderoso.

Luego, se le ocurrió pensar que él era un negro nacido en mitad del África.

—Ja, ja —rió.

El cielo sin estrellas era terrible. Y Koldo sabía hacer muchas cosas. Ello avivaba su deseo.

Chipli-chapla.

—¡Merde! —. Había metido el zapato en un charco. Bajo los arcos de Los Relojes, divisó una pareja entregada a su lujuria particular.

«¡La tierra del deseo! ¡Filtzerald!», cuando todavía era capaz de ver una película.

Luego, se acordó de un barco, como si se hubiese acordado de sus padres muertos.

«No es culpa mía, haber nacido poeta».

La arena estaba fría y acumulada.

También los pensamientos de Koldo estaban fríos y acumulados.

De noche, el susurro de las olas llegaba hasta él —¡qué poético!

—¡Merde! —, exclamó otra vez.

Otro charco; el otro zapato.

Sin embargo, en esta ocasión se alegró. Odiaba aquellos malditos zapatos de plástico.

«Más baratos que un reloj de seiscientas pesetas».

Pensó que se hallaba preso en sus zapatos y se los quitó. Era un joven que andaba descalzo por la playa. Se sintió sensual. El sabor del salitre se le enrolló en la punta de la lengua.

Tuvo un temblor. Por el frío (estaba descalzo).

Una pequeña ola le envió un mensaje, pero no le dio importancia.

«Es una verdadera suerte que no haya árboles en la playa; si no, los cortaría y publicaría un libro en ellos ahora mismo».

Rió.

«No es suficiente ser filósofo para entender el idioma. Tienes que ser un cangrejo misántropo, en la noche, en una playa desierta».

Las palabras bailaban en su cabeza. No era mejor que los demás. Esa noche, le parecía que era capaz de entender muchas cosas.

«Estoy borracho».

Como siempre.

«¡Hermosa lección!»

¿Para quién?

Quería comenzar y acabar la historia de esa noche.

Le llegó una ola y decidió que en realidad era una página.

«No le falta más que la numeración».

Pero juzgó que era pecar de orgullo (de pedantería) imponer al mar una numeración.

«Ya no soy tan joven».

En la arena, se quedó mirando las huellas dejadas por sus pies y le pareció un espectáculo penoso.

—¡Héroes! ¡Eso es lo que nos hace falta! ¡Héroes! —comenzó a gritar.

Un vigilante (primate) de la playa le observaba con desconfianza.

Se agachó para contar los granos de arena de la playa, pero pronto abandonó la colosal empresa. De repente, sintió una gran ira. ¡No podía ser cierto! ¡Las aguas de la playa estaban envenenadas!

—¡Esto es un asesinato! ¡Asesinos!

Poco a poco, volvió a recobrar la serenidad. Su sombra, en la playa, era terriblemente alargada.

El primate de la playa eructó, con desprecio.

Koldo giró la cabeza, pero en otra dirección. Vio brillar los muslos de Marian. Mentira.

Estaba fascinado.

Los barcos mar adentro eran fósforos encendidos.

«Merluza, anchoa, verdel, atún, chipirones... ¡Cómo me gustan las Ciencias Naturales!» pensó.

Se acordó del instituto. De Barcelona.

«Kaka zaharra!»

La playa estaba llena de trampas.

—¡Malditos hoyos!

Arrojó los zapatos al agua.

—¡Bah! ¡Eran de plástico! —masculló.

Los pescadores causaban gran carnicería entre las inocentes especies del mar.

«¡Wagner!»

Le vino a la mente su tía de Valladolid.

Se sintió sucio por dentro; como si su familia hubiera esperado algo mejor de él.

«Demasiado tarde».

Luego, se acordó de la mujer del vecino. Estaba embarazada.

«¡Otro chipirón más!»

Si fuera posible pasar toda la vida así, diciendo chorradas...

Vio el rastro dejado por un cangrejo y lo siguió.

Se quitó los pantalones.

Una turista alemana asomada desde la barandilla miraba hacia la playa y le sacó una foto.

Por un momento, decidió que quería ser pastor de cangrejos.

«¡Nuevas profesiones!»

También se le ocurrió que debía enviar a Marian una carta. Pero en vista de que allí no había

buzón, pensó —obstinado— que lo mejor era continuar tras las huellas del cangrejo.

La verdad es que estaba hasta los...

Se sintió heroico. En aquella playa ya sólo faltaban las trompetas. Trompetas y tambores y cangrejos interpretando gallardas melodías.

Poseía el secreto de la juventud.

No quería pensar más. De lejos, le llegó el barullo de un grupo de parranderos.

Se quitó el jersey y la camisa. Luego, recordó que tenía la camiseta agujereada y también se la quitó. Le quedaban los calzoncillos.

Continuó en busca de un heroico rebaño de cangrejos, hasta llegar al Piko-Loro¹⁵. Allí, se metió en otro hoyo y casi-casi tuvo que salir nadando.

El amanecer comenzaba a rasgar el día.

«Los calzoncillos me pesan demasiado», pensó.

Y los rasgó, como la propia noche.

¹⁵ Zona rocosa de la playa de la Concha, en Donostia-San Sebastián.

SUEÑOS

*En mi pueblo sin pretensión
Tengo mala reputación
Haga lo que haga es igual
Todo lo consideran mal
Esto sí que sí que será una
lata
Siempre tengo yo que meter
la pata...*

*(Fragmento de poesía
musicado por Paco Ibáñez)*

Residencia de Perros.-

Toda la familia nos hallábamos dentro de un ascensor: los padres, la abuela, el hermano, yo y el perro. Más que un ascensor, parecía un montacargas. Y andaba bajo el subsuelo, pues la residencia de perros se encontraba allá, bajo tierra. Se trataba de un albergue para perros, una especie de residencia de la tercera edad —únicamente que los residentes eran canes—. Y como nuestro can estaba ya bastante viejecito, decidimos llevarlo a aquel lugar.

Al pobre animal se le veía realmente angustiado, ya que sabía que íbamos a dejarlo allí. Cuando penetramos en la residencia, nos topamos con la perra hembra que vivía en el primer piso de nuestro mismo portal. Según parece, también ella había envejecido y sus dueños la habían llevado allá. Según supimos más tarde, hacía ya unos años que vivía en la residencia.

Era un lugar increíblemente grande, lleno de mesas. Y todos los perros estaban allí. Los días para ir a visitar a los perros eran los sábados y los domingos. A mí me daba una pena terrible dejar a mi perro en ese lugar.

Había también una cafetería. Y sentada en la barra, una chica joven. Según nos contó, venía todos los fines de semana a visitar a su perro.

Mi perro me miraba con una expresión de gran tristeza. Tal y como he dicho, porque sabía que íbamos a dejarlo allá. Pero había otra cosa que me abrumaba aún más. Como la residencia para perros se hallaba bajo tierra, los pobres animales estaban condenados a no volver a ver nunca más la luz del sol.

Antes de marcharnos, le pregunté a alguien qué sucedía cuando dos perras hembras se enfrentaban (mi can era una hembra). Pero me respondió que no me preocupara, ya que los perros siempre estaban atados...

Accidente de Moto.-

Un chico iba en una moto y el caso es que le sobrevino un accidente. Consecuencia precisamente de ello, sus dos piernas comenzaron a arder. Al verlo, fui a todo correr a la carnicería más cercana, para llamar a los bomberos. El carnicero era una mujer y cuando vio que descolgaba su teléfono, me echó una regañina de aúpa.

—¡Te parecerá bien utilizar el teléfono de mi establecimiento, sin pedir siquiera permiso!

Le respondí que era para llamar a una ambulancia. Pero no quiso escuchar nada.

—¡Tienes que pagar la llamada! ¡Tienes que pagar la llamada!

Entonces, llené de insultos a la avara mujer, arrojé al suelo una moneda de cinco duros y fui corriendo a consolar al pobre chico.

El joven era muy buena persona. Me decía:

—A ver si vienen rápido.

Y mientras tanto, sus dos piernas ardían.

A lo lejos, vi que la ambulancia ya llegaba...

Recién Nacidos.-

Hace poco tiempo, tuve dos recién nacidos, con un margen de dos meses entre uno y otro. Los tuve mientras iba en el autobús. Ambos nacieron sanos y no tenían defecto de ninguna clase. Así que, estaba muy contenta. Mi única preocupación era que los niños no se me cayeran al suelo. Como eran tan pequeños...

Cuando les miré más detenidamente, vi que se hallaban envueltos en papel de periódico. Además, tenían así como un aspecto extraño, no sé, aspecto de... cacahuete... Sí, como en aquél film de ciencia-ficción... ¿Cómo se titulaba...? Bueno, no importa. El caso es que mis dos niños estaban

envueltos en hojas de periódico. Estaba muy preocupada, ya que no sabía si sería capaz de recordar que mis dos bebés estaban envueltos en papel de periódico.

Por la noche, cuando regresé a casa, dejé los dos paquetitos en el suelo y los tapé con una manta. Aún así, no se me pasó la angustia, ya que tenía que recordar que los dos niños estaban allí. De hecho, yo sólo veía dos paquetitos con aspecto de cacahuete, envueltos en hojas de periódico...

El Chino del Restaurante.-

Estaba en la calle Urbietta con Nekane, aguardando al autobús. Como tenía que ir a una tienda para hacer un recado, me olvidé del autobús y eché a andar calle arriba, hasta llegar a la calle Prim. De repente, aparecí en una taberna. Era una taberna enorme, llena de mesas y de gente. Todos estaban drogándose y había un montón de orientales. El dueño de un restaurante chino también se encontraba allí. Para drogarse, utilizaba un aparatito de electrodos. Al parecer, era una especie de cacharro que servía para fumar opio, pues incluso tenía su tubito y todo. Y, a ambos lados, los electrodos. Unos los fumaban, y otros, los tocaban. Se drogaban así. Entonces, el chino del restaurante me dijo que probara la droga. Pero yo no quería probar droga alguna. Sólo quería

marcharme, sólo eso. El otro, sin embargo, erre que erre con su droga. Y me decía:

—Mira, te voy a poner menos potencia.

Entonces, me tocó con los electrodos. Y cuando empecé a balancearme, me dijo:

—¡Ah, cómo te balanceas!

Entonces, salí corriendo. Y el otro tras de mí. Aparecimos en la avenida de Sancho el Sabio. Como el chino no me dejaba en paz, le arrojé una terrina de mantequilla, que le acertó en la cabeza y le hizo perder el conocimiento. Otra vez intenté huir. Cuando me hallaba ya bastante lejos, el chino me gritó:

—¡Quiero uno de color morado!

Le llamaba “uno de color morado” a un tipo de droga. Pero de súbito, aparecieron tres mujeres. Parecían salidas de una película pornográfica, ya que tenían «ese» aspecto. Y le dijeron al chino:

—No, aquí no tenemos ninguno de color morado. Pero te daremos uno de color de rosa.

Escapé del lugar y llegué a la plaza de Pío XII. Por desgracia, allá estaban todos los drogatas de la taberna, aguardándome. Querían que también yo me drogara. Había un montón de gente. Así que,

como no había otro modo de escapar, decidí salir «volando». Cogí velocidad y comencé a elevarme. Pero como no había alcanzado mucha velocidad, no pude tomar altura. Y me agarraban de los pies. Bajé otra vez, tomé más velocidad y esta vez, sí, conseguí alzar el vuelo. Iba por encima de los árboles, en dirección al río Urumea. Y pronto estuve sobre la calle Balleneros. En esta calle había un árbol cuya copa y ramas tenían forma de sillón. Y me dije:

—Bueno, descansaré un poco aquí...

El Juego del Monopoli.-

Con el fin de pasar el rato, habíamos comprado un juego parecido al «Monopoli». Pero antes de comenzar, había que montar el juego (ya que era como un puzzle). El Monopoli traía un marciano pequeñito. Apenas medía unos pocos centímetros. «Tendré que conformarme con este niño», me dije. Era de plástico y colores variados. Con aspecto de marciano. Y llevaba un casco en la cabeza. Y pensaba yo para mí «Bueno, si no me quedo embarazada, tendré que conformarme con *esto*». El juego estaba dentro de una caja. Y en la parte superior de la misma, una etiqueta advertía: *Juego clasificado «S»*. Es decir, que era un juego erótico. Y en caso de calentarse demasiado, aconsejaba interrumpir el juego y continuar un poco más tarde.

Luego, mi marido y yo aparecimos en la cocina. Él se dedicaba a preparar la cena. Creo que freía alguna cosa, pero puede que sólo fuese una sopa. La cocina era larguísima. Y en la fregadera había una bolsa de basura enorme, y también un montón de frascos. Todo en un desorden total...

La Depiladora.-

Fui a depilarme. Y al terminar, le pregunté a la depiladora:

—Oye, ¿cuánto te debo?

Y me respondió:

—Pues no lo sé. Pero no importa.

Y me dijo que le pagara una cierta cantidad de dinero. Pero en aquel momento estaba sin dinero. Y le dije que le pagaría el próximo mes.

—Está bien —me respondió la depiladora—. Pero tenemos que calcular los intereses. La CECA en los bancos está a 9'75. Así, que a un mes... Pues, tendrás que pagarme cinco mil pesetas.

Y en eso quedamos. Pero cuando regresé a casa, comencé a pensar en el asunto. «*En los*

bancos cobran a veinte años. Y el préstamo de la depiladora es a una semana. ¿Cómo es posible que de mil pesetas suba a cinco mil?»...

Yo era un Hombre Gueso.-

Al principio, yo era un hombre grueso (cosa realmente asombrosa, porque, en realidad, soy una chiquilla delgada). Y aunque desconozco el motivo, el caso es que estaba subida a la punta de una torre. Y comencé a bajar las escaleras. Sentía un vértigo terrible... Pero tenía que bajar. Y a medida que iba descendiendo, otra vez volvía a ser yo (es decir, de nuevo me convertía en chiquilla).

Según bajaba por las escaleras, advertí que me estaban apuntando desde el edificio de enfrente, porque estábamos en guerra. Por fin, llegué abajo y me reuní con los palestinos para darles noticia de todo ello. Y estábamos en guerra. Por tanto, sacamos las armas. Y yo tenía una escopeta enorme con la que apuntaba de primera, porque era una escopeta enorme. Y nos dirigimos a la calle. Pero poco antes de alcanzar la calle, estalló una tormenta. Y a consecuencia de la misma, los edificios comenzaron a doblarse, como si estuviéramos en un barco. Y escuchábamos el bufido del viento «¡Puff!» «¡Puff!». Y las casas se doblaban. Con gran sobresalto, tuvimos que salir afuera. Y como el único lugar que nos

proporcionaba seguridad era la playa, allá nos dirigimos todos, como en manifestación...

Un montón de pinchos¹⁶.-

Estaba en un bar con mi madre. De repente, el bar se convirtió en barco. Y para llegar a la bodega del barco, había que bajar por unas escaleras. Allí, había un montón de pinchos, en una barra muy larga...

Las Hormigas Rojas, el Cuervo y las Peceras.-

Tenía novio y me estaba dando una ducha en su casa. La casa era vieja y enorme.

Luego, fuimos al salón.

En el salón, había un montón de ventanas. En el cristal del techo aparecía siempre un cuervo. Pero sólo durante un segundo, como si quisiera penetrar dentro de la casa. Comencé a tener miedo, porque al ver el cuervo, pensaba que iba a suceder algo. Y el cuervo otra vez apareció. Entonces, cogí la escopeta y me quedé al acecho. De repente, cada una de las pequeñas ventanas se convirtieron en pequeñas peceras. De manera que no podía disparar; ya que si lo hacía, se rompería el cristal de

¹⁶ Pinchos o aperitivos.

las peceras y se escaparía el agua. Pero el cuervo continuaba apareciendo y desapareciendo sin cesar. Al final, no estoy segura de si le disparé o no. De todas maneras, mi chico y yo nos fuimos a la calle. Y por la noche, cuando regresamos a casa, vimos que la fachada estaba llena de hormigas rojas. Eran termitas y se estaban comiendo la casa entera. Entonces, nos metimos a todo correr en la casa e intentemos sacar el máximo de ropa posible, para irnos a vivir a otro sitio. Y mientras recogíamos la ropa, le dije a mi compañero:

—No me tienes que chupar la sangre.

Creo que era medio vampiro...

Han reducido a mi Amiga.-

Estaba en Corella (creo que era Corella), con un coche de niños. Junto a mí, había dos chicas. Súbitamente, apareció un Mercedes. Sin perder un segundo me puse los patines y me lancé a perseguir al Mercedes. Pero le perseguía de lejos, para que no se dieran cuenta. Dentro del Mercedes había una amiga mía que habían raptado. Cuando llegamos a Cintruénigo, el Mercedes entró en una plaza y desapareció. Pero gracias a los patines, lo alcancé enseguida. Entonces, alguien bajó del Mercedes. No, se bajaron dos personas. Y como yo sabía muy bien boxear, les di una buena paliza y cayeron redondos al suelo. Busqué a mi amiga,

pero no la encontré ni dentro del coche ni en ningún otro lugar. Comprendí que se la habían llevado con ellos. Y para que nadie pudiera encontrarla, supe que la habían reducido de tamaño. Así pues, mi amiga se hallaba reducida (ahora no era más grande que un dedo). Entonces, me dijeron que estaba en el tren de las no-sé-qué-horas, y que la querían llevar a Zaragoza. Y hacia allí me puse en marcha acompañada de otra amiga. Pero cuando regresamos, en vez de encontrar las calles de Corella, me topé con las calles de Londres. Calles largas y gigantescas. Y nunca llegaba a ningún sitio. Así que mi amiga y yo nos quedamos aguardando al tren de las no-sé-qué-horas que tenía que pasar por vaya-usted-a-saber-dónde, porque yo sabía que mi otra amiga iba en ese tren. Pero cuando pasó el tren, éste también se hallaba reducido de tamaño. Era como un tren de juguete. Para detenerlo, lo aplasté con el pie; y a consecuencia de ello, todos los vagones chocaron y se rompieron. Y hubo muchos muertos (porque todas las personas que iban en él eran muy-muy pequeñas). Entonces, comencé a abrir los vagones uno por uno, para ver si mi amiga se encontraba en alguno de ellos. De repente, apareció un pequeño «botia» (un pez tropical) que escapó rápidamente. Y a continuación otro más. Hasta que por fin encontré unos restos que bien podían ser los de mi amiga. Aunque no estaba segura de si eran o no de ella. De todas maneras, por si acaso, coloqué uno de los vagones encima de la mesa. Y así, pude ver que mi amiga sí que se encontraba en uno de esos

vagones, porque hallé una medalla que le pertenecía. La medalla era de tamaño normal. Y dije:

—¡Ah, aquí estaba! O está...

Pero como era tan pequeña, no la pude encontrar por ningún sitio. Así que, tuve que darme por vencida...

El Ascensor.-

Entré en el ascensor y pulsé el botón para subir al décimo piso. Pero el ascensor me subió hasta el piso cien. Y además, a toda velocidad. Sentí gran vértigo. A veces, el ascensor subía más allá del piso cien. Un día —recuerdo— salí del ascensor y aparecí en una noria. En el coche de la noria encontré algunas amigas del colegio, y comenzamos todas a tomar la lección. De repente, la noria desapareció y aparecimos todas en un barco. Por desgracia, el barco se estaba yendo a pique. Cuando estaba ya casi cubierto de agua, salté. Pero no caí al mar, sino al aire...

La Boda.-

Estaba en el colegio, porque iba a casarme. Creo que el banquete de bodas también íbamos a celebrarlo allí. De todas maneras, aún no sabía

quién demontre era el novio. Pero eso no tenía demasiada importancia, porque estábamos improvisando todas las cosas. Por ejemplo...

PALABRAS LLENAS DE MISTERIO

«Atrocidades cometidas por la tropa».

Aguafuerte de L. Geisteck (año 1798). Trató de leer el texto explicativo que el mismo pintor había escrito en un ángulo del cuadro, justamente en la parte inferior del mismo. Pero en aquel momento, sintió que había alguien detrás de él y volvió la cabeza.

No se había equivocado. Tras el juego de luz y sombras que envolvía el museo, se hallaba una chica joven que lo observaba. La quietud de la joven era absoluta, hasta el punto de dejar perplejo a cualquiera. Cuando la hubo mirado con más atención, creyó apercibirse en ella de un aire trágico. Era una sensación extrema, algo que se nos escapa a los humanos, como el temblor final de una ilusión muerta. Sin salir de su asombro, Mauricio —el humilde protagonista de esta historia—, tuvo un estremecimiento.

—¿Quién eres? —le preguntó dudoso.

La pregunta huyó de una sala a otra del Museo San Telmo, hasta que su eco se extinguió enteramente (como roto en mil pedazos de silencio).

Luego, una lágrima se deslizó por las mejillas redondeadas de la joven. Mauricio hizo ademán de acercarse, pero no tuvo más remedio que renunciar a sus intenciones, obligado por la aparición de un diablo que se lo impidió (no el

Diablo de todos los diablos, sino uno de sus muchos subalternos). Con terror indescriptible, Mauricio permaneció con la mirada puesta en el temible personaje, completamente inmóvil, sin atreverse a mover ni uno solo de sus miembros, casi sin atreverse ni a respirar. Cuando el diablo terminó de danzar y saltar, desapareció en medio de una llama surgida del cuadro. Para entonces, no había ya rastro de la joven.

Por la noche, en la buhardilla que tenían por vivienda en el paseo de los Fueros de Donostia, observando transcurrir las aguas tranquilas del río Urumea, no podía quitarse de la cabeza el recuerdo que con fuerza avivaba el fuego de su imaginación. Se sentía sumergido en un extraño viaje, y le parecía que, si no hallaba pronto una explicación al extraordinario suceso vivido unas horas antes, acabaría enloqueciendo.

«Sólo queda un camino», pensó para sí mismo. «Cueste lo que cueste, tengo que encontrar la llave del misterio».

No tenía ganas de ir a dormir. Pero se retiró de la ventana y se tumbó en la cama, sin desvestirse. En sueños, el diablo del Museo San Telmo se le aparecía. Y le hablaba así:

—Ándate con cuidado, chaval. Si no quieres acabar en mi reino...

Luego, este diablo de piel increíblemente roja siguió danzando con llamativa elegancia, hasta que del cuadro «*Atrocidades cometidas por la tropa*» surgió una llama que se lo llevó consigo.

En aquél instante, Mauricio despertó de golpe y cubierto de sudor. La ventana de la buhardilla seguía abierta, y el viento fresco del otoño penetraba en la pieza, portando una sutil amenaza.

Antes de que hiciera su aparición la terrible visión, Mauricio había vivido largos años en el límite de *algo*. «Ahora es cuando tengo la oportunidad de ir más allá de ese algo», pensó. «La oportunidad de escapar de esta tediosa realidad. ¡Qué demontre!», decidió. «Todo llega, y también a mí me ha llegado el momento de saltar a algún sitio. Hacía tiempo que aguardaba esa oportunidad. Y el momento ha llegado, sin duda».

Sin prisas, caminó en dirección al Museo. Al pasar delante de una tienda de perfumes, se le ocurrió comprar un frasquito de pachulí. Una vez en la tienda, ante la mirada divertida de la joven dependienta, abrió el pequeño frasco y se echó unas pocas gotas por la ropa. «Es un momento muy especial», pensó. «Además, del diablo emana un olor espantoso. Este perfume me ayudará a soportar el hedor de ese maldito puerco».

El cielo presentaba un aspecto bravo, y parecía probable que trajera lluvia; por otro lado, el rugido del mar llegaba, enfurecido, desde el Paseo Nuevo. Sin reparar en la cartelera del cine reformado hacía poco, se detuvo en mitad de la Plaza de Zuloaga con la mirada puesta en la puerta del Museo, dudando si debía entrar o no, con el recuerdo terrorífico que por dentro continuaba todavía abrumándole.

«Venga», se dijo. «No tengo sangre en las venas o qué?...», se recriminó con intención de animarse.

Y fueron precisamente esas palabras de ánimo las que impidieron que en el último momento saliera huyendo lleno de temor. Así que atravesó, audaz, la puerta de entrada del Museo San Telmo.

Impulsado por una fuerza irresistible, se dirigió sin preámbulos a la galería en la que el cuadro en cuestión se hallaba expuesto. En todo ese tiempo no había tenido otro pensamiento que no fuera volver a encontrarse ante la imagen del cuadro. Se acercó más y observó con atención a los soldados representados en la pintura: mataban a los hombres y violaban a las mujeres; daban fuego a la ciudad. «Un saqueo en toda regla», pensó. Ni los niños se libraban de todo aquel horror. Entonces, otra vez volvió a suceder. Se apercibió de una presencia justo detrás suyo. Y al darse la vuelta, de

nuevo halló a la misma joven maravillosa del día anterior. Sólo que en esta ocasión su vestido estaba rasgado por todas partes; un vestido que presentaba el mismo color que el de la piel del pequeño diablo, de un rojo carmesí. En los brazos desnudos, en los muslos blancos y suaves, en las sonrojadas mejillas de su rostro... se podían apreciar moratones y diversas muestras de violencia. Y de repente, vio cómo en los ojos de la joven una lágrima que parecía de plata se deslizaba, brillante, poco a poco —como si no tuviera prisa alguna en caer—. Y se dio cuenta de que se hallaba en otro tiempo. Aquello no era la realidad; no, al menos, la realidad de costumbre. Sino *otra* realidad. Comprendió que en un mismo espacio hay muchas realidades. «Tantas como estrellas en el cielo», pensó.

Pero cuando trató de acercarse a ella, se le apareció el mismo diablo del día anterior, y bailando y dando saltos delante de él, no le dejó acercarse a la chica. Todo lo demás ocurrió exactamente igual que el día anterior, es decir, una vez que el diablo hubo concluido su danza de brujas, le dijo:

—Ándate con cuidado, chaval. Si no quieres acabar en mi reino...

Luego, del cuadro surgió una gran llamarada y en esa llama desapareció el fiel servidor de Belcebú. Para entonces, también la joven había desaparecido.

En aquél instante, apareció el guardián del Museo, avisándole que era hora de cerrar. Cosa que le sorprendió en gran manera, ya que él hubiera jurado que no habían transcurrido ni siquiera cinco minutos desde que entrara en el Museo. Pero miró al reloj y vio que... ¡eran ya las ocho de la tarde pasadas! Por tanto, hacía horas y horas que se encontraba allí. Vivir cinco minutos en aquella realidad, suponía en el mundo real un espacio de tiempo... ¡de varias horas!

Antes de marcharse, quiso leer la inscripción que el mismo pintor había escrito en un ángulo inferior del cuadro, pero el guardián le apremió a marcharse y así, en contra de su voluntad y refunfuñando, tuvo que abandonar el Museo sin leer el mensaje de la inscripción.

Aquella noche, tras dar vueltas y vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, decidió que era preciso hacer algo. «Cada vez que he intentado leer la inscripción situada en el ángulo inferior del cuadro, casi de modo inmediato han hecho su aparición la joven y el diablo. Creo», razonaba Mauricio, «que la llave de todo este misterio se encuentra en esas tres líneas que el pintor dejó escritas en la inscripción». No fue capaz de aguardar hasta el día siguiente. Se levantó de la cama y se vistió.

Cuando salió del portal, eran poco más de las doce. Era una noche desagradable. El viento soplaba con fuerza —un viento frío— y las nubes, de tanto en tanto, dejaban caer chaparrones aislados. Las calles estaban casi vacías de gente, con la excepción de algún que otro estudiante tunante.

Subió por la calle Prim hasta llegar a la playa.

El viento allende del mar le golpeó con fuerza, como si quisiera impedirle seguir adelante en su camino. Los tamarindos balanceaban sus pavorosos brazos, en un intento tal vez de asirle por el cuello.

Eligió el trayecto más largo para llegar hasta el Museo San Telmo, es decir, en vez de atravesar la Parte Vieja, o seguir por el Bulevar hasta la plaza de Zuloaga, tomó camino del Paseo Nuevo, subiendo poco después por las escaleras del Aquarium. Tal vez, para darse así mismo la posibilidad de cambiar de planes. Pues, como bien habéis adivinado, tenía decidido introducirse en el Museo de noche, a la chita callando.

Era entrada la noche cuando llegó a la altura de la Ermita del rompeolas. A pesar de sentirse como un caco nocturno, no le importó y continuó adelante, a fin de llevar adelante sus intenciones tal y como lo había decidido. A medida que iba

caminando, veía con más claridad cuál debía ser su actitud.

«¿Cómo voy a entrar en el Museo a estas horas?», se preguntó. Lo más probable es que el Museo San Telmo tuviera fuertes medidas de seguridad, y de ser así no le resultaría fácil introducirse en él... Pero estaba decidido costara lo que costara a seguir adelante; y para darse ánimos, pensó que ya daría con algún modo de hacerlo.

Al llegar a la Plaza de Zuloaga el viento se hizo más violento. La plaza parecía terriblemente solitaria y silenciosa. Desde la parte del monte Urgull, el lugar aparecía en verdad lúgubre y amenazador. Por un momento, sus cabellos se erizaron. No sabía por qué, pero intuía algo aterrador en el ambiente.

Pareja al Museo corría una callejuela oscura como la misma noche. «Tal vez pueda encontrar ahí un modo de entrar. Una trampilla, una ventana...», pensó Mauricio.

Sin embargo, se dirigió directamente hacia la puerta principal del Museo. O, mejor dicho, se llegó hasta ella impulsado por una fuerza desconocida. Una vez allí, empujó suavemente la puerta de madera y... ¡halló libre el camino!

Tuvo la impresión de que se disponía a penetrar en un abismo del Infierno. Sin embargo, era ya demasiado tarde para pensar en retroceder.

Cuando cruzó el umbral, la puerta se cerró sola, sin apenas ruido.

En aquella penumbra unas débiles luces se hallaban encendidas —los pilotos rojos de la alarma contra incendios—. Sin pérdida de tiempo encaminó sus pasos hacia la deseada pintura (casi sabía de memoria el camino a la sala). Sentía una gran transformación dentro de sí mismo. Al pasar junto a la hilera de sepulturas algunas de las cuales contaban con cientos de años de antigüedad, un estremecimiento recorrió su cuerpo. Por fin, alcanzó la entrada a la sala y encontró el lugar alumbrado por una débil luz blanquecina. La luz provenía de una lamparita colocada justo encima de la obra de arte, y en todo el recinto no había más luces. «¡Es una pintura asombrosa!» exclamó para sus adentros acercándose a ella.

Entonces, se inclinó un poco, lo justo para poder leer las palabras de la inscripción del cuadro. Eran palabras llenas de misterio, que decían así:

Mírame y me verás;
léeme y me poseerás.

Justo entonces, sintió que alguien le daba un fuerte empujón en la espalda. Aterrorizado, justo

tuvo tiempo de mirar hacia atrás: ¡allí estaba el diablo con su rostro y piel carmesí, lanzando una cruel carcajada! Sin embargo, no había ni rastro de la joven. Luego, fue como si se precipitara hacia el vacío. Iba cayendo y cayendo, sin poder hacer nada. Como si la noche se hubiera abierto a sus pies. Así hasta que, de imprevisto, notó un fuerte golpe en la cabeza y perdió el conocimiento.

Cuando de nuevo abrió los ojos, se encontró inmerso en una gran masa de gente. Eran hombres, soldados, e iban vestidos a la antigua usanza. En todas partes podían escucharse los clamores y estrépito guerreros, junto a los gritos de dolor y terror de las víctimas. Los despiadados soldados mataban sin piedad a los indefensos ciudadanos, a los que además les causaban gran tormento. Nadie escapaba a la matanza: hombres, viejos, mujeres — algunas de ellas embarazadas —, niños... Un olor terrible a carne muerta impregnaba el aire, así como el tufo de la carne quemada. A Mauricio le entraron ganas de vomitar. Sin embargo, un asombro indescriptible se apoderó de él: portaba una lanza en la mano; y también una espada sujeta a la cintura. Y sus ropas... ¡eran ropas de soldado! ¡Él también se hallaba vestido de arriba a abajo como un soldado de épocas pasadas!

«¡Dios mío!», pensó con pavor aún mayor. «¡Me he convertido en uno de esos soldados del cuadro!».

«¡Adelante, soldados! ¡Moveos! —escuchó una voz arengar a la tropa—. ¡La ciudad es nuestra! ¡Derecho a saquear! ¡Las mujeres para quien las atrape primero! ¡Adelante, soldados! ¡El rey no quiere a nadie vivo! ¡Hoy vamos a hacer aquí una buena carnicería! ¡Escribiremos una página de la Historia! ¡Adelante, soldados!

En las calles los muertos iban apilándose, y algunos de los cadáveres ofrecían la panza hinchada —los ahogados en el río y llevados hasta allí arrastras, atados a las colas de las caballerías.

«Tengo que huir de este lugar», pensó Mauricio. «¿Pero adónde? ¿Cómo escapar de un cuadro?

A pesar de su deseo de huir, al mismo tiempo una fuerza irresistible le impulsaba hasta el corazón de la lucha. Por fin, se detuvo ante un caserón semiderruido y penetró adentro, con la esperanza de encontrar un refugio en medio de aquella pesadilla.

El interior de la casa estaba ensangrentado por doquier, y los cadáveres aparecían en todas las habitaciones. Se disponía a salir otra vez a la calle, cuando le pareció escuchar unos llantos y sollozos ahogados. Con gran cuidado, despacio, circundó la zona trasera de la casa, hacia el lado del granero utilizado para almacenar la hierba y el pienso de los animales. Por si acaso, asió la lanza con fuerza.

También se dio cuenta de que era capaz de utilizar la espada con soltura. No salía de su asombro. «Soy un verdadero soldado. Sé cómo utilizar la espada, y me siento hecho a las artes de la guerra», pensó con estupor.

Buscó entre el montón de heno y, agazapada en un rincón, halló una joven. En aquél instante, se dio cuenta de que algo se envilecía en su interior. Sus bellos sentimientos habituales habían desaparecido, y en su lugar, sintió que los de un perro rabioso se afincaban en él —el interior endurecido, despiadado de un canalla—.

Ordenó a la joven que se pusiera en pie. Y ésta obedeció, sumisa. ¡Dios santo, era ella! ¡La misma joven del Museo! Llevaba puesto el mismo vestido enrojecido y rasgado.

En los brazos desnudos, en los muslos blancos y suaves, en las sonrojadas mejillas de su rostro... se podían apreciar moratones y diversas muestras de violencia. Y de repente, vio cómo en los ojos de la joven una lágrima que parecía de plata se deslizaba, brillante, poco a poco —como si no tuviera prisa alguna en caer—. Y se dio cuenta de que se hallaba en otro tiempo. Aquello no era la realidad; no, al menos, la realidad de costumbre. Sino otra realidad. Comprendió que en un mismo espacio hay muchas realidades. «Tantas como estrellas en el cielo», pensó.

Se acercó a la joven, arrancó a tirones su vestido y acto seguido se dispuso a violarla. «Antes de acabar con ella, la atormentaré», se dijo para sí mismo, divertido ante esa posibilidad. Él también tenía que actuar como lo hacían los demás soldados, siguiendo a una misteriosa llamada en su interior. Pero al mismo tiempo no quería actuar así; era consciente de su crueldad. Y sin embargo, aquella llamada... era tan poderosa...

Tras mantener una dura lucha con sus tenebrosas intenciones, hubo un momento en el que al fin consiguió dar marcha atrás en su actitud, consiguiendo así doblegar a su lado oscuro. Entonces, levantó a la muchacha del suelo y la abrazó con ternura, como si fuera su hija. Había ganado la batalla contra los bajos sentimientos. Él no era como los soldados del cuadro, sino dueño de su voluntad. Era un hombre libre para decidir su destino.

Pero el diablo rojizo estaba al acecho y allá se les apareció, sólo que ahora no reía sino que se mostraba lleno de ira y furor. Y se dirigió hacia ambos, amenazante y deseoso de experimentar en ellos todo tipo de crueldades.

Colgado de una de las columnas de madera, había un candil encendido. Y Mauricio, sin pensarlo dos veces, golpeó el candil con la lanza, y éste cayó roto en mil pedazos al suelo, incendiándose.

El fuego enseguida se adueñó del granero, y el diablo retrocedió lleno de pavor —temeroso de ser alcanzado por las mordeduras y dentelladas de las límpidas llamas. Seguro que ya estará en el Infierno, royéndose de ira las entrañas, de pura rabia y cólera.

Todo el lugar estaba envuelto en llamas. Pero Mauricio sólo sentía el frescor de los labios de la joven en su boca —aquellos labios frescos y salvadores—. Luego, la joven le acarició la mejilla. Y casi a continuación, desapareció, poco a poco, al tiempo que le dirigía una sonrisa amorosa.

Un nuevo golpe le hizo perder otra vez el sentido, y cuando abrió los ojos, se halló en su pequeña buhardilla del Paseo de los Fueros, semitendido en la cama, empapado en sudor. Por la ventana que había olvidado cerrar entraba a ráfagas un viento frío.

Al día siguiente, se levantó temprano y se dirigió al Museo sin perder un minuto. Mas, para su asombro, no halló en la sala rastro del cuadro. Preguntó al guardián, y también a los encargados del museo. Pero nadie sabía nada de aquella pintura, y todos le miraban como se mira al infeliz loco, con pena y un cierto aire de burla.

Desesperado, se disponía ya a abandonar el Museo, cuando en un rincón de la sala del que

nunca hasta entonces había reparado, vio una obra de arte realmente extraordinaria. Era el retrato de una joven; de una belleza prodigiosa. Enseguida la reconoció. Era ella, sin duda. La misma joven digna de compasión con quien la noche anterior había compartido su fantástica aventura; la misma que en dos ocasiones se le había aparecido en el Museo. Sólo que ahora cubría su cuerpo con vestidos finos y delicados —¡bordados con hilos de todos los colores del arco iris!—. Y bastaba ver su rostro, para tomarla por la musa de la felicidad, así de alegre, bella y sensual aparecía.

En un ángulo inferior del cuadro, había escritas unas líneas, que decían así:

Mírame y me verás;
léeme y me poseerás.

Tan pronto como hubo leído esas palabras, Mauricio sintió en su corazón una alegría embriagadora. Aquel amor que sentía dentro de sí no perecería nunca, sino que perduraría toda la eternidad; traspasando incluso el umbral de la muerte. Veía ya superada la maldad del mundo y toda violencia extraña ya a sí mismo. ¡Aquello sí que era el placer! Sumergirse a manos llenas en esa humanidad... Escapar a la esclavitud de la ferocidad... No más insultos, contra este pobre mundo nuestro.

Cuando salió del Museo sonriendo de aquella manera, el funcionario de la entrada sacudió la cabeza a derecha e izquierda, en un gesto de desaprobación.

—Un chico de tan buen aspecto, y que haya enfermado hasta ese punto... —comentó con sentida tristeza a su compañero de recepción.

NÚMEROS EMBRUJADOS¹⁷

¹⁷ Los minirelatos de cada número no están relacionados entre sí; es decir, son siempre historias sueltas.

I

A pesar de tener olvidados hacía tiempo tantos pasajes de su vida, trató de volver a rememorarlos. Desgraciadamente, sólo consiguió rescatar de aquel pasado unos pocos residuos simbólicos. Los libros yacían en las estanterías, silenciosos, como si también ellos fuesen parte de una serie de hechos históricos ya transcurridos. Reparó en los títulos por pura costumbre.

Luego, Gorka cerró los ojos. Por dentro, a modo de navaja invisible, un dolor sordo le traspasaba y no podía hacer nada. Era incapaz de arrancarse aquel dolor, pues no tenía fuerzas suficientes para ello.

Las primeras horas de la tarde habían surgido de algún lugar. Y antes de que pudiera plantearse la siguiente pregunta, se quedó dormido. La habitación rebosaba de silencios, al igual que la casa entera.

Al cabo de unas pocas horas, se despertó y miró confuso alrededor. Luego oteó la calle a través de las cortinas; y le pareció que aquel momento ya lo había vivido antes.

—El Humanista rendido ante la ciencia —
murmuró lanzando al mismo tiempo una carcajada.

A veces, a Gorka le parecía que había hecho ya en este mundo todo lo que un ser humano podía aspirar a hacer.

Aunque había cumplido hacía poco los treinta años, le parecía estar sin fuerzas. Jubilado antes de tiempo, agotado, como si el calor del verano se hubiera metido en su interior... Y ahora no podía encontrar ni una buena razón ni valor alguno que le ayudaran a seguir adelante. En realidad, había perdido el objetivo de su existencia. No sabía exactamente a favor de qué, porqué, tenía que luchar... ni tan siquiera si existía tal lucha, tal porqué. Tal vez, debería de intentar recuperarlo, pero... ¿recuperar el *qué*? Se limitaba a sentirse vacío, desganado e indiferente.

—¿Soy yo quien le ha dado la espalda a la vida o la vida me la ha dado a mí? —se preguntó un poco burlón un poco airado—. *La vida* —repitió con desprecio—, sólo me faltaba eso. Comenzar a reflexionar acerca de *la vida*... Literatura Rosa. ¡Ja, ja!

Continuó mirando por la ventana. En su mirada se reflejaban la inquietud y el enfado. No quería ceder.

—Ya sé lo que me ocurre —dijo en voz alta, rompiendo el sagrado silencio de la habitación—. No puedo ser lo que quiero ser. No puedo leer ni escribir. Y es por eso que he dejado

de entender las cosas que me rodean. Las felicidades que colman a la mayoría de las personas para mí no son suficientes. Tengo que leer, leer, leer... Y luego escribir. No deseo hacer nada más en este mundo de perros. No puedo hacer nada más. Quiero tratar de comprender cada instante, lo necesito. Ése es el único medio que tengo para amar lo que tengo. Soy un escritor. Por vanidad, quizá; por necesidad, tal vez. Soy un escritor y quiero serlo en cada instante. Si no puedo ser lo único que deseo ser, entonces no soy nada. ¿Habrá alguien que comprenda estas palabras? Tal vez debiera reunir las en un trozo de papel y meterlas en una botella. «El artista náufrago arrojado a los tiburones de la imposibilidad» —dijo con ironía—. Además, ¿quién quiere vivir en una montaña que ha dejado de ser mágica? Eso es tan absurdo como empeñarse en amar aquello que sólo te perjudica. Hasta ese punto podemos perder el rumbo, y extraviarnos...

Gorka estaba tan aterrorizado que sentía los intestinos por dentro encadenados. Deseaba ver hechos realidad los objetivos que profesionalmente le era necesario conseguir, pero le faltaban las oportunidades materiales para poder llegar hasta ahí (pues parecía hallarse bien dotado de talento y capacidad). De todas maneras, aún no sabía hasta donde debían llegar realmente esas oportunidades. No, el problema no residía ahí; el problema era que no podía renunciar a su familia, a su casa, a su trabajo, a su modesto e inseguro nivel social... Y

aunque lo hiciera así, quién le aseguraría que no habrían de sobrevenirle otros impedimentos, otras barreras, tan infranqueables como las anteriores?

Cogió un libro y se marchó de casa. Últimamente estaba muy inquieto; y eso no le dejaba vivir. Le parecía que estaba preso dentro de sí mismo —llevaba su vida diaria anudada en la garganta, como una bola inmensa, hasta el punto de impedirle respirar—. Era como si llevara mucho tiempo muerto; como si viviera en lugar de otro... Las últimas horas del día comenzaron a desparramarse por la ciudad, dejando tras de sí un rastro de melancolía. Aborrecía todo y se sentía aborrecido.

—¿Cuándo podré descansar, con la misma santidad de las piedras? —se preguntó a sí mismo enfadado, ridículo.

Al pasar junto a un jardín, se le ocurrió adornar su cabeza con una corona de flores, incluso estuvo a punto de arrancar las flores y hacerlo así.

—¿Y por qué no? —se dijo divertido—. Un alegre Fauno en medio de la vulgaridad de La Ciudad Triste. ¡Ja, ja!

Una señora volvió la cabeza para mirarle y Gorka trató de volver a recuperar la compostura.

La noche comenzó a anegar de sombras las calles. Su angustia se había mitigado un poco. De una rama cayó pausada una hoja seca. Y Gorka siguió el camino de su caída con la mirada, hasta que se posó en el suelo. Por un momento, pensó que la caída de la hoja era un mensaje y trató de descubrir su significado.

El río parecía que flotaba dormido y los instantes luminosos de las luces de las farolas se reflejaban en las aguas. El ambiente se tornó irreal. El dolor de Gorka ya no era tan intenso, y el cansancio infinito que le inundaba por dentro en cierta medida se aplacó. Advirtió en el paisaje urbano un toque rural. Y observándolo con atención, se preguntó si acaso no se hallaría ante el paisaje de un cuadro.

—Sólo tengo que atravesar el cuadro —se dijo— y pasaré a formar parte del mismo.

No era un pensamiento demasiado original; pero, aún así, el hecho de tomar conciencia de la belleza que de por sí conllevaba le produjo por primera vez en mucho tiempo una sensación de alegría.

—Sí... Seré el hombre que pasea junto al río; el personaje —tal vez poético— que atraviesa la noche, el río y la ciudad sumergida en las sombras; el personaje al que a todos los admiradores del cuadro les gustaría ser. Según

atraveso la noche, el río y la ciudad pasaré a convertirme en una explosión de poesía —único remedio contra la vulgaridad—. Seré parte de ese deseo en el corazón de los que aman el cuadro. Contemplado de cerca, un amasijo de colores...

A partir de ese momento, las cosas comenzaron a sucederse con dulzura. Y Gorka volvió a recuperar su paraíso; a poseer el mítico Edén. Estaba listo para escribir un nuevo libro: un cuento, una narración breve, una novela... Eso no tenía importancia. Todavía era capaz de escribir. No estaba muerto. Sólo había sido un bajón. Nada más. ¡Todavía era capaz de escribir!

Al término de la exposición del famoso pintor ***, todos los críticos se mostraron unánimes: el cuadro titulado «Caminante atravesando la noche, el río y la ciudad» había causado una gran impresión entre el público asistente.

—Parecía tan superficial... Y, sin embargo, era como si fuera a fundirme con ese paisaje... ¡Como si yo misma fuese el paseante del cuadro! —comentaba con gran entusiasmo una mujer a su acompañante.

II

El joven escritor contemplaba el paisaje más allá del ventanal. Era un día lánguido de tonos grises, oscuros —bien surtido de nubes que presagiaban abundantes aguaceros—. El mar, poseedor de una suerte de violencia fatal, como una amenaza que fuese a devorarlo todo, iracundo, se balanceaba en medio de aquella infinitud semejante a trigales inmensos, en espera de la mano del campesino que habría de partirlo en dos.

Pero él no era un campesino; sino un escritor (uno de esos escritores que atosigan al mundo con su imaginación, verborrea y su gran sentimiento artístico, inevitable).

Qué hermoso era aquel paisaje, siempre desafiando arrojar su carga de lluvia, con sus nubes blandas y grises...

Se oyó el sonido de una campana. ¡Ah! Hora de comer... Él nunca sabía cuándo era la hora de la comida. Dos veces al día, alguien le llevaba una bandeja. ¿O eran tres veces al día...? No lo sabía seguro. A veces, comía con ansia; y otras, incluso olvidaba que la bandeja estaba allí.

Era un escritor, un joven escritor. Y contemplaba, más allá del ventanal y hacia aquel día gris que hacía tanto tiempo que se repetía... Así es como le gustaba. Amaba las nubes blandas y grises, cargadas de lluvia y esperanzas, y tan

melancólicas... Eran bellas y halagadoras —casi incluso sonrientes—, con esa tristeza apocalíptica...

El joven escritor miraba hacia el mar y el mar le devolvía la mirada con una violencia tal... Exactamente como a él le gustaba. El cielo gris, como el mar. Así soñaba Euskal Herria. Así imaginaba su paisaje. Tan lejos de la alegría sureña, y sin embargo, del único modo posible. ¡Qué hermoso era! Las nubes blandas y grises balanceándose tontamente por encima del cielo, ocultando el mar, y las olas allí mismo alzando sus crestas hacia el cielo...; y mientras tanto, el cielo escondido bajo las olas blandas y grises, las cumbres humildes y magníficas de los montes transformadas en olas blandas y grises, en medio de esta inaudita Euskal Herria...

¿Quién le comprendería?

Él era un escritor y desde el mirador de su patria permanecía al acecho del paisaje blando y gris. Las nubes eran grises y blandas; y el mar, embravecido, como un juguete peligroso, roto en mil espumas (¡todas distintas! ¡todas-todas iguales!), acunándose en el ecuador del día exactamente igual a los anteriores, completamente idénticos, pero del todo diferentes...

Era un escritor. Era el escritor de un pueblo deformado, que no tenía costumbre de leerse. Él estaba allí y había visto todo aquello. No podía

hacer nada más. No sabía cómo demontre hacerse con un flotador en medio de aquél agónico mar. No sabía cómo diablos construirse un par de patéticas alas, en aquél cielo humilde y cenizo.

No era más que un pobre escritor. Y alguien abrió una puerta y dejó en el suelo una bandeja con comida. Es decir, todo cuanto le hacía falta: un poco de comida, y unas pocas nubes blandas y grises, y aquél mar embravecido, iracundo e intenso... Y un poco de comida. Porque no era más que un pobre escritor.

III

Las manos sobresalían de la tierra más allá de toda humanidad, con un descaro tal... Eran unas manos blancas (sin cascabeles, anillos ni abanicos), con sus brazos peludos... Eran dos manos desnudas surgidas de la tierra desnuda.

Y surgían de la tierra desnuda; y eran tan inocentes... En la noche iluminada, un teatro de sombras chinescas se había hecho dueño y señor del lugar. Pero las manos... Esas manos nunca descansaban sobre la tierra fría (empeñadas en surgir incansables de la tierra, suprimido todo el terror —que es realidad—, incansables, retorciéndose...). Las manos... En busca de un admirador (en busca de alguien dispuesto a seguir sus movimientos —hasta el final, apasionadas,

puramente apasionadas—). Las manos... Siempre en pos de su admirador incondicional —¡el admirador perfecto!—. Y el cuello (sobre todo su cuello: hermoso, voluble, retorcible...).

Las manos. Surgidas como una planta más, misteriosas, rebosantes de raíces y profundidades —¡abono y estiércol!—. Y Bilbo. Casi-casi la ciudad ideal. Con unas enormes ganas de follar. Prácticamente perfecto, deseado, en su punto (aunque sólo yo me sintiera así). No importa. La mejor ciudad del mundo. Y las manos allí, sobresaliendo de la tierra revuelta por uno de esos armatostes, riéndose de la revolución de los transportes, y... ¡El METRO! Para llegar a las manos, en el campo, en el que una vez fuera bello caserío y hoy refugio desolado para pájaros, ahí mismo... Pero, sobre todo, junto a una playa de la que nunca sabré cómo se llamaba, en un lugar perdido, allá... Pero, ¿cómo se llegaba a ese lugar? Eso sí, cerca de Bilbo, muy-muy cerca, tan cerca... Y aquella calle... He olvidado su nombre... Allá estaba, sí, ¡la Oficina General!

Y las manos... ¡Ahora lo recuerdo! Sucedió en aquella playa. Las manos flotaban en la playa, llamándome. En aquella playa sin nombre y sin dirección. Tal vez, estaba contaminada. Era mi playa. La playa de mi juventud. La playa de mi juventud sin nombre. Tan cerca de Bilbo. ¡Dios mío! ¡Hasta siempre, lugar! ¡Hasta siempre, playa! ¡Hasta siempre, juventud! ¡Hasta siempre, manos!

¡Si pudiera regresar y abrazar otra vez aquellas manos —mis manos—¡ ¡Si tuviera el poder de destruir todo cuanto no se ajusta al tiempo ni al presente, y comenzar una nueva vida con la joven trabajadora de Correos! ¡Si pudiera morirme a voluntad, y que las manos continuaran en mi lugar hasta el fin de los tiempos, y todas las noches hacer el amor con mi joven trabajadora de Correos, cuando ella aún no sabía, ni tan siquiera soñaba, que algún día sería mi joven trabajadora de Correos... cuando las manos danzaban... en la tierra... un poco desesperanzadas... como si el tiempo no les importara demasiado... pero, a pesar de todo... con discreta ilusión... En aquella playa que tan cerca estaba de Bilbo (nunca más pude volver a encontrarla...).

Las casas estaban llenas de homosexuales, y había también una mujer enamorada de un modo insólito en extremo...; y mi tiempo de adolescente —tan angustioso— ahogado entre aquellas manos... Por siempre jamás: ¡adiós! ¡Oh, manos! ¡Qué dulces danzáis sobre la tierra (sobre el rastro dejado en aquella playa desconocida, eterna siempre)!

IV

Se hallaba así como en un cruce de caminos, y no veía con claridad cuál era la dirección que debía tomar para salir de aquel

atolladero. Por la mañana, todos los pensamientos se apiñaban alborotados en su cabeza.

—¡Soy el guardián del universo— gritó riéndose.

Encendió un cigarrillo y apoyó la palma de la mano sobre la nuca, como queriendo aligerarla de un peso invisible.

Un bote de conservas vacío brilló en medio de la calle.

Sabía que le hacía falta un catalizador (algo que le ayudara a encaminar la violencia que le quemaba por dentro).

Vio un fresno y el hecho de reconocer el árbol por su nombre le provocó gran alegría.

—No tengo otro remedio —se dijo—: tengo que matar a todas las prostitutas de la ciudad.

Entonces, perdió el juicio. Se volvió loco. Y a partir de ahí, no volvió a ser de nuevo un ser humano, sino un psicópata asesino.

—Con un poco de suerte, podré llegar a eliminar a unas veinte o treinta prostitutas antes de que me atrapen.

Hacía un calor insoportable, y ello acrecentaba su depresión y furia.

Se adentró en la ciudad, hasta llegar a un club. Había en aquel momento tres mujeres en la barra.

Koldo sacó la pistola.

—¡Soy un depredador, chicas! —gritó.

Y acto seguido abrió fuego.

—Ha sido estupendo —se repetía una y otra vez camino de casa—. Tengo que volver a hacerlo.

Sí, perdió el juicio. Se volvió loco. Y a partir de aquél instante, nunca volvió a ser un ser humano, sino un psicópata asesino.

V

El parachoques del automóvil tenía una gran mancha roja. «Mierda», pensó con rabia. Y en un instante, la imagen del accidente recién ocurrido pasó por su cabeza. Una imagen destructiva, inmediata. Una de esas imágenes que en un santiamén son capaces de destruir a una persona. Pero ya no podía hacer nada. Aunque le resultaba incomprensible, permanecía impenitente ante los graves hechos sucedidos. «Acabo de matar a un

muchacho con el coche, pero... ¡no soy capaz de sentir remordimiento alguno!». La inolvidable imagen todavía le andaba danzando en su cerebro. Volvió a examinar el parachoques, y lo hizo como si contemplara una naturaleza muerta. Le parecía que era uno de esos días en que las cosas se suceden por sí mismas. «Un día navegable», se dijo para sí mismo, con un resto de buen humor. Reparó en un árbol cercano. Desde que había tenido lugar el accidente, era la primera vez que pensaba en otra cosa. El tronco del árbol estaba hendido a una altura aproximada de un metro y medio del suelo, dejando al descubierto el débil aspecto del árbol. «Diría que es un olmo». En aquél instante el parachoques le envió un destello, a modo de recuerdo de su aciago destino. Su matrimonio, sus amistades, su posición social... ¡todo se iba al traste! La cara que pondría su pobre mujer, en cuanto tuviera noticia de ello... No. Haría todo lo posible para evitar el escándalo. No lo atraparían tan fácilmente, y testigo de esas intenciones ponía a los mismos y enormes edificios de la urbe. Al fin y al cabo, nadie es culpable, hasta que no se demuestre lo contrario. Fue a mirar la matrícula de la parte trasera del vehículo. ¡Qué alegría! Estaba tan sucia que era imposible leer los números! «El barro ha emborronado los números». Se hallaba de pie sobre la tierra polvorienta, con aspecto de estar trajinando algún plan. «En el peor de los casos, no habrán podido ver más que el modelo del coche». De modo inconsciente, alargó la mano hacia el tronco del árbol, hacia el lado donde se hallaba

hendido. Pero la apartó con gran sobresalto, al ver que dentro de la hendidura una masa de color blanco se agitaba. Era como un organismo sin forma precisa. «¡Un monstruo!», pensó con alegría. Le llegó el hedor. De la hendidura manaba un hedor insoportable. Se preguntó de buen humor si acaso no sería la región anal del árbol. «Quizá, la culpabilidad que no soy capaz de sentir se encuentre ahí, dentro de esa hendidura». Y rió en voz alta. Movidó por la curiosidad se acercó más, tratando de no reparar en el hedor. «Huele a podrido. ¡Dios mío, ahí dentro hay una legión de gusanos!». Pensó que dentro del agujero habría algún animal muerto. «O basura, quién sabe...». De súbito, los gusanos comenzaron a caer uno tras de otro, de la hendidura del árbol al suelo, como en una procesión, como si ellos mismos también quisieran huir del hedor. Era una visión que le embujaba el alma. Permaneció casi dos minutos mirando la cascada de gusanos. Luego, sacó del maletero el líquido anticongelante y un trapo viejo y fue hasta el parachoques, donde se agachó para limpiar la mancha de sangre. El tapón de la lata del líquido anticongelante estaba un poco roñoso y le costó abrirlo. «Si me atrapan, me quitarán todos los bienes. Mi familia se quedará en la calle». Cuando acabó de limpiar, se puso en pie, se alejó unos metros del coche, y luego de examinar con atención el parachoques asintió varias veces con la cabeza. «Buen trabajo». Debido al golpe, una parte de la pieza de metal se hallaba hundida. Lo llevaría a arreglar a algún taller de carrocería. Pero no a una

carrocería de la ciudad; sino a alguna otra situada a unos cientos de kilómetros. El trapo ahora manchado de rojo lo arrojó a la hendidura del árbol. Se sentía a salvo de la justicia. Veía la imagen del accidente cada vez más lejana de su feliz presente. Iría a casa y daría un beso a su mujer. «De camino, pararé en una droguería y le compraré un perfume». Luego, entró en el coche, se puso el cinturón de seguridad y giró la llave de contacto para poner en marcha el motor. A pocos metros el vehículo se detuvo, ahogado. «He sacado demasiado el aire». Al fin, arrancó otra vez el coche y se alejó de aquel apartado lugar. Sabía que el muchacho del accidente había muerto, pues el golpe había sido terrible. Pero sólo él sabía quién era el asesino. Y ser poseedor de ese secreto le fascinaba. «Soy un asesino y estoy a salvo de la justicia». Y sin poder contener su alegría, lanzó un grito hacia el cielo. Las primeras edificaciones de la ciudad —cemento y acero— hicieron su aparición. Un sol infecto se ponía planamente por la línea del horizonte, como buscando un nuevo y cómodo lugar para el día siguiente, sin mostrar prisa alguna.

VI

La siguiente hora la pasé en su casa y de allí a Londres. Entonces no le pagué nada. Me fui a hurtadillas. ¡Anda que no se enfadaría ni nada, al darse cuenta del engaño! La debí de dejar rabiosa.

A mí plin. Yo y mi amigo nos divertimos de lo lindo. Hacia el final, siempre solía quedarse dormido. Él. Primero comenzaba mi amigo y enseguida se me quedaba groggy encima de mí. Una tarde, mi amigo me propuso ir a hacer cosas prohibidas. Había algunas chicas paseando arriba y abajo de la calle. Pero, la mayoría, estaba bastante ocupada. Le eché el ojo a una. No fue fácil convencerla. Puestos en camino, llegamos a una pequeña habitación en un edificio oscuro, rodeada de paredes, y me dijo:

—¿Aquí?

—Sí, claro —respondí.

Así, se inclinó en el suelo, enfrente de mí. Y poco a poco, supe cómo era el cielo. ¡Qué gozada! Por lo menos salió y entró unas veinte veces. ¡Vaya una guindilla! Le así del cabello y puuurrra! Allá le fue todo. ¡Ta-ta! Trabajo de mil duros, y contenta. En la pieza había bidé, pero ducha no. El compañero de la muchacha había andado por Bilbo aprendiendo el oficio y hablaba bastante bien en vascuence. Amigo de mi amigo, él mismo me la había presentado un cierto día. Y el otro, al que se le iba de la cabeza el idioma y que si no quería practicar un poco. Solíamos reunirnos los tres todos los días o si no muy a menudo. Nos dijo que conocía a dos amigas que quería presentarnos, y que ya nos las presentaría. Mi amigo le dijo:

—Yo, con vuestro permiso, me encargo de las bebidas.

Así: «Ves y preséntanoslas rápido». Y que sí, y nos las trajo al día siguiente. Elegimos el sábado para dedicarnos a ello. Nos preparamos y acicalamos temprano por la noche, luego de una buena cena, y tras asear nuestros miembros, ¡a la pieza! Ya estábamos subiendo por las lúgubres escaleras del siniestro portal, soñando con el placer que nos aguardaba arriba. Y en cuanto llegamos llamamos al timbre. Veníamos alegres. Para entonces los demás ya habían llegado, y nosotros no perdimos tiempo en entrar, deseosos de comenzar la fiesta cuanto antes. Bebimos de lo que había y otra vez más café. Una daba bastante trabajo, pero de todas maneras tenía su habilidad. Otra dijo que bien habría de mostrarnos su buena voluntad y que nos pusiéramos en medio. Dicho y hecho. Tal y como nos lo prometió, fue inolvidable. La otra no se quedaba atrás. Había que trabajar duro, haciéndonos caso a todos. En mi vida, no recuerdo haberlo pasado nunca mejor. Con aquellas benditas muchachas, no podíamos estar en mejor compañía. A todos os deseo una experiencia así. Cuando nos marchamos, parecían disgustadas. Que no habíamos llenado la bolsa lo debido.

VII

(Base lingüística: «Ipui onak». Bizenta Mogel. Euskal Editoreen Elkarte. Páginas: 69, 70).

Una mujer andaba por la calle buscando a muchos hombres, y llegó a las puertas de una discoteca repleta de jóvenes. Le salió al encuentro el que se hallaba de enorme y vanidoso guardián, y le dice:

—¿Qué te trae por aquí, malvada mujer?

Le respondió ésta:

—Permanece en tu puesto. Tóname, y no hables, muérdeme.

Le dice el guardián:

—¿Me lo das para entrar sin pagar?

—Te lo doy porque ésa es mi voluntad, y para entrar adentro sin pagar, y llevarme los jóvenes que a ti no te atañen en especial.

Y le dice el guardián:

—¿Quién habrá de darme el placer de hasta el día siguiente si te llevas a mis jóvenes, o si les robas la alegría y dineros que poseen? ¿De veras crees que por un poco de placer estoy dispuesto a perder el placer de una vida entera? ¿Me ofrecerás tu acaso el placer que más tarde habré de necesitar?

No tienes nada que dar a los hombres, eres para ellos dueña de un sentimiento insensible, ¿y habrás de ser mejor para mí? No seré yo quien dé la espalda a quien todos los días me da placer; y bien que cuidaré de las bellas y bellos jóvenes que transitan por esta discoteca. Así que ves rápido por los caminos que has venido, si no quieres que aquí con mi bastón te rompa el trasero. No pasará por esta puerta chica hambrienta y danzarina mientras yo pueda impedirlo.

Este cuento quiere decir que no hay que hacer caso a los «tontolapicos». Que los orgullosos y locos deben cuidar con tiento las puertas de las discotecas, y no ser ladrones de sala de fiesta, ni prestar ayuda a ladrones de disco-play. Que a quien se ofrece a sí mismo de balde no se le debe ni lealtad ni atención.

VIII

Levanto los ojos al cielo
y a Dios que no existe
le pregunto:
—¿Por qué me haces sufrir tanto?

Algún día me odiarás;
—Eso es amor —me dirás.

(Estribillo para una canción hortera
[incunable...]).

Soy, siempre seré un
euskal idazlea
—incluso en castellano.

En el mundo, conocí a dos pájaros azules (quizá,
uno en dos). El primero, fue una enorme máquina
de tren, de los «Ferrocarriles Vascongados» (tren
de amor hacia mi padre e infancia); y el otro —sin
fundamento para mí— perteneció a un tal Rubén
Darío.

(Dedicatoria: A mi tía María de Salamanca, qué sé
yo porqué).

Los hombres que yo amo:
los que antes de pedir una limosna,
estarían dispuestos a matar.

IX

La tierra estaba arrasada. Quemada de arriba abajo. Habían transcurrido ochenta largos años desde que estallara la Tercera Guerra Mundial. Pero las consecuencias de la guerra aún permanecían. La tierra nunca más volvería a ser tal y como la conocimos. La lluvia era siempre de color negro, con un porcentaje de acidez muy elevado. De manera que no podía beberse. Otro tanto sucedía con las aguas de los ríos. Los pocos grupos humanos vivían dispersos aquí y allá, la mayoría de ellos en cavernas, cerca de las aguas subterráneas no contaminadas. El ser humano otra vez había tomado el camino de las cavernas. La civilización que una vez brillara con orgullo se encontraba ahora extinguida, como una antorcha humeante ya consumida. Había quedado en evidencia lo débiles que eran los seres humanos; sin embargo, los insectos eran fuertes. Más fuertes incluso que las ratas. Resultaba extraordinario ver lo bien que se amoldaban a cualquier condición. Las ciudades, en una época repletas de barullo y de gente, yacían ahora silenciosas y desiertas. Se habían convertido en refugio de numerosos animales que habían conseguido sobrevivir. Pero no creáis que eran las mismas razas que las conocidas por nosotros. De hecho, eran las mismas razas de nuestra época sólo que adaptadas al nuevo entorno: el perro carroñero, el gato cazador, la paloma chupadora de sangre... Pero los más terribles eran los insectos, ya que en número resultaban infinitos y no había forma de luchar contra ellos. Resultaba más fácil para el ser

humano luchar contra otros seres humanos — porque a pesar de la terrible guerra no vayáis a pensar que las matanzas entre los pueblos humanos se habían detenido—. Era algo que no había manera de evitar. Los seres humanos eran así y punto. Lo llevaban en la sangre. No eran ni buenos ni malos; eran, sin más. En la tierra no había Dios que castigara la maldad o premiara la virtud. Y más allá de la muerte, quién sabe. La mística se hallaba agotada. No le importaba a nadie. Además, desde que los televisores de todo el mundo dejaron de emitir, los que habían conseguido salir vivos disponían de más tiempo para dedicar a urdir maldades, encender guerras y continuar matando al prójimo... Era como permanecer aguardando a la muerte, haciendo frente —en vano— a un aburrimiento infinito. Al fin y al cabo, la nada. El árbol de la ciencia dio su fruto. Y todos buscaban su venganza en acciones pasadas y futuras... Todo daba igual. El camino estaba cerrado, así como las centrales nucleares. El ser humano había emprendido su viaje de vuelta. Por nostalgia. Por frustración. Quién sabe. El caso es que allí no había nada. Así que, era preciso retroceder. Hasta la célula. Hasta la ameba. Hasta el átomo. Qué diablos: ¡hasta el espacio! Sí, ésa misma era la primera condición para regresar al espacio: ser ingrávido. El único modo de superar la velocidad de la luz era ser más ligero que la luz (esa era la condición indispensable). Y como el peso de los pensamientos era excesivo, también a ellos era preciso abandonarlos en el camino. Más ligero que

el aliento; más rápido que el rayo. Había que regresar a las raíces que yacían bajo el árbol de la ciencia. Y de allí, al espacio. Era un camino difícil e ignoto, pero también el único. Desde luego, nunca resultó fácil renunciar. El apego a la vida. Otra ley impuesta por la naturaleza. Aunque no invencible, sino más bien de mera obligación (al menos, hasta cambiar de esqueleto). Entonces, la cristiandad pasó a convertirse en una extraña reivindicación en las enrojecidas entrañas de la madre Tierra, en un grito lanzado por un espectro, desde un intervalo de millones de años, con lógica ancestral (puro pensamiento, sabiduría). «Las cavernas». Para huir de las cavernas, primero había que convertirse en piedra; fundirse con las partículas de piedra; transformarse en obra de arte esculpida en la piedra. Entonces, sí: el camino hacia el espacio queda abierto. El universo, las estrellas, los itinerarios cósmicos. Tan simple como enviar un mensaje a través de los hilos del teléfono. Sabiduría ganada por intuición. Salto interestelar. Espacio abierto en la piedra labrada, para proyectar el ojo a través de él. Porque para poder asimilar cuanto le da alas al pensamiento, son necesarios miles y miles de años, siglos, milenios. Simplicidad, más que simpleza. Más allá de la muerte no había dios, porque ni tan siquiera había muerte. Era más fácil de lo que se creía. No nos morimos nunca, por suerte para todos nosotros. Incluso los recuerdos resultaban en exceso pesados para nuestro Gran Viaje. También a ellos era preciso abandonarlos en las cavernas, a salvo de las

terribles plagas de insectos, protegidos por un velo de fuego, enterrados bajo montañas de hielo de varios kilómetros de espesor. Voz interior llaman algunos a ese fenómeno. Y no se equivocan.

X

Me iban a ahorcar al día siguiente. Al menos, eso me ha dicho el carcelero. El carcelero se llama Patxi y no tengo queja de él, pues desde que estoy aquí siempre ha sido correcto conmigo.

Han pasado ya quince años desde que me juzgaron y trajeron a esta cárcel. Tal y como suele recordarme a veces Patxi, en aquella época era un hombre joven: pero yo no he sentido cambio alguno dentro de mí, es decir, me sigo sintiendo tan joven como antes.

Desde mi celda puedo ver la horca. Un pájaro se ha posado en ella; y enseguida, sus amigos han venido a hacerle compañía. Le he dicho a Patxi que ser pájaro tiene que ser agradable, pero él no me ha respondido nada. Sólo se ha encogido de hombros.

Los dos hemos quedado en silencio durante un rato.

—Mira —ha dicho Patxi rompiendo el silencio—. Los pájaros se han ido.

No le he respondido nada, pero para mis adentros he pensado: «No me extraña». Y otra vez me ha dado pena no tener un par de alas, y huir para siempre de este lugar.

Creo que Patxi me ha adivinado el pensamiento, porque con la cabeza ha hecho un movimiento —afirmativo— y acto seguido ha lanzado un suspiro.

Me ha preguntado si quiero estar solo. No le he respondido nada; he alzado la vista y me he atrevido a mirar hacia la horca.

Está en medio del patio y su silueta se proyecta con nitidez en las baldosas de color gris. Es una sombra larga y seria, casi-casi similar a una cruz.

Me he preguntado a mí mismo a cuántos habrán ahorcado en esa misma horca. Muchos, sin lugar a dudas. Y todos debieron de sentir lo mismo que yo siento ahora en este instante. Darme cuenta de ello me ha resultado un poco fastidioso, como si mis últimos momentos no tuviesen nada de extraordinario por el hecho de no ser el único en vivirlos.

—¿Quieres fumar? —le he preguntado a Patxi ofreciéndole al mismo tiempo un cigarro.

Me ha mirado como si no entendiera mi pregunta, pero lo ha aceptado.

Los dos hemos comenzado a fumar; otro cigarro más.

El humo se me ha metido en los ojos haciéndome llorar sobre todo del ojo izquierdo. Patxi ha debido pensar que lloraba de veras y él también se ha echado a llorar, del ojo izquierdo y del derecho.

Entonces, me ha entrado la risa. Pero he comenzado a toser con gran alboroto. Patxi me ha dicho que me calme. Que me entiende. Que sabe muy bien el infierno que estoy pasando. Se ha callado enseguida. La palabra «infierno» nos ha puesto nerviosos a los dos.

Luego, he estado a punto de decirle: «Tranquilo, peor que esto no puede ser». Pero me lo he guardado para mis adentros.

Me ha preguntado si quería tomar un café y antes de que pudiera responderle ya se había ido.

Me he quedado solo, mirando la horca.

La he encontrado graciosa, incluso sensual.

He sentido un poco de vergüenza, al recordar que el miembro de los hombres suele

ponerse erguido. Eso todos lo saben. Y debe de ser verdad. Pensándolo bien, mejor así. Quizá sea como morir en una ola de placer, mientras miras al sol por última vez.

«¿Cómo se llamaría el último que murió en la horca?», me he preguntado. Y he tratado de hacer una lista de posibles nombres, aunque sin conseguir dar con ninguno que pudiera parecerme creíble.

Patxi ha regresado trayendo en las manos dos cafés y he apartado la mirada y el pensamiento de la horca.

El sol del atardecer es maravilloso.

De repente, he adivinado cómo se llamaba el último que murió en la horca: Patxi, el carcelero.

XI

Yo era una cucaracha y había caído dentro de un vaso de pacharán.

—¡Puaj! Demasiado azúcar —exclamé, y sacudí mis antenitas tal y como lo suelen hacer los perros luego del baño.

No resulta fácil ser una cucaracha. Todos quieren aplastarte: con la zapatilla, con la escoba...

Mi abuelo siempre lo decía: «El mundo no está hecho a la medida de una cucaracha». ¡El pobre! Un día quedó como si el Ganador del Concurso de Ballenatos del Cantábrico le hubiera pasado por encima, hecho papilla contra las baldosas de una cocina.

A decir verdad, es cierto que ése ha sido precisamente el destino de toda nuestra familia (e incluso, de todo nuestro pueblo): ser aplastados, rociados con aerosoles, aniquilados... Aún me cuesta comprender cómo hemos logrado llegar hasta aquí. Seguramente, gracias a nuestro instinto de supervivencia. Quién sabe. ¿O quizá gracias a la casualidad...?

De todas maneras, no me hallaba en situación de filosofar. Al fin y al cabo, había caído dentro de un vaso de pacharán y no podía salir de allí. Lo único que podía hacer era sacudir las antenitas, pero eso no era suficiente para poder escapar de aquel maldito vaso.

Me pregunté qué marca de pacharán sería: «Etxeko», «Basarana»... No por nada en especial; sino por pura curiosidad.

Una cosa estaba bien clara: a aquel pacharán le habían echado hielo. De hecho, mis antenitas temblaban, de frío.

Entonces, maldije mi destino; como si hubiera entendido que ser una pequeña cucaracha negra y nauseabunda era la peor cosa que pudiera sucederle a nadie en este mundo.

«Vamos, vamos. Eso son sólo prejuicios». Así es como mi abuelo —que en paz descanse— habría hablado.

Con hielo o sin hielo, el caso es que empezaba a «calentarme». Casi había dejado de sentir el efecto del frío, pues para entonces estaba prácticamente ebrio. Y comencé a cantar, y también a gritar «¡viva nuestra reina!». Casi ya ni podía controlar mis dos antenitas. Era como si tuvieran vida propia. ¡De veras!

La música de la taberna estaba bien; tenía bastante marcha, al menos. Incluso conseguí olvidar por un momento mi fatal destino, es decir, que sólo era una cucaracha digna de compasión atrapada en un vaso de pacharán con hielo. Pero, ¿cómo habría de ser mi muerte? ¿moriría ahogada en el maravilloso y salvaje líquido báquico? ¿o aplastada tal vez por un zapato del cuarenta y cuatro? ¿o, antes de que ello sucediera, se divertirían acaso con mi penoso cuerpo, verbigracia, arrancándome las patitas de una en una?

La respuesta no tardó en llegar. Vi acercarse hacia mí unos labios gruesos y carnosos. Un bigote terrible.

—¡Eh, pintor de brocha gorda! —gritó alguien—. A que no te bebes el pacharán entero de un solo trago.

—¿Que no? —respondió al desafío un hombretón regordete con el terrible aspecto de ser «ése» precisamente, el pintor-de-brocha-gorda.

Aquellos labios gruesos y carnosos, el terrible bigote, unos dientes negruzcos y amarillentos bien picados... No tuve tiempo de ver nada más. Me vinieron a la mente las palabras de mi abuelo, antes de desaparecer en aquella vorágine:

—La he cagado. ¡Viva la reina!

XII

Tenía un grave problema: mi pito me hablaba.

Sí, habéis entendido bien. Mi pito no paraba de hablar. ¡Ese maldito charlatán!

No sé cómo empezó aquella pesadilla. Creo que fue una tarde cualquiera. Me hallaba en casa,

solo, tomando una taza de café, cuando escuché una voz que decía:

—¿Por favor, me das a mí también una taza de café?

Al principio pensé que aquella voz provenía del televisor; pero pronto advertí que éste estaba apagado. Antes de que pudiera salir de mi asombro, la voz otra vez hizo la misma pregunta:

—Por favor, ¿me das a mí también una taza de café?

Sin embargo, en esta ocasión pude darme cuenta de que aquella voz era como la mía, sólo que más fina y menuda, y que parecía salir de debajo de mi ropa.

—Por favor, bájate la bragueta cuando te hablo.

Se me erizó el cabello, aunque desde luego me apresuré a hacer lo que se me ordenaba. No podía hacer otra cosa.

De la bragueta surgió mi pito absolutamente erecto. Y moviendo los labios, repitió:

—Por favor, ¿me das a mí también una taza de café?

Yo estaba aterrorizado; no sabía ni lo que me hacía.

Con mano temblorosa le acerque la taza a los «labios» y le di a beber de mi café.

—¡Ay! —gritó—. Está ardiendo, estúpido.

Tartamudeando, le pedí perdón. A decir verdad, también yo tenía ganas de gritar, porque realmente el café estaba ardiendo (y a fin de cuentas, era mi pito).

—Además, ese café es muy fuerte. Me va a quitar el sueño.

Otra vez estuve a punto de pedirle perdón, pero permanecí en silencio. No sé bien porqué, pero el caso es que fui a por un poco de leche fría, para enfriar el café.

—Gracias —me dijo mi pito—. Así está mucho mejor.

Yo asentí con la cabeza.

Una vez apurado el café, parece que recuperó el aplomo y me preguntó:

—¿De qué quieres que hablemos? ¿Por ejemplo, de Marx?

Yo enarqué las cejas, sin salir de mi asombro. Y él, mi pito, empezó a decir no sé qué sarta de tonterías acerca de «El Capital». Al cabo de poco tiempo había dejado de prestarle atención. Se me había ido el santo al cielo, que se dice.

Como ver a mi pito así, en esa situación, me desazonaba un poco, cogí un rotulador y le pinté dos ojos y una nariz. En fin, no era nada del otro mundo, pero al menos ahora ya tenía una cara, además de labios. Incluso le pinté una barbita de estilo cabra.

Mi pito continuaba hablando sin cesar.

Para que se encontrara más cómodo, me quité los pantalones y los calzoncillos y me fui a la cocina a preparar otro par de cafés.

Cuando regresamos a la sala, le preguntó con amabilidad:

—¿Un azucarillo o dos?

Pero ni siquiera se dignó a responderme.

Continuó con su verborrea, dale que dale. No se callaba. Al final, le lancé un grito. Me puse de rodillas y le rogué que se callara. Incluso le propuse ir a ligar. Nada, ni por ésas. Sólo quería hablar acerca de «El Capital». Parecía que quería convencerme de algo. Pero, ¿convencerme de qué?

Para mí, «El Capital» o «El Capitán Trueno» eran más o menos dos narraciones idénticas del mismo autor.

—¡Oye! —le grité fuera de mí—. A mí me importa un bledo la filosofía. No sé griego, ni siquiera latín. Y para entender algo tendría que empezar por ahí. Pero tengo que trabajar. ¿Entiendes? No es nada personal —le decía a mi pito—. Yo respeto tus opiniones. Si quieres, te daré el voto en las próximas elecciones. Pero, por favor, estáte calladito.

No había manera.

En vista de que para poner fin al dolor de cabeza que me provocaba la cháchara de mi pito no había más que una solución, lo agarré con fuerza con una mano y empecé a frotarlo arriba y abajo, tilín-talán. No era tarea fácil, porque el muy pérfido continuaba hablando sin descanso, y eso me hacía perder la concentración. Pero al final conseguí lo que quería. La nieve blanca resbaló entre mis dedos, tibia y abundante. Ese olor que tan familiar nos es a los hombres llegó hasta mis fosas nasales. Y tal y como pude comprobar con gran alegría, mi pitilín permanecía silencioso. Y los ojos, cejas y nariz que le había dibujado también comenzaron a correrse. Y yo no sé por qué, pero el caso es que se me ocurrió pensar que me hallaba en Venecia, que había estallado la peste, que me había enamorado

de un jovencito imberbe, y que el rímel se deslizaba por mi rostro en gruesas gotas.

XIII

Un hombre bebía de un vaso de vino sin fijar los ojos en sitio alguno. De repente su mirada resbaló hacia el fondo del vaso y se vio allí a sí mismo: halló en los posos su pasado, presente y futuro. Comprendió que bien podía ser el inicio de un cuento o narración literaria, pero... estaba condenado al fracaso. No era más que un hombre cansado, que contemplaba el fondo de un vaso, y al que le parecía tener visiones de cosas, por ejemplo: un pasado, un presente, un futuro. De súbito, pensó que en aquél vaso se hallaban todas las mentiras de su existencia. Y entonces se apresuró a acercar los labios al borde del vaso y trató de beber de un solo trago todas sus mentiras. Pero, apenado, vio que se le atragantaban en medio de la garganta. Luego, miró a la botella. También ella... ¡estaba repleta de mentiras! Y quitó el corcho y vertió en el vaso un generoso trago de mentiras y hasta que no estuvo a rebosar no bajó el cuello de la botella y volvió a poner el corcho en su sitio. Contempló el vaso en silencio. Le gustaba ver a las mentiras flotar en aquel pequeño espacio. Eran mentiras negras, tanto por su color como por su tamaño. ¡Todos sabían más que él! Cosa que era del todo imperdonable. Echó un buen trago y volvió a mirar la botella. ¡Qué diablos! Tenía ahora más mentiras que antes.

Cuanto más bebía, más se llenaba... Más se llenaba... Más se llenaba... No sabía qué le resultaba más aterrador, si la soledad de sus mentiras o la soledad que llevaba dentro de sí. En una época había amado el sexo, los clubes nocturnos, las mujeres fatales... aquellos tiempos en los que las mentiras se le aparecían revestidas de oro... Qué lejos quedaba todo aquello... Miró a la botella y vio que el corcho había saltado y que las mentiras se salían por la boca de la botella. Pensó en taponarla con el dedo pero vio que por las uñas le salían unas cositas negras y pequeñitas y comprendió que aquello era el final, el final de algo. A saber de qué. Allá estaban las mentiras, dentro y fuera: en el vaso, en la botella y en sus uñas. Negras, pequeñitas, numerosas. Inmutables. Pero él no era el de siempre. Desde la ventana de la cocina todo se volvió negro; las mentiras volaban e intentaban entrar al interior. Y eran tan pequeñas, que salían de todos lados: de la rejilla de aireación, del extractor de humos... Del frigorífico, de la lavadora, del cubo de la basura... Las mentiras salían de todos lados. Aparecían en cualquier lugar que poseyera cuerpo espacial. Negras, pequeñísimas. Y producían un suave zumbido. El aire de la cocina era como el carbón, con infinidad de puntos negros esparcidos por todos lados, arremolinados, nocturnos, a saber en qué hora —en qué año—, por qué y para qué... Constituían el final de algo y, a decir verdad, a él aún le hubiera gustado, si hubiese sabido marcharse con un poco más de alegría. Pero la alegría era algo que —al

menos en ese instante— había extraviado —tal vez para siempre—. Penoso, sí, pero ésa era la verdad... ¿*La verdad?* ¡Increíble! Al escuchar la palabra mágica todas las mentiras comenzaron a desaparecer. De la botella, del vaso, del frigorífico, de la rejilla de aireación, de la ventana de la cocina... Todos los diminutos e ínfimos puntos negros comenzaron a desaparecer. ¡Bravo! Ahora, todo volvería a ser como antes. Había que celebrarlo. ¡Viva! Vertió vino en su vaso, en un alarde de generosidad.

XIV

Las ballenas llegaron a tierra para morir. Fue un día extraño para todos. Eran enormemente enormes y al mismo tiempo tan indefensas...

Habíamos oído muchas historias acerca de las ballenas... Por ejemplo, que sabían cantar. Más que cantar, que eran capaces de enviar sonidos y rumores a través del mar y de las olas. Estaban llenas de misterio.

Pero ahora se hallaban varadas en la playa e iban a morir.

Llegó la noche. Todavía no estaban muertas.

Cuando en la oscuridad de mi habitación cerré los ojos, escuché las canciones y sonidos de las ballenas. ¡Así que era cierto! Las ballenas cantaban y se intercambiaban mensajes y melodías. Era un idioma misterioso. «La lengua *cretácea*».

No estaban tristes. Era como el irrintzi salvaje repetido en el eco de las montañas, sólo que mucho más sinfónico. Era similar a un coro, en el que el sentimiento de cada miembro se desvanece entre los sentimientos de los demás.

Parecía que el mar hablaba. Las olas, ya sabéis. Casi-casi, puro jazz. Y en cualquier caso, extraordinario todo ello.

Había abierto la ventana de mi habitación para escuchar mejor sus canciones y melodías.

Claro que no entendía las letras... Pero podía comprender perfectamente el sentimiento del grupo. Porque no era únicamente el sentimiento de una sola ballena, sino el del grupo entero. El grupo moría y vi con claridad que todo el grupo era consciente de ello.

Aquello no era una expresión ni de alegría ni de tristeza. Era el sentimiento de las ballenas, y nada más. Yo podía entender ese sentimiento, pero ni yo ni nadie hubiéramos sido capaces de emularlo, ya que nosotros no somos ballenas.

Continuaron cantándose unas a otras sus últimas canciones y melodías. Era como si de esa forma olvidasen que estaban trabadas en la playa, como si creyeran que continuaban en el mar abierto, nadando, libres, lejos aún de la muerte.

La Edad del Hielo, La Época de los Glaciares, La Tierra del Fuego, Valparaíso, el Polo Norte... Rememoraban su patria. Por eso no les importaba morir, porque llevaban dentro de sí sus orígenes.

Continuaron cantando e interpretando, como si no estuvieran perdidas. Pero los realmente absurdos éramos nosotros, no ellas. La evolución no es un juego. Nosotros habíamos empezado a existir mucho más tarde que ellas. En comparación con las ballenas, sólo éramos unos principiantes. Ellas sabían todo cuanto había que saber; nosotros, sin embargo, hubiéramos temblado ante la muerte, por nuestro absoluto desconocimiento de la naturaleza... de nosotros mismos... de nuestros días pasados.

Los cantos y melodías se multiplicaron, se sucedieron con mayor velocidad.

La ventana de mi habitación continuaba abierta y poco a poco empecé a comprender el significado último de toda aquella muerte animal. No malgastaban su tiempo acerca de grandes

hechos; actuaban como si nada hubiera sucedido. Y, en verdad, nada especial había sucedido.

La vida y la muerte eran el mismo túnel. El atravesarlo, un acto sin relevancia.

Cuando los cánticos y melodías se hubieron extinguido, me quedaron la noche y el calor del verano, así como el recuerdo de aquellas canciones y de aquellas melodías.

Y con ese recuerdo, me quedé dormido.

XV

Por un instante, pensó que el alma le dolía. Y para cuando se dio cuenta, ya estaba en el hospital. El corazón.

Lo metieron de prisa y corriendo en la antesala de la muerte. Le importaba un pimiento. Estaba a gusto así, bien repantingado en su camillita blanca, todos tan ocupados en su querida persona —quizá, por primera vez—. ¡Qué diablos! Había que aprovechar. Sin imaginarse siquiera que era una cuestión meramente bancaria.

Luces. Según parece, un quirófano. Y él, la estrella del espectáculo.

«¿Quieren que les baile un tango?», se le ocurrió al muy tontaina.

Una de las enfermeras era un tren. Y él, incorregible: «¡Oi, camionsito mío!».

Y es que incluso en la agonía el sexo nunca muere. Cosas de la naturaleza orgánica, y demás.

«Cuánta preocupación muestran estos señores con la piojosa vida de este humilde servidor. ¡Gentes de buen corazón!»

Se le escapó un cuesco de puro horror que tenía. ¡Un escalpelo y navajaafiladísimos! «Te vas a rebanar un filetito, cabroncete?»

Aparecieron más pivas. Fantasmagóricas todas. Vestiditas de blanco. Algunas bien alegres. Ligonas. Aprendizas, lo más probable.

«Experimentación gratuita, a quien se atreva».

Pero lo peor estaba aún por llegar. Alguien va y dice:

—¿Está listo el corazón del cerdo?

A una chica preciosa le entró la risa loca.

—¿Más anestesia? —otro.

—No hace falta. Está como un churro —el jefe o...

«¡Que os oigo todo!» quiso gritar. Pero no pudo. Estaba como muerto y él no quería el corazón de un cerdo. «¡Mejor morir!». Que si quieres arroz, Catalina...

—Parece de Jabugo —un gracioso.

—¿Y tú qué sabes? —otro que tal cual—. ¿Lo has probado o qué...?

Ji-ji-jí-ja-ja-já.

—¿Os han metido ya la nómina? —el mismo de antes, con aire preocupado ahora.

—¡Cagoendios! Siempre tarde esos jefazos!

—¡Malditos cerdos!

Todos partiéndose el culo de risa.

«¡Dios Mío, me estoy muriendo!»

Nunca pensó que algún día moriría. Como todos. Mira tú por donde creyó «soy inmortal»... y luego le costó asimilar la carga. Un corazón ahora, un intestino luego... ¡Excusas! ¡excusas!

«Tarde o temprano tenía que ocurrir».

Sí, alguna vez tenía que estallar. Pero, con un corazón de cerdo...

«Qué tiene uno que hacer para convertirse en seguidor de Jehová?»

Sintió que su carne se rasgaba. No era tan terrible. Una sensación extraña, sí, pero nada más. En fin. Si no por viejo, por pendejo.

«Jo, jo».

—Felipe se va a divorciar.

—¿En cuánto?

—¡Uf! Su mujer es abogada. ¡Imagínate!

Carcajadas.

—Éste tiene más suerte.

Carcajadas terribles.

—¡Eh! Dejad trabajar. Casi se me tuerce el escarpelo.

El quirófano se me ha hecho inmenso. Y he pensado que toda esa gente está muy lejos. Las ganas de llorar se me han anudado en la garganta,

al recordar que van a ponerme el corazón de un cerdo. He tratado de imaginar el olor de un cerdo y no me ha hecho ninguna gracia. Me siento humillado. Creía que la única cosa que nunca jamás podrían quitarme era mi corazón. Pero estaba equivocado, como siempre. Y entonces he recordado que mi último libro está sin acabar, y que tengo aún tantísimas cosas por hacer... No, no quiero morir. Todavía no, al menos. Alargad el plazo, por favor; aunque sólo sea por unos cuantos años, meses, horas... Ya sé que no valgo mucho. Pero, aún así, quisiera intentar acabar lo que he dejado empezado, mirar por última vez el mar, responder por última vez a la llamada de una mujer en celo... ¡Sí, ponerme el corazón de ese maldito cerdo! Gruñiré, cuando me despierte. Me revolcaré en el barro... ¡Lo que queráis! Pero, os lo ruego, no me dejéis morir. ¡No me dejéis morir!

XVI

Simón Bolívar. El liberador. Yo también quería ser precisamente eso: ¡el liberador de mis pensamientos! Seguir los pasos de Demócrito... Oh, casi lo he olvidado: estoy preso en una cárcel. Quizá es por ello que continuamente pienso en la libertad.

De todas maneras, debo admitirlo: aquí vivo a gusto. Allá afuera no tenía más que problemas.

Estando preso, todo es más fácil.

A veces, sin embargo, siento un poco de dolor. Cuando me acuerdo de Rosa. No sé qué vería en aquel chico de Barcelona que no tuviera yo. ¿Una sólida cultura acaso...?

Comencé a estudiar abogacía en la UNED y este año he finalizado la carrera. Sí, soy abogado. Los compañeros de cárcel me dicen «¡eh, abogado!» y luego todos nos echamos a reír.

Ayer por la noche tuve un sueño: soñé que comía frutas tropicales. Eran muy dulces y sabrosas. Cuando desperté, abrí el grifo del lavabo y bebí agua hasta hartarme. Era tibia e insípida, como siempre. Luego, eché un vistazo a la celda: la reja, el camastro, un desnudo del siglo XVI, la botella de cognac (¡favor que me costó mil duros!), el piloto rojo de la radio...

Hace muchos años, en el polideportivo que más tarde se convertiría en la Feria Internacional de Muestras de Bilbao, con Pantxo, en un concierto, «Bloke» y no sé quién más, «porritos»...

Por un momento, he sentido nostalgia, y refrescado mi rostro con el agua tibia del lavabo amarillento, pensando ya en el día siguiente...

Barcelona, el tren nocturno, los kioscos de la Rambla (¡los cómics!), el piso de Maite, el hermano de Rosa...

Es decir, la libertad.

De todas maneras, no tenía ninguna prisa por salir. Estaba a gusto allí, en la cárcel. Tenía amigos. Cigarros, horas de patio... Recuerdos. Por ejemplo, Rosa. O Eva...

¿Sabría mi hijo quién era yo, su padre? Y si así fuera, ¿qué pensaría de mí? Quizá, no sabía porque su padre estaba en la cárcel. De modo que sabría tanto como yo, pues yo mismo no lo sabía. No era un preso político, aunque tampoco me sentía sociable.

Lo que sí que sé es que me sentía. Y que estaba muy a gusto dentro de mi propia piel. Es decir, conforme.

El patio de la cárcel era como un claustro, sólo que sin columnas. Cuando el sol brillaba en lo alto, no podías esperar hallar una sombra en la que refugiarte. Eso hubiera sido tan descabellado como disponer de un clavicordio en una de las paredes de tu celda.

De todas maneras, no tenía prisa. Aún más, muchas veces me parecía que el tiempo de la cárcel transcurría con demasiada rapidez.

Hacía mucho tiempo que me había dado cuenta de que todos los presos aguardaban con ansiedad que el tiempo transcurriera.

Pero yo no era como ellos, y ellos lo sabían. Y no les importaba. Lo habían acabado por asimilar como una norma más de la prisión.

Eran muy amables.

Yo también era bastante amable.

En fin, que no había prisa.

Escribí mi nombre en una de las paredes de mi celda y me sentí como si estuviera dando noticia de mí en una de las tapas de un sarcófago.

Yo era una momia y dentro de tres mil años tendrían noticias acerca de mí. Así que era preciso dar con un buen maquillaje.

Antes de ponerme delante del espejo, pensó que haría bien en prepararse un café bien cargado.

Un amigo mío, Julen, me había traído una cafetera en una de sus visitas. Él también siempre fue muy amable.

De todas maneras, ya sabéis que no tenía ninguna prisa. Aquella cárcel no estaba tan mal. Me servía para controlarme. Lo cual no es poco.

Cupido también habitaba en esa cárcel. Es decir, en mi cárcel. No se lo digáis a nadie... es mi amante. Le pongo una venda en los ojos, antes de poseerlo.

Al cabo de cuatro años fundé una revista: «Viento de Libertad». Así se llamaba.

Costaba 125 pesetas. Pero no la compraba nadie.

Afortunadamente.

¿Aún no te has dado cuenta de que Gabriel Aresti no está muerto?

Estaba tan claro que decidí no volver a tomar otro café.

La cárcel era un trozo de carámbano de hielo de formidables proporciones. Así que encendí un fuego y traté de calentar mi ánimo.

Me sentía como un francotirador, sólo que privado de diana.

—¡Eh, Pepe! —le grité a un funcionario—, ¿cuándo vais a traerme el escritorio de caoba?

Se rió y entonces comprendí que tenía ganas de volver a empezar de nuevo.

Dentro de doce años, ocho meses y veinte días.

La había cagado bien.

Qué se le va a hacer.

XVII

Los limones son como jóvenes negritas esbeltas: sensuales, ácidos, deliciosos, imprescindibles en todo buen vermut que se precie.

Cuando Txanka todavía vivía...; o mucho antes incluso de que el puti-club de los padres de Tomás cerrara...

Estaba en el cine «Bellas Artes», con siete años, de chicarra, cuando se le acercó aquel tipo y comenzó a tocarle...

Se marchó pero era demasiado tarde. Franco aún vivía. Y eso tampoco tenía ya remedio —ni el amigo muerto en aquella manifestación—. También a mí me atraparon una vez. Y Josu se convirtió en drogadicto (¡quién habría de decirlo, precisamente él!)

Hacía falta música de discoteca para digerir todo aquello. Camuflarlo con un poco de Internet. ¡Joder, qué difícil es tomar el mal camino!

Al menos, no le hacía falta esmerarse demasiado —hallaba las editoriales honradas en exceso.

Estaba claro: yo no era un empresario, aunque amaba el dinero.

Fue una noche que dio mucho de sí.

No estaba en ninguna parte; no sucedía nada.

De repente, se me acabó el cognac. Y me sentí vencido. K.O.

Terminé el café, apuré el chupito, y traté de comprender a John Locke.

Yo era un mochuelo nocturno y la sala del Moulin-Rouge estaba al pil-pil.

Las pléyades y las figuras de la época romana morían y resucitaban al ritmo de los Rolling Stones.

¡Oh, calles de Londres: me traéis al recuerdo el verdor de guitarras eléctricas! Dejadme,

una vez más probar, desear, evocar el olor del sexo
de una mujer...

FIN

